ALTAI

Oscar Enrique Muñoz



Alma Editorial

Alma Editorial (B.R. Ferrante)
Calle Real 29. Riofrío
05190, Ávila.

Depósito Legal: SE-1804-2005 en España
ISBN: 84-96439-25-9
Diseño: Nur Ferrante
Impreso por: Publidisa

Para Nur y mis hijos.

1

El mundo es humo y cabalga sobre pilares de humo que el fuego de la mente trazó en su combustión. Exhala el tiempo y lo disipa, danzándolo de una forma hasta otra, extendiendo el espacio... Parece lleno, pero sólo contiene líquidos sueños. Sueña el agua impulsada por el fuego, y trenza la tierra firme en su ancestral canción. Canta la tierra para quien atienda, con su entregado timbre de nostalgia ilimitada, cantos que recuperan la memoria de un tiempo en el que sólo oscuros e imperceptibles movimientos poblaban la conciencia y la guiaban, ascendiendo en colosales sacrificios hacia la luz o la palabra. Tierra. Su melodía serena la extinción de la acuosa vida en la verdad inmarcesible de los fuegos que la alimentan. Su fluido ímpetu recibe la gracia de los dioses silenciosos de los astros, las esferas luminosas que encuentra en sus inagotables giros por el océano estelar. Sin embargo, no lleva la canción a ninguna parte, desplegándose sólo aquí: flor del instante en la que se encofran todos los secretos. No puedo abrirla por ti, pero lo hará el alba de tu anhelo cuando recuerdes tu historia, que esconde una llave en su perfume, y sostiene la aurora que reina en tu corazón.

Recuerda...ocurrió una vez que el mundo caminaba confiado hacia otra Gran Guerra, como si supiese lo que hacía, repitiendo lo que desde el principio ha forjado su fragua limitada: metales de combate, piedras fundidas con sangre. Un imperio ocioso en su gala vestía florecido los templos de la música, más por el protocolo y el juego de la ostentación vanidosa, que por un sincero amor al misterio del sonido y al anhelo del silencio. Viena batía palmas, segura de sí misma, complacida por la sofisticada mirada con la que veía el alma humana a través de sus artistas, gloria de Europa, y por ello, ¿quién podría dudarlo?, corona de la especie. Especie emocional, sin duda alguna, no es el

vienés especial por sus golpes de cólera o lujuria avariciosa, pues en Viena, como en otras cortes descompuestas por intrigas y fiestas, se plantaba y fundamentaba un mismo árbol como eje del mundo, un principio en torno al que danzaban las grandes ideas junto a las pasiones, con un solo propósito: prevalecer, a cualquier precio, de cualquier forma, legitimando sobre toda otra la violencia civilizadora, hacha afilada, horca o vil garrote, lengua como espada que nunca conoció el amor. En los salones, cargados con más que una decoración de jaqueca anticuada, se desplegaban análogas brutalidades a las de las selvas asfixiantes. Cada detalle, muestra de una dentellada y un desgarro, cada acción, cada opinión trivial devenida axioma político, cada etiqueta crecida hasta lacra insoportable, pomposa, lenta y obsoleta.

Sin ningún pudor, Viena había declarado su música culminación de todas las del mundo, por eso en cada concierto se oficiaban asuntos más trascendentes que los que abrían los corazones de los oyentes con armonías y precisos contrapuntos. Como cualquier otro día, el director, guía de la orquesta y conductor de la nave temporal filarmónica, salió de su trance de rapsodo ensimismado, girándose hacia el público como un sumo sacerdote que aparta sus ojos del altar y se dirige a su devota congregación, para confirmar su propio éxtasis religioso. Se erguía en la imponente altura del podio como una estatua solemne que hubiera adquirido capacidad de movimiento, respondiendo a tanta admiración con precisos gestos y medidas inclinaciones. Sus fieles músicos se levantaron, complacidos, ante un ademán de su mano, para compartir la gloria, para inflamar sus corazones con la ovación y alimentar la satisfacción bien redonda de quien sabe encontrarse en el centro del mundo, arrimado al gran árbol.

Allí mismo y lejos, apartado de las doradas cariátides que escoltaban imperturbables a las princesas del imperio en el patio de butacas, arriba, en el anfiteatro reservado para castas más plebeyas, cerca del recargado techo de mil oros y estériles pinturas de academia, Eleazar Feldman cerraba los ojos al bullicio, queriendo realmente cerrar los oídos a tanto trivial regocijo que traicionaba lo que se había oído en la música de Mahler. Los vítores y otros exabruptos negaban “La canción de la tierra”, la contradecían, la borraban del lienzo de la memoria y la disipaban en el teatro social, en la sala de conciertos. Por debajo de la seca cascada de aplausos, percibió, no obstante, la continuidad inalterada de las últimas notas, las lágrimas de la contralto: ewig, ewig, por siempre y siempre, la paz inextinguible que sirve de soporte a la algarabía del mundo. Quedaba la quietud velada por un tumulto de emociones, enmascaradas en las estériles etiquetas, oculta por la inconsciencia con la que el hombre acomete los imperativos de la acción, y, a la vez, se manifestaba sin interrupción, mostrándose siempre infinitamente cerca. Acabó por resignarse y abrió los ojos. Los cerró inmediatamente de nuevo, heridos, saturados por los brillos violentos. Arnold le dio unos golpes en la mano pensando que se había dormido. Los aplausos habían cesado y era momento de salir.

Hacia la salida, se abría un río humano de lenta lava, una corriente de cuerpos disgustados por la incomodidad y el agobio de la extremada proximidad. Los olores corporales se entremezclaban en una densa sopa gaseosa, que recorría el arco químico que traza la célula, desde el fétido metano y el vaho sulfuroso de la entraña hasta el ácido sudor, salado y opaco, o la hormona ajazminada. Absurdamente caros perfumes esparcían dolores de cabeza por las cuatro direcciones, y más allá, en pérfidas emanaciones, a la vez que disfrazaban pútridas digestiones atrapadas en el eco de la descomposición de la carne, a lo largo del túnel despensa

del intestino delgado. Las chimeneas de las bocas contaminaban el aire con cada saludo de forzada cortesía. A los estudiados gestos de la educación social y el protocolo, se sumaban no invitadas muecas inconscientes de disgusto, lo que producía un resultado desconcertante y violento que a nadie parecía importarle, o ya nadie veía, tras años de paciente adiestramiento en los sinsentidos de la corte burguesa. Apenas habían pasado unos minutos desde los acordes finales de “La canción de la tierra”, y ya se había olvidado todo, la paz alcanzada estaba perdida, extraviada en impulsos atávicos y urgentes, disfrazados de decoro. La armonía del corazón había sido sepultada por el agua estancada de una fea cotidianidad, adornada con recargadas pompas imperiales y torpes miopías. Así, en el intervalo que lleva un alzar de cejas y una inclinación respetuosa de cabeza, la vida bella y transfigurada que había expuesto Mahler se hundía bajo el ficticio peso de malos humores y malos olores, bajo los miedos infernales a no tener lo suficiente y a perder, los inagotables deseos de prosperidad y nombre social, la infantil hipocresía de unas relaciones que enmascaran un humano angustiado en sus carencias. El río avanzaba hacia la calle. Eli ya empezaba a sentir el aire fresco de la noche, un emisario invisible de los grandes espacios, que con su sutil llamada le recordaba otra realidad y otra vida en más amplias condiciones. Ewig, ewig, la canción revivía con el soplo, y una nostalgia infinita de un no sé qué... de una patria que no conocemos, pero que intuimos constantemente, en la que llevamos una existencia auténtica y libre, sin ser muñecos de los objetos ni de las implacables ideas, se manifestaba en su corazón con fuerza impetuosa e indomable. En la música, acababa de sentir la fugitiva sustancia que serena el alma en la tormenta, la tierra sutil en la que quiere hacer su casa la profunda alegría, y habitar sin cuidado entregada a la Verdad. Quería retener la impresión de esa gloria y no

dejarla marchar... ya frente a la puerta... Entonces, Eli fue una ola de música de cuerda rompiendo en la noche con paz insondable.

2

El Café Griensteidl era, a su manera y sin saberlo, parte de la noche sideral. Como otros rincones de la galaxia, también tenía sus estrellas y sus constelaciones, si bien, eran sus soles humanas tendencias de las artes y sistemas de órbitas sociales. El local entero no era sino una nebulosa de emisión de nicotina y alcohol, un denso vapor caliente donde bullían etílicas ideas que arreglaban el mundo a diario. En matraces transparentes de hidrógeno verbal, se destilaban efímeras bases para el diálogo y el consenso, con cuya esencia podrían elaborarse futuros más prósperos y pasados mucho más fundacionales. Desde otro punto de vista, Griensteidl era un bosquecillo de mesas en el que las aves nocturnas vienesas hablaban, discutían, reían, se ensalzaban y humillaban unas a otras con el ritmo impuesto por las drogas comunales. Nicotina, Alcohol y Cafeína eran los nombres de las tres reinas de aquella foresta de la noche, y cualquiera que allí entrase tenía que rendirles pleitesía, so pena de ser expulsado de tan particular selva con mareos y dolor de cabeza. Hasta allí, llegaban gentes de todos los frentes de la noche, oriundos de lejanas provincias o de fabulosos países más allá de los mares. De las doce lenguas que se hablaban en el Sacro Imperio, no menos de nueve conversaban en el Café, a las que se añadían otras cuatro o cinco de las que se escuchan en las fronteras, y todas ellas servían por igual en el debate ciudadano. En muchos casos, la polifonía políglota se entonaba en una sola mesa, produciendo un rumor cosmopolita y mundano.

Eli y Arnold se sentaron junto a la ventana. Pidieron café y un vaso de vino, con lo que inconscientemente aplacaron las posibles animosidades de las regentes tutelares, siempre atentas a lo que ocurre en sus dominios.

-Miiii reeee, reeee doooo –cantó Arnold Shoenberg mientras levantaba su copa para brindar-, ¡por el ebrio canto de la tierra!

Eli ofreció su taza para el choque ritual y bebieron. Un hombre grueso y calvo les saludó desde la puerta. Colgó su sombrero y se dirigió hacia ellos con andar acompasado.

-¿Amigo tuyo? – quiso saber Eli.

-Es un crítico musical del Abendpost, no me deja en paz desde que una vez le hablé de la importancia de la crítica en la formación del gusto del gran público.

-Puedes escabullirte por debajo de la mesa, yo te cubro. Eli hizo como que se escondía.

-Buenas noches, señores, ¿interrumpo algo?

-Buenas noches Linke. Siéntese, siéntese. Siempre está bien hablar sobre música, aunque sea con un crítico, pues es por eso por lo que ha venido, ¿no?

-Buenas noches, señor Schoenberg. Claro que he venido a hablar de música, pero no me maltrate, no sea injusto conmigo, yo soy un admirador suyo.

-¡Ah! Este que juega bajo la mesa es el profesor Eleazar Feldman.

-¿Músico también?

-No, enseño griego.

-¡Oh!-lamentó sinceramente.

Linke saludó con un gesto a tres hombres que mantenían su tertulia un par de mesas más allá. A pesar de su escrutadora mirada, parecía ausente, como si se hubiese dejado su atención en otra parte. Pidió una cerveza.

-Señor Schoenberg -comenzó a decir con nerviosismo-, usted sabe que me considero devoto discípulo suyo, aunque nunca haya tenido el honor de recibir una de sus clases magistrales, y sabe que sus opiniones son para mí la mejor escuela, y un verdadero criterio autoritativo, por eso tendrá que disculpar mi insistencia en hablar de música y robar su tiempo, pero ¿quién en Viena más indicado para entender a

Mahler?, diría yo, si se me permite. Estaremos de acuerdo en que lo de esta noche ha sido... ¿Cómo lo pondríamos? Simplemente sublime... Más que eso. Algo más allá de las palabras, inefable, sí, divinamente inefable.

Arnold no era inmune a halagos ni insultos, aunque siempre pretendía vivir por encima de esas cosas y estar centrado en su obra y su misión. Su disposición había cambiado repentinamente cuando Linke se sentó en la mesa. Algo comenzó a hablar para el periodista con una seriedad y una profunda gravedad magnética. Salía el compositor, pero también el artista profeta, y el oráculo social del futuro, todo empaquetado en una sola voz, alumbrada por oscuros ojos de fuego y dignificada por una redonda calva socrática. Uno no podía sino escuchar y sentirse privilegiado, por estar presenciando aquel chorro de lucidez, por acompañar al panadero cuando se hace el pan, y saber todos sus secretos, y no limitarse a comer lo que le ponen en el plato.

-¿Sabe Linke?, creo firmemente que Gustav Mahler fue uno de los más grandes hombres y artistas que ha producido el mundo.

Arnold lo decía así, sin más, como si la grandeza de una persona fuese una magnitud física, algo pesable y medible que se contrasta en una escala comúnmente aceptada: Rafaele Sanzio llega hasta aquí, Mahler hasta este otro nivel, pero el señor Müller, que simplemente regenta una tienda de ultramarinos, ni siquiera pone la escala en movimiento. ¿Y qué decir del señor Meakriz de Melanesia? Habría que ir hasta allá para medirle. Ah, pero Mahler fue grande, de los más grandes, quizá de los diez más grandes, aunque si incluimos Asia, tendríamos que decir de los veinte más grandes hombres y artistas, significando, claro está, su pertenencia a ambas categorías: hombres por un lado, que de forma difusa supone el olvidado mundo de la mujer, y artista por otro, lo que

implica la colocación del gremio del arte por encima de todo otro consorcio y casta. Arnold quería decir que, siendo hombre, lo mejor que se puede ser es artista, lo más elevado, lo más grande, lo más conseguido del proyecto humano, y que dentro del grupo de los elegidos, Mahler estaba en los primeros puestos. ¿Serían posiciones de salida o de llegada? ¿Y las demás carreras y campeonatos? ¿Qué decir de los grandes santos, filósofos, guerreros, políticos y comerciantes, de todas las competiciones por la excelencia dentro de los diferentes grupos sociales? ¿Cuántas listas podría hacerse? Eli se lo había dicho a Arnold una infinidad de veces: esas tablas, esos cuadros de honor, esas listas de vencedores con el orden de llegada, no significan nada fuera de los deportes. Bueno, algo dicen: proclaman la estupidez de creer cualquier cosa que nos cuenta alguien investido de autoridad. Desgraciadamente, el hombre no ha conseguido aún elevarse por encima de la superstición en lo que atañe al fundamento de las autoridades, e hipnotizado, cambia el ancho campo de su alma por los collares de cuentas y los espejos con los que le compran sus opiniones.
-No obstante, Mahler tiene que pagar el precio que pagan todos los grandes genios: incomprensión, desprecio y humillación. ¿Quién de los asistentes esta noche, dígame, quién ha comprendido la emoción profunda que Mahler nos ha transmitido en su obra?
-Bueno, como usted me ha dicho en alguna otra ocasión, la belleza no es una experiencia de todos, sino a lo sumo, de unos pocos, ¿cómo esperar que el público general entienda nada? –repuso Linke para sentirse parte del monólogo de Arnold.
-No hay nada que entender -interrumpió Eli festivo, como el niño que se acerca a jugar con otros dos que parecen pasarlo bien. -Cada uno es experto en su propia vida, y eso es todo lo que se necesita para el arte. La experiencia de la belleza es tan común e inevitable como el hambre. Su

elitismo estético no tiene ningún fundamento. Ni tan siquiera el aristocrático Aristóteles creía que hubiese una forma correcta de escuchar, apreciar y sentir una obra de arte, pues comprendió algo que ustedes ignoran y es muy obvio: unos aprecian mejor unas partes de la obra, vibran más armoniosamente para algunas emociones, y otros comprenden y se deleitan más con otros aspectos, mientras que el conjunto de la obra, lo aprecian todos.

-No haga caso –sonrió Arnold intentando desviar la estocada recibida- el señor Feldman se ha hecho un anarquista desde que le han nombrado catedrático. Le gusta, de repente, hablar como un reaccionario, para al minuto siguiente proclamar la mayor de las revoluciones. Al margen de lo que él piensa, los genios, los grandes hombres como Mahler, no pueden estar a expensas del gusto del público y de su limitada comprensión.

-En eso estamos de acuerdo –interrumpió Eli-, el público forma sus opiniones con los mediocres criterios de la prensa, la industria y la administración, y la ley de los grandes números con la que operan, no tiene mucho que ver con la creatividad individual. Pero el elitismo que los de la vanguardia os traéis entre manos, me suena a más de lo mismo, es la dinámica de siempre de la pretendida alta cultura. Está bien que lo utilicéis como arma arrojadiza contra los tiranosaurios que controlan el Imperio, pero una vez que venzáis, ¿no os convertiréis vosotros en el nuevo monstruo?

Se sintió súbitamente cansado por la discusión, de repetir siempre la misma esgrima intelectual, de aquella vida de la mente, mecánica y vacía, infatuada por sus delirios de poder y comprensión. Había escuchado hablar al oráculo social demasiadas veces, por boca de Arnold o de cualquier otro de sus colegas de la universidad. En ese mismo instante, hablaba también en la mesa de al lado, hablaba por todos los cafés y salones de Viena con

diferentes tonos, aunque siempre era la misma voz. Como judío, se había hecho inmune, con el tiempo, a la obsesión profética y mesiánica de su gente, y había leído demasiado a los griegos como para ver la historia de manera tan simplonamente lineal, aunque tampoco compraba las teorías cíclicas.

-No hace falta ser un gran observador para darse cuenta que hay un orden en las cosas, unas son bellas y otras no... -explicaba Arnold para Linke.

Eli ya no escuchaba. Simplemente les miraba sin oír nada... Su vista distraída se topó con el periódico que estaba sobre la mesa. Se perdió entre sus hojas como quien busca el bosque para alejarse del bullicio de la ciudad. Pero aquel era lugar equivocado para su cansancio, pues cuando no se discutía en sus apretadas columnas acerca de lo trivial se envenenaba el alma humana con malas bilis y mentiras disfrazadas de respetabilidad. Las noticias ofrecían la afrenta epatante de salón, una nada bien empaquetada dentro de vacía verborrea, junto a artículos serios que alucinadamente creían explicar la realidad social. El Abendpost, como todo diario, al jugar a reflejar la vida del imperio la creaba, dando forma a la sustancia intangible de las costumbres, opiniones y deseos de sus ciudadanos. Saltó por encima de un artículo sobre la confirmación medica de la perniciosidad del azúcar para caer de bruces en una noticia acerca de las pruebas de inteligencia a las que se sometía a los inmigrantes de Estados Unidos. Allí se daba cuenta de cómo el psicólogo norteamericano Henry Goddard estaba realizando diversos tests psicológicos en Ellis Island que servían como criterio de aceptación de inmigrantes, y que a partir de las pruebas se había rechazado al ochenta por ciento de ellos argumentando seria debilidad mental.

-En eso hasta tú estarás de acuerdo, ¿no Eli? –interrumpió Arnold sin darse cuenta que Eli había estado leyendo el periódico.
-¿De acuerdo? ¿Cómo voy a estar de acuerdo? –dijo sin saber de qué hablaban los dos hombres. -Además, ¿en qué cambiaría la cosa el que yo estuviese de acuerdo? ¿Le importaría realmente a alguien? De todas formas, hay algo que les puedo decir: el grave problema de esta sociedad es la ausencia de sustancia, sí, sustancia, meollo, fundamento, profundidad, esencialidad, llámenlo como quieran, la trivialidad de sus planteamientos. Señores, Europa es hoy por hoy como una gran broma de mal gusto, y América... Si no tuviera un concepto amplio de la realidad, les diría que es tan chapucero su entramado vital que parece irreal. Es difícil aceptar que lo más mediocre, feo y burdo dicte las normas a su antojo, sin pensar que hay alguien detrás que en cualquier momento va a decir: “Os lo habéis creído, era sólo una burla.” Los valores grandes y verdaderos, la confianza en el alma humana, la espontaneidad y la sinceridad, los espíritus buenos y nobles que viven la vida en el presente, deliberadamente y con plenitud, duermen en algún lugar que desde aquí no se alcanza a ver...
-¿De qué diablos hablas Eli?
-De vuestra discusión sobre la gran música y los genios, de su arte... de sus valores sobre la vida... de lo que cuenta este maldito periódico. Tiene que haber otra cosa.
-Ahora dirás, como siempre, que en Grecia no era así, que ellos sí que sabían cómo vivir...
-Grecia no tiene nada que ver. Grecia es tan sólo una idea desgastada de los libros de filosofía, que se utiliza abusivamente con casi cualquier fin. No, no es Grecia, hablo de otra cosa. Aunque tampoco estoy muy seguro de lo que estoy diciendo. Simplemente intuyo que todo esto no puede ser real, está demasiado mal hecho.
-¿Cómo lo haría usted? –intervino inesperadamente Linke.

-Eso no importa, no es cuestión de mi opinión, ni de la opinión de nadie...

Eli se quedó en silencio mirando a Arnold. Por un instante no hubo nada en su mente, y sintió que alguien había abierto una ventana cerrada en el centro de su alma.

-Si me disculpan, yo me marcho, se me ha hecho tarde –dijo dejando unas monedas sobre la mesa.

-Bueno, sí, quizá debamos irnos todos –añadió Arnold buscando su reloj.

-Nada más tengo una pregunta que añadir, si no le importa, será un par de minutos –interrumpió Linke ansioso.

-Buenas noches señores. Hasta pronto Arnold.

Salió del café con el eco mental de sus propias palabras. Había hablado para sí mismo. Su hartazgo, con la sociedad y su cultura de la trivialidad y el lugar común, era un desprecio hacia sí mismo, hacia la esterilidad del camino que había elegido. Durante años, había buscado infructuosamente en los libros la sabiduría. Ahora notaba que algo imperceptible se había quedado en el camino, algo había muerto con aquellos esfuerzos que le llevaron a dominar las técnicas de filosofía, a alcanzar las romas cumbres de la academia. La universidad estaba muerta, seca, agotada en su impulso, como un molino que pierde su danza con el viento y se convierte en un trasto inútil y pretencioso que sólo muestra un pasado mejor. ¿Mejor? El mundo había sido siempre de la misma suerte. ¿En qué punto tomó la dirección equivocada? No, esa no era la pregunta acertada. Tan sólo hay para la mente senderos que se bifurcan, que se abren delante, y cada apertura supone una diferencia, da origen a un mundo nuevo. Sin embargo, algo seguía constante en su corazón, un latido que recordaba ahí desde la infancia: el anhelo irrefrenable por una vida plena. Era este anhelo lo que le impulsaba a marcharse de Viena, aunque fuera sólo por un año. En su aspecto externo, la investigación que iba a realizar era una

de esas quimeras académicas que siempre gozan de éxito y apoyo incondicional: probar el origen Siberiano o hiperbóreo del dios Apolo y su vinculación con el chamanismo de Asia. ¿Y cuál sería la utilidad de la demostración? No lo sabía muy bien, aunque en la presentación de su memoria para obtener un año sabático pagado, los argumentos que sostenían la necesidad de un viaje a las remotas montañas de Altai sonaban impecables: podría conducir a una reinterpretación de los principios de la religión griega y a partir suyo de las otras religiones de Europa. Una intuición le decía que los chamanes tenían la llave del mundo de las ideas, que en sus vuelos mágicos estaba la cifra secreta para comprender al dios de la luz, y la esencia de este universo, aquel misterio que el viejo Sócrates y otros muchos descubrieron en lo profundo del alma humana.

Comenzó a llover. El agua arrastró sus conceptos para traerle de vuelta hasta la noche, ya cerca de su casa. Viena era una imperial cuna que todo lo quería sumir en la inconsciencia del sueño. Hasta los que hacían sus atentas vigilias confundieron en aquella noche de sábado sus experiencias del día con sueños despiertos. Y así las persistentes angustias y las afiladas preocupaciones fueron apagadas por la invisible mano sideral, diminutas velas expuestas a una tormenta estelar de silencio, como si nunca hubieran existido. El emperador soltó las riendas con las que creía dirigir su imperio para entrar en el mundo onírico. El amante abandonó el bellísimo cuerpo de su amada, arrastrado por una fuerza aún más irresistible tras la cortina de sus ojos agotados. El rico perdió su compulsivo deseo de riquezas cayendo dormido en la butaca de su despacho, sin poder llegar hasta su costosísima cama. El mendigo fue liberado de su pesadilla de incomprensible miseria, y el preso de su larga condena, entregándose todos, con pasión deliberada e inevitable, a los brazos del invisible sueño.

3

La señora Weber golpeó con su habitual violencia la puerta del estudio, sugiriendo con su llamada la urgencia de un asunto de vida o muerte, o simplemente los tres martillazos secos de un carpintero que incrusta con precisión su último clavo. Eli estaba acostumbrado y ya no se inmutaba: podría ser cualquier tontería. Respondió automáticamente, permitiéndole el paso mientras seguía repasando su lista de asuntos pendientes.

-Han traído dos cartas, profesor Feldman –anunció mientras se acercaba a entregarle la correspondencia.

-Ah, muchas gracias –respondió observando que el enfado de la señora Weber por su inminente partida hacia Siberia había alcanzado su apogeo.

Claudia Weber cuidaba con esmero del feroz estómago de Eli, y atendía su apartamento con diligencia. Después de cinco años, se habían acostumbrado el uno al otro, y él hasta le había tomado cariño, pero era difícil decir si era mutuo, pues ella escondía cualquier muestra de simpatía tras una densa capa de agrios golpes de severidad y mal humor. La señora Weber, por su parte, no trataba a Eli ni mejor ni peor de lo que trató a su difunto Wolfgang en los cuarenta y dos años que vivieron juntos. Profesores o no profesores, para ella todos los hombres no eran más que un estómago gandul echado a perder por la cerveza, y los abstemios no eran mejores. A Eli le resultó insoportable desde el mismo instante que la conoció, por sus malas maneras, por los arbitrarios e innecesarios insultos que desprendían sus acciones. No obstante, como venía recomendada por una amiga de su madre, le dio un par de días de plazo y salió airosa de la prueba por sus notables dotes culinarias. Curiosamente, aquella anciana

malhumorada con talento para la cocina, acabó por producirle una sensación de familiaridad y seguridad. Su continuo enfurruñamiento era como una constante del universo, como la velocidad de la luz, algo firme a lo que agarrarse en una tormenta, de lo que uno podía estar seguro. Las cosas marchaban bien o mal en la universidad, las investigaciones sobre el mundo antiguo progresaban o entraban en callejones sin salida, pero sabía que, al volver a casa, el rostro amargado y la palabra fuera de tono de la señora Weber le esperaban como un engalanado comité de bienvenida. Desde el momento que decidió irse a Siberia supo que a ella no le gustaría. Cualquier cambio en la rutina suponía siempre varios días de mascullaciones, gruñidos y protestas. El día que decidió cambiar la orientación de su escritorio se produjo un desequilibrio que duró dos semanas. Ahora ya no podría limpiar bien la balda de libros del rincón, y el butacón de lectura estaba en medio del camino, y otro sinfín de pegas absurdamente divertidas. Por eso, Eli retrasó la noticia hasta el momento en que fue realmente inevitable. Desde aquel instante, desaparecieron de su dieta todos los postres favoritos, y ya había pasado un mes de castigo, aunque las camisas estuvieron planchadas con la misma prontitud y pulcritud que siempre.
-El almuerzo estará listo en diez minutos –gruñó a la vez que daba un portazo.

Eli sonrió dejando deslizar su atención hacia los remites de las cartas. Una era de Ana, la otra de su prima Rachel. Abrió la primera, que le recibió con un denso olor a perfume.

Viena, 17 de junio

Querido Eleazar,

No sé ni como me atrevo a llamarte así... No, no lo voy a hacer. Eli, espero que todos tus planes se cumplan pronto y estés lejos de Viena y de mi vida cuanto antes. Este abandono en el que me tienes sumida desde hace meses, cuando comenzaste a preparar tu tonta aventura rusa, me ha hecho reflexionar sobre nuestro compromiso. Mi padre, después de todo, y a pesar de su corta visión para muchas cosas, tenía razón contigo: eres un loco aventurero que antepone una empresa tan dudosa como la de un viaje a un país de salvajes, a un matrimonio feliz y estable. Estás echando a perder tu futuro. Yo te quería de verdad, pero es inútil intentar hacer de ti un hombre cabal. No tienes los pies sobre la tierra, y se te ha pasado la edad para esos juegos infantiles de correr detrás de quimeras. Te escudas detrás de una falsa espiritualidad que te sirve para no hacer frente al mundo y la realidad. Eres un egoísta y sólo piensas en ti, nada te importa lo que yo pueda querer y desear... y sólo deseaba hacerte feliz, con una vida tranquila, disfrutando de las cosas normales de manera ordenada y productiva. Vas irremediablemente hacia un precipicio, y no voy a seguirte. Sí, Eli, vas hacia el fracaso más estrepitoso. Conmigo ya lo has hecho como hombre y futuro marido, y alguien tan inestable y descentrado como tú, no puede sino fracasar en todos los ámbitos de la vida. No entiendo por qué quieres buscar fantasmas y perseguir delirios. Tus colegas de la universidad no te conocen ni la mitad de lo que te conozco yo, pero acabarán por ver al embaucador febril que eres.

No se te ocurra venir a verme. Para ti ya no existo, como tú no eres nada para mí.

Ana

Esperaba una carta con ese tono. Los últimos meses habían supuesto escasos y violentos encuentros, coronados con folletinescas escenitas de ruptura. Ahora, los “hemos terminado”, los “no quiero volver a verte más”, quedaban

oficialmente proferidos mediante aquella proclamación escrita. Ana, tan trabada en formalidades, necesitaba estas cosas. No le cabía la menor duda que ella tendría una copia de la carta, y que circularía entre sus amistades como prueba del noviazgo concluido. De esta forma, ella podría adoptar el papel de la víctima, de la sufridora que ha soportado las incontables vejaciones de un loco que antepone sus majaderías a un matrimonio como Dios manda. Por otro lado, la carta le liberaba y le permitía observarse desde una más clara perspectiva, pues la vida propia sólo se vislumbra al alejarnos. Los amores y los humores, sólo muestran su perfil el día de la despedida, cuando vemos en el espejo del pasado lo que fuimos, y al verlo empañamos nuevamente el presente, cuya imagen no tiene reflejo. No le gustó lo que veía.

Conoció a Ana tres años atrás, cuando cayó preso en la maya de oro de Afrodita, y no pudo sino sucumbir a la belleza de su rostro, a las mágicas proporciones que usa para encadenar tanto a dioses como a mortales. Parecía haber salido de un cuadro de Klimt, una hija del moderno Cronos, activa y a la vez ancestralmente femenina, segura de sí misma y dispuesta a contribuir en condiciones de igualdad en el mundo de los varones, pero sin caer en la fea virilidad de las sufragistas o las revolucionarias, que hablaban de amor libre para decir sexo descontrolado, y que como las amazonas, sólo pensaban en pasar a todos los hombres a cuchillo para ellas mismas convertirse en machos. Ana, tal como él la construyó, y ahora sabía con certeza que siempre fue una creación mental suya, contrastaba con la mujer judía que se queda a cargo de la casa y cuatro niños. Creía sentir espacios abiertos y aire fresco en una mujer independiente, en una compañera, alguien libre de las convenciones, capaz de explorar la vida mano a mano con él, sin caer rendida ante los imperativos de la célula madre, del implacable útero de la vida animal

que encadena una existencia a otra en los irrompibles eslabones que unen broncíneamente incontables generaciones. Sin embargo, Ana no era así. Al final, pensó Eli, ellas se parecen demasiado a sus madres y nosotros a nuestros padres, y el carrusel de la vida no hace sino repetir esquemas vacíos e ideas peregrinas y miserables de muy oscuro origen.
-La comida está lista –oyó decir a la señora Weber detrás de la puerta.
-Enseguida voy –respondió mientras buscaba papel para responder a Ana.

Unas líneas bastarían. Miró en su corazón y sólo encontró agradecimiento y ternura.

Querida Ana,

Te agradezco tu sinceridad. Tu decisión nos libra a ambos del inútil peso de una espera fantasma. Estos tres últimos años han sido plenos y hermosos, pues nuestros errores pueden serlo. No puedo despedirme de ti sino con una bendición en los labios.

Que seas feliz.

Eli.

-No pienso volver a calentarle la comida –anunció impacientemente la señora Weber.

Sabía que hablaba en serio. No se demoró más. Lavó sus manos en una palangana que la señora Weber había llenado con agua del “bassineto” común que compartía con otros inquilinos de la planta. Una mesa sencilla de seis sillas centraba entorno suyo la sala, completada por un viejo aparador regalo de su madre. La estancia estaba algo oscura: la luz del sol cuesta dinero en la ciudad, y su renta de académico no daba para un alquiler orientado al mediodía. Pidió otro candelabro a la señora Weber para

leer la carta de Rachel en la penumbra de la mesa. Sorbió un par de cucharadas de la sopa de cebolla y notó al instante el mudo agradecimiento de su estómago.

Moscú, 2 de junio de 1912

Querido Eli,

Para cuando te llegue esta carta estarás a punto de tomar el tren hacia Moscú. Aquí, tenemos todo listo para recibirte. Mamá y Caterina están tan excitadas como yo de volver a verte, y aunque sólo estés con nosotras unos días, queremos que te sientas en tu casa, ya sabes que siempre lo ha sido.

Ha ocurrido algo un tanto extraño. El otro día recibí una visita inesperada de alguien a quien no conocía. Se presentó como Mihail Radlov, antropólogo, diciendo que tenía un mensaje urgente para ti. Al principio, pensé que era un amigo tuyo, y por eso le recibí. Era un hombre delgado y moreno, no demasiado alto y algo mayor que tú, de larga barba y pelo largo, con unos ojos que parecían hundirse en un abismo insondable, y que de alguna manera me recordaron a los tuyos. Venía vestido como los siberianos, con esas ropas fuertes de los que pasan su vida al aire libre, y no se puede decir que oliese precisamente bien. Pidió disculpas por su aspecto diciendo que acababa de llegar en el transiberiano desde Irkustk y comenzó a hablar con una voz profunda que me producía sueño. Creo que no me había pasado nada igual desde la infancia, cuando me dormía sin remedio en las clases de latín del profesor Crushev. Entonces, le ofrecí un café, pensando más en mí que en él, pues era media mañana y el sopor me estaba venciendo. Dijo que no había ido para tomar café y que le escuchase con atención pues era muy importante. Dijo que tenía que escribirte a toda prisa y mandarte un texto en griego. En ese instante, abrió un gran zurrón que llevaba en bandolera y sacó un libro inmenso que parecía muy viejo y destrozado. Me pidió que te entregase el libro en persona

cuando llegaras a Moscú y me advirtió, con severidad, que no hablara a nadie más acerca del asunto. Me extendió un papel con el mensaje que había para ti, y te lo mando tal cual, pues temo equivocarme si copio el texto en griego.

Miró entonces dentro del sobre, y encontró un papel arrugado y sucio.

ναυσι δουτε πεξος ιων ευροις ες Υπερβορεων αγωνα θαυματανοδον οιορπατα σαυτο Τατ τουαμ ασι

Sí, el texto era griego, pero no todo él, las palabras del final le eran totalmente incomprensibles, y no parecía un dialecto conocido. El griego tenía algunos errores y le faltaban acentos y espíritus, aunque estaba bastante claro y parecía clásico; algo le sonaba. Cogió la carta y se levantó precipitadamente de la mesa tirando un vaso. La señora Weber hizo un amago de protesta, pero no le prestó ninguna atención, cerrando con un portazo su estudio. Tradujo en una hoja sobre la marcha:

"Ni en naves ni por tierra puedes encontrar el maravilloso camino al lugar de los certámenes de los hiperbóreos", luego una palabra desconocida, "*oiorpata*", y mal escrito "*a sí mismo*", seguido de tres misteriosas palabras, "*Tat touam asi*." Heródoto había hablado de los hiperbóreos, pero aquel no era su estilo. De repente lo recordó: Píndaro. Buscó en las odas y su experta mirada la encontró en unos minutos, era la décima oda pítica. Le sorprendió que aquel fragmento no le hubiera llamado la atención hasta ese momento. Había leído en Píndaro las descripciones fabulosas de los hiperbóreos, los que viven al norte, más allá del viento Bóreas, que no conocen ni el trabajo ni la guerra, y que pasan los mil años de su existencia bailando y tocando la lira y la flauta, pero por algún motivo no se

había cruzado con esas líneas, o le habían pasado desapercibidas. Volvió ansiosamente a la carta.

Pero lo más raro ocurrió luego. Radlov comenzó a mirarme con ternura y me pidió que le hablara de mi familia. Pensé que era una forma un tanto extraña de iniciar una conversación trivial de cortesía y buenos modales, pero noté enseguida que su interés era sincero, por lo que me puse al final a hablarle de mí misma y mis preocupaciones vitales. En algún momento de la conversación, me quedé dormida. ¿No te parece raro? ¡Me dormí mientras hablaba!; nunca me había ocurrido. He sabido después que es una forma de enfermedad, aunque mi médico dice que no cree que la tenga. En cualquier caso, cuando me desperté Radlov se había ido, y por un momento pensé que lo había soñado, pero encima de la mesa estaba el libro. Y aquí lo tengo ahora mismo, esperándote sobre mi escritorio, para ver si tú puedes aclarar este asunto. ¿Conoces a Radlov? ¿Tienes alguna idea de qué es todo esto? ¿Tiene que ver con tu viaje a Siberia? La curiosidad debe ser una forma del fuego. Ya hablaremos sobre ello.

Ahora, nada más que desearte un feliz viaje. Hasta pronto.

Con todo mi amor,

Rachel.

Quedó en silencio. Oyó el sonido de un plato rompiéndose en la cocina, y otra discusión acalorada de los vecinos. Más silencio. Luego, un torbellino de ideas inconexas le arrastró de un lado para otro y le invadió una descontrolada excitación que le impedía enfocar su mente en una sola cosa. Tenía que hablar con Jacob, él le podría ayudar. Súbitamente, recordó la carta de Ana y se sintió en la obligación de llevar personalmente las líneas de respuesta, y así despedirse de ella. Sin pensar más, metió la carta en el bolsillo, junto con el texto de Radlov, cogió una chaqueta y salió al bullicio de Viena, que en su frenética

actividad espejaba el caos de su mente, representando las mil escenas de la urbanita vida cotidiana.

4

Hilos de dinero mueven las desamparadas marionetas ciudadanas en su repetitivo drama arlequinado. El tejido mismo de la metrópolis es dinero, una forma de materia sutil, una energía metafísica que subyace a las otras formas de energía, que es capaz de traducir toda actividad a su propio lenguaje de cifras, y así dar una estructura racional a los diferentes intercambios vitales. Esta energía que toma forma de dinero es la que sustenta a la misma célula y regula sus funciones, dirige los organismos físicos y jurídicos en sus posibilidades de acción, favorece el cultivo de unas ideas y cierra el paso a otras, ofrece el soporte para la materialización de unas cosas y la destrucción de las que no se ajustan a su lógica sencilla e implacable, que no es otra que la vida misma diciendo su monótono recitado: hambre, frío, calor, dolor, placer, descendencia y muerte. Es la célula animal quien a través de sus hilos de dinero mueve las marionetas ricas tanto como las pobres, siendo una cosa u otra en función de la energía vital que circula por ellas. Pobres en Viena eran quienes padecían las formas residuales de la energía, las basuras y toxicidades, los sueldos míseros y el hacinamiento de los suburbios, la tuberculosis y los enajenamientos, los trabajos maquinales y las maquinaciones empresariales por las que tejían, tintaban, cortaban, cosían, prensaban, fundían, mezclaban, reducían, quemaban, soplaban, cavaban, picaban, llevaban, traían, martilleaban, atenazaban, apretaban, soltaban, enroscaban, montaban, separaban, limaban, raspaban y tensaban el organismo social al que pertenecían, doce horas

al día, siete días a la semana. Ricos eran los demás, pero no menos marionetas por ello.

Impulsados por la mano invisible que manejaba el guiñol vienés en palacios y chabolas, que consumía a unos y a otros como leña seca en las llamas de los humanos agobios, los Schelling tenían una clara disposición al sufrimiento de los ricos, la ansiedad perenne por la posible pérdida de propiedades y la inagotable sed de acumulación de bienes. La tendencia había sido perfectamente encauzada con una costosa casa en Josefstadt, entre altos cargos de la administración, abogados de prestigio, notarios y grandes industriales. El propio Karl Schelling era miembro del comité ejecutivo de la Compañía Imperial del Gas, que tenía a su cargo, entre otras cosas, la muy principal tarea de dar luz a la ciudad. Ex-coronel del ejército, este hombre firme, acostumbrado a dictar la conducta de los demás, a hablar siempre y ser escuchado, le había dado a Ana todos los caprichos de una posición acomodada, es decir, todas las ataduras y adicciones de una vida basada en el dinero, haciendo de ella una mujer difícil y dependiente.

Schelling mandaba en la Imperial del Gas, pero en su casa no ocupaba más que un tercer puesto, justo por delante de su magnífico perro de caza. La soberana de aquel reino era Dorotea, ex-sílfide y esposa en activo, señora de la casa y del patrimonio más que del aire, la voluntad detrás de la voluntad de Karl. Su alteza había nacido en una familia de cierta tradición funcionarial en pleno Tirol, donde pasó una apretada infancia entre siete hermanos. Su bien proporcionado rostro y una firmeza de ánimo incontestable, le depararon, en su juventud, la atracción de un teniente de buena familia que se encontraba en la zona haciendo sus prácticas de guerra. Una vez se casó y disfrutó del desahogo económico que proporcionaba una fábrica de municiones propiedad de la familia del marido, desarrolló

una fobia desmedida hacia la pobreza, y no contenta con el dinero, buscó el prestigio de una posición más destacada, elaborando un complejo plan social, digno de un mariscal napoleónico, que en siete años llevó a Karl desde una roma carrera militar sin proyecciones, hasta la cómoda posición de uno de los sillones directivos de la Imperial del Gas.

Dorotea nunca simpatizó con Eli, y tampoco hizo ningún esfuerzo por disimularlo. En primer lugar, porque era judío, pero mucho más primario que eso era el rechazo que sentía hacia su condición de pobre. Durante los dos primeros años del noviazgo, cuando él no era más que un simple profesor de universidad, no fue invitado a la casa, y tenían que verse siempre en cafés y lugares públicos. En aquella época, Ana leía a Aristóteles porque era Aristóteles, lo que no sólo es una razón como otra cualquiera, sino, como Eli supo más tarde, también la más común. Fueron aquellos gustos literarios los que le llevaron a una conferencia sobre la "Poética" que él ofreció para el público general en la universidad. La belleza de Ana y las hormonas de Eli establecieron rápidamente el vínculo. Meses más tarde, Ana decidió que se casarían cuando le hiciesen catedrático, y a partir de aquel momento dejó de leer filosofía: era suficiente con un filósofo en la familia. Ella fue responsable de su escalada final hacia el empíreo académico, allanándole obstáculos con una impresionante intuición para el mecanismo de la ascensión social, sin duda nacida de la atención prestada a los muy expertos consejos de su madre. Fue Ana quien le convenció para que se convirtiera al catolicismo, lo que le pareció una formalidad secundaria a la que accedió de buen grado para la boda. Muy pronto, comprendió que estaba equivocado con respecto a la importancia de sus fidelidades eclesiásticas, pues en apenas un año le hicieron catedrático de griego, y sus ensayos de filosofía pasaban ahora por más profundos. A partir de entonces, Dorotea accedió a la

voluntad de su hija de concertar una fecha para el matrimonio.
-Su pasado judío no es ningún problema – le aseguró Dorotea a Ana, sin ningún complejo-, después de todo, Jesús fue judío antes que cristiano, ¿no? Eso sí, la vida extravagante y bohemia de ratón de biblioteca que lleva tiene que acabar. Ya tiene el prestigio de su posición, ahora tiene que dejarla sin abandonar el título que le han concedido. En el fondo, un ex-catedrático es tan honorable y tan inútil como un ex-coronel, pero un hombre en nuestra familia tiene que tener una posición más seria, más influyente y mejor pagada. Tu padre se encargará que entre en la Imperial del Gas.

Ana estaba muy complacida con el giro que tomaba su noviazgo y su vida. Eli, sin embargo, cada vez estaba menos a gusto con los acontecimientos. La primera vez que habló en privado con Dorotea, después de la conversión y la cátedra, ella le comunicó, muy íntimamente, que no tenía porqué avergonzarse de haber nacido judío, pues no era culpa suya, y que en unos años ya ni se notaría. Él les explicó entonces, tanto a sus futuros suegros como a Ana, que las tres religiones del Libro, son, bajo muchos puntos de vista, una y única. Judaísmo, cristianismo e Islam son tres momentos históricos de la evolución espiritual de unas sociedades humanas que corresponden a estados distintos de una misma idea de Dios.
-¿Libro? ¿Qué libro? Creo que no te sigo -interrumpió enojada Dorotea la conferencia particular de Eli.
-¿Quieres decir –atajó Karl- que el Islam es la misma religión que el cristianismo?
-No exactamente, pero comparten algunos de sus libros sagrados, y su contenido amoroso y su monoteísmo son análogos. Además, el impulso que lleva a unos y otros a buscar a Dios no es distinto, y eso vale para todas las religiones de la tierra.

Para un ex-coronel del ejército austro-húngaro, que había vivido toda su vida bajo la fantasmal amenaza del Islam turco, para quien el otomano era otro de los nombres del demonio, las palabras de Eli produjeron el mismo efecto que la muestra del látigo al caballo viejo. Schelling decidió desde aquel momento hacer de su futuro yerno un hombre serio, con sentido común, y había que empezar por erradicar todas esas extravagancias intelectuales que podrían ser mal interpretadas en la vida social vienesa.

-Mira hijo, ¿me permites que te llame hijo? – comenzó a decirle Karl echándole el brazo por encima del hombro con gesto conciliador. -Esas ideas tuyas puede que estén muy bien en los círculos de la universidad, donde hay gente inteligente que conoce los entresijos de la historia, pero la vida real es diferente, tiene otras leyes, otras prioridades... y, déjame que te lo diga, nada es tan prioritario como la bayoneta del enemigo que se lanza sobre ti en una carga. No se puede jugar con dos barajas: estás con ellos o con nosotros. Piensa lo que quieras sobre estos temas, eso no le hace daño a nadie. Recuerdo que yo también tuve alguna idea liberal, y no sólo con respecto a las mujeres –guiñó un ojo mirando alrededor por si Dorotea le oía-, sino incluso sobre política y religión. -Sí, yo mismo albergué simpatías por la democracia, incluso llegué a cuestionar la autoridad moral del confesor sobre la conciencia individual, pero aquellas fiebres pasaron. Lo más importante es que no hables en público sobre ello, no hará ningún bien a tu carrera. Escribe sobre los griegos, estudia su pensamiento y cuéntanoslo, esa es tu labor de filósofo, ahí está la verdadera sabiduría, y por ella serás respetado y admirado. Claro que los griegos eran todos maricones, pero si los respetaban y copiaban los romanos, por algo bueno será. Deja el Islam a un lado. Somos europeos y aquí no hay sitio para los que siguen a Mahoma. Hay una buena vida esperándote, no le des la espalda.

Comprendió que, en el futuro, no debía hablar más con su suegro, y que tenía que sacar a Ana cuanto antes de aquel ambiente tan turbio. Eli no había entendido nada, y no se dio cuenta hasta más tarde. Empezó a abrir los ojos cuando le surgió la posibilidad de un año sabático para marchar a Siberia a investigar, in situ, sobre el origen del chamanismo griego.

-Podríamos casarnos y marcharnos a Altai –le dijo inocentemente una mañana de domingo a Ana.

-¿A Siberia? ¿No es allí donde llevan a los criminales rusos? ¿Quieres meterme a vivir entre aquella gentuza?

Ana era una mujer moderna y no tenía ningún reparo o miedo por viajar, siempre que pareciera que se sigue en casa, como en los trenes de lujo o los grandes cruceros.

-Será sólo por un año... Seguro que te gustará Altai, es una zona prácticamente virgen, con una naturaleza excepcional.

-No me hables de naturaleza excepcional. La naturaleza está por todas partes. ¿No tenemos nosotros los Alpes? Soy una mujer de ciudad, y pensaba que tú, como buen admirador de lo griego, también lo eras, pero ahora resulta que te quieres ir con los bárbaros. ¿Qué tienen que ver los siberianos con los griegos? Bueno, tú haz lo que quieras, pero yo no pienso salir de Viena.

Siguieron meses de tensiones con todo tipo de presiones para cambiar la idea de Eli. Un buen día, Karl le ofreció un empleo como director de la fábrica de municiones de su familia, con un sueldo que cuadruplicaba el de catedrático. Y fue al declinar este ultimátum para sentar la cabeza cuando se inició el proceso de ruptura que hoy concluía con su forzada visita a la mansión de los Schelling.

El mayordomo abrió la puerta con su habitual gesto de disgusto. A Bohr, Eli no le había engañado nunca, no como a la atolondrada e inexperta señorita Ana, que desde niña se iba detrás de cualquier cosa nueva. Catedrático o no

catedrático, aquel judío bohemio no pertenecía al mismo mundo que los Schelling y él mismo encarnaban. Le despreciaba por no saber estar en su lugar y por ser inteligente, pero sobre todo por hablar de la libertad del hombre como si fuera la cosa más fácil y natural del mundo, insultando todo sentido del orden establecido y el decoro.

-La señorita Ana no quiere verle, así que le ruego que haga el favor de marcharse.

-¿Podría entregarle esta carta?

-¿Quién es Bohr? –preguntó la voz de Schelling desde dentro.

-Es el señor Feldman, señor.

-Hazle entrar, Bohr.

-¿Señor?

-Acompáñale.

-Sígame –dijo mostrando aun mayor disgusto mientras con gesto leve y estudiado indicaba a otro sirviente, de menor rango, que se ocupase de cerrar debidamente la puerta.

En una biblioteca tan recargada en su mobiliario como rala de contenidos que no fueran militares, Schelling tomaba un licor y leía el periódico. Se levantó educadamente a estrechar su mano, sin que latiese el menor atisbo sentimental tras el gesto.

-¿Quieres beber algo?

-No, gracias, sólo quería despedirme de Ana.

-Ana. De ella precisamente te quería hablar. Siéntate un minuto.

Schelling se sirvió otra copa con la excusa del diálogo.

-En esta casa, has sido tratado siempre como un hijo –comenzó a decir convencido de aquel cliché aplicado a la situación en cuestión-, y tanto Dorotea como yo desearíamos pedirte un favor.

Eli escuchaba fascinado por la rigidez de la etiqueta, y vivía el instante con la sensación de estar interpretando la vida de otro.

-¿Seguro que no quieres una copa? –insistió Schelling tomando ceremonialmente un trago de su licor-, es un excelente coñac...

Declinó la oferta, mirándole directamente a los ojos sin poder evitar una sonrisa.

-Pues bien, queríamos rogarte que salgas de la vida de Ana sin hacer ruido.

-¿Ruido?

-Ruido –asintió el coronel.

Se produjo un silencio. A Shelling le preocupaba que la ruptura del noviazgo de Ana generase algún tipo de escándalo. Nunca se había anunciado el compromiso de forma oficial, con la correspondiente fiesta, regalos de pedida de mano y proclama a los cuatro vientos, pero muchas de sus amistades intuían las intenciones de Ana. Las rupturas y reencuentros con las que ella le había sacado de quicio a él, dramatizadas en algunos lugares públicos, habían comenzado a despertar comentarios sobre la situación. Y a los comentarios les sigue siempre una reputación, que es precisamente lo que los padres de toda jovencita vienesa casadera quieren evitar a toda costa. Entre los ricos, los matrimonios regulan cuestiones patrimoniales y de herencias, mientras que entre los pobres son el mejor medio de canalizar los instintos sexuales. Por eso, la sangre, como concepto de la nobleza, es ante todo un documento notarial que lleva los sellos pertinentes, y cualquier enlace o ruptura tiene que ser cuidadosamente planeado y ejecutado, una ciencia exacta. El noviazgo de Ana había sido lo bastante largo como para que la separación se hiciese con cuidado: Schelling estaba dispuesto a indemnizar a Eli de alguna forma, y así evitar cualquier actitud suya que produjese la más mínima

habladuría. Cuando le expresó tal intención Eli soltó una carcajada.
-Oh, usted perdone Karl –reía sin parar–, pero esto es lo más divertido que me ha pasado en mucho tiempo. Mire coronel, ¿me permite que sea sincero con usted? Yo no quiero su dinero. Simplemente vine para despedirme de Ana, por afecto, por agradecimiento a quien nos ha acompañado en un tramo del viaje.
-Tienes que entenderme bien Eli. No es que te queramos comprar. Piénsalo como un regalo de despedida de unos viejos amigos –interrumpió ansiosamente temiendo lo que Eli pudiera decir.
-Sé que no está acostumbrado a escuchar, y que nada que le pueda decir le merece el mínimo respeto o le despierta algún interés, pero la situación me da el privilegio de una respuesta a su insulto. Esa lógica suya de la propiedad, ya sea de casas, joyas, carruajes, automóviles, ropas, maridos, mujeres, padres, hijos, o cualquiera de esos prietos lazos familiares con los que se estrangulan mutuamente, y que no se fundan en la espontaneidad de un afecto sincero, no es más que la oscura inercia de una lacra social mal llamada aristocracia, la lógica de los predadores y señores, algo que va mejor con las bestias que con seres humanos dotados de un corazón abierto y pleno. Ustedes han sustituido la bondad natural del ser humano por una virtud y un vicio manufacturados, y ambos no son en sus manos más que un instrumento del infierno, es decir, de la estrecha mentalidad en la que se ahogan día a día. Toda esa tullida aristocracia que usted representa, acastillada en un pasado al que se agarra con la inconsciencia del borracho tambaleante, esa renqueante transmisión generacional de vicios y debilidades, de vanidades y orgullos fuera de lugar que intentan enmascarar la desnudez fundamental del hombre en el mundo, envenena y desvirtúa la única forma de nobleza que puede haber en esta tierra: la renuncia y el

desapego, la generosidad y la entrega, la voluntad de no ser señor ni esclavo, sabiendo que algo espontáneamente sincero, inteligente y profundo, más allá de las cortas expectativas de la lógica de un sueño de poder, vive en nuestro pecho, dirigiendo nuestra interacción con el universo hacia una comprensión desbordante de bienaventuranza y libertad.

-¿Cómo te atreves a hablarme así? –explotó Schelling en un ataque de ira -te mataría aquí mismo si eso no supusiese la ruina de mi familia. ¿Crees que eres mejor que yo? ¡Fuera de mi vista! ¡Fuera, petimetre judío! ¿Será posible? Nosotros que hemos sido una familia para ti, que te hemos ofrecido todo... y ¿tú respondes así? ¡Bohr, Bohr! ¡Tu carrera está acabada, tu vida está acabada, me encargaré personalmente de ello, ya verás mequetrefe!

El mayordomo entró inmediatamente, había estado escuchando desde fuera.

-¿Señor?

-¡Eche inmediatamente a este individuo de mi casa, y no le permita volver a entrar jamás!

-Con sumo placer, señor –intervino Bohr cogiendo con fuerza a Eli por un codo y llevándolo casi en volandas hacia la puerta.

Se sacudió la presión del brazo y se dirigió a Schelling sin ninguna ira.

-Gracias por tan invalorable lección, señor Schelling. Alguna vez, simplemente deténgase a escuchar sus propias palabras, y atienda a lo que tiene que decir al respecto su corazón, no puede andar demasiado lejos.

-¡Fuera!

Eli buscó la puerta con el anhelo de quien busca la luz, seguido de cerca por el mayordomo, que estaba feliz de echarle al fin de la casa.

-Adiós Bohr –dijo guiñándole un ojo.

Sólo respondió la madera de la puerta al cerrarse tras él. El aire cargado de Viena se aligeró por un instante en la amplitud de la calle. Un espacio desconocido se había abierto en su interior y la ciudad parecía haberse detenido, como un juguete mecánico que ha agotado su cuerda. Después, poco a poco, el mundo fue volviendo por el camino de los sentidos. El sonido de una máquina surgió del lienzo gris de rumores de la ciudad, avanzando desde la izquierda. Antes que ninguna identificación previsora le advirtiese de lo que ocurría, le sobresaltó una bocina. El desagradable rebuzno mecánico procedía de un coche que se detenía justo frente a él, llevando a Ana. Era un elegante automóvil alemán, un Doktorwagen con motor de dos cilindros y catorce caballos. La roja tapicería de cuero hacía más blanco el largo gabán de copiloto con el que Ana cubría un vestido azul que sobresalía por las mangas y a la altura de los zapatos. Al volante de este caro juguete estaba Ulrich, un aristócrata capitán de la imperial caballería, que siempre había estado enamorado de Ana, y no había perdido un sólo minuto para aprovechar la ruptura del noviazgo. Apenas le conocía, lo que no impidió que le saludara cortésmente mientras ayudaba a Ana a bajar del coche.

-Te dije en mi carta que no quería volver a verte –aclaró en voz alta para que el conde pudiera oírla.

-¿Quieres que te acompañe hasta la puerta? -intervino Ulrich deteniendo el motor para alivio de todos los oídos.

-No es necesario, querido –se apresuró a responder Ana –, Eli ya se va.

-Quería darte esta carta de despedida. Ana la cogió y la hizo pedazos allí mismo, lanzando los trocitos al aire mientras avanzaba hacia la puerta.

-Hasta mañana Ulrich –dijo Ana sin mirar atrás.

-¡Vendré a las once! –respondió con enérgica voz.

-Adiós Ana, gracias –despidió Eli.

Dos sentimientos contradictorios se confrontaron entonces en su corazón. Por un lado, sentía un tremendo alivio al haber escapado de una burda trampa. Además, lo que le había dicho a Schelling, y el hecho mismo de habérselo dicho así, había subido su sensación de autoestima: no tiene porqué triunfar siempre lo más obtuso y torpe en este mundo. Por otra parte, la marcha tan violenta de Ana no era sino el síntoma de un cambio brusco que se estaba produciendo en su vida. El viaje a Siberia lo había trastocado todo, y eso le producía una vaga sensación de melancolía: vivir es continuamente despedirse de las gentes y las cosas, y sobre todo de uno mismo, es un continuo ir perdiéndose por el camino, como un cántaro que gotea continuamente y a veces se vierte más de lo debido. La contradicción era que aquel exceso de agua vital derramada le producía también gran felicidad, como la sensación de darse y perderse, de desaparecer en la arena del tiempo mojando apenas unos granos con nuestra líquida vida. ¿Había vivido? ¿Si ahora le sobreviniese la muerte podría presentarse ante ella proclamando que había extraído el meollo a la vida, que la había comprendido en sus más íntimos procesos, que había danzado con ella hasta agotarla y agotarse? Había explorado muchas páginas en las que los sabios y maestros habían manifestado sus ideas sobre la existencia, y creía haberlas entendido, si bien algo en su corazón le empujaba a seguir la búsqueda en pos de la comprensión final. Supo que aún buscaba porque tenía la sensación de haber perdido el camino de vuelta a casa, que tras un breve momento de fascinación con las cosas del mercado, o las palabras, que tantas veces simulan la sabiduría, la poderosa corriente subterránea del hastío había persistido en su curso hasta el océano de su íntimo ser, dando con su empuje la voz de alarma a la vez que la orden de vuelta al hogar.

Durante más de una hora, deambuló absorto en sus pensamientos por las calles de Viena, inconscientemente buscando una apertura ya directa hacia Siberia, un atajo que mostrase las montañas de Altai al torcer algún callejón. Para su sorpresa, se encontró frente a la librería de Jacob, siguiendo el dictado autónomo de las piernas, que habían dejado a la cabeza divagar con sus restos emocionales de autocomplacencia y tristeza. En un auténtico amigo, se aglutina la sacralidad de esta tierra, por eso, las nubes se disiparon de su corazón, y una sonrisa lavó todas las cosas cuando vio la figura del viejo Jacob a través del cristal, la única persona que conocía que era inmune a los inciertos avatares de los hombres. Con paso alegre, entró en la tienda.

5

Jacob Weismann tenía el raro don de la serena alegría. Al igual que algunos gozan de mentes con gran destreza deductiva, otros tienen capacidades musculares extraordinarias, unos terceros gozan de una inamovible fuerza de voluntad, o de diversas ventajas y virtudes con las que adornan sus distintas personalidades, Jacob estaba poseído por la inusual bendición de una ecuanimidad feliz. Siempre se detenía en la parte más profunda de las cosas, y desde allí, hasta lo más serio y sublime parecía un juego diseñado para el regocijo del alma. Había alcanzado esa edad en la que un hombre ve declinar su cuerpo con la premura de una caída libre, y ve cómo arrastra su mente en el torbellino, con la correspondiente limitación para planes y proyectos de futuro, y debe entonces elegir entre consumirse en la insatisfacción por una vida de fracaso, lamentando el despilfarro de una existencia vacía, o en su lugar las pírricas victorias logradas, las escasas comprensiones medio entrevistas, o bien aflojar la tensión inútil, separar los apretados dientes y reír ante la perfección del absurdo y la pequeñez de lo que llamamos vida, aceptando que la existencia humana es demasiado corta para todo lo que no sean unos cuantos pronunciamientos morales y algún fugaz ejercicio estético. Jacob había elegido reír, o más bien, seguir riendo. Reía observando a los niños de todas las edades, zarandeados por deseos inútiles, viejos como el mundo e improductivos, adolescentes apegados a las cosas y a las ideas de sí mismos, girando en la noria de las eras sin poder detenerse. La felicidad le había granjeado todo tipo de enemigos, compañeros de danza, los llamaba él, parejas un tanto torpes que le pisaban a cada paso, lo que no parecía importarle demasiado. En un mundo atareado en sacar el agua del mar a cubos, en el que los cuberos están

convencidos de estar haciendo cosas serias y útiles, donde los egos no sólo florecen sin restricción, sino que son alentados a superarse a sí mismos y a crecer, la risa limpia y sin objeto es un insulto y una amenaza. No obstante, la inocencia, la apertura constante de la mente al cambio y el devenir, es su propia recompensa, y Jacob vivía ajeno a casi todas las cosas, inmerso en un universo de sereno regocijo al que había entrado, según afirmaba, a través de la sabiduría de los textos antiguos.

Practicaba el arte de la cábala, aunque su heterodoxia le había llevado a un desarrollo personal en el que parecían confluir todas las tradiciones místicas del mundo. Tenía una tienda de libros raros con la que se ganaba el sustento, ya que bibliófilos de todas partes del imperio, más raros ellos mismos que los inusuales libros que buscaban, venían a visitarlo, y comprar ediciones únicas que él conseguía a través de un familiar suyo de Alejandría, quien decía tener contactos con diversas ciudades de Oriente Medio. Por otro lado, su dominio de cerca de veinte lenguas le había fraguado una reputación de traductor por toda Europa, y tenía más encargos pendientes de los que nunca llegaría a atender.

Eli dejó salir a un hombre elegantemente vestido antes de adentrarse en el reino de Jacob.

-Bienvenido Eleazar, enseguida estoy contigo –saludó serenamente Jacob –, déjame sólo que vuelva a colocar estos libros.

Se puso a curiosear mientras Jacob subía por una pequeña escalera de roble a una estantería. La tienda tenía algo de bazar oriental y mucho de santuario, un lugar de culto a un “no sé lo que es pero sin duda es saludable.” Para Eli, era un templo más fundamental que la sinagoga, y a la vez más moderno, un espacio sagrado en el que los dioses de todos los hombres encontraban un foro abierto al misterio de su propia existencia, y dialogaban entre sí,

manifestando formas mentales más lúcidas y nutrientes que las pobres disertaciones de la teología y la filosofía. Siempre había algún libro raro, recién llegado de un lejano lugar, que prometía la explicación final del hombre y sus cosas, si bien sólo cumplía, como también hace la naturaleza, con aquella parte que la mente del lector era capaz de encontrar en sus antiguas páginas. Estaba sorprendido por la interminable lista de autores antiguos, filósofos y poetas, que Jacob conocía y de los que nadie más había oído hablar jamás, escritores que parecían vivir tan sólo en los laberínticos anaqueles de tan impresionante biblioteca-librería. Abrió al azar un pequeño libro intitulado "El Simurgh": *Hace mucho tiempo, cuando la vida era más joven y las puertas que unían los mundos se abrían con más facilidad, en un remoto confín de la tierra cayó una pluma extraordinaria de los cielos...*

-Todos quieren saber cosas sobre la India –le interrumpió Jacob acercándose a él. -Van buscando el desarrollo de poderes yóguicos para poder aplicarlos en su vida diaria, pero no tienen ni idea de dónde se meten. Yo creo que, aunque no lo saben, buscan otra cosa, lo que está detrás de los poderes y los sustenta. Claro que hay que reconocerle a los indios cierto poder de fascinación: el de los ancianos que han revertido a niños y parecen investidos con sabiduría extramundana. India es para los jóvenes, a quienes seducen las experiencias extremas.

Dejó el libro y abrazó a su amigo con cariño.

-Me alegro de verte.

-Yo también, además, te estaba esperando. Hace dos días llegó un paquete para ti. Viene de Moscú.

-¿Por qué no me avisaste?

-No era necesario, el paquete mismo lo haría.

-¿Qué quieres decir?

-Es muy simple: el hecho mismo de que te lo enviaran aquí, en lugar de a tu casa, muestra que este es el lugar de

encuentro, ¿cómo decirlo? Es como si la inusualidad del fenómeno creara un campo de atracción entorno suyo, y tu mente, al pertenecer a su ámbito, es parte imprescindible. Por eso vendrías a recogerlo, aun sin tú saberlo. Te lo manda un tal Radlov.

A Eli le dio un vuelco el corazón.

-¿Radlov? Déjame verlo, ¿dónde lo tienes?

-¿Le conoces entonces?

-En cierto modo sí. Es curioso... fascinante...

Se hizo un cómodo silencio que ninguno de los dos se apresuró a disipar.

-Ya sé que para ti estas coincidencias son de lo más natural –continuó Eli. -Venía a verte precisamente para hablar contigo acerca de un asunto relacionado con ese Radlov.

-¿Coincidencias? No hay coincidencias.Deberías abandonar de una vez las nociones infantiles que tienes de causa y efecto. Esas ideas de la física son tan simplonas como las que decían que si uno navegaba hacia el oeste caería en el abismo. Si dos cosas coinciden es que estaban ahí, a simultáneo, para poder coincidir. Pertenecían a un mismo mundo. La coincidencia es simplemente que alguien nota entre ellas una cierta relación, pero la relación es inevitable a través de quien la observa. El que observa atrae hacia sí ambas cosas y proyecta un orden propio, interno, sobre ellas.

-Si hablase como tú en la universidad me echarían a la calle. No les gustan los místicos.

-A nadie le gusta lo que no entiende, sobre todo delante de otros, pues le hace parecer un tonto. De todas formas, no te preocupes si te dan una patada, en esta tienda siempre encontrarías un lugar de trabajo –rió Jacob. -Ven, vamos a abrir tu paquete y me cuentas todo mientras tomamos un té.

Cuidadosamente envuelta en un paño de seda, descubrieron una piedra que por su transparencia identificaron con un cuarzo inusual. Venía engastada en

plata y con una cadena para hacerla colgante. Los dos hombres no fueron ajenos a una extraña forma de fascinación. Eli relató entonces todo lo que sabía sobre Radlov por la carta de Rachel, y finalmente le dio a Jacob el texto.
-Esto sí que es curioso. ¿A quién se le ocurriría escribir un mahavakya con grafía griega?
-¿Mahavakya?
-Sí, una de las cuatro grandes sentencias de los Vedas. Después del fragmento de Píndaro que has identificado hay una palabra que no reconozco, pero luego han escrito "Tat tuam asi", "Tú eres Eso", la enseñanza de la identidad del ser individual y el Ser Supremo.
-¿Le ves alguna conexión con lo que dice Píndaro?
-Creo que hasta que no averigüemos el significado de la palabra desconocida, "oiorpata", nos moveremos a ciegas. Sin duda es indoeuropea, pero... Tómate el té y echa un vistazo por ahí, tengo libros nuevos. Déjame que investigue con algunos diccionarios.

Jacob cogió cuatro grandes volúmenes y, tras contrastarlos durante casi una hora, bajó al almacén del sótano, subiendo al rato con una caja de la que sacó varios pergaminos.
-Está en lengua escita, aunque escrita con los caracteres del griego. Hubo un tal Hermótimus de Glazomene, neopitagórico, que escribió en el reinado de Adriano un tratado sobre la religión de los escitas, quizá lo conozcas.
-Nunca había oído hablar de él –se sorprendió Eli.
-Hace años, me llegó la copia de una traducción al árabe que se hizo en Bagdad en el siglo diez por un sufí que firmaba como Ayas, y se hacía llamar "El aliento de la Amada." Si no me equivoco, esa palabra está esperando ahí a que la desempolvemos.
-Eso me parece un tanto excesivo. Si realmente es como dices, creo que voy a necesitar que me refresques tus

nociones de causa y efecto. Nunca les presté demasiada atención, me parecían, perdona, un desvarío místico, pero hoy estoy viendo que estaba inquietantemente equivocado.

-Sí, bueno, luego hablaremos de eso, -sonrió- ahora déjame que la encuentre. ¿Tienes hambre? Ponte un poco de queso, no creo que tarde mucho.

Eli se sentía como un niño que atisba a medias las dimensiones del mundo, y no acierta a hacer las preguntas correctas. Se movía en un terreno desconocido en el que no le servían sus estudios académicos. ¿Cómo puede una traducción al árabe de un texto neopitagórico del siglo segundo tener la explicación de un escrito enviado desde Moscú por un desconocido? Dos horas más tarde, ya de noche, reapareció Jacob con una sonrisa en los labios.

-Se trata de una palabra compuesta: “oior” es hombre y “pata” es la acción de matar a un hombre, pero no de manera fortuita o en un asesinato, sino que es una forma ritual. El texto que tenemos dice entonces algo como lo siguiente:

“Ni en naves ni por tierra puedes encontrar el maravilloso camino al lugar donde juegan los hiperbóreos, un suicidio ritual, tú eres Eso.”

-No hay ninguna duda que está relacionado con mi viaje- comenzó a reflexionar Eli en voz alta. -Entiendo que los juegos de los hiperbóreos tienen que ver con ceremonias de iniciación chamánica, pues en muy distintos lugares he encontrado que se habla de ellos como seres que estaban fuera del tiempo y del espacio, como el mismo Apolo; de hecho, creo que no eran sino los sacerdotes de algún tipo de culto que luego llegaría a Grecia como el apolinismo.

-A mí, me da la impresión que estas líneas son una advertencia personal, más que la comunicación de algún principio general sobre el culto de los hiperbóreos. Ese Radlov te está queriendo decir algo y manda el mensaje envuelto en un enigma. Quizá esté diciendo que el lugar de

los juegos de los hiperbóreos no es un lugar al que se pueda llegar físicamente, está en ti mismo, y tú ya eres eso que andas buscando. Es como si te dijese que no vas a encontrar lo que buscas en el lugar que piensas buscarlo, aunque me escapa la función que aquí tiene la palabra escita que expresa la acción ritual de matar a un hombre, y en este caso, de un hombre que se mata a sí mismo. Me ha llamado la atención algo que he leído en el sufí: "Vivimos en el círculo del recuerdo, pero para alcanzar esa vida hemos de morir por voluntad propia en este sueño."

-La única forma de entender este juego enigmático es leer el texto que ahora tiene Rachel. Sea quien sea, Radlov nos ha dado una golosina para atraer nuestra atención, y le ha funcionado perfectamente. Utilizando la extraña lógica que tú usas siempre, intuyo que ese libro está indisociablemente ligado a mi destino en Altai.

-¿Destino? No, no es una cuestión de destino. No lo es si tú no quieres que sea así. El universo no es algo cerrado, continuamente se reescribe a sí mismo. Las cosas ocurren, simplemente. Tu mente no sólo las asocia y ordena, en causa y efecto, en esto y aquello, sino que también las crea y la creación ocurre como un todo, pero no es que unas lleven a otras. Es como si las cosas se agrupasen en racimos mentales, pero dentro de cada racimo no hay linealidad, sino interconexión a su nivel más esencial, todas son a simultáneo, es nuestra percepción la que es secuencial.

-De todas formas, parece inevitable pensar que el pasado es lo que conduce al futuro, y que hemos llegado hasta aquí después de haber recorrido un determinado camino y no otro.

-Eso es un truco de tu personalidad. Juega con tu memoria para obtener una entidad que no tiene. Se reconstruye y recrea en el pasado o en el futuro porque sólo ahí puede

vivir. En cuanto entra en el presente, en la simultaneidad, desaparece, y eso no le gusta.
-¿Crees que mi viaje a Altai es una pérdida de tiempo? –dijo liberando la cuestión que no se atrevía hacer a Jacob en los últimos meses.
-Para perder algo hay que tenerlo. Tú no tienes tiempo, más bien, el tiempo te tiene a ti en sus redes, la malla de la mente universal. Que fueras o no sería irrelevante si consiguieses abrir tu mente a este instante, si bien, hay algo de ti que vive en el futuro, y debes fluir con lo que te arrastra hacia ese espacio... O detenerte de una vez por todas en este instante, pero sin sujetarte a nada. La sabiduría es paz y la paz es sabiduría. No se encuentra en ningún libro, ni en ninguna parte, pues no es ningún objeto, ya sea físico o mental. Acaba tus guerras, encuentra paz en plena batalla descubriendo que no luchas contra nadie, y obtendrás la sabiduría. Porque es eso lo que buscas en Altai, ¿no?
-¿Qué otra cosa podría buscar? Tú pareces haberla encontrado, querido amigo. Nada te turba ni incomoda, a cada paso encuentras motivos para reír en este mundo feo y absurdo...
-Proyectas sobre mí una imagen idealizada de ti mismo –sonrió. -Además el mundo no es feo y absurdo, o por lo menos, no es sólo eso. Yo veo el despliegue de un sueño divino, o si lo prefieres, del sueño de la vida inmarcesible, la *aionios zoé* de la que hablaban los griegos, como recuerdo una vez me contaste en relación a los misterios dionisíacos, la cual incluye las diversas vidas individuales o *bios,* y sus muertes. Nuestra mente sueña el mundo, pero esa mente es inocente en su soñar, no puede evitarlo. Creo que es otra mente la que sueña a través de la nuestra, la gran mente del universo, el Dios soñador y creador. Por eso el mundo es un canto de armonía en el que lo feo e inconsciente, lo burdo y mecánico ayuda al desarrollo

general de todo lo demás, sirve para dar forma al conjunto de la representación. Nada falta ni sobra. La raíz hundida en la noche de la tierra sostiene la flor, y se entrega a ella, y a su vez la flor nutre de luz lo oscuro devolviéndole la savia transfigurada por el sol.

Quedaron en silencio. En su vacío lienzo, aparecieron confusas imágenes en la mente de Eli, nieve, montañas, una hoguera, caballos en una pradera... Nada aconteció para Jacob.

-Si finalmente vas a hacer el viaje, tienes que ser consciente que quizá lo que encuentres no sea de tu agrado, o incluso que suponga tu propia muerte, como parece sugerirte Radlov. Me viene ahora a la mente la historia del hombre joven que, como tú, partió hacia tierras lejanas buscando la sabiduría. ¿No es una historia como todas las demás de búsqueda? Este hombre, como tú, pasó estériles años siguiendo enseñanzas y prácticas de las más diversas escuelas y religiones. Al no encontrar ningún maestro que apagara su sed inmitigable, agotó el anhelo de la búsqueda, y sintió su corazón atravesado por el puñal de la desidia y la amargura, que tantos confunden con el haber llegado a la realidad de las cosas. En una taberna en la que emborrachaba su memoria, en un confín fronterizo de la tierra, le habló un extraño sobre un gran maestro que vivía en el núcleo mismo de un desierto cercano, y cuya sola mirada devolvía la paz al alma. En plena embriaguez, se adentró en la inhumana ferocidad del desierto, y su yermo suelo ardiente, atravesado por infinitas vías invisibles, le llevó en varios días hasta el límite de la muerte por deshidratación. Creyó entonces vislumbrar un hombre sentado entre dos rocas, en la única sombra que la tierra sedienta había arrancado al sol inmisericorde. Se arrastró y se refugió entre los peñascos, a los pies de la figura inmóvil que estaba perdida en un inmenso trance. La llegada de la noche no hizo mejorar las cosas, el afilado diente de la

helada se clavó en su agotada carne, y un delirio febril le condujo a proferir gritos terribles que el santo parecía no escuchar. Al alba, el hombre salió de su meditación y miró sin ninguna emoción al recién llegado. Le dio agua de un cántaro que tenía escondido bajo una de las rocas.
-"¿Por qué has venido hasta aquí buscando algo que ya tienes?"- le dijo una voz tranquila y profunda. Después comió unos dátiles, volvió a cerrar los ojos, y se perdió en su éxtasis solar.

El buscador quedó atónito. Pasó el día estupefacto por el efecto de aquellas simples palabras, y por la noche las oyó mil veces repetidas por la fiebre. Al día siguiente, se apoderó de él una risa sin fin. En plena euforia, comenzó a caminar sin rumbo hasta que el sol del mediodía le despojó del conocimiento, abandonándolo con un hilo de vida perdido por el suelo. Fue su suerte que, de las muchas sendas que oculta la arena, se hubiera desmayado en el camino habitual de una caravana. Días más tarde, recobraba el sentido en la tienda del nómada que le había salvado la vida y devuelto a la civilización. Volvió a su hogar más como un hábito arraigado que por el deseo expreso de ir a ninguna parte. Quedó a cargo de su hermano menor, pues su atención ya no estaba con el mundo ni sus cosas. Apenas hablaba, y cuando le preguntaban acerca de lo que le había ocurrido en su viaje, simplemente sonreía, y balbuceaba: "allí y entonces no, aquí y ahora..." Y así discurrieron sus días, hasta que la muerte se lo llevó tranquilamente en la ancianidad. Para algunos, sus días finales fueron muestra de la bienaventuranza de un hombre iluminado, para otros, los delirios de un pobre hombre, que buscando un fantasma había enloquecido por exceso de sol.

6

Nunca acaba el tren de despedir la ciudad cuando se adentra en el campo. Unido a ella por cordón umbilical de hierro, la lleva imparable dentro de sí, proclamando el poder de la madre, advirtiendo a la indómita naturaleza que llega el látigo humano, que la resistencia es inútil, que la razón siempre acaba por ordenar los más inciertos mares. La tormenta de súbitos rayos ríe entonces por tal ocurrencia, y congregando huracanes y monzones apunta con su dedo nuboso hacia la pequeña hilera metálica por la que confiadamente se desliza una alargada gota de hierro, en cuyo interior se condensa la mente humana girada sobre sí misma en forma de máquina, y vuelca sobre ella la amenazante furia de las aguas.

Llovía. Durante doscientos kilómetros Viena siguió al tren en la memoria y las inercias, y por el ancho surco del Danubio, hasta que al fin Budapest, dividida por las mismas aguas de la vida, dio paso a un cielo más claro y a la serenidad de la tarde. La ciudad, entonces, quedó anclada atrás, fatigada en su carrera, y el río buscó por el sureste la garganta que más abajo, junto a la Puerta de Hierro, le introducía imparable en los Cárpatos con el único propósito de buscar, entre la llanura válaca y la meseta búlgara, su muerte y renacimiento en un negro mar. El cauce metálico del tren tomaba, sin embargo, la ruta del noreste hacia Miskolc, por las cuencas bajas de la llanura de Panonia, buscando con su ardiente vapor otras montañas que también llaman Cárpatos, para vencerlos con su ímpetu mecánico y penetrar por el sur de la Galitzia.

Eli miraba por la ventana, sin sospechar, ni por un momento, que las hierbas por las que sus ojos se

deslizaban fueron en su día un mar interior, una gran masa de agua que con infinita paciencia aluvial habían surtido los ríos de las montañas adyacentes a Panonia. Nadie, salvo el geógrafo o el geólogo, podría adivinarlo, a pesar de la elocuencia del lago Balaton o de su hermano el Neusiedler. La canción de la tierra pasa desapercibida para la mirada urbanizada que no atiende. El hombre de ciudad busca literatura en el paisaje, y deseando una única forma de belleza, vela todas las demás. El hombre de campo no ve ni naturaleza ni belleza, pues es incapaz de verse a sí mismo. Hermosa es la tierra bien labrada o la lluvia que llega a tiempo. Su gozo y su anhelo son los verdes pastos o las fértiles negruras. Todo lo demás es obra de poetas demiurgos, que dijeron que la Aurora tiene rosáceos dedos y que nuestro amor habita en bosques solitarios nemorosos. La naturaleza, como un gran espejo pulido, refleja nuestra imagen, devolviendo a veces un monstruo, a veces la nostalgia de una vida más simple, y otras, una voluptuosa riqueza, en la que vemos ante todo la oportunidad para un saqueo y una orgía de abundancias en todas las dimensiones de la materia. La visión es siempre ebria, pues es la naturaleza la disrupción de la esfera limitada de nuestro ego, de una forma u otra. Todo en la naturaleza son excesos que se miden en términos de vida: demasiado frío o calor, demasiada agua o sequía, aquí un festín de carne o frutos y allá una famélica mirada, o una ascesis mortal, pero siempre la oscura sabiduría de los instintos empujando unas cosas hacia otras, la pertinaz tiranía de la rueda que encadena esto a aquello, en pesadillas repetitivas que se iniciaron en el alba de los tiempos, en sueños serenos en los que se vislumbra la libertad de una vida más allá de las emociones, incluso cuando se es arrastrado por ellas, dentro de ellas, más allá de las satisfacciones automáticas de un intercambio hormonal, del fluido egoísta que se camufla tras el escenario recurrente de las sensaciones animales con

la máscara oceánica de la moral, más allá de los delirios racionales de la víctima y su predador. La naturaleza es la casa de los dioses, en la que hemos encerrado lo que más nos gusta y disgusta de nosotros mismos como cuerpo, y después hemos perdido la llave, y no sabemos cómo volver a entrar. Miramos por la ventana hacia dentro, y nos conocemos y desconocemos en sus pulsos. Sentimos que hay algo que le falta, aunque vemos, que rocas, plantas y animales están completos, acabados, perfectos en sí mismos, en sus inocencias y atrocidades. Al mirarnos en este limpio espejo con los ojos del poeta, si la mirada es desinteresada, comprendemos al fin que la naturaleza entera es como un gran dedo que apuntara hacia algo que está por venir, algo que sentimos íntimamente como la culminación de todo lo sucedido, el sentido y el fundamento de las medias verdades vagamente intuidas en la colosal acción de la vida, una misteriosa transformación de todas las fuerzas en un gran tema universal, un canto único o una voz en la que se manifiesta lo real sin reservas de ignorancia.

Rasgando el velo de la noche, pero no el del misterio, el tren seguía el único curso que encontraban sus ruedas insensibles. Y como los poetas nunca cantaron la gloria perdida de los ya invisibles mares interiores de Panonia, Eli veía con sus ojos otras cosas errando más allá de la ventana. El traqueteo acunaba la inercia de automáticos pensamientos, y las experiencias del día y los proyectos para mañana cedían al sopor.

-Se abre el vagón restaurante –anunció el revisor golpeando educadamente la puerta.

7

-Permítame que me presente, soy Xintien Hu, comerciante de Shangai.
-Christian Renard –dijo otro hombre en alemán, con un fuerte acento francés.
-Eleazar Feldman –respondió sentándose a la mesa.

El maître despidió, con un saludo, a los tres extraños, para darles tiempo a decidir lo que querían para cenar. Una botella de vino presidía la mesa, y el francés se apresuró a llenarle una copa a Eli para romper la incomodidad evidente que sentían unos con otros, ante los imperativos de espacio del vagón restaurante.

-Si me permiten... Hagamos como los romanos al llegar a casas ajenas: bebamos vino para probar nuestras buenas intenciones y bajar las defensas, pues “in vino veritas”. Y no es que tenga intención de envenenarles –rió Renard.
-El señor Renard y yo hemos brindado ya dos veces por la paz en el mundo y las buenas relaciones comerciales –advirtió Hu-, pero supongo que una más no puede hacerle daño a nadie, y más teniendo en cuenta lo tensa que está la situación en los Balcanes.

Eli levantó la suya miméticamente, pero sin decir palabra, retraído y un poco molesto por la mundanalidad de la sala, temeroso de una posible verborrea por parte de sus compañeros de mesa. Habían cruzado los Cárpatos y se acercaban a la galitziana ciudad de Prezemysl.

Un camarero les entregó tres cartas con el menú de la noche. El impreso llamó su atención por el gusto recargado de su diseño. Dos jóvenes con antorcha, en tinta sepia, flanqueaban la lista de platos. Una de ellas llevaba una vestidura acorde con los patrones de costura de la época,

mientras que la otra mostraba por debajo de sus decorosos pechos de estatua una túnica clásica. El resultado era a la vez recargado y exótico, una muestra gratuita de nada que alguien consideró daba al menú un toque de distinción.

-Tomaré la sopa de verduras, los huevos de codorniz a la piamontesa y una tabla de quesos –informó Eli al impaciente maître devolviéndole la carta.

El distinguido camarero aprobó su elección, pero calificó de sobresaliente el cambio de los huevos por solomillo a la pimienta, por el que optaron los otros comensales. Les felicitó a los tres y marchó en busca de una botella más del vino francés que estaban bebiendo, un Gran Chateau provenzal tan añejo como el mundo, lo que produjo un intercambio adicional de absurdas formalidades y pedanterías de catador de vinos entre el maestro de la cena y el galo. ¡Qué sublime cosecha fue la de 1898! Pues no hay que olvidar que el vino es un dios celoso que demanda largos rituales y minuciosas ceremonias, y no fue hasta la segunda botella de Dionisos líquido que la cena ganó espontaneidad. Al llegar a los postres, el francés mostraba una abierta cordialidad rayando con la impertinencia sabelotodo. Había acumulado infinitos datos triviales de la prensa diaria, y con ellos había recompuesto un puzzle de la situación política que a Eli le pareció altamente alucinado. Según hablaba, comprobó que Renard no hacía otra cosa que expresar la opinión comúnmente aceptada de los acontecimientos de la época, aderezada con la extravagancia y superioridad de quien cree conocerlo todo porque ha viajado mucho.

-Estos son tiempos que verán el triunfo final del jurista como político profesional –aleccionaba el francés escuchándose con agrado. -Cada época y lugar ha tenido el suyo: clérigos, letrados, la nobleza de la corte, los patricios burgueses... La complejidad de las relaciones entre los individuos de una nación y los laberínticos lazos

internacionales, requieren expertos en las leyes modernas, mentes entrenadas en la rápida confección de cuadros jurídicos y marcos de consenso.
-Esa es la herencia del burocratizado imperio romano tardío –intervino Eli invitado por el vino. -Aunque no podemos decir que esta civilización sea hija exclusiva de Roma. De los romanos nos viene un pensamiento jurídico formalista, que es la base de la burocracia, pero es la Edad Media, con la colaboración de los derechos árabe, italiano, alemán e inglés, la responsable del triunfo mercantilista de nuestros días, triunfo que, brinden ustedes o no por él, es el síntoma de la mente dormida en la superficie de las cosas que domina al hombre moderno.
-Ah, mi querido amigo –respondió Renard-, fondo y superficie son la misma cosa, y al final manda el deseo de una buena vida, un patrimonio, variados espectáculos... Todas las versiones de derecho que ha nombrado usted no son sino adaptaciones locales del derecho romano, diferentes copas para un mismo vino, y las borracheras no han sido tan distintas como se nos ha hecho creer. El criterio imperial de Roma no es tan diferente al de Inglaterra o al de Francia.
-Eso se debe, si permiten una impresión asiática -interrumpió Hu-, a que todos los imperios son Roma. Roma es una categoría de lo formal en la administración pública, y se da tanto en la justicia que imparte un tribunal de la joven Norteamérica como se dio en cualquiera de los emperadores de la antigua China, que se vanagloriaban de ser buenos poetas y calígrafos. Pero al igual que todos los gobiernos son formalistas y burocráticos, los gobernados son esencialistas.
-¿Qué quiere usted decir? –preguntó Renard intrigado.
-Mire, mi primo Li Hun se trasladó a Shangai hace unos años, y compró una casa en la mejor zona de la ciudad por una suma considerable, convencido de hacer un buen

negocio. Un año más tarde, el vendedor, después de perder todo su dinero con el juego, las mujeres y el opio, volvió a Li Hun reclamándole la propiedad que le había comprado, con intención de instalarse a vivir en ella. El vendedor comprendía los derechos adquiridos por Li Hun al haberle pagado, pero esgrimía un derecho más antiguo y esencial: al haber sido construida la casa por sus antepasados, tenía derecho a vivir allí, en caso que lo necesitara, sin pagar renta, y hasta que muriera. Como ve usted, por debajo de la formalidad del derecho de compra-venta subyace una creencia esencialista en el derecho a la tierra de los antepasados.

-Nunca lo había pensado así –manifestó Renard con claros efectos del exceso de vino en la estropajosidad de su lengua –, pero eso no hace sino confirmar mi tesis: la política moderna es el mundo del jurista profesional, sí, el profesional, el buen profesional, que extirpará de una vez todas esas supercherías de la masa ignorante... porque, ¿saben?, son todos unos zoquetes.

-Lo que pone en evidencia lo que nos cuenta el señor Hu –intervino Eli- es la convivencia de formas muy distintas de ver el mundo que están en conflicto irresoluble. La forma y el sustrato tienen un delicado y difícil equilibrio, el mundo moderno perdió de vista el sustrato y el resultado es una maquinaria estatal que amenaza con devorarnos a todos. El sustrato era la virtud del gobernante, y su jurista-político profesional es incompatible con la virtud.

-Eso que dice es una tontería –repuso violentamente Renard –además, ¿qué quiere decir por virtud?

-El gobernante no tiene que acceder a su puesto impulsado por el deseo de gobernar. Quien quiere mandar no es quien mejor manda, por eso cualquier político profesional no puede gobernar desde la virtud, por muy dignas y loables que sean sus intenciones.

-Habla usted como un taoísta –sonrió Hu.

-Mis palabras son las de cualquier ateniense que cree en la República –aclaró Eli. -Se ha hablado muy a la ligera de virtud y ya no entendemos lo que esta palabra significa. Virtud es generosidad, y eso en nuestra Europa es algo totalmente incomprensible. De todas formas, no crean que la idea es exclusiva de Grecia: hasta hace poco esto estuvo claro para todo hombre de bien. ¿Conocen la historia del emperador Yao?

Hu asintió con la cabeza, pero Renard se había bloqueado en alcohol, y era incapaz de ver dónde quería llegar Eli, o siquiera de dónde partía.

-Me deleitaría escucharla de labios de un occidental –dijo finalmente el chino con cortesía.

-Pues bien, cuenta la leyenda que en tiempo de Ti Yao, el Divino, el celebrado monarca de la Edad de Oro de China, modelo de hombre sabio y virtuoso, arrasó la tierra una ola de inundaciones que nadie era capaz de detener. El Ministro de Obras Públicas había prometido mucho y conseguido poco, por lo que Yao buscó por todo el país a alguien que estuviera a la altura de las circunstancias y detuviese la devastación. Le propusieron a su propio hijo, pero lo rechazó por pendenciero y falso. Ti Yao se dirigió entonces a su primer ministro, el Maestro de las Cuatro Montañas, pidiéndole consejo sobre la persona adecuada para poner fin a la calamidad. El venerable Maestro propuso a Kun, uno de los ocho hijos del antiguo emperador, Kao Yang, pero Yao lo rechazó por perverso, desobediente e injuriador. El Maestro de las Cuatro Montañas insistió, pues aunque Kun era como había dicho el monarca, podría tener el talento para detener el caos. Ti Yao, que era un hombre lo suficientemente sabio como para no considerar su propio criterio infalible, sino una opinión más, limitada por prejuicios y hábitos mentales, accedió a la petición. Kun trabajó durante nueve años sin éxito y Yao asumió el fracaso como propio. Quiso entonces

ceder su puesto a alguien más capaz, por lo que convocó al Maestro de las Cuatro Montañas y a los demás ministros.

-"He decidido abdicar a favor del venerable Maestro de las Cuatro Montañas" –les informó serenamente.

Un murmullo tenue y respetuoso, parecido a un suave canto ceremonial, cubrió la sala. La pausada voz del Maestro de las Cuatro Montañas lo disipó.

-"Me honra el Hijo del Cielo con sus palabras, pero mi humilde persona no tiene la virtud necesaria para desempeñar con rectitud la guía del reino, además, soy muy anciano y la estabilidad de la nación requiere un monarca que tenga por delante la larga monotonía de los años."

-"Tu humildad y tu rechazo confirman que eres el hombre adecuado. La edad, sin embargo, no es óbice definitivo para el mandato, pues un solo año de virtud en el reino repercute en el corazón de varias generaciones. De todas formas, viejo amigo, comprendo que tú también busques retiro. Encuentra entonces alguien que ocupe nuestro puesto y tráelo a mi presencia."

Los ministros mandaron emisarios en las ocho direcciones, y no fue hasta pasados seis meses que el Maestro de las Cuatro Montañas volvió al monarca.

-"Hijo del Cielo, nuestra búsqueda ha dado fruto."

-"La nación entera debe regocijarse entonces por la existencia de un hombre virtuoso. ¿Cuál es su nombre?" –quiso saber Yao.

-"Se llama Shun, es el hijo de un hombre ciego que a pesar de la obstinación y falta de principios de su padre, de la insinceridad de su madrastra y de la arrogancia de su hermanastro, ha conseguido, a través de la piedad filial, vivir en armonía con ellos y conducirlos gradualmente al autogobierno. ¿Y no se ha dicho acaso que sólo quien se gobierna a sí mismo puede gobernar su familia, y que sólo quien gobierna su familia puede gobernar a sus amigos, y que sólo quien gobierna a sus amigos puede gobernar a sus

enemigos, y que quien gobierna por igual a amigos y enemigos puede gobernar la ciudad, y que quién gobierna con prudencia la ciudad puede gobernar el reino? Oh, Hijo del Cielo, este hombre que ha conseguido ser soberano de sí mismo y lo ha demostrado en su armonía con los otros, es sin duda el sucesor que necesitamos.”

-“La fama de la gente, buena o mala, es siempre indicio insuficiente para juzgar un carácter. Nuestra percepción personal, por otro lado, está sujeta a todo tipo de posibles engaños, pues muchas veces vemos lo que deseamos ver por encima de todo, y nuestro deseo de dejar el reino y retirarnos puede llevarnos a dejarlo en manos de cualquiera, precipitadamente. Confío en tu criterio y por eso probaremos a Shun en sus tendencias y en sus acciones.”

Ti Yao casó entonces a sus dos hijas con Shun y observó su conducta. Su trato amoroso fue impecable, por lo que continuó probándolo en situaciones más límites que el matrimonio, momentos en que los instintos toman el control y emerge una bestia en las entrañas, cuando punza el hambre y agota el sueño, la hora en la que la vida peligra y el dolor lacera imperturbable el carácter más estable. De todas ellas, salió airoso con su prudencia y bondad de corazón, ya fuese una disputa por lindes campesinas en un extremo del reino, o por una mala regulación comercial en otro, o bien al estar abandonado y enfermo en lo profundo de una selva. La inundación remitió, pero antes que lo hiciese, sus planes de canalización aliviaron enormemente el problema con la ingeniosidad y simpleza de sus propuestas. Lejos de considerar el asunto como un éxito personal, Shun manifestó que las aguas habían vuelto a sus cauces porque esa es la armonía de las cosas, y que todo lo que empieza tiene que acabar: simplemente el ciclo del agua había llegado a su término. Cuando finalmente fue

elegido, después de veintiocho años de viceregente, declinó la oferta.
-“Yo también, en mi momento, rechacé ser emperador” -le contó Yao-, “pero mi predecesor me hizo comprender que las riendas del reino deben ser empuñadas siempre por el hombre que sinceramente no desea llevarlas. Quien rige su vida por el patrón de la virtud no quiere ser amo ni siervo, respeta y ama a todos los seres vivos, y no exige a los demás que sigan la senda que él practica. Buscas la iluminación, y por eso rechazas el gobierno del país. Tu intención es loable, pero tu mente ha sido atrapada en una de las redes sutiles: el deseo de iluminación e inmortalidad no es distinto al deseo de riquezas y fama. Mantente firme en tu anhelo, si bien, fluye con lo que ha venido a buscarte, y sirve de corazón a los demás. ”

Shun comprendió, e inclinó la cabeza humildemente. Entonces, el cielo bajó hasta la tierra y China tuvo un nuevo emperador.
-Me halaga usted con su conocimiento de la historia mítica de mi país –intervino Hu-, y no hay duda que tiene dotes de cuentacuentos.
-Es una bonita historia –puntualizó Renard que ya estaba muy borracho-, pero todo eso de la virtud, la iluminación y el deseo de sabiduría no son más que monsergas del pasado. No son cualidades que puedan pesarse y medirse aplicándole un espíritu científico positivo. Al final conduce a las teocracias orientales y a la aniquilación del individuo moderno.
-Del ego, querrá decir –corrigió Eli.
-Es lo mismo, ego, individuo: lo que somos... Unos principios intangibles acaban dirigiendo la vida y arruinándola, yendo contra ella.
-¿Usted conoce algún principio que no sea intangible?
-¿Les apetece a los señores otro licor? –interrumpió el camarero.

8

Golpearon con tanta violencia la puerta de su compartimiento que, por un momento, Eli pensó que la señora Weber se había decidido a seguirle a escondidas para amargarle el viaje. Su primera conjetura no iba demasiado desorientada, era la policía de la frontera de Brody. Se sorprendió, pues lo común era cruzar la línea imaginaria en una oficina de la estación, en el destacamento de la policía de aduanas.

-Buenos días, ¿tendría la amabilidad de mostrarme sus papeles? –ordenó un teniente medio calvo de pequeños ojos azules.

Examinó con minuciosidad los documentos y los sellos imperiales, como si buscase alguna imperfección.

-¿Cuál es el propósito de su viaje a Moscú, señor Feldman?

-Realmente, voy hasta Siberia, estoy escribiendo un libro sobre el chamanismo en la cultura griega, y para probar mis tesis tengo que hacer observaciones de campo, recoger algunos datos y leyendas.

-¿Le importa si echamos un vistazo a sus pertenencias? –inquirió el teniente con tono glacial.

Antes que pudiera decir nada, el otro policía ya estaba abriendo una maleta sobre el asiento. Se sintió incómodo por el fisgoneo y la intrusión, por la infundada sensación de haber hecho algo que no debía, aunque no sabía qué. Comprendió que los policías hacían perfectamente su trabajo, y según pasaban los minutos crecía su ansiedad sin poder evitarlo. El teniente alentó la sensación con preguntas bien estudiadas acerca del lugar exacto al que se dirigía, con quién se alojaría, y...

-Entonces, ¿qué es exactamente lo que va a hacer en Moscú?
-Ya se lo he dicho, mi destino final es Siberia, en Moscú pasaré unos días en casa de mis tíos. Voy a Siberia a estudiar los chamanes.
-¿Qué son los chamanes?
-Son las personas que tienen a su cargo la sanación de un grupo humano así como el control de sus ceremonias de paso.
-¿De paso adónde? –interrumpió el policía.
-Los ritos de paso son ceremonias que se realizan en momentos críticos de la vida de una persona, para ayudarla a hacer la transición con más facilidad, como el paso a la adolescencia, el matrimonio, la muerte de un familiar...
-¿Y eso que tiene que ver con el médico?
-El chamán no sólo realiza sanaciones, también interviene en la vida ordinaria, y hace ceremonias mágicas.
-¿Y esos chamanes pertenecen a alguna organización política?
-No, no, no me ha entendido. Los chamanes son miembros de tribus que viven al margen de la política de los gobiernos, salvo cuando los echan de sus tierras.
-¿Los salvajes que usted va a estudiar tienen alguna reivindicación política?
-No, no creo...
-Teniente, ¿quiere echar un vistazo a estos libros? –dijo el otro policía con el gesto de satisfacción de quien cree haber encontrado un premio secundario, pero premio al fin.

Había volcado el contenido de la segunda maleta sobre la ropa que estaba desordenada en el asiento, y ahora el revoltijo era total.

-¿Para qué necesita tantos libros? –inquirió desconfiadamente el teniente examinándolos uno por uno.

Ya no pudo ocultar la desaprobación total del registro, ni el aire de superioridad de los dos hombres, ni la

sensación de culpabilidad que le transmitían con su trato criminalesco, ni la claustrofobia de la celda mental en la que le habían recluido con su abuso de autoridad: la mazmorra del miedo y la represión en la que, aquellos niños mal crecidos, pisahormigas, aplastamariposas, apedreapájaros, destripagatos y humíllalotodo, le encerraban con su actitud y sus estúpidas preguntas.

-No es asunto suyo.

Un golpe de cólera arrebató entonces al teniente. Tiró el libro que tenía en la mano y encaró a Eli con fiereza.

-¡Le voy a decir a usted lo que es asunto mío! ¡Estos documentos quedan confiscados!.

-Pero, ¿de qué documentos habla?, esos son mis libros y mis notas.

-¿Conoce a Mihail Radlov? –preguntó de repente el policía.

Eli, que no esperaba la pregunta, quedó mudo la eternidad de un instante, dándose cuenta que debía ser cauteloso. ¿Y qué podría decir? La verdad.

-No le he visto en mi vida –aseguró con tono no demasiado convincente.

El teniente sonrió. Se volvió al otro policía y le ordenó que sacase todas las pertenencias.

-Déjeme al menos algo de ropa – rogó Eli

-Señor Feldman –comenzó a decir el policía calmadamente-, no existen cargos contra usted, ni pruebas que le incriminen en ningún sentido, de hecho, no creo que ni usted mismo sepa donde se está metiendo. De todas formas, sus libros y las demás cosas, con la excepción de los útiles de aseo, se quedan aquí, como pruebas de la investigación que estamos realizando.

-¿Me los van a devolver en algún momento?

-Deme una dirección. Se los enviaremos una vez hayamos terminado, si lo juzgamos pertinente.

-Calle Arbat treinta y tres de Moscú, a la atención de Rachel Altman, pero no pueden quedarse para siempre con

mis apuntes, los necesito, y a ustedes no les sirven para nada.
-Deje que nosotros juzguemos eso. Si quiere hacer una protesta por escrito, está en su derecho. Diríjala a la prefectura de fronteras –informó el funcionario mientras anotaba las señas.

El tono solemne del hombre le produjo una risa histérica que acabó en un ataque totalmente incontrolado por lo absurdo de la situación. El teniente, que no veía la gracia, le advirtió seriamente.
-Yo que usted rompería los tratos con los anarquistas, las consecuencias pueden ser funestas para usted. Le estaremos vigilando.

Cuando Eli oyó la palabra “anarquistas”, lágrimas de risa le inundaron la cara. Intentó recomponerse sin éxito. La explosiva ira que le asaltaba había encontrado una vía de escape en la carcajada, y no había forma de retenerla. Recordó una situación parecida cuando el rabino Saúl le reprendió de niño en la sinagoga. Comprendió que no podía forzar la situación y que la mente paranoica del policía podría explotarle en cualquier momento como un cañón obstruido. El teniente guardó rápidamente algo de ropa y útiles de aseo en una pequeña maleta, que antes contuvo zapatos, y le invitó a que saliera del vagón. El otro policía le escoltó, y juntos atravesaron la estación hacia la frontera rusa. Técnicamente, se encontraban en tierra de nadie. Eli caminó sólo los últimos cincuenta metros hasta la oficina de control aduanero.
-Viaja usted ligero de equipaje –observó el policía ruso esperando una explicación.
-Como un marinero –se apresuró a decir entregándole el pasaporte.
-¿Es usted marino?

-No, simplemente estaba bromeando, conseguiré ropa ahora en Moscú, voy a casa de mi tía –se apresuró a aclarar para no tentar su suerte con la policía esa mañana.
-Su acento ruso es excelente –comentó el policía.
-Mi madre nació en Rusia, y con ella aprendí a hablarlo como primera lengua.

A ojos del policía eso le hacía casi ruso, un ruso de segunda, por su apellido judío, estrafalario en sus modales, pero bueno, ruso después de todo. Intentó una sonrisa que resultó ser una fea mueca.
-¡Bienvenido a Rusia!

9

Cuando despertó, el tren estaba detenido en una gran estación. En el estrecho pasillo, que conducía al lavabo mínimo en el que esperaba afeitarse, el revisor, con tono profesional, le informó que la avería de la máquina tardaría por lo menos tres horas en ser reparada.

-Se nos ha roto el juguete –comentó Eli con tono festivo y queriendo ser gracioso.

El hombre se ofendió. Aquel orgullo de la ingeniería moderna, aquella potencia controlada del vapor, aquel cúmulo de válvulas, bielas y engranajes en los que la poderosa ciencia se había coronado a sí misma con la joya de la velocidad, no era ningún juguete.

-Por lo que me ha dicho el maquinista –proclamó el empleado con seguridad-, la rejilla de la caldera está demasiado ajustada, ¿sabe usted?, la máquina es nueva. Cuando esto ocurre se entorpece la admisión de aire bajo el fuego, lo que impide que el motor produzca libremente el vapor. Lo observó una hora antes de llegar a Kiev, cuando vio que el fuego comenzaba a ensuciarse. Ahora está reajustando la rejilla y muy pronto podremos reiniciar nuestro trayecto con plena potencia.

-Es fascinante. Estoy seguro que estamos en buenas manos. Además, a partir de ahora las válvulas ya no gotearán más –concluyó Eli con la intención de seguir hacia el aseo.

-¡No, no! –atajó el hombre seriamente- las válvulas no gotean por ese motivo.

Eli le sonrió con ternura, y sin intención de ofender al revisor. Con la perspectiva de la filosofía, no podía ver la ingeniería moderna, de los romanos en adelante, sino como un lindo juego de niños que no quieren crecer, que se han tomado su juego tan en serio que realmente creen que todo el bienestar humano proviene de sus ingeniosas invenciones. Las locomotoras eran uno de los juguetes más hermosos, naves poderosas que hacían menor la tierra, fraguas del gran Hefesto, en las que pequeños volcanes generaban la energía necesaria para plegar el espacio a través de la velocidad.

-No se preocupe –interrumpió abortando el inicio de otra explicación mecánica-, realmente no entiendo nada de motores de vapor.

-¡Oh!

Tres horas era tiempo suficiente para salir a comprar ropa. No quería llegar como un mendigo a casa de tía Esther, pero sobre todo esperaba evitar las fatigosas explicaciones a las que le llevaría un aspecto externo demasiado dramático. Para bajar al andén tuvo que cruzar la trinchera de equipaje que una gran familia de vacaciones había establecido alrededor de la puerta. Bullicios, urgencias, excitaciones, depresiones, alegrías y tristezas, malos humores, prisas, ansiedades y gritos, flojas risas y muecas comprometidas de vergüenza, rubor, modestia, cólera y timidez, la estación era un museo vivo de las siempre mal controladas emociones. Muy bajos instintos, enmascarados tras ellas, campeaban por los andenes a su antojo, disparados por la proximidad humana, salpicando al más sereno aunque fuese tan sólo en un leve movimiento de indefinido nerviosismo. La densa corriente vital ralentizaba sus pasos y fue grande el alivio que experimentó al llegar a la calle.

Sin deseo de preguntar nada a nadie, cogió la línea dos de un tranvía que llegaba hasta Kreschatik, pensando que

en algún momento se acercaría lo suficiente al centro. El barrio de la estación era bastante nuevo, y no muy rico. Casas de tres pisos de ladrillo, con comercios en la planta baja, y algunas coronadas con buhardillas escoltaban el vagón traqueteante. A Eli le llamó la atención un niño que iba sentado frente a él junto a su madre, enfundado en una casaca blanca ceñida por un cinturón de cuero negro, rematado todo con una gorra blanca como las nuevas de los oficiales de la marina. Recordando su propia infancia, reflexionó sobre el descontrolado juego de las madres con la ropa de sus hijos, a quienes visten como a sus muñecos, y desde allí su atención voló a una observación general de la vestimenta, la transformación de la necesidad de abrigo en un juego viciado, en el que lo cómodo y práctico ha dado paso a lo inútil y recargado, ya sea por dictado de la moda, o por cualquier otra costumbre arbitraria en la que se manifiesta una involución del humano hasta las aves: ropas plumajes para cortejo o bien para marcar el estatus en el árbol social. Su trivial reflexión se perdió al instante siguiendo la forma de un tranvía que circulaba en sentido contrario, y al notar la mayor actividad, dedujo que no se había equivocado tomando esa línea pues el vagón avanzaba imparablemente hacia el centro. El Dnieper humedecía la ciudad mucho más allá de su cauce. Se bajó en la intersección de Fundukleevskaya y Kreschatik, a la altura de una sastrería, en la que entró sin dilación, como si fuese costumbre comprar en la tienda.

-¿Le puedo ayudar en algo, señor?

-Estoy buscando una chaqueta de mi talla, pero no tengo tiempo para arreglos. ¿Tienen algo hecho que se parezca a esta que llevo?

El dependiente sacó cinta métrica, confirmando lo que sus expertos ojos le adelantaban sobre la espalda y los brazos de Eli.

-Tenemos un par de cosas que le podrán servir –anunció desapareciendo en la trastienda.

Curioseó a su alrededor con la esperanza de alguna sugerencia para su vestuario.

-Las solapas son un poco más estrechas que las que lleva ahora –salió diciendo el hombre sosteniendo tres chaquetas emperchadas. -Si me acompaña por aquí le muestro el probador.

No le llevó más de tres minutos decidir que se quedaba con dos de las chaquetas. Se dirigió al mostrador para pagar.

-¡Señor Feldman! ¡Qué feliz encuentro! Veo que también usted aprovecha la avería de la locomotora –saludó Xintien Hu, que apareció de improviso a su lado.

-¡Ah, hola! Sí, estoy comprando algo de ropa.

-Claro, no puede viajar tan sólo con lo que lleva puesto.

El comentario le incomodó: daba a entender que sabía lo ocurrido en la frontera. El dependiente apareció con un par de pantalones.

-Son la última moda en San Petersburgo –afirmó como si eso fuera un criterio científico para decidir su compra.

-No, gracias, sólo las chaquetas. Lo cierto es que tuve un malentendido con la policía austriaca en la frontera – dijo Eli a Hu intentando una explicación breve que detuviese la curiosidad del chino.

-¿Pero si es un precio muy razonable? –insistió el dependiente.

-Las chaquetas.

-Lo siento –lamentó cortésmente Hu desde una mirada impenetrable.

-Yo también –se apresuró a añadir el dependiente con cara de enfado, molesto al ver cómo su talento comercial y su buen gusto para la moda se echaba a perder en el provincianismo de Kiev, donde sólo llegaban viajantes de comercio y turistas de segunda categoría.

Pagó sin prestar atención a las miradas de desprecio que el vendedor le lanzaba. Hu le siguió a la calle y comenzó a caminar a su altura moviendo acompasadamente un bastón finamente tallado.

-¿Le importa si le acompaño?

-Vuelvo al tren. Si quiere caminar...

-Claro que sí, un paseo es todo lo que necesito – se apresuró a decir el oriental.

Eli no tenía mucho interés en la compañía del chino, habría preferido andar solo, dedicarse a observar la ciudad dejando que su mente vagara por las gentes y las cosas a su antojo, y no embarcarse en cualquier conversación trivial que le sacase de la presencia de la ciudad. Sintió que Kiev moriría si dejaba de mirarla, que agonizaría en unos segundos y caería hecha pedazos al suelo, como un decorado de teatro al que se le ha quitado la atención que permite el juego dramático.

-¿Le quitaron todo? –preguntó de repente Hu.

-Sólo lo que tenía –atajó con frialdad lanzando una estocada que detuviese la conversación en su mismo inicio.

-No pretendo inmiscuirme en sus asuntos, pero quizá pueda ayudarle a recuperarlo –intentó explicar Hu. -Verá, llevo muchos años viajando por todo el mundo y tengo cierta experiencia en aduanas, por no hablar de unas cuantas buenas amistades en los ministerios adecuados. Conozco un par de personas en Viena que podrían, sin duda alguna, solucionar el incidente.

Miró con atención al oriental. Era un hombre que estaba cerca de sus cincuenta años, y su aspecto era distinguido, rico sin duda, pero sobre todo tenía la apariencia de alguien que sabe moverse por el mundo como por el jardín de su casa. Los pliegues epicánticos de sus ojos le daban ese aire misterioso que los chinos tienen para los europeos. Intentó deliberadamente ver dentro de Hu

pero sólo halló un vacío inescrutable: sonreía, pero más bien parecía la mueca de una máscara. Por los mismos motivos que el acantilado llama con voz irresistible a quien teme las alturas y le hace arrojarse, Eli decidió contarle lo que había pasado. No es que confiase plenamente en él, pero se le ocurrió que quizá le podría ayudar. Después de todo, era absurdo que hubieran retenido sus libros y apuntes, y la paranoia policial con los anarquistas se desharía por sí misma cuando llegasen al fondo de la investigación y descubriesen que se trataba tan sólo de un asunto académico, una quimera de filósofos y antropólogos que persiguen hiperbóreos.

-¿Usted cree que esa confiscación es ilegal? –quiso saber tras haberle relatado el encuentro con el teniente de la policía.

-Amigo mío –aclaró Hu con un tono tan convincente que por un momento Eli pensó que el vínculo con aquel hombre era sólido y antiguo-, en la frontera todo es legal. También todo es ilegal, porque eso es una frontera, el límite, lo que está entre medias y no es ni una cosa ni otra. Usted no parece un anarquista, y en mi opinión han utilizado ese argumento para ocultar que van realmente tras un asunto de espionaje.

-¿Usted cree que hay espías ahora mismo en Europa? –sonrió Eli.

-Señor Feldman, ¿en qué mundo viven los intelectuales de hoy? ¿Piensa acaso que el espionaje es meramente una cuestión del pasado, o que sólo es literatura? La guerra necesita espías y el mundo es un conflicto continuo. Hay algo que no me está contando, y es posible que tenga la clave del asunto. La policía no maneja nunca una mente tan sofisticada, y si anda tras algo es porque en algún momento ha tenido un indicio fundado, de espionaje o de cualquier otra cosa.

Le habló entonces sobre Radlov, su misteriosa aparición y desaparición, la piedra que le envió, el libro que le aguardaba en Moscú, la relación con su investigación, las incertidumbres y desconfianzas.

-¿Cree usted que ese hombre es un espía? –quiso saber Eli con inesperada ansiedad.

-No soy la persona indicada para un juicio rotundo, pero la historia que me ha contado es muy extraña: no descartaría nada. ¿Dice que lleva colgada la piedra que le envió? –quiso saber Hu.

Eli se detuvo a un lado, y abriéndose la chaqueta y la camisa mostró el colgante.

-Es un cuarzo espléndido –afirmó tras examinarlo con una lupa que emergió desde un oculto bolsillo de su chaleco. -¿Usan esto sus chamanes?

-Sí, el cuarzo tiene para ellos propiedades especiales. Les sirve para contactar con el mundo de los espíritus y los dioses. Yo no sé mucho de piedras, por lo que veo usted es capaz de distinguirlas.

-Alguna vez he comerciado con ellas, pero hace años lo dejé, es un mercado tan caprichoso como peligroso, se puede perder una fortuna en un abrir y cerrar de ojos, y a veces la propia vida. La clave del enigma está en el libro de Radlov, y creo que es lo que buscaba la policía, por eso le incautaron sus libros y apuntes.

Eli se sintió inquieto y angustiado. No entendía que tenía él que ver en una trama de espionaje, ni tampoco, ahora incluso menos que antes, el mensaje que los versos modificados de Píndaro querían comunicarle. El mundo nuevo que se abría ante él no le despertaba gran interés. Las epopeyas y las andanzas de los héroes y guerreros le quedaban muy lejos. Su búsqueda siberiana era meramente intelectual, no una gesta en pos de vellocinos y piedras fabulosas. Él era un sacerdote del conocimiento, vertido devotamente sobre la sabiduría de los dioses, ajeno a los

imperativos del poder y la gloria, un escrutador del misterio de la divinidad en sus manifestaciones mundanas, pero no la mano que corta nudos gordianos e inestables cabezas.

La conversación les había absorbido tanto que no se dieron cuenta que las calles céntricas habían dado paso a un arrabal de la ciudad. No recordaban así el barrio de la estación.

-Nos hemos perdido.

-Y no en buen sitio –observó Hu.

La calle tenía casas en uno de los lados, abriendo un descampado en el otro en el que se acumulaba la basura. Una vía no pavimentada, por la que circulaba un carro destartalado, mediaba entre ambas partes, dando una precipitada transición hacia el campo, como si una media naturaleza hubiese roto por debajo de los límites de la ciudad irrumpiendo abruptamente bajo sus pies. El lugar parecía el hogar de los desposeídos de la tierra. Barracones y chabolas, apoyadas en las paredes de lo que en algún momento fue un almacén, albergaban a varias decenas de seres humanos a los que la industrialización les había pasado por encima. Dos prostitutas jóvenes, sucias y borrachas, les salieron al paso, y un hombre les hizo señas con la intención aparente de venderles algo. Subido en una caja, un predicador desaseado y alucinado daba grandes voces a solas, como si se dirigiese a una gran multitud. Cuando les vio, su discurso alcanzó un énfasis mayor, aunque las palabras seguían siendo una jerigonza ininteligible. Eli se paró frente a él, hipnotizado por sus ojos de fuego, creyendo entender lo que decía.

-Shaman, shaman, mi cuerpo ha sido hecho pedazos por el águila de plumas de hierro. Piernas aquí, brazos allá, entrañas en las fauces de las bestias, los espíritus de las mil enfermedades. Shaman, shaman, es tu muerte, shaman, shaman, has de bajar a los infiernos. Oh, desde allí mi voz se eleva a ti: ¡cúrame, cúrame!, mi alma se ha perdido en la

senda de Erlik Khan. Bebe en los pechos de la Dama de las Aguas, shaman, shaman, bebe y cúrame, pero no te pierdas en el camino de los muertos y los soplos fantasmales, sigue al ratón que te conduce certero. ¿Cuántos mundos más has de soñar antes de despertar? Shaman, shaman, árbol que da luz a todos los hombres, ven a buscarme y devuélveme al día. Mira las siete tiendas con sus techos destrozados. ¿Quieres tocar la cúpula del cielo? Primero morarás donde los fuegos no tienen descanso y habrás de hallar el alba en el seno de la noche, aunque podrías volver a tu destino ahora mismo si por tan sólo un segundo recordaras quién eres. ¡Recuerda Shaman, oh shaman, shaman recuerda, aaahhh!

Los gritos se hicieron cada vez más fuertes, y comenzó a danzar convulsamente con sus pies en otro mundo. Cayó al suelo entre grandes espasmos echando espuma por la boca, con los ojos en blanco. Eli estaba petrificado, viviendo un trance que le golpeaba en la raíz del cerebelo con el calor desmesurado que desde su sacro subía por la espalda en incontenibles oleadas. Hu partió rápidamente un palo pequeño que encontró en el suelo, y se lo introdujo al predicador en la boca para que no se mordiese la lengua.

-No hay nada más que nosotros podamos hacer aquí, deberíamos marcharnos.

Eli no respondió. Hu se dio cuenta que no le oía, y le sacudió para traerle de vuelta. Viendo que no conseguía ningún efecto le abofeteó, y entonces regresó abruptamente, aunque aún no pronunciaba palabra.

-¿Señor Feldman, señor Feldman? ¿Está usted bien?

Eli miraba y no veía, oía pero no escuchaba, su cuerpo estaba allí, pero su conciencia vivía en otra parte. Lo veía todo como una gran representación de muchos actores. ¿A quién le tocaba ahora hablar? Creía entender el lenguaje de esa mísera calle, y el de los árboles.

Dos hombres de aspecto sombrío se acercaban despacio desde la esquina. Hu cogió a Eli por el brazo y comenzó a caminar resueltamente. Los extraños pasaron por encima del epiléptico sin tan siquiera mirarlo y les siguieron.
-¿Escuchó lo que decía el predicador? – preguntó Eli, dejando caer, sin darse cuenta, las cajas de cartón en las que llevaba sus chaquetas nuevas.

El oriental se detuvo a cogerlas aprovechando para observar a sus perseguidores.
-No dijo ni una sola palabra coherente, ¿acaso usted entendió algo? –se sorprendió Hu.
- Sí, sí, además, esa voz me recordaba algo muy antiguo... no sé cómo explicarlo... pero me hablaba directamente a mí, estoy seguro.
-Lo que creo es que ha tenido usted un exceso de chi.
-¿Chi?
-Si, energía vital, prana, como quiera llamarlo. Ese hombre era como una bomba de chi y ejercía un efecto hipnótico irresistible, pero ahora debemos centrarnos en otra cosa, tenemos un problema. Crucemos la calle, ¡venga, aligere!

Los dos hombres cambiaron también de acera y aceleraron el paso. Eli era arrastrado casi en volandas por Hu, y fue entonces cuando vio la partida de caza que los seguía. En aquel momento, otros dos hombres les salieron de un callejón cortándoles el paso. Pararon en seco. En unos segundos llegaron los perseguidores y se encontraron totalmente rodeados.
-Bueno, bueno, ¿qué tenemos aquí? ¿Nos traéis la compra en esa caja? ¡Qué detalle!

Los otros rieron turbiamente.
-¿Si les damos dinero nos dejaran marchar? –intervino Hu serenamente con un ruso mejor de lo que Eli pensaba.
-¿Quién te ha dado permiso para hablar, chino de mierda? –espetó el cabecilla acercándose a Hu con el propósito de cogerle por las solapas.

Hu dio un paso atrás con su pierna derecha al tiempo que giraba el torso en la misma dirección. La mano del matón no encontró lo que buscaba, pero entró por completo en el terreno de Hu, quien con un único movimiento tiró del brazo agresor hacia delante rotándolo por el codo. Antes que pudiera darse cuenta de lo que pasaba, el hombre se encontraba en el suelo con la mejilla por pavimento, y el brazo en una situación que comprometía el lugar que la naturaleza asignó al hombro.

-Si no quieres que te lo rompa, es mejor que nos dejes marchar. Si intentas algo lo lamentarás.

El matón, alentado por el dolor agudo e inesperado de la presa que Hu ejercía, estuvo de acuerdo. Hu le soltó, y como un violento resorte puesto en marcha por años de miseria continuada, el hombre saltó hacia Eli, dándole un puñetazo en el estómago y poniéndole en el cuello un cuchillo, sacado con la precisión y la velocidad que da la costumbre.

-Eres un chino listo, pero si quieres que no le pase nada a tu amigo, vas a...

No tuvo tiempo de acabar la frase. Un bastonazo fulminante le hizo saltar dos dientes por los aires, casi a la vez que un segundo golpe le rompía la muñeca que sostenía el cuchillo amenazante. Otro gran cuchillo, ya desplegado, se abalanzó sobre el oriental por el costado izquierdo, quien con un leve movimiento se echó hacia atrás, dejando que pasara a unos escasos diez centímetros de su abdomen. El impulso del agresor le dejó descolocado delante de Hu, dándole parte de la espalda. Siguiendo el sentido del movimiento, hizo perder el equilibrio al cuchillero, que reaccionó resistiéndose a caer hacia delante contra la pared, entonces, el chino acompañó el sentido de la fuerza, y llevando el brazo del agresor hacia afuera y hacia atrás, lo hizo caer fuertemente de espaldas, golpeándose gravemente la cabeza, y quedando desvanecido como un muñeco. Los

otros dos hombres atacaron a un tiempo, pero uno de ellos sólo pudo dar un paso, pues una patada de Hu le rompió la mandíbula inferior y cayó al suelo conmocionado. El otro, sin embargo, consiguió herirle con un puñetazo que le hizo tambalear. El agresor aprovechó para estrangular al oriental por la espalda, pero no había terminado de hacer su presa cuando comprobó que el chino no estaba donde él creía, sino que le había cogido un brazo y se lo rompía a la altura del codo con un crac de rama tronchada.

Se acercó a Eli ayudándolo a incorporarse. Al estar de pie se mareó y vomitó.

-¿Puede andar?

Asintió con la cabeza, aunque no estaba muy seguro de ello.

-Tenemos que marcharnos rápidamente de aquí. Pueden venir más.

La perspectiva de otra pelea dio a Eli fuerzas que no creía tener ya. Caminaron deprisa, entre las miradas y gestos incriminatorios de la gente, que abierta y hostilmente desaprobaba su presencia en el gueto.

Un minuto después llegaron a lo que parecía una calle más principal, si bien pobre, y por la que no recordaban haber transitado. No había ningún coche de caballos, ni ningún policía, ni nadie que pareciera tener interés en ayudarles.

-¡Por aquí! –avisó Hu al ver que a su derecha a dos manzanas se veía una calle atravesada por cables de tranvía que anunciaba un lugar más civilizado.

Eli se arrastraba como podía con la sensación de ir a desmayarse. Hu paró un coche que apareció providencialmente. El movimiento hizo volver las náuseas. Sacó la cabeza por la ventana para vomitar de nuevo. Le pareció entonces ver en la distancia un grupo de hombres que corría tras ellos, pero se le nubló la vista, y se

abandonó a la exigencia de un cuerpo que necesita perder el conocimiento.

10

El número treinta y tres de la calle Arbat se ubicaba más en la infancia de Eli que en un distinguido barrio moscovita próximo al Kremlin. En las aguas virtuales de su memoria, se erigían escenas inconexas de la niñez que resonaban en su pensamiento con la profundidad y lejanía de los mitos. La casa misma, el edificio, había acabado determinando su vida como un mentor con voluntad propia. Sí, llegó a pensar que el inmueble tenía personalidad, deseos, objetivos, y que era capaz de imponerlos a sus inquilinos como un gigante de piedra que gobernaba despóticamente a sus súbditos. Años más tarde, el gigante se transformó en el ángel sin rostro del azar, y a él le traspasó la responsabilidad de la orientación de sus gustos literarios y la primera visión del mundo que formó distinta a la del rabino. Quiso la fortuna que en esa misma casa, hacia 1831, viviera el turbulento Pushkin. La coincidencia tuvo como resultado que, por dictado del patriarca del clan, tío Joseph, todos leyeran sus obras, lo que de una forma u otra alteró los hilos del destino de la familia. Joseph había comprendido, con fino criterio, que Pushkin les mimetizaba más con el alma rusa, haciéndoles más blancos y mejores ciudadanos. Las obras más

libertinas y ateas sólo las disfrutaron los hombres, pero Boris Godunov fue lectura obligatoria para todos. El largo brazo de Alexander Sergeivich había llegado hasta Viena, donde la madre de Eli seguía los patrones de su hermana Esther, y en lugar preferencial de la biblioteca familiar figuraba una edición en piel con letras de oro del poeta ruso. Si bien, en su memoria habían quedado especialmente grabadas las enfebrecidas lecturas de las largas veladas de los veranos que pasó en Moscú, cuando él y Rachel fatigaron con ojos adolescentes cientos de apasionadas páginas. Muchas veces se preguntó Eli qué habría ocurrido si en lugar de Pushkin hubiera sido el bueno de Tchaikovski el que hubiera vivido en la calle Arbat. Quizá el tío Joseph habría organizado veladas de ballet en las que toda la familia haría sus pinitos, y él mismo habría acabado siendo un compositor más de Viena.

El bueno y difunto tío Joseph Altman fue un hombre cordial y cariñoso. Su habilidad como diamantero, la precisión en la rotura y pulido de piedras, le proporcionó muy buenos ingresos, los cuales invirtió con vista comercial en dos joyerías de la ciudad, desde las que abasteció las caprichosas exigencias de la rica aristocracia rusa. Aunque no fue el joyero del zar, en alguna ocasión los Romanov le compraron varias gemas, lo que le proporcionó una indiscutible reputación en el gremio y amplia clientela; la cosa no fue a más por las simpatías un tanto radicales que había heredado de Pushkin en cuestiones de política. Joseph creyó toda su vida en un Dios firme y ordenado, duro pero justo, que deja espacio para los hombres en la aplicación de la ley por medio de la inteligencia y la laboriosidad. También, fue de la convicción que ninguna autoridad humana puede ser perfecta, por lo que es necesario crear instituciones políticas que permitan una tolerancia relativa, y soñó secretamente con la idea romántica de una humanidad libre en la que se aceptaran

todos los pueblos y religiones bajo la bandera de la racionalidad. En la boda de su hija, aprovechando las alas del vino, expresó públicamente esta idea, lo que le valió una severa reprimenda del rabino Aaron, quien le advirtió que esos no eran pensamientos judíos, y menos en los días que corrían. El liberalismo de Joseph no iba tan lejos como para dejar que las mujeres entrasen en política, en lo que veía un peligro como nunca antes había conocido la humanidad, pero sí le parecía justo que estudiasen y trabajasen fuera de la casa mientras no tuvieran hijos a su cargo, cosa que su mujer no aprobaba en absoluto y sus hijas consideraban insuficiente libertad, criterio que le ocasionó interminables disputas con todas las mujeres de la casa. Para Eli, Joseph había sido sobre todo un hombre tranquilo que intentó gobernar su familia y su mundo desde la concordia y la tolerancia, siempre afable y generoso, por el que sentía una profunda admiración.

Tía Esther, por su parte, era una mujer práctica y firme, no demasiado cariñosa, pues había comprendido que las emociones en el ámbito de la familia, aunque inevitables, sólo traen resultados nefastos. Aun así, siempre dispuesta a sacrificarse en beneficio de los demás. Para ella la familia era una ciencia exacta que se había transmitido de generación en generación, de una mujer judía hasta otra desde los tiempos de Eva. Los hombres no sabían nada de esto. De hecho, los hombres siempre lo complicaban todo al no saber nada de esto. En su experta opinión, los hombres tenían dos funciones, tres, si se incluía la procreación, pero las dos fundamentales eran ir a la guerra y hablar con Dios. Si no estaban procreando, en guerra o hablando con Dios, sólo ocasionaban problemas, y entonces había que intervenir directamente con la comida, que les amansaba sobremanera. En cuanto a Joseph, ella se encargaba que estuviera siempre en la guerra, comprando y vendiendo piedras, ampliando el negocio, y, como era

partidaria de dejar a Dios para los de la tribu de Levi, que procreara a sus anchas el resto del tiempo. Le había dado nueve hijos, cinco abortos y muchos quebraderos de cabeza, pero sobre todo le había entregado su dedicación absoluta a la ciencia de la familia judía. A Eli le parecía que Esther era otra víctima de la represión patriarcal del judaísmo, en la que la personalidad individual de la mujer es autonegada en favor del marido y los hijos, y sentía por ella la misma compasión que por su propia madre, pero a este sentimiento se le unía también un afecto sincero hacia una mujer vital y amable, de talante equitativo, incapaz de hacerle mal a nadie.

Abrió la puerta de tan histórica casa una criada que no le conocía ni esperaba, y que preguntó cortésmente a quién debía anunciar.

-Eleazar Feldman.

-¿Eli? –dijo una voz de mujer en una estancia a la derecha-, ¿eres tú, Eli?

La sirvienta se hizo a un lado, dejando ver a una bella mujer vestida de blanco que corría a abrazarle. Aunque no era el tipo de hombre emocional, sintió una gran excitación al abrazar a Rachel. Habían pasado diez años desde la última vez que se vieron y el cincel del tiempo había reclamado su tributo en el armonioso rostro femenino, tallando algunas arrugas junto a los ojos. Los surcos de la vida quedaban más evidentes cuando reía, y en ese momento reía con todo su corazón.

-Estás preciosa –admiró con sinceridad.

-Oh, no te burles.

-Sí, bellísima –continuó mirándola con intensidad a los ojos-, las fotos que me enviaste estos años no podían recoger la serenidad de tu presencia.

-O confundes el agotamiento con la serenidad, o te has convertido en un auténtico adulador con los años –

respondió Rachel sin poder contener las lágrimas de felicidad que le producía ver a su gran amigo.
-La adulación es la mejor forma de atraer la atención de las damas y el respeto de los caballeros –bromeó Eli.
-Te noto..., no sé, distinto. Pareces...
-¿Cansado?
-No, no es eso... Da igual, es una tontería. Pasa, pasa y siéntate, échate un rato si quieres. ¿Fue muy pesado el viaje? Pero, ¿dónde están tus maletas? –buscó en vano Rachel.
-Bueno, ha habido un poco de todo... un malentendido en la frontera... el caso es que ahora sólo tengo esta maleta. Me confiscaron las otras al salir de Austria.
-¿Confiscaron?
-Nada realmente de importancia, me han debido confundir con otra persona, supongo que ya me las mandarán. Tendré que dejarte una dirección para que me las envíes a Siberia.
-Claro. ¿Necesitas ropa?
-De momento puedo manejarme. Iré a comprar algo estos días, antes de tomar el transiberiano.
-Aquí tienes todo un ropero con los restos que han ido abandonando, como serpientes, los hombres de la casa.
-Ah, muy bien, pero no te preocupes por eso. Bueno, cuéntame tú... Uhm... Veo que todo sigue igual –observó recuperando de golpe su pasado en los muebles del salón.
-Oh, sí, mamá sigue anclada al siglo diecinueve. Siempre ha sido muy tradicional, como sabes, pero más intensamente desde que murió papá. No ha querido tocar nada. He intentado introducir algo de la estética del Mir Isskatsva, pero siempre me dice que ya es muy vieja para ideas revolucionarias.

Recordó las muchas veces que había jugado tirado por el suelo de roble del salón. Los remates oscuros de madera de cerezo, con sus formas rectangulares, habían servido como marcas de castillos para las interminables guerras de

soldados de plomo que tanto crispaban a su tía y a su madre, presas de esa absurda costumbre que exige un salón siempre en estado de revista para las visitas. Se sentó en el sofá, muy deliberadamente tapizado en azul ciánico, un mueble con respaldo y apoya brazos acabados en dorada filigrana de madera, más pensado para impactar la vista que para la comodidad del cuerpo. Rachel se acomodó a su lado, frente a un amplio ventanal que daba a la calle Arbat.

-¡Qué contenta estoy de verte! –comenzó a decir en el momento que tía Esther irrumpía en la sala acompañada de Caterina.

-¡Eli, querido! ¿Cómo estás? Bueno, a eso pueden responder mis ojos, estás estupendo, un poco más gordo y con menos pelo, pero estupendo. ¿Sabes?, cada vez que te veo estoy viendo a mi padre: los mismos ojos negros, la misma sonrisa pícara... Bueno él con tu edad ya era casi calvo, y tu nariz es un poco más grande. Ven dame un beso –arremetió imparable tía Esther.

-Hola primo Eli –saludó Caterina comedidamente con una sonrisa en los labios.

Besó a las dos, pero antes que pudiera decir nada, Esther ya había vuelto a la carga hablando por todos.

-¿No le has ofrecido nada de comer a Eli? Ve, y que le preparen inmediatamente un trozo de ese pastel de frambuesa y un café bien cargado, tiene cara de cansado.

-Perdona, –se disculpó Rachel –soy mala anfitriona, voy inmediatamente a por ello.

-No te preocupes... -intentó detenerla sin éxito.

Se sintió incómodo. Ahora tendría que comerse un pastel que no quería, de hecho, había perdido gran parte del apetito desde el puñetazo que recibió en Kiev.

-Tu madre me escribe con frecuencia, dice que vas muy poco a verla.

-Mamá –intervino Caterina en favor de Eli –, tu sobrino ya es un hombre adulto y tiene derecho a una vida propia.

-¿Propia? ¿Qué tonterías son esas? ¿Quién tiene vida propia? Tú y tus amigos revolucionarios tenéis ideas absurdas.
-No son revolucionarios.
-¡Anarquistas! Estamos rodeados de anarquistas por todas partes, y especialmente dentro de la familia. La culpa es de esos politiquillos y malos escritores que llenan la cabeza de los jóvenes con quimeras. Parece que hubieran abierto la puerta de todos los manicomios y llenado el mundo de tarados peligrosos. Un hombre tiene que ir siempre a ver a su madre: esa es la ley. No importa que tenga cuarenta, cincuenta, o sesenta años... Lo que tienes que hacer es casarte con una buena judía, tu mujer te enseñaría a comportarte.
-¡Mamá! –protestó Caterina. -Discúlpala Eli, sigue obsesionada con las bodas. Su mayor pasatiempo es casarnos a todos, incluso interviene en los planes de boda de nuestras amistades. A mí también me hace la vida imposible.
-¿Imposible? Te voy a decir lo que es imposible: esta ñoñería de permanecer egoístamente soltera y sólo pensando en ti misma, eso es lo imposible, lo antinatural, lo enfermizo.
-Tuve una novia –intervino Eli queriendo desviar la atención de lo que parecía el principio de una clásica disputa familiar-, pero me dejó hace una semana. No quería venir a Siberia ni esperar mi regreso.

Caterina sonrió a Eli con agradecimiento.

-Lo de Siberia lo entiendo –le regañó Esther -, ¿qué se te ha perdido en ese páramo vacío en el fin del mundo?
-Estoy escribiendo un libro.
-Libros, libros... te tomas demasiado en serio los libros, como Caterina –protestó Esther.

-Me enteré por Rachel del éxito de tu libro de poemas –le dijo Eli a Caterina, intentando, sin convicción, sacar la conversación del callejón en el que se había metido.
-Rachel exagera. Apenas se han distribuido trescientas copias por Moscú – aclaró con estudiada humildad Caterina.
-Bueno, ya sabes, la poesía no es un manjar para todos los paladares. Rachel me envió uno de tus poemas y me pareció muy intenso.
-Lo que no entiendo –intervino tía Esther siguiendo a lo suyo- es cómo tu novia no ha querido esperarte. Ya no quedan mujeres de carácter. Ahí están todas como locas intentando ser hombres. ¿Pero qué puede tener de interesante ser un hombre? No te ofendas Eli, aunque es verdad. Sí, claro, los hombres son también necesarios, pero cuando están en su lugar. Ya nadie está en su lugar. Las mujeres trabajando fuera de casa, descuidando a los niños. ¿Quién va a cuidar a los niños? ¿Los hombres? ¡Ja! Pues estamos listos. ¡Niñas siendo educadas por hombres! ¡Dónde vamos a ir a parar! Si Dios lo hubiese querido así serían los hombres los que dieran a luz... Flojas, son unas flojas, las mujeres de hoy no aguantan nada, y sólo van a traer desgracia para todos.
-Son otros tiempos, mamá. No podemos quedarnos sin hacer nada viendo cómo el hombre nos utiliza a su antojo como una posesión. Nos consideran incapaces para todo lo que no sea tejer, la cocina y los niños, y a la vez indispensables para su vida. En el mejor de los casos, nos agobian con un abrazo egoísta, excesivamente cariñoso, que no nos permite respirar.
-¿Ves Eli? –intervino tía Esther –, esa es la actitud de la que hablaba. ¡Cómo si la educación de los niños y la comida no fueran cosas importantes!
-Decías que es una abominación que las niñas sean educadas por los hombres, pero eso es precisamente lo que

pasa –replicó Caterina comenzando a perder el control. ¿Acaso no somos tratadas como niñas toda nuestra vida, como seres irresponsables a los que hay que controlar para que no se hagan daño a sí mismas y a los demás? En Roma, como te puede confirmar Eli, la mujer tenía estatus social sólo cuando era “materfamilias”, y cuando alcanzaba este dudoso privilegio, lo hacía entrando a cargo de su “paterfamilias”, su esposo, para ella jurídicamente como un padre a cuyo poder se sometía.

-¿Someterse? Bah, tonterías, no has entendido nada sobre los hombres. Sólo una niña es dominada por un hombre, por eso no hay que dejarlos que las eduquen, pero una mujer...una madre, siempre es ella la que maneja la situación. Los hombres hablan sobre esto y aquello, juegan a sus guerras y tienen que tener la sensación de ser los reyes del mundo, pero luego tienen que volver a casa, y la casa es la mujer. Tú y tus amigas sufragistas no os habéis enterado del poder de la maternidad, y andáis por ahí perdidas queriendo ser hombres y jugando a sus infantiles juegos. La relación de una madre con sus hijos es difícil de explicar con los razonamientos de los hombres, siempre los verás confundidos sobre esos temas, o diciendo barbaridades y balbuceando sinsentidos. Todos los hombres han sido nuestros niños, y nunca dejan de serlo, dependen de nosotras. A alguno de tus hermanos tuve que destetarlo con casi cinco años, y, los que no se han casado y encontrado otro pecho, siguen volviendo por aquí, con la excusa de la comida, buscando otro alimento. A tu padre no conseguí destetarle nunca, y mejor así, si no, lo habría buscado fuera de casa.

-¿Cómo puedes ser tan primitiva, madre? –intervino Caterina indignada–, estás reduciendo a hombres y mujeres a sus instintos más básicos. ¿Qué pasa con las emociones? ¿Y la inteligencia, las ideas?

-Las emociones se originan todas en el vientre. Alguien que satisface sus necesidades con normalidad desarrolla equilibrio emocional. Cuando se reprimen las cosas, aparecen los fantasmas. Hay que encauzar esos instintos, y el mejor vehículo es la familia, gobernada por una mujer que sabe estar en su sitio.
-¿Escuchas Eli? También te está insultando a ti.

Eli escuchaba divertido, sin sentir ninguna necesidad de intervenir, pero la pregunta de Caterina parecía una señal de auxilio para detener la incontinencia verbal de tía Esther.
-Bueno, yo soy sólo un hombre: infantil bestia de carga para una y explotador consumado y pérfido para otra, cualquiera que sea mi opinión no va a ser bien recibida. Entiendo perfectamente que la mujer quiera buscar un alimento más variado que el que encuentra en su casa y en el entorno que le ha sido adjudicado. Y lo mismo cabría decir para muchos hombres, y no me refiero sólo al tema sexual. Estamos encorsetados en ideas y conceptos, y dos de los más opresivos son, sin duda alguna, los de hombre y mujer. Si salimos de los condicionamientos genitales y biológicos en general, lo masculino y lo femenino son fuerzas que están en todos nosotros y en la naturaleza. Que la mujer irrumpa ahora con fuerza en la vida pública, y reclame un lugar justo e igualitario, es algo que nadie con dos dedos de frente le va a negar. Por otro lado, si hay mujeres que desean vivir de forma diferente, es un derecho que la misma mujer tiene que respetar, y no aplicar tiránicamente sus ideas a todos por igual. Estamos hablando de la mujer occidental, que es la que ha iniciado todo este movimiento, y debería tener mucho cuidado de no imitar al hombre occidental, que considera bárbaras a todas las civilizaciones que no aplican sus principios científicos racionales, y quiere cambiarlos para bien general de la humanidad y progreso de la ciencia. El estado actual es

como el de una presa de agua que con el paso del tiempo ha alcanzado su nivel máximo de capacidad. La pasividad es energía potencial, y en un momento dado sobrepasa la resistencia del obstáculo, se activa y rompe el dique. Hay muchas estructuras que van a saltar hechas pedazos con el feminismo, lo que va a permitir un poco de aire fresco y mayor espontaneidad en las relaciones humanas, pero el agua volverá a estancarse más abajo.

-¿Ves lo que pasa por preguntarle a un hombre? Enseguida quiere hacer una teoría. Lo que realmente necesitas es una buena muchacha que te organice el caos en el que andas perdido.

-Mamá, Eli tiene que estar cansado. Podrías ahorrarle el discurso de la mujer judía para mañana -dijo Rachel entrando con una bandeja rebosante de cafés y tartas.

-Pues sí, voy a tomarme un pastelito, no quiero pensar más en estas cosas, me acaban produciendo jaqueca. Realmente, es un mundo desquiciado, y no voy a dejar que me amargue los pocos años que queden de vida. Prueba este, Eli. Ahora que el rabino no me escucha, puedo decirlo: las tartas de frambuesa son la prueba más inequívoca de la existencia de Dios.

11

Eli estaba agotado. Más por pasar dos horas de charla trivial alrededor de una tarta, evocando el pasado entero de la familia, que por un viaje extenuante desde Viena con parada sorpresa en Kiev. En cuanto pudo articular dos frases seguidas, se disculpó para poder retirarse. Rachel salió en su ayuda y le acompañó hasta el que fuera cuarto de Nathan, impecablemente preparado para la ocasión.

-Ya ves, a mamá se le va la cabeza, y se ha agudizado mucho en este último año. Lleva mal la ausencia de papá.

-Tiene que ser difícil para ti ver a tu madre así, después de todo lo que te ha pasado.

-Cuando murieron Abel y Vadim cambiaron mis criterios sobre las cosas, ya te lo he contado en mis largas y pesadas cartas.

-Lúcidas cartas.

-Oscuras para mí, como mi rendido corazón. Desde que ellos se fueron, nada me ha vuelto a interesar, ni nada me afecta demasiado: sólo hay un vacío que quiere envolver mi vida con gasa invisible... Bueno, no quiero molestarte más, pareces muy cansado, mañana charlaremos. ¡Ah! Te he puesto el libro de Radlov en el escritorio, pero yo que tú dejaría ese asunto para cuando estés fresco. No entiendo lo que hay escrito, aunque percibo algo muy intenso... hablemos de ello por la mañana.

Eli no pudo resistir a la melodiosa sirena de la curiosidad. El libro era un enorme manuscrito encuadernado en piel desgastada por su exposición a la intemperie, un bloc de notas de gran tamaño del tipo usado por los arqueólogos en sus trabajos de campo. Las páginas no estaban numeradas y el fino papel hacía difícil dar siquiera un valor aproximativo. Al tomarlo en sus manos entendió lo que quería decir Rachel acerca de su intensidad, aunque creyó que también el cansancio contribuía a tan

particular percepción inexplicable. Se quitó los zapatos y se tumbó en la cama. Abrió la primera página y leyó en griego clásico:

Por tu bien he venido desde los tronos celestiales
Para desvelarte los planes de Zeus
Y preparar el viaje que vas a emprender.
Escucha y cree lo que te digo.

Era Hércules hablando en el "Filóctetes" de Sófocles, lo conocía perfectamente, de hecho había escrito un ensayo sobre esa tragedia. Luego aparecían unos signos incomprensibles y seguía un texto con la tinta corrida por el agua. Siete páginas enteras estaban en esa condición. A continuación estaba escrito en griego con palabras intercaladas de lo que debía ser la lengua escita:

"Permanecí hasta junio en la lamasería jalja. Había comprendido que el Gran Caballo Dorado (...) no podría ser nunca encontrado dentro de los límites de la civilización. De forma recurrente, vi en mis meditaciones de la mañana cómo un caballo galopaba hacia el norte siguiendo un largo río, lo que interpreté como una invitación a seguir el curso del Lena. El Gran Chamán, el dorado Apolo (...), debía estar en Yakutia, y ese parecer fue confirmado por uno de los lamas. Crucé entonces por la estepa inacabable encontrando un camino hasta Ulan-Ude, y tomé el transiberiano hasta Irkustk. Desde allí, recorrí agotadoramente a caballo las difíciles sendas hasta el Lena en Kachug, apenas bajado de las montañas que rodean el lago Baikal. El hielo me cerró el paso y tuve que esperar hasta bien entrado mayo a que el río fuera líquido y practicable(...) Navegué rumbo al norte con una expedición de dos canoas, acompañado por guías sajas, con la intención de llegar hasta Yakustk, para después, si todo me era propicio, cabalgar hasta Ytik-Kel. La primera

noche que dormí junto al río, tuve un sueño mucho más real que mi vigilia ordinaria(...) Una mujer joven, muy blanca, de fríos y transparentes ojos, me visitaba mientras dormía y me tomaba (...)como amante. Soñé seis noches con ella, y la séptima me dijo que había decidido que yo fuera su esposo(...) Seres extraordinarios vinieron a nuestra boda, y en la ceremonia supe que mi esposa era el espíritu del río Lena. Durante semanas, pasé los días navegando hacia el norte y las noches viviendo con Lena en el mundo de los sueños, en lo que parecía una cueva en algún otro lugar del río. Los dos mundos tenían la misma realidad o irrealidad para mí. Cuando dormía en uno despertaba en el otro, y siempre estaba agotado. Lena me enseñó a hablar el lenguaje de los osos, que tiene treinta y seis elementos fónicos, y un número desorbitado de combinaciones posibles con sentido, en las que expresan un complejo mundo emocional, más fangoso aún que el del humano. Aquella misma noche, nuestro campamento fue visitado por un oso, con el que pude hablar, y al que disuadí, con mis recién aprendidos gruñidos, que se marchara a otro lugar. A partir del incidente, los sajas que me acompañaban me tomaron por un hombre sagrado y no volvieron nunca a discutir mis decisiones (...)

Días de casi veinte horas nos agotaron en el tramo final, en los rápidos de Pyanyi Bik. Por el cansancio, vino el error que hundió una de las canoas de los sajas, y murieron dos hombres. El cauce ensanchó después, alcanzando más de un kilómetro. Cuando nos encontrábamos a unas siete horas de navegación de Yakutsk, según el guía, aparecieron en la orilla altos pilares de roca caliza, rojizos, que la erosión había moldeado con paciencia y delicadeza. Reconocí, para mi sorpresa, que entre aquellas rocas vivía mi otra vida con Lena(...) Tras dos horas de remar sin descanso, llevé la canoa a tierra, a una playa que conocía perfectamente,

pues la había paseado durante semanas. No lejos, se encontraba la cueva en la que había establecido mi hogar con Lena(...) Cuando entré en ella, no encontré nada de lo que esperaba, de hecho estaba vacía, si bien intuía que de alguna forma todo seguía ahí, aunque fuese invisible a los ojos de mi vigilia. Mis dos mundos habían convergido, y en los días siguientes acabaron de fusionarse por completo. Lo que hacía en la vigilia repercutía en el mundo de los sueños, y los intercambios funcionaban en los dos sentidos. Si me hería una mano al cortar la leña, algún miembro era golpeado, arañado o cortado en mi mundo de sueños. Lo que volvía todo más confuso es que las simetrías no eran completas, y algunas actividades quedaban circunscritas a sus mundos respectivos(...) Despedí a los sajas, ya ansiosos por volver con sus familias, advirtiéndoles sobre las consecuencias que tendrían que afrontar si desvelaban mi paradero a alguien. Lo comprendieron perfectamente y me dijeron que nunca traicionarían al espíritu del Gran Chamán (...)"

Aquí la tinta estaba también corrida. Una página después se leía con dificultad:

"Fue en el corazón del Yuriak donde tomaron forma las primeras encarnaciones del hombre actual(...) Lena(...)Uvs Nuur (...) (...) El Gran Caballo Dorado, el chamán alma de los antepasados y de los presentes, que puso en marcha el sueño del mundo(...) con su respiración acompasada (...)

(...) Tiembla el toro de la tierra con bajo mugido (...) Relincha el caballo de la estepa con su galope poderoso. Viven en mí y yo (...) en ellos. Cuando el rayo de la palabra hace arder el alerce junto al agua, sobre ellos y sobre mí se alza el Espíritu Blanco (...) Yo soy el hombre creado por el Señor del Infinito con todos sus regalos. Yo soy. ¡Ven y enséñame (...) caballo! ¡Ven y respóndeme, toro mugiente! ¡Ordena, Señor del Poder, manda (...)!¡Oh Madre, muéstrame mis faltas, sé propicia y muéstrame el camino a

seguir (...)¡Oh, espíritus del sol que vivís al sur de las nueve colinas de madera! ¡Oh madres de la luz que conocéis los celos y los cuidados! Os imploro: que permanezcan altas vuestras tres sombras, muy altas. Y tú, el que estás al Oeste en tu inalcanzable montaña, ¡Oh Señor, mi antepasado de terribles poderes, mantenme con tu aliento (...) Para que encuentre mi vía hacia Ti.”

12

El corazón de Rachel había muerto el día que le llevaron el cuerpo de su marido Vadim con el cuello fracturado, vencido hacia atrás como el de una marioneta por una mala caída de un caballo. Un año más tarde, murieron el resto de sus vísceras, cuando la ferocidad de la gripe le arrebató de sus brazos insomnes el pequeño cuerpo de su único hijo de cinco años. El fuego sin luz que la devastó hizo un carbón de su alma, y la sumergió en un pozo sin fondo. Un día, de improviso, llegó una exigente primavera y algo quiso renacer en su cuerpo joven: aún buscaba la inmortalidad en la descendencia, lo que abrió en su corazón un infierno completo con la forma de la culpa. Sus ojos buscaron más vida, y sólo encontró la llaga de la traición. Abel y Vadim vivían porque ella los recordaba, sobre todo el pequeño: ¿quién le recordaría si ella volvía a casarse y tenía nuevos hijos?¿No sería acaso absorbido por el silencio, como si nunca hubiera existido, al volcar ella sus atenciones en otros niños y otras risas? Rachel se negaba al triunfo del olvido, pagando al enemigo con cenizas en el corazón, con jirones de carne fieramente arrancados de su matriz y sus muslos por las fuerzas de la vida, siempre en movimiento por debajo de las formas, con sus abrasadoras calderas, en las que se hacen líquidas las rocas de todos los nombres, vertiendo en efímeros crisoles nuevas personas: apenas llegan a ser las innumerables vidas cuando se están disolviendo en el fuego transformador, en la fragua del tiempo. Quien ha mirado y respirado los vapores de los hornos de la generación y la destrucción ya no pertenece al mundo de los vivos, y cuando intenta remontar el accidentado camino que lleva de vuelta a la vida, alentado por una voz ligera o un rayo de luz que le lleva hacia arriba, una nostalgia infinita le devuelve hacia

lo hondo, buscando la espada que le libere de la cabeza propia, a la que por inercia sigue llamando mundo y pesadilla. Sin vivir ni morir, Rachel pasaba los días en una tierra intermedia, ocultando tras la máscara de la educación y los buenos modales su ausencia profunda, bruscamente interrumpida por la aparición de Radlov, a quien reconoció como otro ser que había bajado al submundo de las almas, incluso más lejos de lo que ella había descendido.

-¿Leíste ayer el libro? – quiso saber Rachel mientras daban un paseo por la ciudad.

-¿Por qué lo preguntas?

-Pareces inquieto, y Radlov también consiguió inquietarme a mí con su presencia. Sé que no crees en presentimientos, pero intuyo que su libro es peligroso.

-Lo cierto es que mis últimas experiencias me están enseñando a mirar finalmente al mundo sin prejuicio. Te hablo de filtros mentales, obstáculos, decisiones arbitrarias que ni tan siquiera era consciente que estuviesen ahí. Estuve leyendo casi toda la tarde y me pasó una cosa extraña. Me dormí con el libro en las manos. Soñé con el final de la misma historia que había leído, y... ¿sabes?, esta mañana continué donde lo había dejado y era idéntico a mi sueño. Bueno, al primero de ellos, pues luego soñé otra cosa espantosa: dos hombres me cortaban con cuchillos de despiece, uno empezando por los pies y otro por la cabeza, y yo les preguntaba si les quedaba mucho, a lo que respondieron que no se puede acelerar el trabajo bien hecho. El proceso duraba días, y después metían los pedazos en cestas y se iban al campo, donde los sembraban en tierra bien arada que la lluvia y el sol convertían en un manto de bellísimas flores azules y blancas, y yo era todas las flores y la tierra que las sostenía...

-También yo tuve sueños extraños tras la visita de Radlov. En uno de ellos, que se repitió un par de noches, estaba

aprisionada en un agujero cavado en la tierra. Era pequeño, incómodo y frío, no podía salir y me agobiaba.

-¿Te enterraban viva?

-No, era distinto, era un lugar de tortura. No había soñado nada tan tenebroso desde los meses que siguieron a la muerte de mi hijo.

-¿Y crees que tiene que ver con el...?

Los sentidos arrebataron la atención de Eli, y su mente se fue tras la inmensa construcción blanca de la arcada comercial, olvidando por completo la conversación.

-¿Es este el edificio de Alexander Pomerantsev?

-¡Ah, sí!, aquí lo tienes. ¿Ves?, es como un extraño híbrido de la arquitectura eclesiástica rusa medieval y las estaciones de trenes de Londres o París del diecinueve. La verdad es que prefiero este estilo al rancio clasicismo. En el interior, han ubicado cientos de tiendas y puestos en los que se vende todo lo que el mercado puede ofrecer, para orgullo de los moscovitas y mayor gloria urbanística de la ciudad. Es un buen sitio para comprar ropa. Entremos.

El bullicio de la plaza se incrementó en cuanto cruzaron por el arco principal. Sus pensamientos fueron absorbidos por el urgente juego de la compraventa, que allí tenía santuario principal. La trivialidad de la moda les hizo girar entorno a un centro invisible y vacío, recorriendo cansadamente las dos plantas, casi comercio a comercio. Consiguieron, con dificultad, encontrar dos pantalones y dos camisas de invierno en pleno junio, y luego se sentaron en un café de moda para reponer la pérdida de energía.

-No hace falta que compremos un abrigo de piel –dijo Rachel. -En casa, hay dos de Alexander antes de casarse, cuando pesaba treinta kilos menos. Las botas y los gorros de Vadim te servirán perfectamente. Tenía toda su ropa guardada en un baúl y no sabía qué hacer con ella...

-¿Te has dado cuenta de la hipnosis que produce este lugar? –observó Eli sin prestar demasiada atención a los

comentarios de Rachel. -Nosotros mismos llegamos hasta aquí inmersos en nuestras cosas, en Radlov, en el libro, y todo se desvaneció mágicamente. Somos muñecos en manos de las fuerzas de la vida, querida prima -sonrió. Este café, aquella tienda, son las formas que toman nuestros deseos y necesidades. Nuestros deseos son nuestras necesidades, y casi todas son ficticias...

-Es difícil estar en el mundo y no ser arrastrado por la corriente de las cosas –intervino Rachel comprensiva. Me siento montando el caballito de un carrusel del que no me puedo bajar. Ni siquiera mi dolor por la muerte de mi hijo permanece, y algo me empuja de nuevo a la carrera, a hacer y decir cosas que ya pensaba haber puesto a un lado tras ver frente a frente la cara de la muerte. Y no es necesario que me remonte al pasado, la sensación está aquí, Radlov me la reavivó, convive con toda esta feria comercial y me confunde, como si vivieran en mí personas diferentes.

-¿Cómo era Radlov? –quiso saber Eli.

-Me produjo una sensación a la vez de extrañeza y familiaridad. Me recordó mucho a ti. Al principio, al creerle tu amigo, pensé que era simplemente la asociación que hacía mi mente, pero al mirar sus ojos con detenimiento te veía a ti, quizá más viejo... y distinto. Su efecto era soporífero, no podía tener los ojos abiertos cuando le miraba, como si tuviera esos poderes que dicen que tienen los fakires de la India. Apareció y desapareció sin dejar rastro. Como te escribí en la carta, si no llega a ser por ese inmenso y polvoriento libro que dejó en la casa hubiera pensado que el encuentro había sido un sueño. ¿Qué dice el libro?

-Por lo que he leído hasta el momento, Radlov relata la búsqueda de un chamán, al que identifica con Apolo, en un viaje siguiendo el curso del río Lena. También cuenta cómo entró en el mundo de los sueños y llevó una doble vida, llegándose a casar con la propia Lena.

-¿Se casó con el río?
-Y tuvo hijos que el río ahogaba al nacer, como promesa a unos seres celestiales que encarnaron en ese mundo de sueños.
-¿Te parece que eso tiene sentido?
-Es como si hubiese escrito una historia mitológica, sólo que ocurre en nuestros días, y en la geografía de Siberia. No te he dicho nada de esto, pero Radlov me mandó algo a Viena, a la tienda de Jacob.

Eli sacó entonces el colgante que llevaba por dentro de la camisa y se lo quitó entregándoselo a Rachel. Al cogerlo, sintió un mareo.
-¿Estás bien?
-Un poco sofocada. Esa piedra es idéntica a la que llevaba Radlov en el cuello, lo recuerdo perfectamente. Entonces me llamó la atención, y fue precisamente al mirarla cuando comencé a sentir sueño, al verla ahora su efecto ha sido más fuerte.
-Puede que me la enviara por correo después de verte a ti. Me pregunto cuál es su significado. A mí no me produce ese efecto tan intenso, aunque ahora que lo pienso, desde que la tengo mis sueños son más raros e inquietos.
-Tiene que ser el amuleto de uno de esos brujos que vas a ir a estudiar.
-Será mejor que la guarde –dijo sintiéndose inconscientemente responsable del malestar ocasionado a su prima.

Un desconocido se aproximó hasta Eli, y antes que pudiera colgarse la piedra al cuello, se la arrebató de un manotazo y le empujó, tirándole de la silla. Rachel dio un grito, y otras mujeres gritaron también, sin saber porqué, intuyendo que el revuelo era motivo de seria inquietud. Eli se puso en pie en plena confusión, buscando con la mirada al fugitivo.

-No te preocupes, vuelve a casa y no le digas a nadie nada de esto. Luego te veo.

Comenzó a correr por la galería con más velocidad de la que recordaba tener, saliendo a la calle en pos del hombre por una de las puertas secundarias.

-¡Al ladrón! –se le ocurrió gritar, pero ningún policía le oyó, y los transeúntes mostraban más miedo que intención de ayudar.

El desconocido se introdujo en un coche de caballos cerrado. Medio minuto más tarde le dio alcance, extrañado porque el carruaje no hacía intención de marcharse. Abrió la puerta con violencia pidiendo ayuda a gritos. Se sorprendió al ver a los ocupantes, pues junto al ladrón estaba Renard, apuntándole con una pistola.

-Tranquilícese señor Feldman, y suba, me gustaría llevarle a dar un paseo, tenemos que hablar.

Eli hizo intención de girarse para salir corriendo, pero la mano del ladrón le sujetó por el brazo como un cepo la indefensa pata de un venado. Bruscamente fue sentado y el coche se puso en marcha.

-Disculpe a mi amigo el señor Parker, tiene unos modales demasiado bruscos. No le recomendaría que le enfadase.

Renard le pasó el revolver a Parker y sacó un largo puro de su abrigo. El desconcierto y el enfado con el que Eli había iniciado la carrera tras el ladrón se habían transformado en sorpresa e inquietud.

-¿Qué es todo esto Renard?

-Mi nombre es Johan De Vries.

Era la primera vez que alguien le mentía sobre su identidad y le conmocionó la idea de enfrentarse a una parcela desconocida del universo, la idea de no estar comprendiendo lo que ocurría ante él, sensación que le remitió a la infancia.

-¿Quién es usted, qué pretende?

-No se ponga nervioso, señor Feldman, nadie quiere hacerle daño –hizo un gesto a Parker para que guardara el arma. -Simplemente teníamos que asegurarnos de captar su atención.
-La tienen completa. ¿Tendría ahora la amabilidad de explicarme por qué me han robado el cuarzo? –protestó Eli con firmeza.
-¿Cuarzo? Señor Feldman, no insulte nuestra inteligencia haciéndose el imbécil.
-¿De qué está hablando?
-¿Quiere usted decir que no sabe que se trata de un diamante en bruto?

Eli se sintió como un estúpido. La sensación le desagradó, y, por un momento, se sintió más vulnerable. Nunca había sentido la menor atracción por las rocas, no estaban vivas, no pensaban, y no mostraban ningún tipo de actividad interesante. Era incapaz de distinguir cualquier cosa que fuera más allá del granito o el mármol, pero había dado por sentado que el viejo Jacob sabía lo que decía cuando pensó que era un cuarzo, y su mente ya no le dio más vueltas. Un torrente de preguntas invadió entonces su cabeza, pues su intuición le decía que, a pesar de todo, la piedra era la de un chamán, aunque no tenía noticia que los chamanes utilizasen diamantes como acumuladores energéticos en sus prácticas.
-¿Conocen ustedes a Mihail Radlov –quiso saber Eli creyendo ir al fondo de la cuestión.
-Digamos que hemos tenido noticias de sus andanzas por Siberia, y por lo que esta piedra muestra, parece que ha encontrado diamantes.
-¿Cómo saben ustedes todo eso, que yo tenía el cuarzo... bueno, el diamante? ¿Cómo me han seguido?
-No ha sido tan difícil. El señor Radlov ha ido “perdiendo” piedras como esta por toda Siberia y Asia Central, y

nosotros las hemos encontrado. Trabajamos para una compañía diamantera holandesa, y nuestra labor consiste en enterarnos de cosas así, pero lo que importa ahora es que tenemos una propuesta para usted. No sé si sabrá que Mihail Radlov estuvo estudiando los chamanes en Siberia, bueno, seguramente no. Al principio pensamos que a lo mejor ustedes eran socios, si bien, tras investigarle hemos llegado a la conclusión de que usted sabe menos sobre este asunto que nosotros mismos. En cualquier caso, creemos que Radlov halló una mina de diamantes por casualidad y queremos que nos ayude a encontrarla. Escribió un diario en griego en el que parece que da su localización, aunque esto es sólo una suposición, pues el agente nuestro que llegó a ver el libro desapareció misteriosamente en Tashkent.

-¿Y qué pretenden que haga yo? – dijo alegrándose al ver que no sabían que él tenía el libro.

-El libro aparecerá antes o después, tenemos varias pistas firmes. Queremos que nos lo traduzca cuando lo encontremos, y que, mientras tanto, nos ayude a reconstruir sus investigaciones para encontrar la mina. Según parece, Radlov buscaba el palacio de Apolo y se encontró con los diamantes.

-Señor Renard o De Vries, o como quiera que se llame. Su historia está bien para ser leída en una novela, pero no me interesa –mintió Eli. -Quédese con el diamante, y busquen ustedes la mina, lo que yo busco en Siberia no tiene nada que ver con sus mundanos deseos de riquezas y poder.

-Piénselo bien, la recompensa sería sustanciosa. Podría pasar el resto de su vida dedicado a sus investigaciones sin preocuparse por nada más.

-Ya paso mi vida dedicado a mis investigaciones, y si ustedes me lo permiten, es lo que pienso seguir haciendo, buenas tardes. ¡Pare el coche!

El coche siguió su curso. De Vries intentó una sonrisa mientras golpeaba dos veces con su bastón en el techo. El cochero, reconociendo la señal, se detuvo.

-No ha entendido nada, señor Feldman. La compañía a la que pertenezco tiene minas en todo el mundo, y sus dueños son hombres más poderosos de lo que usted podría llegar a imaginar. Nuestra oferta no es algo que pueda ser rechazado. Va a venir a buscar ese maldito palacio de Apolo, o como sea que lo llamen, por voluntad propia o a la fuerza. La primera opción es más interesante para usted. Le contactaremos en el transiberiano.

La puerta del coche se abrió desde fuera, pero nadie entró. Parker salió inmediatamente a comprobar qué ocurría. Se oyó un golpe y el sonido de algo que caía. De Vries se sobresaltó. Eli, que no estaba acostumbrado a violencias y sobresaltos, miraba sin poder reaccionar. Con lo que le pareció una velocidad extraordinaria, Xintien Hu apareció frente a la puerta y poniendo un pie en el pescante, deslizó su bastón por el interior de su puño mientras lo empujaba con la otra mano desde atrás, impactando violentamente con la empuñadura a la altura de la nariz de De Vries, quien cayó al suelo como un muñeco que pierde su impulso mecánico.

-Usted... -quiso decir Eli-, pero usted... ¿cómo ha sabido...? ¿Es que no tienen otra cosa que hacer que seguirme?

-No me lo agradezca, si quiere puede quedarse con ellos.

-Por algún motivo que desconozco, creo que confío más en usted – se apresuró a decir saliendo del coche.

-Si no me equivoco, esto es suyo –observó Hu cogiendo la piedra que había caído de las manos del holandés.

-Gracias. Aunque no estoy muy seguro de quererla, la filosofía y los diamantes no congenian bien.

-Tómela, hay algo que aún tiene que hacer con ella. Ahora marchémonos de aquí, antes que estos recobren el sentido, o llamemos la atención de la policía. Suba a mi coche.

Eli se detuvo en seco.

-¿Cómo sé que con usted estoy seguro?

Un hombre borracho se les acercó. Miró los cuerpos del cochero y de Parker tumbados en el suelo.

-Esos buscaban problemas –comenzó con media lengua etílicamente estropajosa-, yo huelo esas cosas. Problemas... por todas partes. Son malos tiempos. Yo antes tenía un buen empleo en el Servicio Imperial de Correos. Soy de Briansk, ¿sabe?, de joven escapé a la ciudad huyendo de la miseria del campo: un año llueve mal, otro bien y al tercero te ahogas. Se vive mejor aquí. Como dice mi Natasha, el zar es como un padre que no va a permitir que nada malo nos pase. Son esos nihilistas los responsables de tanta maldad. ¡Sucios nihilistas! –gritó volviéndose hacia los hombres que estaban en el suelo y escupiendo-, ¡sucios! Siberia es algo demasiado bueno para ellos. Alborotadores, nada más quieren molestar a la gente honrada. Hay mucha gente buena que no se merece lo que le pasa. Mi cuñado Vania, un pedazo de pan, si usted me entiende, pasó toda su vida trabajando como cochero de una condesa para después ser arrojado a la calle cuando cayó enfermó, como un perro que ya está viejo y sin dientes y no le sirve al amo.

El hombre cogió a Eli por las solapas mientras le hablaba llenándole la cara de alcohólica saliva. Por lo menos, los gérmenes no podrían prosperar en una solución de tanto vodka, pensó, y comprendió que haría mejor en salir de aquella escena cuanto antes. Se quitó de encima los brazos y montó en el coche. Hu sacó unas monedas y se las dio al borracho, ya desde dentro. El hombre dio las gracias sin poder contener su verborrea.

-Era peor en la época de mis padres, con la servidumbre. Esas son cosas que llevan a un hombre a la perdición. Me quitaron el trabajo porque decían que bebía. Lo que un hombre bebe es asunto suyo, les dije yo: ¿cómo pretenden que soporte tanta miseria estando sobrio... ?

La voz se hizo imperceptible. Eli miraba a Hu con desconfianza. Era evidente que navegaba mares desconocidos, y aquel tipo de hombre, fuera el que fuera, no era el que había acostumbrado a tratar en el pequeño mundo de la universidad.

-¿Señor Feldman, ha oído usted hablar alguna vez de la alquimia taoísta?

13

Rachel le abrió la puerta al llegar a la casa. Se encontraba preocupada, y su llegada supuso un alivio.

-¿Estás bien? Has tardado tanto que me asusté. Estaba a punto de avisar a la policía.

-No le has dicho nada a nadie, ¿verdad?

-No te preocupes, no saben nada. ¿Recuperaste la piedra?

-Sí, aquí está. Es un diamante, por eso han intentado robarla.

-¡Pues claro! ¿Cómo no me di cuenta? Llevo toda mi vida viendo a mi padre y mis hermanos trabajar con diamantes... ¡y ahora resulta que soy incapaz de distinguirlos! Estaba tan hipnotizada por la personalidad de Radlov que...

-Tía Rachel –interrumpió una niñita-, Aaron dice que después del primer diente a las chicas se les caen las coletas, y que por eso las mamás no las llevan ya. ¿A que no es verdad?

-Sí, es verdad, tonta –aclaró un niño unos años mayor.

-Niños, niños, dejad de incordiaros. Este es vuestro tío Eli, dadle un beso.

La niña besó educadamente a Eli, mientras Aaron le estrechó ceremoniosamente la mano. Eli no había esperado encontrar niños. Es más, la conversación con Hu le había hecho olvidar por completo la comida familiar de bienvenida y despedida. Era la fiesta de siempre. Al vivirla de nuevo, la atracción magnética del pasado empujó a un lado aquel presente que le parecía un sueño, y su mente se perdió en la infancia. La correrías por casa de la abuela, los juegos, el salvajismo y la crueldad de la tribu infantil de la familia.

La infancia es el reino de los traumas, algunos tan severos que arrastran la joven personalidad a una mayor inconsciencia para poder sobrevivirlos. Esa inconsciencia se toma erróneamente por felicidad. La absurda nostalgia

que el adulto siente por la propia niñez no es más que una de esas muestras de autocompasión con las que nuestra personalidad contamina el pasado para creerse real. El fugitivo río del tiempo sólo alcanza a formar objetos en el pasado, cuando nuestra vida se convierte en una narración y se fija por repetición hasta que nos convencemos que el protagonista de ella somos nosotros mismos. Sin narración no hay pasado, ni persona, tan sólo la sombra de un sueño que parece soñar el universo.

Las reuniones familiares comenzaban con la excitación y alegría del reencuentro, para acabar invariablemente con disputas y peleas por asuntos nimios, en las que se traslucía un hecho muy simple: a duras penas soportamos un ego distinto al nuestro. Su primo Nathan siempre le pegaba, y Ana, dos años mayor que él, le torturaba psicológicamente con todo tipo de miedos, mentiras, coacciones y abusos. Si Eli quería un juguete, Ana se encargaba personalmente de hacer todo lo posible para que no lo tuviera. Si se marchaba solo con un libro a alguna parte, el libro era siempre del papá de Ana y Eli no podía leerlo. Sobre la tablilla de cera de su memoria había quedado impresa aquella vez que se escondió en el ático con un ejemplar de "Eugenio Oneguin". La interminable cena de Hannukah seguía abajo en el salón. Los niños probaban la paciencia de las niñeras y las madres, mientras los hombres discutían de política fumando y bebiendo. Eli tenía sólo once años y quería averiguar qué le encontraban los adultos a Pushkin. Para su sorpresa el libro no sólo le gustó, sino que se enamoró de Tatiana desde la primera página que apareció en la novela. Su apasionada lectura le duró un par de horas cortas, pues Ana acabó encontrándole y se chivó a su madre que leía a escondidas. Madre y tía subieron al desván y confiscaron el libro, mandándole de vuelta con los demás primos: "esta no es lectura para niños", le advirtió su madre con criterio orientador y modales represivos. Eso le animó aún más, y

el libro pasaría con el tiempo a ser uno de los favoritos de su adolescencia.

La familia es un laboratorio en el que el ser humano practica todas sus emociones, e inventa variantes nuevas. La mayor parte de los experimentos son un fracaso: teñimos la sustancia emocional con el color de las expectativas, y nos lamentamos después porque los resultados desbordan de una u otra forma nuestra previsión. Nos hace desgraciados ver que el mundo es como es, y no como el pequeño plan que hemos tramado, basado en una percepción errónea de la realidad. Las emociones nos tienen bien sujetos, unos a otros, pero también nos encadenan a la absurda idea que nos hemos ido haciendo de nosotros mismos. Si miramos con desapego el mundo emocional, comprobamos que por cada minuto de satisfacción que nos produce somos arrastrados durante días por todos los fangos de la personalidad. Persiste, además, una absurda idea, según la cual, los sentimientos que hemos construido con las emociones son nuestra parte más íntima y real, cuando no son más que una variación, una transformación de algún impulso muy básico. Paz y familia son cosas incompatibles, a no ser que aprendamos a pacificar el corazón en el tumulto emocional que produce el encuentro con los otros, y para eso hemos de estar en paz con nosotros mismos.

La inquieta mente que controlaba la casa de tía Esther en aquel día, le recordaba a Eli el desconcierto y la incertidumbre que habitaban en su corazón, y a la vez, especialmente tras el encuentro que acababa de tener con Hu, le confirmaba que aquellos patrones emocionales ya no le pertenecían, y que su vida le llevaba hacia mares desconocidos y peligrosos.

-¡Eli, querido, cuánto tiempo sin verte!

-Hola Adele –contestó Eli con un beso y un abrazo.

-Déjame pensar... Más de diez años. La última vez que viniste por Moscú estábamos en Petersburgo. No has cambiado nada, sigues tan guapo, ¿verdad Rachel? Nos alegramos mucho cuando te nombraron catedrático, tiene que ser un trabajo fascinante.
-No te creas...
-Ven, ven –se apresuró en cortarle Adele-, voy a presentarte a Aaron, nunca llegasteis a conoceros.
-Mucho gusto, Eli –proclamó Aaron con el tono de superioridad que caracteriza a los cirujanos.

Observó que la idea de una cena familiar tampoco le tenía particularmente seducido, lo que le llevó a simpatizar inmediatamente con él.
-Yo también me alegro de conocerte –sonrió extendiendo una rápida mano a un aliado.

La acometida por la espalda de un hombre robusto que le abrazó como un oso, interrumpió las primeras frases rituales y vacías de la presentación.
-¿Cómo está mi primo favorito? ¿O debería llamarle señor catedrático?

El apretón le ahogaba, y respiraba con gran dificultad.
-Suéltale ya Nathan, ¿no ves que le estás congestionando? –intervino Adele.

A Nathan no le importaba, nunca le importó, pero soltó a Eli con una risotada.
-Yo también me alegro de volver a verte, Nathan –ironizó Eli deseando darle un puñetazo en el plexo solar.
-A esos catedráticos atolondrados, que no saben ni donde la tienen, y que piensan que lo más emocionante que le puede pasar a un hombre es que le lean sus plúmbeos ensayos, podrás engañarlos haciéndote el sabiondo, pero a mí no, señor pequeñajo. De todas formas, felicidades por tu nombramiento –dijo Nathan haciendo como que le lanzaba un gancho a la mandíbula.

“Señor pequeñajo.” Así es como le llamaba desde que eran niños, no sólo por ser seis meses menor, sino porque siempre le había considerado un rival en una imaginaria lucha por la supervivencia, y tenía que denigrarle continuamente para él mismo sentirse más seguro. Nathan no había sido capaz de romper el molde en el que aprisionó a Eli en la infancia, y cuando veía a su primo no contemplaba sino una distorsionada imagen de una fantasía infantil especialmente torpe y envidiosa. Había pasado directamente de ser un niño intimidador y pendenciero a un comerciante de éxito, y una cosa había resultado ser la mejor escuela para la otra. Sus pocos escrúpulos se habían adornado con el don de comprar abusivamente barato y vender descaradamente caro. Daba la impresión que sus compras eran un favor que le hacía a su proveedor, quitándole de encima un género tan bajo, y no dudaba en utilizar cualquier forma de chantaje o soborno que le proporcionase un trato más ventajoso. Comenzó comerciando con pieles en el mercado de Ekaterimburgo, comprando hurones, martas y armiños, que luego vendía a mucho más alto precio en Moscú, aunque también importaba cargamentos de alfombras persas, artesanía china o algodón de la India que distribuía después por toda Europa. Cuando el mercado de pieles arrasó la población de estos desafortunados mamíferos, y no pudo mantener sus márgenes, se pasó al negocio del diamante. La fortuna acumulada le permitió instalarse con fuerza en tan difícil mercado, y no depender de una asociación con su padre, con quien, por otra parte, no se llevaba demasiado bien.

-Eli, dame un abrazo –se acercó Joseph con afecto sincero.

-Tienes que perdonar a Nathan, sigue siendo un oso. Todos estamos felices de verte y orgullosos por tu nombramiento.

Comprendió entonces que sus palabras eran ciertas. La familia daba más importancia a su cátedra que él mismo. Le pareció un fenómeno muy tribal: todos se habían

apropiado de la distinción y categoría social que suponía tener a uno de los suyos encumbrado en los podios del saber.
-Me alegro también de verte –respondió Eli con cariño.

Joseph era el mayor de los hijos de Esther. Con su difunto padre, compartía no sólo nombre, sino el mismo carácter y una visión análoga del mundo. Al ser seis años mayor que Nathan le tenía cogida la medida y era la única persona capaz de ponerle en su sitio. Joseph llevaba con éxito el negocio de la familia. Había abierto una joyería en Petersburgo y dos más en Moscú, y estaba proyectando abrir una pequeña en Kiev. Era un hombre de valores moderados y sensatos, trabajador devoto y sencillo en sus gustos. Se sentía patriarca de una gran familia y la gobernaba con el mismo criterio que a su floreciente negocio: benevolencia y ecuanimidad, sin imponer nunca sus valores a nadie, convenciéndolos mediante un tranquilo despliegue de sentido común. Más inteligente de lo que sus hermanos le creían, dedicaba su tiempo libre a unas investigaciones un tanto caóticas sobre la historia del pueblo hebreo, y pertenecía a una sociedad internacional que soñaba con establecer un estado judío soberano en Palestina.

Una mujer daba el pecho a un bebé sentada en el sofá azul cián del salón. Mihail tocaba Chopin en el piano, ajeno al bullicio.
-No te levantes –rogó Eli a la mujer, quien por otro lado no tenía ninguna intención de interrumpir su íntimo ritual nutridor. -Tú debes ser Judith, la mujer de Alexander.

Ella asintió con la cabeza dejándole ver que no apreciaba ningún tipo de perturbación. Chopin se transformó en Cesar Frank mediante una inesperada modulación de sexta napolitana. Eli miró al pianista, quien le sonrió al notar que se había dado cuenta del cambio.

-¡Eli, qué alegría! –dijo Alexander avanzando desde la puerta.

-¡Alex!

-Veo que has conocido a Judith y a la pequeña Anushka.

-Sí, las dos son preciosas, ¡enhorabuena!

-A ti también por tus éxitos académicos. Pero... ¿cómo lo haces? ¿cómo puedes mantenerte tan joven? –preguntó Alex cambiando el tono del encuentro. -Mira como estoy yo, gordo y medio calvo. ¿Tienes algún secreto?

Alex había sido su compañero de juegos en la infancia moscovita. Ambos fueron víctimas de la violencia de Nathan y siempre se sintieron muy unidos frente al torturador. Era un hombre muy básico, sus intereses se centraban entorno a la comida, la bebida y las mujeres. Según Rachel, tenía una amante, una bailarina muy joven del Bolshoi a la que había comprado un pequeño apartamento. Judith lo sabía pero no le daba importancia, volcada por completo al cuidado de sus hijos y la casa como una madre judía tradicional. Era la nuera favorita de tía Esther con quien compartía todas sus arcaicas ideas, y trataba a Alex como a otro de sus niños. Por su parte, Alex estaba tan apegado a ella como lo estuvo antes de conocerla a su madre, y en su corazón nunca se presentó ningún conflicto entre su esposa y su amante. Su temperamento pertinaz le había llevado a convertirse en un buen abogado que controlaba la legislación internacional del boyante mundo de la industria, trabajo por el que obtenía sustanciales beneficios que garantizaban la estabilidad de su matrimonio.

Les llamaron a la mesa. Tía Esther, que vivía y florecía para aquellas ocasiones, contó los platos, como de costumbre, y anunció el número en voz alta, orgullosa de la escena familiar que había organizado.

-Hoy vamos a ser veintidós. Nos faltan Ana, Daniel y sus hijos, pero Deborah, la amiga de Cati, va a comer con nosotros.

Una mujer muy joven, con una gran mata roja de pelo, saludó cortésmente a todos desde sus ojos azules. Ana y su marido, para alivio de Eli, vivían en Varsovia, lo que le ahorró soportar alguna de aquellas sutiles vejaciones a las que era tan propensa su prima. Tatiana y su marido Leonard entraron en el comedor pidiendo disculpas a todos por llegar tarde.

Joseph pronunció un brakhah corto y emotivo dando gracias a Dios por el fruto del árbol y el cereal del campo, y por haber reunido a la familia, acabando con el tradicional: “Bendito seas tú, Señor, que alimentas y sostienes a todos.”

-No me gusta la sopa –anunció el pequeño Aaron en cuanto pudo.

-A mí tampoco -aprovechó su prima.

-Ni a mí.

-Os la coméis de todas formas –cortó firmemente Adele –, y nada de hartarse de challah.

La sopa agridulce de berza tuvo, sin embargo, la aprobación de los adultos, al igual que el gefilte y el delicioso pastel hamatashen, con sus cuatro frutas. La comida fue tan lenta como caótica. Se inició con una única conversación, el viaje de Eli, y acabó con cuatro y a veces cinco temas en pequeños grupos. Nathan no perdió la oportunidad para incordiar a Eli advirtiéndole del despropósito de su empresa con salvajes. Mihail, por su parte, hizo notar que mejor con aquellos salvajes que con estos, disfrazados de hombres civilizados, lo que le ocasionó una reprimenda por parte de tía Esther, para quien la identidad de los bárbaros era algo incuestionable. Luego, Joseph quiso saber si Tatiana y Leonard, que editaban peligrosamente libros de política, sacarían al final la edición del libro de Karl Marx.

-Aaron, no tires pan, o te vas a comer a la cocina.
-Tened cuidado, no vayáis a acabar en Siberia, con Eli –intervino Alexander. -Además, el libro de Marx no dice nada interesante, la plusvalía es necesaria para el progreso, y sólo se puede avanzar económicamente por acumulación, lo que ocurre es que las primeras generaciones siempre tienen que pagar el pato y trabajar por todos.
-¡Qué ideas más absurdas tienes! Además, ¿desde cuando te interesan estas cosas?
-La gente cambia...
-La gente no cambia...
-Aaron, ¿tú crees que la medicina tiene ya explicación para la inspiración de los artistas?
-¿Un poco más de vino?
-Hay que llamar a las cosas por su nombre, alguien tiene que hacerlo. Esta tiranía zarista no puede seguir indefinidamente. Rusia vive en la época de las cavernas.
-Algo va a pasar.
-¡Qué va!, nunca pasa nada.
-Está pasando.
-Eli es un romántico: cree que los salvajes son una solución.
-¿Cómo pueden los bárbaros ser la solución?
-¿De qué bárbaros estáis hablando? Los bárbaros llevan ya muchos siglos dentro de las fronteras.
-A ver, señor catedrático, ¿qué dice Platón de la locura del poeta?
-Bueno, dice muchas cosas, pero en general cree que es responsable de grandes beneficios para el ser humano.
-Hay una forma de locura que sólo trae desgracias, y es la de este afán de producir sin control. ¿Es que no veis que es una nueva forma de esclavismo?
-Con las máquinas trabajaremos menos.
-Trabajaremos más, en otras cosas y de otra forma, pero más. ¿Cuándo se ha trabajado menos?

-La desgracia es... ¡ah, sí!, un poco más de pescado, por favor.
-Leonard, creo que podríamos publicarle a Eli un libro que hablase sobre su viaje a Baikal.
-Voy a Altai.
-Lo cierto es que los libros de viajes siguen gustando. Le evitan a uno incomodidades y le reafirman en la bondad de su vida. Mientras no hables de chamanes lo publicaremos. ¿Cómo puedes interesarte en esas supercherías?
-El precio de los diamantes está subiendo, va a haber guerra en los Balcanes.
-Niños, podéis iros a jugar.
-A mí, el hamantaschen no me sale nunca tan esponjoso.
-Está más rico crujiente.
-La maquinaria opresiva del estado ruso está crujiendo con la carrera científica a la que le fuerzan los demás países de Europa.
-¿Quién dice eso?
-Estoy harto de que la orquesta toque siempre la misma música. Es como si en pintura viésemos solo cuadros de los siglos dieciocho y diecinueve, y nos saltásemos el Renacimiento. ¡Y el público no parece saturarse nunca...!
-¿A quién le importa?
-Cámbiale de colegio, aunque incluso sería mejor pagar un tutor, y que estudiara en casa.
-Mientras no sea con el rabino Benjamin...
-Lo que hoy llamamos literatura tuvo su origen en el vuelo del chamán.
-¿Los chamanes vuelan?
-La música moderna es una liberación de las pompas predecibles de los románticos.
-Es un galimatías incomprensible, así la revolución disipa sus fuerzas.
-Uno no tiene que comprender el arte si no quiere.
-Yo quiero más pastel.

-Ya has tomado suficiente Alex.
-Las cosas irían mejor si el mundo estuviese en manos de las mujeres.
-Ah, ¿pero no lo está ya?
-Mamá, no me dejan jugar con ellos.
-Megalomanía, esa es la gran enfermedad del arte de nuestro tiempo. Los artistas se creen el centro del universo, y con el derecho de educarnos a todos en cualquier abominación que se les ocurra.
-Sí, sí, hasta fue el mismísimo zar.
-Ya no hay hombres como los de antes.
-¿Y qué me dices de la ciencia?
-Ni falta que hace. ¿Cuál es el sentido de tanta inutilidad machista? Llegará un momento en que finalmente sean los hombres los que tengan que hacer el trabajo sucio.
-Para sucio, el antro de Shangai donde hace cinco años compré un cargamento de seda.
-Ya nos lo has contado mil veces.
-Es inevitable que nos repitamos en nuestras conversaciones. De hecho, después de dos años de tratar con alguien, ya no hay nada nuevo que te pueda decir, a no ser que te lea el periódico.
-Un matrimonio no se fundamenta en las conversaciones.
-¿En la cama entonces?
-No, en la existencia de un proyecto común, es lo mismo que les pasa a las naciones. Muchos confunden los hijos con proyectos en común, y por eso fracasan.
-Cuando lo dices así suena todo tan frío...
-¿Os habéis parado alguna vez a pensar por qué hablamos acerca de lo que hablamos?
-¿Inercias, tics... ?
-A mí no me interesa pensar demasiado, me revuelve el estómago y me da dolor de cabeza. No se puede hacer caso a los pensadores, son como los niños, no tienen los pies en

la tierra, no saben lo que es la vida real, todo ha sido muy fácil para ellos.
-Querida, lo que llamas vida no es sino la estrecha visión a la que te conduce la célula que gobierna y dirige tus instintos, sentimientos e intereses.
-Esa es tu opinión.
-¿Un poco de café?

Durante dos horas más, las discusiones y comentarios tejieron un extraño lienzo mental que los enlazaba a todos con ebrios hilos. Finalmente, Eli siguió a Mihail hacia el salón con el piano. Diez minutos más tarde, fueron a reunirse con ellos los demás. Mihail entonces optó por no tocar, adujo un compromiso, y se marchó. Como siempre es pronto o tarde para los niños en la mente de su madre, Adele se dio cuenta que ahora era tarde, y comenzó una ritual y larga despedida de toda la familia.
-No estabas en forma para tanta familia –rió Rachel sentándose junto a Eli. -¿Tienes sitio para mí en tu transiberiano?
-Adiós tío Eli. ¿Vas a cazar tigres en Siberia?

14

Transiberiano, 9 de julio de 1912

Querida Rachel,

*No quise contarte todo lo que hablé con Hu, pues no quiero implicarte demasiado en esta extraña historia en la que cada vez me veo más metido. Me he decidido a escribirte tras meditarlo mucho, aunque también, en buena medida, forzado por el hecho de que eres la única persona en la que puedo ahora mismo confiar. Hu me había dicho que vendría a Siberia conmigo, pero no apareció en la estación, y sospecho que por algún serio impedimento que tiene que ver con los diamanteros. El interés de Hu no era la piedra, sino el libro. Según me contó, es miembro de una secta taoísta china, cuyo nombre es a la vez impronunciable e imposible de recordar para un occidental, y que me sonó como "Ai As", o algo por el estilo. Dijo que Radlov tuvo con*tactos con un maestro de Tao en Urumqi, quien reconoció que una parte del libro que ahora tengo en mi poder contiene enseñanzas secretas de lo que los taoístas llaman el "Libro del Poder del Agua". Esto es tan extraño e inverosímil que tiene que ser cierto. Según parece, Radlov contactó con un maestro que vive en una cueva en algún lugar del Lena, y le robó el libro en el que luego escribiría, creo entender, sus propias historias. De todas formas, no comprendo el libro, o más precisamente, no sólo no estoy seguro sobre quién es el autor, sino que las mismas historias y comentarios que contiene son tremendamente confusas en el mejor de los casos, cuando no completamente ininteligibles. Además, el libro ejerce sobre mí un tipo de influencia mental anormal, muy anormal, y que sólo puedo achacar a algún fenómeno chamánico que me escapa por completo. Quieren que lo devuelva yo mismo, pues según parece, hay algo para mí en su lugar de procedencia. No entiendo el porqué. No obstante, accedí, pues sospecho que ese maestro puede tener información que me sirva para una mejor comprensión de Apolo. Creo entender, que este sabio venerable vive en una mina de diamantes que nadie conoce, y es por lo que la compañía holandesa anda detrás de él, como antes lo estuvieron detrás de Radlov. Hu no supo, o no quiso, decirme cuál ha sido el destino de Radlov, y es posible que tú hayas sido la última persona que le ha visto

antes de su extraña desaparición. He cambiado mis planes de ir a Altai desde Novosibirsk, y voy a intentar encontrar las cuevas de las que Radlov habla en el Lena. Me preocupa que Hu no esté en el tren. Si los diamanteros son tan poderosos, es posible que le hayan retenido para que no les moleste más. Quiero que sepas toda la historia por si yo también desapareciera misteriosamente. Te digo esto porque en Chelyabinsk, en el control rutinario que hace la policía de los que emigran a Siberia, me han retenido el pasaporte después de un breve interrogatorio. Me aseguraron que no era nada serio, pero que la policía del tren tiene orden de entregarlo a la autoridad de Irkustk, ante la que me tengo que presentar. Ignoro lo qué pueda ser, si bien dudo que sepan algo acerca de la mina de diamantes. Si no recibes noticias mías en quince días, avisa a mi madre para que te ponga en contacto con el profesor Richter, de la Universidad de Viena. Cuéntale lo que sabes, es un buen hombre, y muy hábil con las leyes, él pondrá en marcha mi defensa a través de la embajada.

Me encuentro extrañamente tranquilo en medio de tanto acontecimiento e incertidumbre. Este sosiego no se traduce en inactividad, en ganas de quedarme quieto observando lo que ocurre a mi alrededor, sino en un impulso a vivir deliberadamente, a no temer la vida y recibir con buen ánimo lo que tenga que ofrecerme. He pasado mi vida entera sepultado por convenciones, estrangulado por el miedo a expresar las convicciones que tiene mi corazón, lastrado por imaginarios pesos, retenido por invisibles riendas. Quedan atrás, en Europa. Intuyo que Siberia tiene respuestas a preguntas que ni tan siquiera llegué a formular. Trabajé en una dirección impuesta por el fantasma de mi personalidad. No sé quien soy, y la ignorancia me quema, pero me libera de lo que creía ser. Miro por la ventana y vibra mi corazón con la alegría de una página en blanco. De Siberia no se vuelve, me dijiste el otro día, y ahora empiezo a comprender. El que retorna de un largo viaje es siempre otro. ¿Dónde queda el que no encuentra el camino de vuelta? No volver es fundirse en un abrazo con el fin del mundo, y terminar así todo cuidado. Cruzar los Urales es pasar al otro lado, a la extensión indefinida que no es la civilización. El peligro aquí se respira en todas partes, incluso en los ricos apartamentos rodantes del transiberiano. Y ni tan siquiera ha entrado el invierno... Lo vi en los ojos expuestos a Siberia de unos tártaros en Chelyabinsk.

Comparto cabina con un irlandés buscavidas que hizo dinero en Chicago y Estambul, y ahora quiere probar la Siberia interminable. Va armado, bebe como los mismos cosacos, y tiene ideas violentas sobre casi todas las cosas. Está convencido de la supremacía blanca en el mundo, lo que traducido quiere decir que los

anglosajones no sólo seguirán dominando la tierra, sino que hacen un favor a los salvajes con su control, lo mismo que al resto del mundo, y que no hay nada más legítimo y natural que la occidentalización del planeta. No puedo creer que hable en serio, aunque lo dice plenamente convencido, y con un fuerte tono de desprecio hacia lo que considera inferior. Debo confesarte, que su trato me produjo ayer serias dudas sobre la viabilidad de un futuro para el humano en esta maltratada tierra.

Por otro lado, mis sueños siguen muy intensos, y me despierto con un recuerdo clarísimo de lo que fueron, hasta el punto que tengo la sensación de estar viviendo dos vidas. Anoche soñé que un hombre de rasgos mongoles metía su mano en mi estómago y extraía una pluma. Llevaba un hilo atado al raquis y al tirar salían plantas y raíces que se extendían en un tipo de suelo gelatinoso. Notaba perfectamente el espacio vacío que dejaban en mi interior al salir, lo que producía un gran bienestar y ligereza. Después, estuve volando y me pareció la cosa más sencilla del mundo. Ahora mismo puedo reproducir la sensación y, si cierro los ojos, puedo volver a hacerlo. En todo momento, supe que estaba soñando, y al rato comencé a investigar para saber más sobre el entorno. Fui consciente entonces que había alguien mirándome, y que había estado ahí desde el principio del sueño. Adoptaba diferentes formas: roca, árbol, arroyo, y se mimetizaba continuamente en algo nuevo para pasar desapercibido. Cuando supo que le había visto tomó forma humana. Me dijo que era un observador y que no podía decirme nada más. Se marchó al instante y desperté. Lo más interesante es que hoy siento diferente mi percepción ordinaria. Si me detengo, por ejemplo, en la manta de mi litera, el objeto parece perder sus limitaciones de cosa, de objeto textil, de lana, para abrirse a un universo de posibilidad pura. La materia de la manta adopta un sinfín de caras, miembros, gestos, líneas, formas. Algunas de estas están asociadas con nombres comunes o más extraordinarios, incluso algún ser mitológico, pero hay otras que están completamente libres de un referente, y abren abismos en la mente para los que aún no hemos trazado los mapas. Ahora mismo, aquí, noto palpitar un impulso común en todas las cosas, y en esto soy literal: siento que cuanto me rodea está vivo y consciente. La materia se desvanece y en su lugar subsiste la mente.

Espera mis noticias. Con cariño y un beso.

Eli

15

La serpiente de hierro y oro del transiberiano se deslizaba confiadamente, y con mínima pausa, por la dilatada entraña de Asia. Eli pasaba la mayor parte del tiempo leyendo el libro de Radlov, hechizado, con la sensación de que era el libro el que imponía el ritmo de lectura, que sus extraños contenidos dictaminaban las pausas, como si le dejase más tiempo para asimilar unas historias que otras. El libro no estaba numerado. Había sido escrito empezando por delante, como un libro ordinario, pero también estaba escrito al revés: parecía que le habían dado la vuelta y comenzado por detrás, y no dejaba ver fácilmente cuál era el inicio, pues sugería varios, y todos genuinos. De hecho, el libro en su totalidad era de lo más confuso, y saltaba de una cosa a otra sin aparente continuidad. Después de un par de días, comprobó que era mucho más coherente cuando se lo abría al azar, y que bajo la apariencia de un libro único, había varios volúmenes escritos, reunidos dentro de las cubiertas de piel desgastadas por el paso del tiempo y la exposición a la intemperie. En un momento dado, se dio cuenta que ya no era Radlov el que hablaba en las laberínticas líneas, aunque era difícil determinar en qué punto exactamente había ocurrido el cambio de escritor, y no había forma de saber quién daba voz a tan extrañas palabras. Contó, al menos, nueve tipos de caligrafía diferentes, y alguna de ellas ni siquiera eran griegas.

Aquella tarde, lo abrió exactamente en la página en la que comenzaba lo que parecía un tratado. Aquí no había palabras del escita.

-La Realidad es la fuente del Uno y del Uno brotaron el cielo y la tierra. Cielo, Tierra, Uno y Realidad, ¿dónde están estas ideas? -preguntó el Maestro de los Siete Valles-, ¿acaso no duermen cuando la mente duerme, y se levantan de nuevo con el sol del pensamiento? Verdaderamente, todo discurso grande es simple. El río eterno entra en el eterno valle y lo arrastra en lentos empujones hasta el océano original. El agua no es más que una transmutación del fuego y toma forma en el vacío de la receptividad. ¿Cómo se puede buscar lo que no tiene nombre ni forma?
-Si te apropias de mis preguntas, ¿qué queda para mí, Maestro? -lamentó el Discípulo de la Mente Inquisitiva.
-Si te quito las preguntas, te quito el problema, pero si hay algo que pueda quitarte es que esa cosa no es permanente en ti, y si no es permanente, no tiene ningún interés. Ahora debes cuestionarte sobre qué impulso aún te lleva a querer responder. Las preguntas son otras formas de búsqueda. ¿Preguntas porque buscas, o buscas porque preguntas? Si lo primero, ¿qué te hace pensar que lo buscado es algo verbal? Si lo segundo, ¿cómo sabes que no preguntas por mera curiosidad, y por tanto que tu búsqueda no obedece a una necesidad auténtica de saber? ¿No son acaso pregunta y respuesta manifestaciones de la energía que crea los mundos? Intenta determinar quién formula tus preguntas.
-No te entiendo.
-Ese es un punto de partida interesante. No sucumbas a lo ilusorio de ninguna explicación. Lo dicen los versos:

El verano espeja en verde el estanque
Hasta el loto salta desde el barro la rana
Salpica el pluik de gota reflejada.

Una mañana que el Maestro de los Siete Valles había terminado de hacer danzar el sol en su interior, se le acercó el discípulo de la Mente Inquisitiva a ofrecerle una taza de

té. El Maestro sonrió como una luna llena y quedó en silencio. Una hora más tarde, los pensamientos del discípulo se desbordaron por su boca.
-Maestro, siempre has dicho que la sabiduría no es otra cosa que un corazón sincero, pero no entiendo lo que es la sinceridad.
-Un corazón sincero es un corazón vacío en el que caben todos los universos. Un corazón así se muestra a los ojos inquietos como calma fluida. También, puedes decir que ese corazón se te manifiesta y se te oculta a ti en tu deseo de pureza. Se te manifiesta porque el anhelo de lo puro apunta hacia lo inefable. Se te oculta porque crees perder tu centro considerando que la pureza es algo ajeno a ti, y que al haber lo puro también existe lo impuro.
-¿Por qué existen ignorancia y sabiduría?
-Esa es una distinción dual. Tú, por un lado, y la ignorancia y la sabiduría por otro. ¿Dónde aprendiste a hacer esa distinción? ¿Quién determina lo que es sabio? Si haces desaparecer al que discrimina entre esto y aquello, ¿no desaparecen también esto y aquello? Tu mente ha ido acumulando ideas y opiniones. No por ser muy antiguas y de grandes maestros son mejores. Si quieres cuestionar, cuestiónalo todo yendo hasta sus fundamentos, sin dar por sentadas las opiniones de otros, así llegarás a comprender que la ciencia de los hombres se asienta sobre una gran duna del desierto que es dispersada constantemente por el soplo del tiempo. Si quieres comprender, deberás renunciar a la comprensión, como hace años renunciaste a lo que llamabas la ignorancia. ¿Quieres que en tu corazón brote la flor de la sinceridad?, pues vacíate, y no hagas nada, ni dejes de hacerlo.
-Maestro, ¿somos entonces tú y yo una representación de la verdad?
-¿Puedes representar lo que no tiene forma ni nombre? Ninguna cosa por separado puede representar la verdad,

pues no es la verdad ningún objeto. ¿Podrían concebirse todas las cosas juntas? Podemos reducir el universo a una semilla ínfima que brota en nuestro corazón. Examina cómo la inquietud toma forma en tus preguntas, y cómo se agotan en su impulso y dejan traslucir una calma, un lienzo en el que toman cuerpo. Examina cómo piensas que surgieron de la fuente primordial y fluirán hasta alcanzar el Gran Último. Para ello, adoptan las formas de nuestras mentes individuales, las que tú crees fijar al escribir las palabras que brotan y desaparecen en estos instantes únicos. Desde hace años, las fijas con pausada caligrafía, como si quisieras conjurar con ellas a que se desvelase el universo. Pero algo te escapa: ¿Tiene tu libro también la impresión de dureza que nos produce la roca mientras hablamos, el perfume del aire en el que explota el verano, la espontaneidad de un signo trazado en la arena, el rugido distante del tigre que inquieta tu centro inferior, el impulso del dragón que sube por tu columna, la paz y la bienaventuranza de la extinción amorosa del agua en la luz?

Aquí, el texto se cortaba repentinamente dando paso a diferentes símbolos que le eran desconocidos. Llamaron a la puerta. Era el camarero que anunciaba la apertura del vagón restaurante en cinco minutos. Se sobresaltó al darse cuenta que el golpeteo en la puerta le había despertado. Comprendió que había estado soñando que leía el libro de Radlov, y comprobó que ni siquiera estaba a la vista, sino bien guardado en su maleta. Ansiosamente lo cogió, y comenzó a buscar el texto que creía haber estado leyendo, pero no lo encontró. Finalmente halló un dibujo con uno de los símbolos que había soñado, debajo encontró una inscripción en alemán: “¿Cuándo dejarás de ser el discípulo de la Mente Inquisitiva?”

16

Anthony Harris había vivido dos tercios de su vida borracho. La parte sobria fue una difícil infancia en Buffalo, de la que nunca se recuperó, aunque, por el hecho de haberla sobrevivido, se había autoconvencido que era el tipo de hombre que se hace a sí mismo, y que no debía nada a nadie. Durante una nevada colosal, quedó aislado una semana en su casita junto al lago Erie, lo que, unido a seis meses previos de invierno ininterrumpido, le produjo una intensa fiebre de las cabañas en la que contactó con el espíritu de la tortuga de los Tonawanda, antiguos pobladores de las furias del Niágara. Allí comenzó su interés por la forma de vida de los indios, a los que desde un principio entendió de forma alucinada. Pasó tres años viviendo entre los apocados descendientes de las cinco tribus de los grandes lagos, hasta que en una visión delirante producida por el abuso del alcohol, creyó entender que era apache y que debía marchar a encontrar su verdadera familia. Navegó hasta Chicago, donde la mafia irlandesa le reclutó como asesino apenas desembarcó, trabajo que hizo en semicoma etílico por un período de seis meses, y en el que creyó dar muerte a cuatro grandes jefes de tribus rivales. Su estancia en la ciudad se saldó finalmente con un gran robo de dinero de los bajos fondos, lo que le convirtió en objetivo prioritario de un clan poderoso. Después de aquello, huyó a Canadá y embarcó para Europa, continuando sus andanzas criminales por todo el mundo, ya desde la respetable posición que permite un millón y medio de dólares. Fue entonces cuando tuvo tiempo para reflexionar sobre su vida, y llegó a la conclusión de la supremacía de la raza blanca.

Harris entró tambaleándose en el salón saludando escandalosamente a Eli. Iba torpemente subiendo y bajando su sombrero ante todas las mujeres con las que se cruzaba,

quienes intentaban no prestarle atención mirando sus desayunos, entre abochornadas y divertidas. En uno de sus giros, pisó sin darse cuenta a una dama rusa que a causa del dolor soltó la taza de té, derramándolo sobre su vestido amarillo con un fuerte chillido. Harris se giró al oírla, pero cuando vio su cara de enfado no pudo sino soltar una carcajada. Un coronel de caballería que la acompañaba, su marido, se levantó y abofeteó sonoramente al irlandés. Con la incapacidad de su estado, Harris intentó defenderse, pero el coronel, hombre tan robusto como carente de mesura, le asestó un puñetazo directo a la nariz que le hizo perder el poco conocimiento que le quedaba, cayendo sobre Eli. Con la ayuda de un camarero, Eli llevó al irlandés hasta su compartimiento, donde lo tumbaron sobre el asiento tapizado en corinto y oro, que servía de cama. Apenas tocó el lecho, recobró su mutilada conciencia.

-Son unos malditos embusteros –masculló con ininteligibles palabras, intentando, sin éxito, incorporarse. -¿Dónde está el caballo?

-¿Qué caballo? –quiso saber Eli ayudándole a que se sentara.

-El que me ha coceado en la cara- dijo Harris llevándose la mano a la nariz. -¿Sabe Fortram?, usted es buena gente, buena gente. Se lo digo yo, que he viajado por todas partes y he conocido la peor calaña. Buena gente, sí, ¿me entiende? Sí, así se lo digo, de los que uno se puede fiar, bueno, menos cuando hay mucho dinero por medio. Maldito dinero, ¿sabe?, he perdido muchos amigos por causa del dinero. Aunque usted me recuerda a aquel jefe apache de cara acartonada que encontré en la frontera de México, un mescalero que iba más volado que un águila, y abría puertas dimensionales después de comer aquellos hongos, o lo que fueran... Había estado tanto tiempo al sol que daba la impresión que su cara se iba a resquebrajar... pero era buena gente... Él me libró de los fantasmas que me

acosaban en mis sueños. Sin duda un pájaro raro entre aquellas ratas del desierto... usted me entiende, Fortram. ¡Vamos a tomar un trago, diablos! ¿Entiende usted algo de caballos salvajes? A mí ya me han coceado una docena de veces. Una vez estuve dos días sin saber quién era, y otra me rompieron dos costillas, aquí, mire.

Harris sacó una petaca del costado que señalaba.

-¡Ja! Mis costillas se han hecho whisky, whisky. Beba amigo, beba. Esto es whisky, y no esa basura, ese alcohol de quemar que deja ciegos y envenena a los malditos rusos. ¡Beba!

-No gracias, no bebo.

-Bueno, por eso no se preocupe, yo bebo por los dos.

Eli aprovechó el momento en que el pequeño frasco le tapo la boca para salir del compartimiento.

-Si me disculpa, tengo algunas cosas que hacer.

-No huya, maldita sea -se atragantó-, ¿es que en este país nadie sabe divertirse?

El tambaleante Harris le siguió. Aceleró el paso cuanto pudo sin llegar a correr, y tuvo suerte que en ese momento saliese una mujer al pasillo, lo que supuso suficiente distracción como para que Harris se olvidase de él, y pudiese huir rápidamente hasta el santuario del vagón biblioteca.

La selección de libros que encontró seguía el criterio de lectura del gran público, es decir, la opinión que un grupo de editores ha decidido que es el gusto de las masas, pues estas, como todos los demás -pensó Eli-, sólo pueden elegir entre lo que se les ofrece. Novelas rusas y francesas, con algunos ejemplares en alemán y polaco, llenaban los anaqueles, cediendo tan sólo una sección a los muy populares libros de viajes. Sintió alivio al estar frente a los libros. Sabía a qué atenerse en su presencia, lo había sabido desde su infancia. Comprendía sus lenguajes, manifiestos y ocultos, reconocía su valía con una simple hojeada. Cuatro

o cinco frases al azar le decían todo lo que necesitaba saber sobre la mente que se había expresado en las páginas blancas: su ascendencia intelectual, su propósito, su pasión, la visión del mundo que implicaba, la sinceridad de la escritura, el tono, las pretensiones artísticas o científicas, cortas o desmedidas... Todo eso estaba al alcance de la vista, para el que quisiera interpretar los signos. ¡Cuánta infamia y cuánta gloria en la escritura! Una al lado de la otra, sin estorbarse, complementándose como dos enamorados bailarines que se miran a los ojos necesitándose mutuamente, justificándose en recíproco impulso. Entendía que algo de sagrado hay en todos los libros, que la impronta divina original de la palabra escrita no había cedido su huella inmortal con el discurrir del tiempo. De las miles de lenguas que los humanos llegaron a hablar, poco más de cien fueron escritas en un grado lo suficientemente sofisticado como para producir una literatura. No obstante, incluso las voces que no llegaron a escribirse jamás y se perdieron para siempre en las corrientes del tiempo, mantenían igualmente un eco en las páginas de cada libro. Con un sólo libro que quedase bastaría, pues acabaría por decir otra vez todas las cosas. Por otro lado, esa sacralidad del escrito, desafiando florecimientos y declinares de civilizaciones, era responsable de una única forma de tiranía: la férrea atadura con la que la humanidad quedaba indisolublemente enlazada a su pasado, hipotecada por el conflicto entre sus sagrados libros y la apertura nueva que hacía el universo en el presente. Allí estaban las viejas palabras en nuevas formas, repitiéndose siempre en recientes voces, mal escuchadas, trivializadas, manipuladas, liberadas en los modos modernos y perdidas a su suerte... como el extraño azar que las había llevado a estar dispuestas en simétricas baldas, conforme a arbitrarios criterios de lectura abordo de un tren que cruza interminables estepas.

Los libros que tenía ante sí parecían haber perdido algo de su misterio cuando los comparó con el de Radlov. Lo más extraño, no eran ya las raras historias que contaba, sino las inusuales experiencias que se producían en su mente a partir de lo que encontraba entre sus misteriosas palabras, especialmente el sueño de la noche anterior. Aunque sentía un impulso irrefrenable a seguir leyéndolo, no quería volver a su compartimiento y mostrarlo frente a Harris, o cualquier otro, pues temía que el libro ocasionase más problemas. Cerrado con llave, en su maleta, parecía estar a salvo.

-Yo le recomiendo que lea la historia de Yermak –intervino un hombre al que no había prestado atención.

-¿Perdón?

-Decía que, si está dudando qué leer en la pobre biblioteca del transiberiano, pruebe con las aventuras de Yermak -insistió el hombre esta vez levantándose educadamente. –Permítame que me presente, soy Igor Lutovslaski.

-Eleazar Feldman.

-Trabajo como ingeniero para el ferrocarril, y viajo con frecuencia en el transiberiano. Puedo asegurarle que la mayor parte de las novelas de esta sala cruzan con dificultad los Urales. El test final de una novela es el número de horas seguidas de lectura que aguanta. En las estepas, hay tanto tiempo que todas agotan nuestra paciencia, salvo alguna novela de viajes, diría yo. Añada también a la pequeña lista de abordo la historia de Yermak Timofeievich. ¿Conoce a Yermak?

-¿No fue un pirata del Volga del siglo XVI?

-¡Oh sí! Pirata y héroe nacional.

-Mucho me temo que esas dos categorías vayan juntas a menudo, y mucho más de lo que el buen juicio consideraría necesario –sentenció Eli.

-Aun así, cuando el tiempo ha puesto olvido por medio, algunas de las historias de este tipo de personajes resultan

de lo más literario. Una biografía fidedigna de Yermak contiene más ficción que cualquier novela.

-Quizá prefiera usted contármela, no estoy muy seguro de querer ahora esa lectura –invitó al ingeniero, con el afán de hacer pasar algunas horas del interminable viaje fuera de la alcohólica órbita de su compañero de compartimento.

Lutoslavski, que había hecho de la literatura histórica una pasión en la que descargar el agotamiento de los interminables cálculos de la ingeniería, recibió con gozo la propuesta. No era hombre inclinado al diálogo, grande o pequeño en contenido, corto o largo en extensión, pues echaba de menos en toda charla que no hubiera una reglamentación explícita sobre el alcance, estructura y contundencia de las líneas argumentativas intervinientes. El parloteo vano era un insulto al espíritu de la precisión y eso era inadmisible para alguien que ha comprometido su vida con las matemáticas, que confía en los cálculos que hacen que el puente no se hunda bajo nuestros pies. Claro, que otra cosa era contar historias, donde uno expone y otro escucha, uno da y otro recibe, y el intercambio queda perfectamente reconocido y controlado. Al relatar hay un flujo de información claro y se alcanza un objetivo, mientras que en las charlas... ¡ay, las charlas!, las eternas y triviales orgías verbales en las que se enganchan las gentes... Los diálogos no son más que meros forcejeos de opiniones que ni tan siquiera necesitarían palabras para completarse. Algunos gruñidos, gritos, gestos, malas o buenas caras, bastarían para llevarlos a cabo, y si la palabra apremiase, llegar a una concisa y sincera manifestación de las posturas que se enfrentan: “Yo pienso esto y además sé que es así,” y la contraria: “Pues no.” ¿Ha habido alguna vez un diálogo que haya convencido a alguien de algo para lo que ya no estuviera dispuesto de antemano? Por eso, la propuesta de Eli sonó en sus oídos como una invitación celestial, culminación de sabiduría humana, una

aproximación científica a las relaciones ferroviarias que sólo podría redundar en beneficio de los pasajeros. Lutoslavski volvió de su corto viaje particular por las organizadas tierras de su personalidad, por esos lugares que los demás sólo veían como manías, arbitrariedades, cuelgues inexplicables y neurosis inofensivas, y miró complacido a Eli, como si fuera uno de los suyos. Encendió su pipa, y comenzó a relatar ordenadamente y con claridad.

-La conquista de Siberia ha sido, y aún es, uno de los episodios más fascinantes de la historia del espíritu humano conquistando la naturaleza: un relato lleno de lecciones sobre las fuerzas que mueven al hombre a hacer y vivir, ¿o sería mejor decir que lo zarandean?, un gran escenario en el que las pasiones más afiladas se desgarraron entre sí para gloria de nadie. A Yermak Timofeievich le corresponde su propia página. Fue en efecto un feroz pirata que vivió una vida sangrienta a orillas del Volga, sobre eso no hay ninguna duda, si bien muy distinto ha sido el destino que alcanzó tras la muerte, como ocurre muchas veces. Aquellos eran tiempos abiertos, llenos de oportunidades tanto para aventureros sin escrúpulos como para emprendedores comerciantes que veían en Asia central la entrada a un nuevo mundo de materias primas no reclamadas aún por la civilización. Yermak optó por la vía del crimen, que tantos éxitos proporciona en este mundo, y con una bien organizada banda asaltaba las embarcaciones que transitaban el Volga, haciéndose con las mercancías y rebanando el cuello de sus incautos tripulantes. Nada había de romántico en sus sangrientas fluvialidades, y su carácter tosco y matón no veía en sus hazañas sino la oportunidad de satisfacer los inagotables instintos animales que dirigían su vida. Ocurrió que la desmesura de sus crueldades y crímenes llamó la atención del zar, quien consideró que Yermak era un obstáculo para colonizar las estepas. Fue Iván IV, terrible para unos, formidable para otros, quien

emprendió su caza. Yermak y sus hombres fueron forzados a cruzar las montañas, encontrándose al otro lado de los Urales, para su sorpresa, al khan Kuchum de Sibir, soberano de Kazán y Astrakán, principados que la horda mongola había dejado atrás en su retirada. Kuchum era un hombre muy sofisticado: escribía poemas en árabe coránico y vestía a la moda de Samarcanda y Bujara, estando siempre al tanto de los sucesos que ocurrían en Persia, o en las ricas cortes de la India lejana. Estaba interesado en la alquimia, y dicen que, con la ayuda de un sabio indio de Kerala, que le acompañaba a todas partes, escribió un famoso tratado sobre la transmutación de las energías del cuerpo en sustancia espiritual, aunque a mí eso no me parece más que absurda superstición. Contaba con bien protegidas caravanas que cruzaban resueltamente las estepas hasta entrar en la China, y recibía ricos tributos de pescados y pieles por parte de los jantis de altos arcos, y de los ketes, mal llamados ostiacos. Miraba con nostalgia los tiempos del gran Kublai, y soñaba con una nueva cabalgata de la horda que conquistase el mundo entero, para lo que se adiestraba continuamente en distintas artes de estrategia y vivía en una yurta por si llegaba el momento. Prefería su lujosa tienda circular, ricamente alfombrada con los mejores tapices del Oriente, a los condicionamientos de su palacio de Sibir, atendido por veinte mil súbditos totalmente dedicados, una mezcla turcomongola conocida como los tártaros. Nada podían aportarle a Kuchum Yermak y sus piratas, salvo el fuego del pillaje y la sangre fácil de una espada sin control.

El horizonte nuevo de rapiña que se abría en las tierras de Sibir alertó al formidable Iván del interés que suponía una alianza con el viejo pirata. Los que fueran lobos enemigos se juntaron en mayor manada, y fue por la terrible unión de fauces tan avaras que le alcanzó la ruina a Kuchum, derrotado en sucesivas crueles batallas. Tras su

primera derrota huyó dejando como estela una fortuna en pieles que inflamó la avidez de Moscú. Después de una lucha desigual junto al río Ob, desapareció con sus cien esposas hacia el sur, donde fue degollado por los nogais, tártaros también, que temían las represalias de los rusos.

Yermak moriría no mucho después, víctima de la propia violencia con la que había vivido durante toda su vida. Un grupo de nativos, que no estaba dispuesto a regalar a los invasores la tierra de sus antepasados, le atacó por sorpresa en Isker. Todos sus hombres murieron, y el se hundió luchando en el río, arrastrado por el peso de una valiosa cota de malla que le había regalado Iván, maldiciendo a los salvajes. No mucho más tarde, Kiprian de Tobolsk, obispo, hizo de tan gran pirata un santo cristiano ortodoxo, reuniendo sus reliquias para la veneración debida a tan elevado estado. Sus feroces bucaneros fueron incorporados luego a las listas de los mártires de la iglesia rusa.

17

Omsk era un pueblo de casi setenta mil habitantes que impetuosamente crecía sin freno en medio de la nada. Algunos decían que el tren hacía ciudad de aquel desbarajuste, como si el paso de una locomotora fuese criterio supremo para otorgar mayoría de edad a un asentamiento humano, y se ufanaban de ser una avanzada de la civilización en las infinitas parameras. Otro de los infantiles motivos de orgullo local, esas ideas peregrinas que intentan crear una personalidad distinta donde la uniformidad es más evidente, era que el gran Dostoievski había tenido el infortunio de estar allí exiliado por un tiempo. Con una simpleza rayante en la perversidad, el proyecto de ciudad en la frontera se vanagloriaba de sus exiliados famosos como si fueran sus hijos ilustres. El origen de la mayor parte de sus habitantes era penal, grupos ingentes de desgraciados forzados a poblar los reinos de la hierba. El resto eran militares, aunque se empezaba a notar un grupo creciente de colonos que acudían huyendo de las presiones poblacionales de Europa, buscando una granja propia en la que enterrar, con grandes sufrimientos y desasosiegos, sus atareadas vidas. El gobierno ruso compraba maquinaria agrícola a la Deering Manufacturing Company, de los Estados Unidos, y se la revendía a sus campesinos con diversas facilidades de pago. Se seguía el modelo de la colonización americana, si bien el fuerte contenido penal de la sociedad siberiana introducía elementos australianos, más politizados, lo que junto con la estructura zarista rusa superpuesta en los modos de vida cotidianos, daba como resultado el ave rara de Siberia: una descomunal masa de tierra que todos reclamaban para sí, para su rapiña personal, pero en la que nadie quería vivir, por el peligro a ser fagocitado por la excesiva naturaleza.

A pesar de la hora, la estación estaba abarrotada. Muchos de los habitantes de Omsk recorrían los casi cinco kilómetros que separaban la ciudad de los andenes para admirar el transiberiano, con la misma actitud que las gentes de los puertos de mar se asoman a ver los grandes barcos que fondean provenientes de lugares exóticos. El tren no sólo era el cordón de hierro que les afianzaba a la civilización, allá perdida a miles de verst hacia el oeste, sino una vía de escape para la agorafobia de las praderas. La estación ponía un límite, una marca, un término, era una piedra sagrada que fundamentaba el espacio, y daba un eje al mundo en la desmesura del campo siberiano.

En el andén, además de los curiosos, se arremolinaban grupos de aguerridos campesinos con sus camisas rojas y rostros cincelados por muchos inviernos y mucho vodka, hablando a voces, fumando sus pipas y riendo con estrépito. Media docena de uniformados militares se abrieron paso para acercarse al tren. Se dirigían precisamente a la puerta por la que descendía Eli, quien por un minuto tuvo la sensación que iban a por él. Se sorprendió pensando un posible arresto, y se sintió aliviado cuando vio que los soldados formaban para dar la bienvenida al coronel de caballería que tirara a Harris de un puñetazo.

Entró en el edificio de la estación para expedir la carta a Rachel. Un funcionario sibiriaki la recogió malhumorado, parapetado tras una ventanilla. Fue inútil intentar averiguar el tiempo que la correspondencia tardaría hasta Moscú. ¿Es que le había tomado por un adivino?, ¿tenía acaso él cara de adivino? Bastante era tener que soportar el turno de noche que estaba empezando. Eli sonrió, para profundo disgusto del funcionario, y marchó a buscar la salida a la calle y el aire fresco. Tuvo que rechazar con vehemencia a tres cocheros de droshki que estaban decididos a llevarle a la ciudad, quisiera o no quisiera. Le costó dos minutos de

forcejeos hacerles entender que era cierto, que no iba a Omsk, que no había ningún mozo portaequipajes de camisa azul acompañándole, y que simplemente era un viajero de paso en el transiberiano. Acabaron discutiendo entre ellos, momento que aprovechó para dejarlos atrás y adentrarse en la semioscuridad que envolvía la estación.

El aire limpio le alegró el ánimo, y un claro cielo estrellado, que no vive en las grandes ciudades, le recibió con profundidad. Hablaban las constelaciones con desmedida elocuencia. El Auriga conducía su carro por la senda lechosa de la galaxia, en una larga andadura que sólo el tiempo disolvería, al separar las estrellas y quitar las caprichosas formas que habían tomado en la mente de los hombres. La estrella doble de la Osa Menor que los griegos llamaron Phoenice, con sus colores amarillo topacio y pálido blanco, útil entre las útiles, firme en los entramados de conceptos de los mapas, también conocida como estrella Polar, no sería polo de nada en trece mil años, cediendo el insigne trono a Vega, la gema de la lira de Arión que entona imperturbable la melodía sideral. Junto a otros cantos, la música de las esferas levanta acordes que proclaman la eternidad del flujo estelar. ¿Dónde anclar nuestro barco? Toda ancla ha sido arrojada en mar abierto. Tener los pies sobre la tierra es ser consciente que la firmeza sobre la que creemos erigirnos es una fina capa sólida mineral, que flota a la deriva sobre magma caliente, formando en conjunto una bola básicamente azul recubierta de gases que flota en el espacio, girando alrededor de una ardiente esfera de hidrógeno y helio. Como es el macrocosmos es el microcosmos, recordó Eli de los pitagóricos. Pero esas muestras tan evidentes del sentido de las cosas se ignoran, y los hombres se afanan persiguiendo fantasmas, ideas, minas de diamantes. La mente retorna siempre sobre sus pasos, y nunca parece agotarse la maquinaria de la rueda. Un instante está en el transiberiano,

para después saltar a los cielos del incipiente verano, y luego volver, en brazos de la poderosa inercia, al punto inicial, al deseo que ha puesto toda esta representación en marcha. Gobernado por sus propósitos, Eli volvió al tren, con una fiebre nueva que el aire de la noche le había insuflado, con la firme intención de desvelar el secreto contenido en el libro de Radlov, y encontrar el significado de su propia vida. Su corazón ardía, y pretendía ir hasta el final de su papel como "Discípulo de la Mente Inquisitiva", contase con el apoyo o la oposición de todas las compañías mineras del mundo y sus poderosos gobiernos.

Con ayuda de la biblioteca de abordo, pasó los días siguientes estudiando el terreno nuevo en el que entraba. Ya lo había hecho en Viena, pero sus mapas acumulaban polvo en algún lugar de la frontera austriaca. Lutoslavski no desaprovechó la oportunidad de jugar con su nuevo compañero a los mapas. Comenzó dándole a conocer los cientos de cartas geográficas que Semen Remezov hiciera en el siglo XVII, ofreciendo después lecciones prácticas de cartografía, y utilísimas nociones de fundamentos estructurales de puentes ferroviarios. Eli habría preferido estar solo, pero el ruso no le dejaba ni un minuto libre.

-Matemática, señor Feldman, cálculo, orden, claridad, ese es el fundamento de los mapas, y de la vida moderna. Hasta hoy no habíamos podido desarrollarlos con todas nuestras capacidades, y falta aún la cartografía que en su momento haremos desde el espacio.

-Bueno, también hay otra forma de verlo. Si toda palabra es una metáfora, un mapa nos da una imagen sintética perfecta de la actitud simplificadora con la que abordamos el mundo. Desvela también el sustrato mental que tiene todo viaje, pues sólo se puede viajar por un mapa, lo demás son experiencias sensoriales que podrían darse en muchos lugares diferentes de la misma manera. Tome por ejemplo el lago Baikal. Como depósito de un quinto del agua

potable del planeta, como recipiente acuático único, sólo existe en los libros de geografía. Si nos bañamos en él ya estamos tratando con nuestra percepción del agua, y lo mismo ocurre con su flora y su fauna.
-Sus ideas son extravagantes y radicales, parece que no acepta usted los planteamientos de la ciencia, por no decir los del sentido común. ¿Cuál es entonces el fundamento de las cosas? Diga lo que diga, hay un mundo objetivo, y el sujeto puede conocerlo a través de la ciencia.
-No se intranquilice, Igor, no tengo nada contra la ciencia, aunque tampoco soy devoto suyo. Esas categorías de sujeto y objeto son una manera muy arcaica de comprender el mundo y al hombre, confunden más de lo que aclaran. Sirvieron en su momento, pero a la larga no van a producir más que problemas si pretendemos dar un paso más.
-¿Qué quiere decir? Su aproximación mística es el pasado y la fuente de los problemas. Su mente es una nebulosa de ideas sin capacidad de foco, un cúmulo de arbitrariedades y medios pensamientos que sólo conducen a la ignorancia y a la oscuridad de la Edad Media.
-Mucha luz o mucha oscuridad impiden que el ojo vea las formas de los objetos. Usted no ve formas, y piensa que es por la oscuridad. Sus juegos abstractos, su matemática, su cartografía, tienen interés en cuanto que nos ayudan a no quedarnos en el mundo de las emociones, o en el mero plano físico: los mundos de la mente nos muestran que hay una realidad más sutil y no circunscrita al campo de la célula, pero sigue siendo la matemática de un animal, y más en particular, el cálculo de nuestra especie, en el que se distinguen objetos y se les asignan cualidades para luego operar con ambos combinatoria y ordenadamente, extrayéndose conclusiones sobre los procesos del juego. Estos logros, ya los considere uno grandes o pequeños, no son el final de nada, sería absurdo que lo fueran, como sería absurdo que el humano de hoy en día fuese el final de la

evolución. Al igual que las religiones maduras supusieron la culminación y sublimación del mundo emocional, estableciendo un vínculo íntimo con lo divino a partir de la cúspide de todas las emociones en el Amor, la ciencia es la culminación de todas las aspiraciones de abstracción del mundo, a partir de la cúspide de todos los procesos mentales en la lógica matemática. Lo que ocurre es que la mente no acaba de integrar los demás aspectos de la vida humana y el mundo, lo que hace sospechar que, simplemente, no es ella el final. Si la mente fuese el órgano para la comprensión e integración de la Realidad, permitiría un control total y efectivo sobre el mundo de las emociones, de los instintos, o de la misma materia, pero no lo consigue, nunca lo ha conseguido, y el que piense que lo conseguirá, se engaña infantilmente. La mente científica está enredada en sus juegos propios de ignorancia, parte de unos cuantos axiomas de identidad y diferencia, que son incompletos, e inducidos a partir de intuiciones erróneas sobre la propia localización espacio-temporal de la mente. La ciencia sirve para hacer juegos cerrados, o para manipular objetos que no sean ni muy grandes ni muy pequeños, y que tengan una relación directa con la pervivencia del organismo humano vivo. Algo tiene que venir tras la ciencia, una nueva mente no anclada a tantas limitaciones, que comprende la materia tanto como comprende la vida y a sí misma, una mente superior que intuye el universo a través de la homogeneidad y continuidad con respecto a él. Y un primer paso en esa dirección conlleva una nueva relación entre los conceptos de objeto y sujeto.

-No lo entiendo. ¿Cómo podría venir algo tras la ciencia? Sería otra forma más perfecta de ciencia.

-Seguramente eso mismo pensaban hace mil años con respecto a la religión. ¿Cómo podría venir algo tras ella?

-Bueno, ¿y qué vendrá tras la ciencia, exactamente? –quiso saber Lutoslavski, ya completamente hipnotizado e intrigado por el mundo sutil que vagamente se había desplegado ante él.
-No lo sé.

18

En un momento que se produjo una conjunción de la cartografía y el terreno, el tren apareció en la estación de Irkustk, junto al lago Baikal. La policía le estaba esperando.

-¿Señor Feldman?

El sargento ya sabía la respuesta a la pregunta, pues había determinado la identidad de Eli unos minutos antes con el revisor, por lo que no aguardó a que pronunciara palabra.

-Le ruego que coja sus cosas y nos acompañe.

-¿Hay algún problema? –preguntó Eli sin esperar una respuesta coherente.

-Como ya le advirtieron, queremos hacerle unas preguntas.

-Podría respondérselas aquí mismo. ¿Sabe?, me espera un largo viaje por delante.

-Me temo que eso no va a ser posible. Tengo mis órdenes, le ruego que no nos obligue a usar la fuerza.

La cara del hombre no era nada alentadora: si se observaba con detenimiento había en su mirada una clara promesa de brutalidad. Cedió. Los policías le escoltaron haciéndose cargo de sus dos maletas.

Era domingo, y la estación dormía religiosamente, algo excepcional en las ciudades de Siberia, donde cualquier día es bueno para vender o comprar. Detrás de aquel silencio dominical se escondía, no obstante, una de las ciudades más salvajes del este de Siberia. Frontera de la frontera, había surgido como avanzadilla cosaca a mediados del siglo XVII, para luego convertirse en un nudo comercial donde las diferentes siberias intercambiaban oro y pieles con Mongolia y China. Cruce de vías fluviales y caminos, sus brazos se extendían en cualquier dirección. Se podía bajar por las aguas de Baikal, a lomos del Agara, hasta el río Yenisei, y por él hasta el Océano Ártico, un helado

rumbo al norte hacia el mar de Kara. También al norte, pero más hacia el este, después de una dura ruta a caballo hasta el río Lena, y navegando o trineando mil doscientos kilómetros, se abría una vía hasta la ciudad de Yarkuskt. Por otro lado, se podía circundar el lago y seguir con el transiberiano a encontrar el Pacífico en Vladivostok, o tomando como camino el cauce del Amur, entrar en el país de los tonguses para adentrarse en la península de Kamchatka, donde cabría el subcontinente indio entero. Por tierra y hacia el sur de Irkustk, atravesando la tierra de los dzúngaros, si reuníamos el valor y la logística necesaria, podríamos encontrar China, al otro lado del inhóspito Gobi. El Irkustk dominical, silenciado por decreto de la autoridad y el refuerzo de una cuantiosa multa y prisión para quien comerciase en día sagrado, capital de la Buriatia, ocultaba en aquella hora su fisonomía de rompeolas de las estepas, de dique en el que las corrientes humanas chocaban entre sí con excepcional violencia.

En la calle, frente a los arcos de la estación, le esperaba un carruaje cerrado para presos. Subió protestando inútilmente y con aprensión. Se sentó en uno de los bancos laterales de madera diciéndose a sí mismo que pronto terminaría el malentendido, si bien, no acababa de convencerse. Pasaron los minutos sin ninguna explicación de porqué no iban a ninguna parte. Finalmente, se abrió la puerta, y de un empujón entró Anthony Harris golpeándose violentamente contra el suelo. Ambos se sorprendieron de verse allí. Dedujo del pobre aspecto que presentaba Harris y de la sangre que emanaba de su nariz, que el irlandés se había resistido con más que meras palabras. La adrenalina le había quitado el efecto del alcohol, y por primera vez Eli le veía sobrio.

-¡Apártese! -gruñó Harris.

-¿Cómo?

-¡Quítese, maldita sea!

No entendía lo que ocurría, hasta que la vomitona de Harris lo aclaró todo. El olor a destilería putrefacta era insoportable y, aunque el carro se puso en marcha, no entraba suficiente aire. Unos minutos más tarde, Eli devolvió el desayuno formándose una extraña papilla sobre los tablones del suelo.

-¿También le dieron una paliza? –quiso saber Harris cuando pudo recobrar el aliento.

-No, yo no me resistí.

-¿Sabe por qué estamos aquí?

-No sé cuál es su caso, pero el mío no es más que un malentendido.

-No creo que me hayan arrestado por tirarle el té a aquella señora...

Eli estaba mareado y no podía seguir una línea clara de pensamiento. Después de media hora de movimientos y mal olor, el carruaje se detuvo, y salieron con gran alivio al aire fresco de un patio. Una empalizada de anchos troncos de madera de cinco o seis metros de altura acabados en punta afilada, rodeaba la instalación. Les hicieron entrar en un edificio que en su momento fue blanco, y les encerraron en una sala que tenía una mesa en el centro y tres sillas destartaladas. Eli pidió permiso para ir a orinar, pero no le hicieron caso.

-¡Entre ahí, y cállese! –le gritaron.

No estaba acostumbrado a ser maltratado de forma tan descarada y grosera, ni a aguantar la orina más allá de las restricciones ordinarias, lo que provocó que ambas presiones le enfurecieran y golpeó la puerta con grandes voces esperando una solución. La única respuesta fue el dolor de sus manos y el agotamiento. Una hora más tarde les abrieron.

-¡Salgan, venga, al retrete! No vayan a hacérselo encima y luego me toque limpiarlo a mí –les incitó el carcelero sin ninguna expresión en su rostro.

Los dos hombres le siguieron. Una letrina inmunda les alivió la vejiga y el intestino.
-¡Vamos! –les ordenó el guardia.

Les entregaron ropa reglamentaria de prisión. El momento de desnudez en la muda le hirió como un puñal ponzoñoso. El corazón se le encogió y la mente nublada no atinaba a comprender. Algo más que sus ropas de civiles les fue quitado en el intercambio. Harris miró en silencio el colgante de Eli. Al darse cuenta, los guardias se lo arrancaron de un tirón, y cuando hizo un intento de recuperarlo, le costó un culatazo en el estómago. Fueron llevados a un barracón maloliente en el que una docena de presos hablaban a voces en varios grupos. Dos tarimas de madera que se levantaban a la altura de la rodilla, apoyadas contra las paredes laterales de la amplia sala, servían de cama a los reclusos, y durante el día de mesas y asiento. El carcelero les indicó el hueco que les correspondía mientras los hombres les miraban con desdén y malos ojos. Cuatro o cinco nacionalidades diferentes mostraban el común infortunio de gentes que habían nacido en la miseria, y nunca habían abandonado sus pegajosas redes de violencia. Un ruso, de apariencia fuerte, se les acercó buscando problemas. Eli sintió miedo e intentó ocultarlo. El hombre pareció olerlo, como un animal. Otros dos le flanqueaban y se reían nerviosamente.
-Este es mi garito, y aquí no se hace nada sin que yo dé permiso. ¿Me entiendes? – le espetó en la cara.
-Perfectamente –confirmó Eli que no podía sino elegir entre someterse o que le partieran aquellos tres por la mitad.
-¿Y tú?¿Vas a querer las cosas fáciles o difíciles? –amenazó el matón intentando empujar a Harris.

El irlandés americano, que había aprendido de los apache como romper unos dientes con mínimo esfuerzo, trabó al gigante ruso por un hombro, y le hizo caer hacia

delante mediante un giro rápido, que le llevó a besar el suelo con las encías. A un hombre normal el golpe le hubiera bastado para quedar sin más ganas de pelea, pero el ruso intentó levantarse, a lo que Harris respondió con una patada en la nariz que le quitó el conocimiento. Los otros dos le miraron sorprendidos, aunque no acobardados. Harris advirtió con un gesto que estaba dispuesto a seguir. Los presos comprendieron que no podían vencerle en aquel momento: marcando con una mano, a la altura del cuello, el resbaloso recorrido de una imaginaria cuchilla, le emplazaron a otra ocasión en la que le tomarían por sorpresa.

-Eso les tendrá algunos días a raya. ¿Sabe usted defenderse?

-Sé defenderme en una sociedad de derecho, bajo el imperio de las leyes, pero este sitio es lo más alejado a mi mundo que podría imaginar. La universidad es un sitio duro, sin embargo, los golpes y puñaladas son de otro tipo.

-¿Quiere decir que no ha estado nunca en una buena pelea?

-Aunque le parezca extraño, nunca me interesaron. Las únicas peleas en las que intervine fueron a mi pesar, y todas ocurrieron en la infancia sin saldos a mi favor. Cuando uno vive en la sociedad burguesa no imagina que todavía existan estas cosas. Pagamos impuestos para que unos profesionales se encarguen de la violencia. Hasta hace unos días, creía inocentemente que la violencia física civil pertenecía al pasado, y que sólo ocurre a nivel militar en los campos de batalla.

-No puede usted hablar en serio... Mire, no he estudiado mucho, pero tras viajar por todo este sucio mundo le puedo decir que si hay algo constante en todas partes es la violencia. El mejor amigo que uno puede tener es un buen rifle, y después, una buena pistola. Créame, le gana a uno el respeto de cuantos le rodean mejor que ninguna educación. Si las armas van acompañadas de dinero, el respeto se

convierte en veneración. ¿Y a qué más puede aspirar un hombre en esta tierra?

Eli no se molestó en rebatir el argumento.

-Voy a tumbarme un rato, estoy cansado.

Había combatido toda su vida a hombres como Harris, restos arcaicos en la evolución humana, más próximos al animal que a un ser con inteligencia y sensibilidad. Las armas eran fetiches fálicos en manos de lunáticos, y el ejército una casta que habría que extinguir mediante un pacto social a nivel planetario. Eli había comprendido que sus ideas pacifistas se encontraban, además, en un callejón sin salida, pues para combatir la violencia había que usar la violencia, ya fuese de uno u otro tipo, ya llevase una coartada legal y justiciera, o simplemente aplastase la ignorancia y el barbarismo como un ángel exterminador, que pasa por fuego las pasiones reptilescas del territorio y la propiedad. Por otro lado, la violencia no había desaparecido nunca de la faz de la tierra, y la misma idea de paz no se distinguía de cualquier otro concepto filosófico: funciona bien en el entorno cerrado y seguro de una academia dormida, aunque se ahoga en cuanto trata de cruzar por encima del turbulento río de las pasiones humanas. Desde su frágil posición en la tarima de madera de la prisión, parecía inevitable que la voluntad de poder siguiese dominando el mundo, y que los fuertes dictasen e impusiesen sus leyes. Se consoló pensando que la fuerza mayor es la de la inteligencia, ¿pero iba a tener la falta de escrúpulos que necesita esta para hacerse con el poder? ¿Iba a ser capaz de comportarse como el resto de los presos y buscar solamente su ventaja y supervivencia, saltando por encima de los valores que siempre había defendido y habían integrado armoniosamente su personalidad durante toda su vida? La perspectiva de tener que pasar una temporada larga en un lugar así le provocó la sensación de ahogo físico. Quería marcharse. Por vez primera en su vida

de adulto había una voluntad que limitaba sus movimientos. Le faltaba aire. Se incorporó en la tarima con el pecho oprimido y sudando. Se desabrochó la camisa.

-¡Tengo que salir de aquí! –comenzó a gritar angustiado.- ¡Tengo que salir!

Se acercó a la puerta cerrada y comenzó a golpearla. Los demás presos le miraban inquietos. Algunos reían histéricamente, otros intentaban no prestar atención, pero todos ardían con las palabras de Eli.

-¿No lo entienden? ¡Soy inocente! ¡No le he hecho ningún mal a nadie! ¡Abran, abran, tienen que dejarme salir! ¡Déjenme salir! ¡Soy inocente, inocente!

19

Un hombre pequeño, delgado, de mirada cruel y afilada, le hizo una seña para que se sentase. La habitación estaba cargada por el tabaco, y saturada por un penetrante olor a vodka que escapaba de unos vasos semillenos que descansaban en la mesa. Eran esos vasos la única cosa que reposaba en el despacho, pues la agitación y la tensión que allí se respiraban, tufosamente manifestadas en viciados olores, eran mucho más densas que las diferentes pestilencias con las que Eli alimentaba sus pulmones en el barracón. Un mal dibujo del zar colgaba de la pared, dando a la sala más el aire de una broma que el pretendido sello oficial de la decoración burocrática.

Apenas se sentó, siguiendo el forzado ofrecimiento, notó que había alguien detrás de él a quien no había visto en un primer momento.

-Buenas tardes, señor Feldman –dijo el hombre avanzando hasta su campo visual. -Permítame que haga las presentaciones. Este es el capitán Mihail Nechayev, alcaide de la prisión, y yo soy el coronel Maak.

-Coronel, este arresto es improcedente -comenzó a decir viendo la oportunidad para aclarar las cosas -, yo no he hecho nada, exijo hablar con la embajada austriaca, ustedes no pueden...

-No, no, no –interrumpió Maak. -Esa no es buena forma de empezar, señor Feldman. Aquí usted no exige nada, ni pregunta nada, ni comenta nada si no se lo indicamos nosotros.

El coronel, perfectamente uniformado y con ademanes elegantes, hablaba con calma amenazadora, seguro de su autoridad, meticulosamente despacio y claro. Cogió una carpeta de la mesa, la abrió sin mirarla, conociendo su contenido, clavando sus ojos inescrutables en los oscuros ojos de Eli. Un escalofrío le recorrió la espalda.

-Eleazar Feldman, ciudadano austriaco, treinta y ocho años, residente en la ciudad de Viena, donde es catedrático de griego, judío converso al catolicismo, con familia materna en Moscú, joyeros... Corríjame si me equivoco.
-Ninguna de las cosas que ha mencionado es un delito.
-Limítese a responder, señor Feldman: ¿qué le ha traído hasta Siberia?
-Estoy escribiendo un libro sobre chamanismo siberiano.
-¿Chamanismo siberiano? ¿Quiere usted decir sobre las supersticiones de los salvajes?
-Hay una relación directa entre las prácticas religiosas siberianas y el culto a Apolo en Grecia. Creo que la zona comprendida entre los ríos Lena y Yenisei se corresponde con el antiguo país de los hiperbóreos, y he venido a hacer un trabajo de campo.
-¿Su trabajo de campo incluye la conspiración y el asesinato?
-¿Qué quiere decir?
-Vamos, vamos, señor Feldman, no insulte nuestra inteligencia. Sabemos que usted ha estado implicado en el asesinato de Johan De Vries en las inmediaciones del Kremlin, junto a un coche de caballos.

Se sobrecogió al pensar que Renard, o De Vries, o como fuera que se llamase el diamantero, estaba muerto.
-Nunca imaginé que estuviese muerto... Al menos no lo parecía... De todas formas, yo no lo maté, fue Hu... bueno, ya no estoy seguro que ese sea su verdadero nombre –quiso aclarar Eli.
-¿Se refiere al espía chino que viajaba con usted bajo el nombre de Xintien-Hu?
-¿Espía?

Maak paseó en silencio por la habitación. El capitán Necheyev encendió otro cigarro.

-Le conviene decirnos toda la verdad –amenazó Necheyev hablando por primera vez –, de lo contrario lo va a pasar muy mal.
-Señor Feldman–continuó Maak-, estamos al tanto de sus actividades. Sabemos que usted es un espía, aunque se lo haya ocultado a su prima.

Maak sacó una carta de la carpeta del expediente y se la mostró a Eli.
-¿Le es familiar? "Querida Rachel..." No hace falta que siga, ¿verdad? Sabemos mucho sobre usted, aunque hay algunas cosas que aún desconocemos. Sabemos, por ejemplo, lo de la mina de diamantes. ¿Para quién trabaja? ¿Para el imperio Austro-Húngaro? ¿Para los chinos con Hu? ¿Dónde está esa mina?

Perdió súbitamente el color al saber que la carta no había llegado a Rachel, y que estaba completamente sólo, a la merced de fuerzas desconocidas, en manos de lo que ahora parecía ser un plan internacional para hacerse con una mina de diamantes en Siberia. Transcurrieron largos segundos de silencio, que Maak disfrutaba como el gato con el ratón que tiene entre sus garras.
-¡Pero eso es ridículo! –gritó juntando toda su energía y dando rienda suelta al enfado que sentía. -¿Realmente creen que tengo aspecto de espía? Soy simplemente un profesor, mi vida son los libros...
-¡En pie! –interrumpió Maak con un golpe de ira. -No tengo tiempo para tonterías.
-¡Desnúdese! –gritó el capitán, levantándose bruscamente y llamando a los guardias de la puerta para que entrasen.

Dos hombres fuertes le desnudaron con violencia y le tiraron al suelo. Al caer se lesionó las rodillas y consiguió levantarse con dificultad. Un gesto del coronel Maak fue suficiente señal para que el más fuerte de los guardias, un hombre no muy alto, pero de grueso y corto cuello, le golpeara en la cara con lo que a Eli le pareció una piedra, y

que no era sino una mano ancha como una pala. Cayó de nuevo al suelo y no pudo levantarse durante largo rato. El día, que había amanecido con sol, vio avanzar un techo agobiante de densas nubes. Una luz espectral entraba por la ventana sumergiendo personas, muebles e ideas en una atmósfera de pesadilla. Ni siquiera el agudo dolor que sentía en la mandíbula le parecía real.

Lo contrario del movimiento no es la quietud. Quietud y movimiento forman una única e indisociable unidad. Su opuesto es un fluir al contrario, un tiempo fuera de tempo, desencajado, desacompasado, un transcurso enfermizo y descompuesto de las cosas, en el que más que evolucionar involucionan hacia formas contrahechas en las cuales la mente no es capaz de reconocerse. Durante quince días, así fue el tiempo para Eli. La tierra giraba, los relojes y los calendarios rotaban, julio cedió su trono de verano al agosto siberiano, pero todas estas mutaciones y contrastes, todas las quietudes que de ellas se derivan, las nuevas relaciones de tiempos y lugares, no ocurrieron para él. Tan sólo se abrió una secuencia de instantes dislocados, que enlazaban entre sí por enfoques intensos corporales de algún dolor. La única continuidad fue la del hambre y la sed, y a través de ellas se sintió vinculado aún a la vida. Para Maak, sin embargo, el proceso fue simplemente una tarea profesional.

El coronel Maak estaba a cargo de la coordinación y buen funcionamiento de las prisiones políticas de Siberia. Dirigía interrogatorios, creaba expedientes con fechas, nombres y acciones; analizaba planes, ya fuesen terroristas, revolucionarios o meramente contrarios al régimen, formulando hipótesis, extrayendo conclusiones, emitiendo juicios sobre las acciones a seguir en aquella particular guerra declarada por los zares contra todos sus opositores internos desde hacía décadas. Nikolai Maak era el resultado final de la represión absolutista que hundía sus raíces en las

cloacas del zarismo, y alimentaba su violencia con las más oscuras aguas de los fundamentos de la autoridad. Se había educado como oficial de artillería, y había progresado con rapidez por su brillante inteligencia y un instinto predador fuera de lo común. A sus treinta y seis años tenía en sus manos gran parte del servicio de inteligencia ruso. Con más de mil arrestos firmados por su pluma, y un altísimo número de muertos en sus interrogatorios y prisiones, su ambición trazaba planes para una Rusia sin los Romanov. Profundo conocedor y admirador de la historia de Roma, soñaba hacer de Rusia el nuevo gran imperio del siglo XX. Veía como prioritaria la unificación de todos sus pueblos y la erradicación de las disidencias, aplicando esquemas de conquista y civilización minuciosamente estudiados para el Asia rusa. Despreciaba a los Romanov como una dinastía débil de la que Rusia se desharía en su momento, para dar paso a una forma más moderna de imperio. No obstante, consideraba que la idea de un Estado fuerte era condición indispensable para sus planes, y veía su puesto como una posición de ventaja a la hora de decantarse, en lo que ya parecía un futuro no demasiado lejano, a favor de alguna de aquellas hordas revolucionarias a las que él pretendía personalmente ayudar a alcanzar el poder. Al igual que para el que fuera su mentor, Stolypin, los intereses del Estado precedían a los derechos legales de sus ciudadanos, como había ocurrido en la poderosa Roma de los claudios, y después... siempre que han entrado en conflicto estatal diferentes voluntades de poder. Para Maak, eso era la historia, y el que sabía leer sus textos en el presente se hacía con el control. Había estudiado con detalle la cultura de los pueblos de las estepas, y hablaba con fluidez uzbeko, kirguís y buriato. Sabía a la perfección que las prolíficas familias turcas, mongolas y tunguses habían llevado el caos a diferentes imperios a lo largo de los tiempos. China, Persia y Roma, entre otros, habían probado la ferocidad de

los rudos cazadores de las estepas, para los que nunca encontraron la defensa adecuada. Aparecían a galope, descargaban sus flechas, y desaparecían, acosando y causando una infatigable desmoralización a un enemigo que nunca estaba cómodo con ellos. Si los perseguían se retiraban a la infinitud desolada de sus praderas y desiertos, y una vez allí, lejos de todo suministro y protección, se volvían sobre ellos con una lluvia de dardos que acababa por debilitarlos, para después, finalmente, acercarse y masacrarlos. Los pueblos de las estepas combatían de la misma manera que cazaban animales mucho más fuertes: mediante acoso, huida, paciencia, trampas, y vuelta a empezar, atacando en el momento propicio con todas las fuerzas a su disposición. Nadie pudo controlar estas hordas, que montaban fortísimos y veloces ponis, hasta la aparición de la artillería, con su capacidad para herir desde más lejos y con más poder que los arcos.

Maak había aprendido perfectamente la lección: el terrorismo y los movimientos revolucionarios también adoptaban, de manera más o menos consciente, los modos turco-mongoles esteparios: no entraban en combate directamente, acosaban, cansaban, herían, como fieros depredadores, con la pretensión de asestar su golpe mortal cuando se hundiesen las defensas, y las mismas estructuras sociales se hubiesen degradado tanto en el proceso de la lucha antirrevolucionaria, que las violencias de ambas partes pareciesen justificadas, y el triunfo de cualquiera de ellas supusiese una mejora del caos social así creado. Como no se había descubierto aún el equivalente a la artillería para detener las nuevas hordas que suponían los terroristas y los revolucionarios más violentos, su triunfo era inevitable. Maak se limitaba a cerrar el paso a unas tendencias favoreciendo otras, mientras la dinastía del zar respiraba sus últimos momentos, empujada por la inercia de sus atrocidades e incompetencias. Había apostado por los

socialdemócratas y por Ulianov, al que llamaban Lenin, si bien sus operaciones seguían planes tortuosos, y ninguno de los líderes que él apoyaba y que estaban bajo su jurisdicción en las prisiones de Siberia, conocían sus intenciones finales, aunque le necesitaban como aliado.

La posibilidad de conseguir financiación para armas, y organizar un ejército que ayudase a inclinar la balanza en los movimientos finales de su planes políticos, le llevó a considerar prioritario el asunto de la mina de diamantes en Siberia, oportunidad única para desestabilizar la región y obtener fondos. Maak quería reabrir la mal acabada guerra contra Japón para hacerse con el control del grueso del ejército ruso en Siberia, y volverlo desde allá contra Moscú con el apoyo político de los revolucionarios, y el económico de la mina. Los diamantes lo habían acelerado todo, y ahora era el momento de encontrar el tesoro.

Ese propósito le hizo empeñarse a fondo con Eli, quien apenas dos horas más tarde de comenzar la tortura le había contado a Maak todo lo que sabía, e incluso cosas inventadas, al ver que la verdad no convencía al ruso por completo. Fue un error que hizo que se prolongaran los interrogatorios, pues le llevó dos semanas al coronel comprender que no había más información que sacarle, y que él mismo con su gente tendría que ir al Lena a buscar la cueva que Radlov describía en el libro. Mientras tanto, Eli sería encerrado en las minas de Kara, donde sin duda moriría en unos meses, aunque durante unos días ni siquiera estuvo claro si sobreviviría a la tortura recibida, cosa que no pareció importarle demasiado a nadie. Había perdido dos muelas, y su pecho había sido abierto con varios cortes cruelmente producidos por una afilada cuchilla. Después de la primera semana de interrogatorios, se orinaba simplemente ante la presencia de Maak. Las dieciocho horas al día que había pasado sentado y atado a una silla le habían contracturado por completo los dos

trapecios de la espalda, mientras que una patada de bota militar, en la inserción del peroné con el tobillo, le había fisurado en parte el hueso, y la inflamación, el esguince y el dolor, le obligaban a cojear con cortos pasos. Había perdido varios kilos y sus ojos estaban tan magullados por los golpes que apenas podía ver.

El primer día que lo alimentaron comió con tanta ansiedad que enseguida lo vomitó todo. Más de un mes le costó recuperar el uso autónomo de su cuerpo, tiempo que pasó en una húmeda celda individual agonizando sobre un camastro. Cuando pudo incorporarse y andar, empezó a salir al lúgubre patio que delimitaba la empalizada, y aquellas breves muestras de cielo y aire libre le hicieron llorar de felicidad. Volvió a ver a Harris, a quien también habían torturado, aunque no con tanta violencia como a él, ya que comprendieron que su vínculo era meramente circunstancial. El irlandés no sólo no les servía para nada, sino que se había convertido en un testigo incómodo, pues ahora sabía que una importante mina de diamantes esperaba escondida en algún lugar de Siberia a que el más listo se la adjudicara. Harris sobornó a un guardia con la funda de oro de una muela, que había conseguido esconder antes de los interrogatorios en una letrina, y se enteró que iba a ser enviado a Sahalien a final de septiembre, un oscuro lugar del que nadie retornaba, con criminales que habían cometido delitos de sangre. Le había ofrecido a Eli sacarle de allí, con la ayuda del guardia, a cambio de acompañarle hasta las cuevas del Lena a buscar los diamantes, oferta que fue rápidamente aceptada, pues intuía que no duraría mucho en Kara.

Una de las mañanas que Harris y Eli hacían los preparativos de fuga en el patio, se les acercó un grupo de cuatro presos: Taras y sus hombres. Taras era un cosaco que cumplía condena por cinco asesinatos, aunque decían que había matado a más de treinta hombres, el primero a

los catorce años. Esperaba, al igual que Harris, su traslado a Sahalien a final de mes. En los diez días que llevaba en el penal, había controlado la prisión por completo, sobornando guardias y dando palizas, para robar a los presos sus pocas pertenencias, o bien para satisfacer sus animalescos instintos sexuales. Las celdas de aislamiento, en las que Eli y Harris fueron encerrados, les habían evitado, hasta ese momento, males mayores.

-¡Tú, irlandés! Sé que tienes oro. Dámelo si quieres vivir –se plantó amenazadoramente Taras delante de los dos hombres.

Eli buscó con la mirada a alguno de los guardias, y observó que habían desaparecido todos, oportunamente para el cosaco.

-¿Qué está diciendo? –quiso saber Harris que no entendía el acento cerrado de Taras.

-Cree que tienes oro, y lo quiere.

-¡Tú calla, preciosidad! –dijo obscenamente Taras a Eli.

La ida mirada del cosaco era la de un animal acorralado que siempre teme por su vida. En su distorsionada comprensión del mundo, uno mata y prevalece o es matado sin piedad. Como no entendía a Harris, se puso nervioso y sacó un gran cuchillo.

-No repito más. El oro.

-Mi amigo no habla bien ruso –intervino Eli queriendo encontrar algún modo de diálogo, pero sólo recibió una cuchillada que le produjo un corte en el antebrazo, por el que salía abundante sangre.

Harris comprendió que no había otra opción que enfrentarse con el asesino, y buscaba alguna debilidad para aprovecharla. El cuerpo de Taras era grande y rocoso, de huesos anchos y potente musculatura, si bien, como Harris comprendió enseguida, el gran peligro era su actitud, que delataba la costumbre y placer de matar. Una estocada rapidísima al pecho fue esquivada por el irlandés con gran

dificultad, pero no se dejó asustar. Taras cortaba el aire de dentro hacia fuera, intentando encontrar algún punto de dentellada, moviéndose con precaución para no perder la ventaja del arma. Eli había caído de rodillas, mareado por la pérdida de sangre y por las escasas fuerzas que le asistían tras dos semanas de tortura. Uno de los hombres de Taras le cogió por el cuello, y le retuvo mientras miraban la pelea. El cosaco volvió a intentar una entrada a fondo, pero el irlandés, que no era la primera vez que peleaba a cuchillo, evitó con soltura la estocada y sujetó el brazo agresor, dando un rodillazo al cosaco en el estómago que le dobló momentáneamente. Se incorporó con rapidez cabeceando a Harris. El irlandés pensó que se había golpeado contra una prieta roca, y notó como si alguien hubiese cubierto el firmamento con un paño oscuro. Taras aprovechó la desorientación momentánea de su enemigo y lo embistió como un toro, cayendo los dos abrazados pesadamente al suelo. El irlandés había conseguido girar ligeramente el cuchillo en la caída, y Taras se había trinchado su propio bíceps. El dolor le produjo una furia tan violenta que heló los corazones de los testigos. Se arrancó el puñal del brazo y, con un giro de sus caderas, apartó al aturdido Harris medio metro, clavándole después con ferocidad una daga de muerte en el corazón. El irlandés cayó fulminado. Taras gritó desgarradoramente, poseído, como si algún animal ancestral, algún tótem, estuviera a cargo de la situación. El cosaco le quitó el abrigo al cadáver como el cazador que desolla su presa, y le registró, encontrando que tenía una bolsa colgada al cuello en la que estaba la funda de oro.

Taras lanzó ahora su arma contra Eli, clavando el puñal a un palmo apenas de donde tenía su mirada asustada. Comenzó a arrastrarse intentando escapar entre las risas de los hombres.

-He matado a tu marido, y como no seas buena conmigo también te mataré a ti. Ven aquí que te voy a enseñar lo que es un hombre, guapa.

El cosaco se bajó los pantalones, ebrio de sangre, mostrando su miembro erecto. Los secuaces de Taras que jaleaban la violación con gruñidos de degenerada excitación, sujetaron entonces a Eli, quien ya no sabía lo que ocurría. Se vio de repente rodeado de lobos. Le atacaban, le herían... Se hizo un gran silencio en su corazón, y desaparecieron la ansiedad, la rabia y el miedo. Se movió como impulsado por un resorte invisible. Sacudiéndose con facilidad la presa que le sujetaba los brazos, forzándole contra el suelo; saltó hasta el puñal que le habían arrojado para lanzar hacia atrás con él una cuchillada formidable que acertó a cortar el pene del cosaco. Se produjo un potente chorro de sangre. Un grito de dolor, que pareció convulsionar los muros de madera de la prisión, desgarró el aire. Taras vio en el suelo un trozo del músculo de su virilidad, y panicó imaginando una vida miserable sin su preciado órgano. Cogió la pierna de Eli con la intención de rompérsela, pero Eli le golpeó la cara con la otra, aunque el cosaco no soltó, y viendo que las fuerzas le flaqueaban le mordió en la pantorrilla arrancando un trozo de carne del tamaño de su gran boca. El dolor casi arrebató el sentido de Eli, quien lanzó automáticamente el puñal contra Taras hundiéndolo en su garganta, lo que hizo que le soltase, cayendo unos segundos más tarde muerto sobre su gemelo mutilado. Los hombres de Taras salieron corriendo, y unos minutos después aparecieron los guardias. Eli no sentía nada. Oía el zumbido del viento en un alerce de algún lugar lejano. Jadeaba tumbado en medio del bosque nevado. Un gran lobo yacía con la garganta atravesada por una larga cuchilla a sus pies. La noche le cayó encima, cerrando sus ojos negros.

20

Sed, hambre y camino, con los pies ardiendo en las rozaduras de un calzado mal hecho para pezuñas, y menos aun para humanas extremidades. Los grilletes de las cadenas de casi tres kilos mordían con colmillo metálico hasta el hueso cansado. Cuatro años tendría que llevarlas, cuatro, sin ningún consuelo ni respiro, como parte de sí mismo, como un duro esqueleto externo que de nada le protege y a todo le expone, una piedra sisífica en la que se arrastra de una vez y para siempre la tierra redonda, montaña arriba, o río abajo, junto al cauce del Ingoda, buscando las aguas del Shilka hasta encontrar las minas de Kara. Días atrás, quizá cinco, habían perdido la barcaza en un violento choque contra las rocas. Murieron dos reclusos y un guardia, y en aquel momento pensó que el río también le tragaría, pero la incontenible fuerza de unas células, que se resisten a morir, tiró de él hacia arriba en el agua fría, y sin saber cómo, se encontró en la orilla, paralizado por calambres en las piernas, intentando arrastrarse hasta la hierba. Allí tumbado, en convulsión, lloró por no haber muerto, por seguir siendo Eleazar Feldman, por ser capaz de recordar su vida anterior y sentir la punzada desnuda de su miserable presente.

Se lamentaba por sí mismo, y por un mundo en el que nada escapa al castigo del esfuerzo y la necesidad. De bronce y milenaria era la atadura del hambre que le abría a la bestia de su propio estómago. Alto es el tributo por tener un cuerpo cuando falta el alimento, desproporcionada es la tasa que exige el tirano que nunca encuentra satisfacción, sino pasajeros adormecimientos, demandando siempre un pedazo de nuestra mente para atender sus urgencias,

siempre presentadas de manera invariable y nueva en el transcurso de unas cuantas horas. No recordaba cuanto tiempo llevaba en ese estado de hambre continua. Dos días atrás, se había sorprendido a sí mismo concordando con la opinión bestial de un guardia, quien le aseguraba a otro recluso en la hora de la cena, que tampoco había motivos para lamentarse, no mientras se pueda seguir comiendo, que comer es lo más grande que hay en el mundo. En aquel afilado instante en el que pararon a tomar el frugal rancho, en esa espera hambrienta que vive la lentitud con la que se extraen de la mochila un trozo de pan y un poco de tocino, Eli acompañó al guardia en el canto a la comida como la razón de ser de la humanidad, como el mayor gozo y la más elevada meta, como el motor de nuestras acciones y reacciones, sostén de nuestras emociones y sentimientos, y fuente de la alegría eterna. Fue tan sólo un momento, pero aquella fracción de tiempo en que su mente se doblegó ante el becerro de oro, un frío estilete punzó su corazón, y se le encogió lo que consideraba su humanidad, dejando desnudas unas fuerzas glotonas, sedientas, vacías, un agujero que necesita ser llenado continuamente, y que de lo contrario revienta en pus y bilis de odio, maldad, crueldad, infamia y tiranía. Sí, en su estómago vivían esas cosas, y otras que temía nombrar, y las que ni siquiera alcanzan nombre y son sólo barruntadas como un movimiento oscuro en cavidades pringosas, seres que aún no han mostrado sus no formas espantosas, esperando su momento para aparecer de improviso en la penumbra, aquellos huéspedes malditos que aguardan la hora más vulnerable para ascender a la conciencia, no como parte de un movimiento generoso y alentador, sino como un grosero instinto a cubrir alguna necesidad violenta y apremiante. Volvía a tener hambre. El día cedía, y también él se daba por vencido y se rendía, aguardando tan sólo el momento en que la voz del estómago de su carcelero volviese a

proclamar el triunfo de la comida, deseando que en un improvisado altar en medio de aquellos bosques se retomase el culto diario al aparato digestivo, con su fuego ritual confortador, completamente entregado a la divinidad de la comida. En aquella ancestral ceremonia no había otro rezo que la ansiedad con la que el pan era llevado a la boca, ni otra plegaria que los gruñidos incongruentes e inconscientes que se producen al comer a toda prisa, como los perros, temiendo que otro confisque la ración para sí mismo.

Una vez hubieron comido, el guarda les anunció que pasarían el día siguiente descansando en el sitio. Eran las normas: treinta kilómetros al día, dos de marcha y uno de descanso. Los muertos no sirven para sacar oro de una mina. Cuando el hambre durmió, volvió el dolor de cabeza, le estaba subiendo la fiebre. Se le había infectado el mordisco de Taras, aunque parecía que su cuerpo ganaba la batalla desde que un recluso buriato, que se arrastraba detrás de él, le había aplicado una planta del camino como cataplasma. Ahora, el dolor de la herida le devolvía a la zona más oscura de su pesadilla, a la culpa y el remordimiento por haber matado a un hombre. No la había sentido mientras clavaba el puñal en la garganta, pues su mente agotada y benefactora le había llevado a pensar que daba muerte a un gran lobo que le acosaba junto a su manada. Fue al relatarle sus carceleros los detalles del crimen cuando creyó ver los ojos de un hombre de los que escapaba la vida irreversiblemente. Sólo él lamentó la muerte de Taras. En toda la vasta Rusia, no hubo otras lágrimas que las suyas lavando las heridas del monstruo. Ningún otro pensamiento de nadie consideró que aquel despojo social era también un hombre, imagen de los dioses, aunque en su caso manifestase la faceta de las divinidades del terror. Todos los muertos por Taras no le bastaban a Eli para equilibrar la balanza. La muerte no sabe

de aritméticas, de pesos y medidas: no es doble horror matar a dos hombres que a uno, pues es el mismo espantoso crimen sea cual sea la escala. Una vida es todas las vidas, y quitar una las elimina todas. Lo demás son subterfugios y trucos de la mente, para no sucumbir ante el continuo holocausto que tiene que realizar día a día para seguir viviendo, infernando, engañándose en su submundo de errores, intrigas y cálculos. Eli había matado, y al hacerlo, él también murió, y fue arrastrado al infierno de su conciencia, donde un alma noble y buena le torturaba sin parar por la acción cometida, incapaz de calmar su sed de bienaventuranza.

Los sueños no mejoraban el desasosiego de la vigilia. En ellos viajaba a su infancia en Viena, siempre a una misma escena. Su padre trinchaba un pavo en la cena de Sukkot, clavaba un enorme cuchillo en la pechuga mientras todos reían y anticipaban el sabor de la carne. Eli se levantaba y anunciaba las virtudes de la no-violencia. Entonces su padre se volvía gigantesco y le advertía: “la vida es muerte y sacrificio, esa actitud tuya infantil e irresponsable es ficticia. ¿Nos acusas de algo? ¿Cuál es tu problema?” El pavo dejaba de ser ave para convertirse en torso humano y yacía abierto en canal sobre la mesa. Las risas seguían y la cara de su padre se desfiguraba horriblemente en su mitad izquierda, se desdibujaba, se deshacía, como quemada por un ácido corrosivo. “Come, come, es la fiesta de la naturaleza. Demos gracias por estos alimentos, por la vida, por nuestra salida de Egipto.” Eli gritaba que no comiesen, que iban a engullir su propio cuerpo. Entonces un cuchillo arrancaba un pedazo de su costado mientras él yacía tumbado sobre la mesa, y la grasa caía sobre el mantel de algodón laboriosamente planchado.

Despertó ardiendo en fiebre. Tenía frío. Intentó arroparse mejor con el gran abrigo gris que le servía como manta pero no halló consuelo. Creyó que amanecía.

Enjambres de oscuros pensamientos le incrustaban sus envenenados aguijones en la memoria, una horda que ocultaba el sol de cuanto es honesto, bueno y saludable, un eclipse de la vida como oportunidad de la conciencia para recuperarse a sí misma en las acciones; y fue su alma un lóbrego manantial que vertía la detenida sombra de repetitivas imágenes espectrales. Notó que el hambre había desaparecido. Intentó no cerrar los ojos, pero cuando quiso darse cuenta se encontraba en otro lugar. Era una cueva en la que moraban veinte o treinta personas. Estaban medio desnudos, en diferentes grupos, sobre cuatro o cinco terrazas que la cueva ofrecía de manera natural. Varios pequeñas lumbres producían temblorosas llamas en la pared. Eli estaba sentado sobre la piel de un animal. Comía ansiosamente trozos de carne espetados al fuego. Sintió que algo no encajaba. El hombre que creía ser no era él mismo. Su mente era más básica, más simple, y veía el mundo a través de un denso velo de instintos y ataduras. Sus preocupaciones eran indefinidas y asfixiantes, un agobio continuo que impedía la satisfacción de cualquier necesidad, incluso en el proceso mismo de estar llevándola a cabo, como si siempre faltase algo que sujetase las cosas, y estas se desmoronaban sobre un mar oscuro de ciega necesidad. Comía, pero no era suficiente, y mientras arrancaba a mordiscos la carne, miraba los cuartos traseros de una hembra que comía unos metros más adentro de la cueva. Sin dejar de comer se abalanzó sobre ella y la montó. La mujer protestó al principio, pero después se calmó y siguió comiendo. Con la misma rapidez con la que se había iniciado, el acto bestial cesó. Entonces vio a través de aquellos ojos los despojos de un cuerpo humano que se apilaban a su derecha. Comprendió que la carne que estaba comiendo había salido de esa despensa, y sintió una náusea. Supo que no era la primera vez que probaba la carne humana. Se reconoció entonces como caníbal, y supo que

su tribu celebraba la victoria sobre un clan rival. Estaba comiendo los restos de los guerreros adversarios para apoderarse de su ser vital y tener más reservas del Gran Espíritu. Sintió en su estómago que aquello estaba mal. Buscó la luz y la salida a toda prisa. En la entrada a la cueva se encontró con una gran pila de cadáveres, unos niños jugaban junto a ellos con hachas de piedra. Comenzó a correr impulsado por un viento secreto entre la verde densidad que cubría la ladera de la montaña. Un estrecho camino le llevó hasta un acantilado y se detuvo mirando la caída hacia grandes rocas. ¿Quién observaba? Eli supo que estaba soñando, pero lo sintió como un recuerdo más que como un sueño. El hombre entonces se arrojó al vacío agobiado por la vergüenza de ser caníbal. Despertó. El buriato le estaba incorporando para beber una infusión. Recordó dónde estaba y quién era, y nuevamente la miseria se apoderó de su alma.

Las horas pasaron como días, y el delirio le llevó de un recuerdo a otro, de un sueño malo a otro peor. Se mezclaban las personalidades tanto como las acciones. Maak y Taras eran uno sólo, y también Jacob y su padre, y él mismo se perdía viviendo otras vidas que se esfumaban al abrir los ojos en el bosque, y volvían a aparecer hablándole de una forma distinta de realidad.

Se vio tumbado en una cama, en una habitación de madera. Un hedor insoportable lo llenaba todo. Quiso vomitar pero no había nada que su estómago pudiese devolver a la luz.

-Está bien, todo está bien, tranquilícese –le dijo una mujer joven que apareció a su derecha. -Beba esto, así, muy bien, ahora descanse.

El contacto de la mujer al incorporarle le pareció muy real, aunque los últimos sueños siempre lo eran, y en todos era consciente que estaba soñando. La miró con curiosidad y detenimiento.

-Por fin vuelve con nosotros.

A través de la ventana vio que nevaba.

-Está usted en el barracón hospital de la prisión de Ust-Kara. Ha estado muy enfermo, se le infectó una herida en una pierna.

-No entiendo... -balbuceó Eli.

-Lleva usted un mes delirando en esta cama, no creíamos que lo conseguiría.

-¿Conseguir qué?

-No se preocupe ahora por nada. Intente reunir todas sus fuerzas, las va a necesitar.

21

La infatigable pasión por el vodka del doctor Turgenev no era del todo incompatible con sus hábitos médicos. La costumbre desarrollada a lo largo de treinta años de tratar cuerpos enfermos en las soledades de Siberia, siempre bajo los efectos de altos niveles de alcohol en la sangre, le había dotado de una destreza sorprendente, que sólo le fallaba en algunos casos de cirugía en los que los temblores y la visión borrosa producía nefastos resultados. Los pobres desgraciados que cayeron en sus manos no pudieron protestar, y nadie lo hizo por ellos. ¿Iban a quejarse los guardias y el alcaide? No, como mucho intentarían no coger una enfermedad grave o no accidentarse seriamente, para no caer en tan médicas ineptitudes, pero ¿quién puede controlar esas cosas?, y por si acaso, todos intentaban llevarse bien con el doctor borrachín, y ser de su agrado, para evitar que les dejase morir miserablemente si llegaba la desafortunada ocasión en que fuesen la materia para una de sus mecánicas actuaciones curativas.

Al principio, no le llamó demasiado la atención el caso de Eli: una herida mal curada que desarrolló elementos patógenos, fuesen los que fuesen, que se comieron parte de los tejidos musculares del gemelo sin llegar a gangrenarlo. En otras ocasiones, heridas similares habían terminado en una desorganización total de los tejidos, y en falta de riego sanguíneo con necrosis de la tibia, si bien, Turgenev sabía que la medicina no es una ciencia exacta, y aun más, era plenamente consciente que, para sus cortas capacidades, no era ni tan siquiera un arte aproximado y previsor: estaba bastante acostumbrado a sorprenderse con los misterios que la naturaleza muestra en las patologías humanas. Su azarosa memoria recordaba cómo unos años atrás un recluso había arrancado a otro una oreja de un mordisco, a lo que el mutilado respondió con una feroz dentellada en el

cuello que acabó con rotura de yugular y muerte. Sin embargo, las dimensiones del bocado en el gemelo sobrepasaban todo lo que había visto, o por lo menos, lo que su mente recuperaba. Le pareció más la obra de una mandíbula animal, un lobo quizá, y el tipo de infección no era desde luego la que uno espera de una interacción humana. Si embargo, lo que más le había sorprendido era el proceso de recuperación de la herida en el que creía reconocer factores no médicos de lo más desconcertantes, obra de chamanes.

Hubo un tiempo en el que Turgenev estuvo sinceramente comprometido con el juramento hipocrático. Fue antes de acabar en las prisiones, cuando su corazón de joven licenciado le hablaba de la hermandad de las razas humanas, cuando leía a Schiller, a Goethe, a Novalis y a Rousseau, y quería llevar a los nativos de Siberia los grandes logros de la ciencia occidental como patrimonio de todo hombre. Así llegó desde la blanca Bielorrusia, pensándose el salvador de aquellas tribus apenas salidas del neolítico. Para su sorpresa, descubrió que nadie quería su ayuda, ni la misionera compasión blanca que buscaba asimilarlos para extender el imperio ruso hasta los lejanos límites del Pacífico. Muy pronto, sus nociones más básicas de ciencia junto con sus ideales y sus proyectos de vida se tambalearon. Fue viviendo con los Chukchis cuando comprendió que las enfermedades son invenciones de la medicina, nombres para procesos del organismo humano que escapan a cualquier clasificación patológica, como las formas de las nubes escapan a cualquier categorización. Es la costumbre lo que lleva a etiquetar un grupo de síntomas de una forma u otra, pero la enfermedad como tal no existe, como tampoco su noción asociada de salud: tan sólo vida y muerte mezclándose una con otra, danzando abrazadas en apretada unidad. Donde Turgenev veía un virus, los nativos veían una loncha de carne cruda que escarbaba bajo la piel,

irrumpiendo en llagas, úlceras, supuraciones, erupciones, pústulas, granillos. Era un trozo de carne móvil con capacidad de incrustarse y escarbar su camino de manera oculta, subcutánea, produciendo las explosiones de una piel febril, tan calenturienta como la cadena de conos truncados echadores de lava que forman el fuego único de la península de Kamchatka. ¡Cuánta superstición combatió al principio, cuánto capricho de los dioses y de espíritus malignos! El hombre blanco había portado el virus, su nombre, su tratamiento y cura. Pero, ¿qué es una enfermedad cuando no tiene nombre, cuando no se le ha asociado la personalidad del científico que la estudió? ¿No es acaso como el cometa que vaga por los cielos empujado hacia el sol de la muerte y de la vida, que encuentra un padre ansioso de serlo en el ojo que lo mira, y que, en su precipitación epistemológica, proyecta sobre la helada roca de lo desconocido unas cuantas trivialidades que sólo hablan de la limitación de la observación? Luego, supo Turgenev que también la sífilis, desconocida hasta la llegada de los rusos, no era considerada con los mismos patrones que en Moscú. Para los yakutos no era sino una tribu de minúsculos pastores de renos que acampaba sobre los miembros humanos. La primera vez que oyó la explicación, rió hasta las lágrimas durante diez minutos. Meses más tarde, practicando su arte sin ayuda de sofisticado instrumental de laboratorio, cuando los seres microbiológicos no eran más visibles que la tribu de pequeños pastores de renos, y cuando representarse en la mente una cosa u otra no afectaba directamente el proceso de curación, su actitud cambió por completo. Comprendió que el mismo concepto de cura requiere un esfuerzo de la mente en el que se configura una nueva situación. Podemos decir que los pastores nómadas han optado por continuar su viaje, o que nuestro sistema inmunológico ha aprendido a restringir los movimientos de las virales fuerzas de

ocupación. Había aprendido en la facultad de medicina, que la omnipotente ciencia no tiene límites en la expansión de sus conocimientos: lo que hoy no controla lo controlará mañana, pero su paradigma bioquímico del cuerpo humano es tan firme e inmutable como la configuración del sistema solar.

Un día que visitaba una de las tribus seminómadas de tonguses del río Yenisei, se encontró con una enfermedad que no había visto nunca antes. Una mujer se hinchó hasta ponerse como un globo, y sudaba sin parar en estado febril con fuertes dolores intestinales. Intentó algunos tratamientos, pero sólo consiguieron complicar la situación, hasta que tres días más tarde apareció un chamán que vivía río abajo al que había avisado la familia. Le hizo beber una papilla de hierbas, y cantó algunos encantamientos mientras ponía sus manos en puntos específicos del cuerpo de la mujer, lo que dio como resultado que, en menos de tres horas, la mujer se deshinchó y desapareció la fiebre. Según el chamán, un demonio del agua la había reclamado por esposa al no purificarse en el río tras su período menstrual, y al no acceder la mujer de buen grado había soltado la presa de su corriente interna, inundando a la mujer e hinchándola. El chamán había puesto el dique en su sitio y había desalojado al demonio, convenciéndole para que tomase esposa en otra parte, pues la presente ya no era tan joven y hermosa. Fue un diablillo fácil de convencer, dijo el brujo, otros sólo se marchaban después de días y días de cantos y discusiones. Las hierbas que le dio eran simplemente un analgésico. Ese mismo hombre le enseñó que las agujas de pino curan el escorbuto, enfermedad que para el chamán se debía a la falta de armonización con el espíritu de las plantas, y que él mismo había aprendido a considerar como los desequilibrios producidos por una pobre dieta en vegetales frescos. El encuentro con el chamán le produjo a la larga más inseguridades que

beneficios. Todo su proyecto misionero se vino abajo, y sobre todo, su fe en la medicina se perdió, dejándole desnudo en un mundo incomprensible. Su práctica se volvió un mero cinismo mecanicista, y perdió todo interés por la investigación, y los deseos de ayudar a nadie. Aquel sacerdote de la orden de Hipócrates, miembro de los adoradores del divino Asclepio, decidió ocultar la crisis de su fe ante sí mismo, haciéndose médico del ejército, donde los aspectos pragmáticos de la medicina tenían prioridad sobre escrúpulos intelectuales y demás elucubraciones de la mente ociosa. Entre los militares, encontró una vida cómodamente vacía, primero en Ekaterimburgo, en un destacamento de artillería en el que el vodka era disciplina tan obligada como las prácticas de tiro, y dos años después, cuando la bebida le había echado a perder por completo, en el oscuro destino del sistema imperial de prisiones de Siberia.

Turgenev vivía en Kara el final de su existencia miserable. Sólo y alcohólicamente violento, harto de una vida demasiado larga y tediosa, pero sin valor para acabar de una vez con su sufrimiento, practicaba por inercia la medicina con la monotonía que un maestro de provincias repite año tras año la misma lección de aritmética a los alumnos. Sabía que en primavera un cuarto de la población reclusa enfermaba, y que diez o quince hombres de cada cien morían. La constante de su práctica eran el escorbuto, que lo trataba dando al enfermo algún mísero repollo, capaz de aguantar el frío y la tierra nevada, y las heridas de pelea, que se arreglaban con sutura o con la muerte. Muerte, ¡como si alguien viviese en Kara!...No, ni vivos ni muertos, simplemente convictos, prisioneros, condenados, penitentes no arrepentidos, humanas bolsas de ascuas, carne de Kara...

La curación de la herida de Eli le había reabierto su propio viejo dolor rememorante. Supo por uno de los

guardias que un buriato le había aplicado un emplaste al austriaco durante el viaje de Chita a Kara. El caso le volvía a poner delante de sí mismo, frente a una vida echada a perder por la arrogancia. Ya ni siquiera comprendía qué es lo que rechazaba de la práctica curativa de los chamanes, y en algún momento catatónico llegó a pensar que algún diablo de los chukchis le había poseído y arruinado. Sintió el impulso automático de beber algo, la necesidad errada de un vaso de vodka que mitigara la ansiedad, que anestesiara la punzada que sentía en su cabeza. Eli dormía. Un enfermo muy debilitado por el escorbuto le llamó. Sin prestarle atención salió de la sala en dirección a su oficina, precipitadamente, agobiado, en busca de la fiel compañía de las botellas que contenían su amada y anestésica agua de fuego.

22

Un sargento, acompañado por dos cosacos que custodiaban la prisión, armados con largas bayonetas, irrumpieron en la enfermería para llevárselo. El filo agudo de las armas proclamaba su autoridad como un heraldo mudo, pero perfectamente ataviado.

-Le he conseguido exención de una semana para los trabajos en la mina –le informó el doctor Turgenev ayudándole a incorporarse. -Después de eso, me temo que estará a merced de lo que el capitán Iakovlev determine. También he ordenado al sargento que le lleven en una cabalgadura.

Eli no respondió: le parecían absurdos los buenos modales en aquella situación. Le llevaban a trabajar forzadamente a una mina, y seguía lamentando no estar muerto. No obstante, detrás de la aparente educación, no había ningún tipo de etiqueta, ni impulso compasivo: Turgenev sabía perfectamente que Eli no podría hacer a pie los siete kilómetros colina arriba que le separaban de su funesto destino presidiario, y su conciencia se negaba a tener más muertos con los que dialogar en las largas veladas alcohólicas del invierno siberiano.

El frío de octubre era más de lo que había vivido nunca en Viena, y le pareció una extraña forma de fuego. La limpieza del aire le hizo ser consciente de la cloaca en la que había yacido durante un mes, y a la sensación de alivio se añadió una punzada de tristeza. Le subieron a un pony peludo, un tipo de caballo que nunca había visto antes, robusto y de fuerte temperamento, fuente inagotable de dolores apenas pasados unos minutos de montarlo. El camino serpenteaba por la orilla izquierda del río Kara, a través de un valle poco profundo, de unos ochocientos metros de anchura. Esbeltos alerces escoltaban la senda por la que estrechamente podían ascender dos monturas, o

cuatro hombres en apretada formación. Los árboles disipaban la mente tenebrosa de las prisiones humanas con los verdes vivos que decoraban sus hojas. Algunos de aquellos conos vegetales alcanzaban treinta metros de altura, y sus ramas horizontales se abrazaban unas a otras formando una tupida y espesa malla, en la que se tranquilizaban vista y ánimo. Respiraba despacio, llevando el aire desde sus fosas nasales hasta la boca para saborear su transparencia. Eli pensó que visitaba un viejo templo. Los alerces se mezclaban con los pinos, y los olores resinados, en la humedad del aire, se fundían en aliento fresco y penetrante.

Así embriagado, olvidó su condición de preso, y su mente buscó sus propios juegos hundiéndose en las arenas del pasado, en cuyos movedizos fundamentos se levantaban las antiguas religiones. Es privilegio del humano una libertad inmaculada que no toca acción alguna, y basta con un impulso de la voluntad para abrir y cerrar otros mundos en este. Entre las ramas, que doraba sin calentar el sol de la mañana, creyó ver viejos hechiceros y magos solemnes que veneraban al gran Apolo hiperbóreo. Vivía en aquellos templos arbóreos un ancestral culto en el que se conjuraban los miedos a la noche y la oscuridad, la larga noche polar que pierde al sol en algún lugar bajo la tierra, en alguna cueva secreta en la que la luz se refugia esperando su momento, para retornar refulgente uncida al carro del supremo Apolo-Helio. Desde Siberia bajaron entonces estos sacerdotes hasta Delfos para predicar el mensaje eterno de los ciclos de la conciencia, el secreto del dormir y el despertar que el dios guarda para sus adeptos.

El pony seguía río arriba acompasando la senda en dos por cuatro. Los ojos se le cerraban, y los dolores de su cuerpo le cubrían como una manta llena de pulgas. Inesperadamente, tras un requiebro del camino, aparecieron los barracones de Nizhniaia Kara. Le parecieron establos, y

realmente nada los diferenciaba de refugios para animales: tablones rectangulares, sin pintar, ennegrecidos por el paso de medio siglo de morienda a la intemperie, habitáculos malsanos donde aquellos desgraciados animales de mina se protegían de un clima que rechaza la vida. La miserable impresión de las construcciones no fue estímulo suficiente para sacar a Eli del trance que le había producido el aire limpio de los bosques. Cuevas de madera, medio hundidas en los fangos de la pradera helada, los barracones eran una promesa bien cumplida de infortunios. El camino pasaba por detrás de ellas, extendiéndose hasta alcanzar otras extracciones auríferas en el valle ascendente del río Kara, conectando las penalidades del lugar con las de otros asentamientos más arriba, otras minas en las que presos comunes arrastraban sus condenas en la perpetuidad de Siberia. Pasaron entre las cochambrosas cabañas de los presos que habían sido autorizados a vivir fuera de los barracones, al haber cumplido parte de su condena. Algunos niños jugaban con palos en el barro, familiares de los reclusos a las que las autoridades habían permitido venir. El objetivo era reinsertar a los disidentes de una manera total, y dejarlos allí para que colonizasen la desmesurada Siberia, una vez que su condena hubiese agotado sus energías subversivas y criminales, tras interminables inviernos de frío y desolación. Niños inocentes eran condenados a seguir a sus padres hasta los confines de la tierra. Hombres y mujeres, arrastrados por la fuerza del amor, seguían a sus disidentes compañeros hasta los remotos parajes de Kara, para verlos mal morir sacando oro de las entrañas de la tierra, propiedad privada de los Romanov y próspero negocio.

Finalmente, el pequeño grupo se detuvo delante de una empalizada. Troncos de pino, afilados en sus puntas superiores, encerraban en un cuadrado de poco más de treinta metros de lado, la parte más vigilada del recinto

penal, donde Eli pasaría los primeros años de su condena. Como gigantescos lapiceros clavados en el suelo, aquellos muñones arbóreos custodiaban dos barracones dispuestos en forma de “ele” que se apoyaban sobre dos de los lados del cuadrado. Un patio entre ellos, impracticable por el denso barro semihelado, y sobre el que flotaban y se hundían tablones de manera formando inestables caminos, completaba la superficie de la jaula de madera en la que vivían doscientos once hombres. Desmontó, y fue conducido hacia un rincón en el que un cosaco, con instrumental de herrero, le aguardaba con unos grilletes. Miró a su carcelero con indiferencia, mientras este, con sonrisa torcida y cruel, le sujetaba dos kilos y medio de vieja cadena en los pies, y uno de frío metal en las muñecas. Percibió la secreta y desviada satisfacción que el hombre sentía con su trabajo.
-¡Este no parece que vaya a durar mucho aquí! –le gritó el herrero al cosaco que se llevaba a Eli hacia el barracón. -Ese pecho tan estrecho no aguantará más de dos inviernos, ya verás.

Rieron, mostrando que no siempre en la risa hay alegría, como no todas las lágrimas bañan el dolor. Llegó a trompicones hasta el barracón, donde un olor añejamente viciado le recibió en el mal ventilado corredor. Dejó seis puertas a la derecha, y, por una séptima, le introdujeron en una cámara de unos cuarenta metros cuadrados, en la que veintiocho hombres quedaron repentinamente en silencio al verle entrar con el cosaco. La peste que se respiraba era un gas que muy imprecisamente podría llamarse aire, al que Eli respondió con una precipitada vomitona que salpicó los pantalones del guardia. Instintivamente, el carcelero, asqueado, le dio un golpe en la cara con la culata de la bayoneta que le hizo caer al suelo aturdido. Le llevaron un cubo con agua y una bayeta para limpiarlo. Los demás presos seguían con su cena sin prestarle especial atención,

como si viesen una escena demasiado familiar. El guardia se llevó el cubo sucio de mala gana, cerrando con un portazo. Eli reconoció la plataforma de madera en la que los reclusos comían como la cama comunal, idéntica a la de la prisión de Irkustk, y en aquel momento le pareció tan deseable como su colchón de plumas en la casa de Viena. Dio unos pasos hacia un hueco que había a la derecha. Un hombre sentado hizo como que se movía para dejarle tumbarse, y agotado se dejó caer resoplando sobre la madera con todo su peso. Cerró los ojos y la habitación desapareció, aunque el olor persistía. Creyó estar en un pozo. Algo se descomponía a su alrededor, quizá un animal muerto. Le dolía la mandíbula, y pensó que se había golpeado con una roca al caer en el hoyo: una trampa grande, sin duda. La noche se cerraba fuera, sobre la lluvia, transmitiendo una inquietante humedad y desamparo. Quiso ver dónde estaba, pero al mirar hacia arriba el agua le cegó los ojos. Oyó un aullido y sintió la presencia del peligro. Algo le tocó el pecho.

-¡Eh, tú, despierta! ¡Venga, despierta!

Eli vio una cabeza calva de furiosos ojos que le hablaba.

-Tienes que comer algo. No comer en Kara es morir.

-Y comer también es morir -añadió otro. -Te va a dar igual de todas formas.

-¡Déjale en paz! –ordenó el primero ayudando a Eli a incorporarse–, y ocúpate de tus asuntos.

-¡Oh sí, mis asuntos! ¿Te refieres a mi apretada agenda social? La temporada de conciertos...

-¡Cállate ya Uritsky! Deja de atormentarnos a todos con ese sentido del humor tuyo de retrasado mental -interrumpió un hombre que leía junto a una de las ventanas.

-Oh, usted perdone, profesor.

Eli consiguió enfocar, y vio que un hombre robusto, de unos cincuenta años, le sujetaba la cabeza.

-Incorpórate para poder comerlo. Sí, sé que el olor es insoportable, pero te acostumbrarás, tu pituitaria te dejará en paz. No has sido el primero en vomitar al entrar aquí, pero llegará un día en el que nadie tenga que pasar por esto, te lo aseguro.

Se incorporó apoyándose contra la pared pardo rojiza, pintada así con las entrañas de miles de chinches, pulgas, arañas y piojos que habían sido aplastados contra ella año tras año. Bebió un tazón de sopa en la que flotaban restos sólidos que en su momento fueron carne. La mejor cualidad del bebedizo era su temperatura, y el calor le asentó el estómago produciendo una ligera sensación de alivio.

-Mi nombre es Gregory Axelrod –se presentó finalmente mientras le extendía una taza de té.

Axelrod esperaba una respuesta, pero Eli le miraba en silencio, desde muy lejos, sin comprender del todo la escena, ni a su interlocutor.

-Te han torturado, ¿eh? –afirmó el hombre encendiendo aun más su ira reprimida. -No te preocupes ahora, ya hablaremos, intenta descansar.

Una semana pasó en silencio, tumbado en la tarima, sin más movimiento que los obligados paseos hasta la letrina, o al orinal nocturno, cuando quedaban confinados en la habitación. Sus compañeros le trataron compasivamente, viendo en el sufrimiento del nuevo su propio dolor, reviviendo los infiernos pasados en las diferentes torturas que siguieron a sus respectivas detenciones, en sus viajes hasta Kara, o los trabajos por los que ahora pasaban en la mina. Su dolor era preciso y punzante, tanto en la memoria como en la percepción del presente, pero se equivocaban con respecto a Eli, y veían lo que querían ver. Él no sufría, pues simplemente no estaba allí, y no lo estuvo por varios meses, aunque su cuerpo iba y venía a extraer oro a diario. Un mundo densamente tejido por sueños le envolvía protectoramente, y el horror penal se mezclaba y

difuminaba con sus otras realidades. La bienaventuranza de su estado no duró mucho, y el mal hado de la inercia de su cuerpo le sacó de tan confortable limbo.

Un buen día, corriendo ya la primavera de 1913, cuando el invierno siberiano ya tocaba a su fin, al acabar mayo, mientras almorzaba en la mina junto al fuego, como de costumbre, recordó súbitamente su vida en Viena como profesor de filosofía. Deseó tomar una tarta de chocolate y un café con leche bien cargado. El pan que masticaba le supo desagradable y ácido, y lo escupió. Sintió como si despertara de un sueño, y aunque recordaba todo lo que le había ocurrido desde su estancia en Kara, tenía la sensación que era la vida de otro, que se la habían contado. A partir de aquel momento, sintió la angustia de estar encerrado contra su voluntad, y un dolor casi físico le agujereó el estómago.

Esporádicamente, le golpeaba la ira con la injusticia de su situación, y la de la mayoría de los presos, encerrados por tener ideas propias, por sus deseos de libertad y una sociedad mejor. La ira se iba igual que venía, y, con el tiempo, aprendió a no sentirse agobiado por su situación, a ver su propia vida con desapego y ecuanimidad, llevando a la práctica algunos principios básicos de filosofía. Esta capa de serenidad le hizo ganarse el respeto de sus compañeros, que acudían a él en momentos de desánimo en los que las ideas revolucionarias no bastaban para dar sentido a tan miserable vida. Sin embargo, no le comprendían bien, pues ni era socialista, ni el anarquismo le parecía más que una pataleta infantil de pueblo bárbaro. Por otro lado, su refinada educación clásica y sus conocimientos de historia mundial le conferían prestigio suficiente para que, por lo menos, temiesen sus críticas intelectuales. En Kara, se hablaba sin parar de la autoridad del tribunal de la historia, concepto mayúsculo y solemne que gobernaba la vida revolucionaria desde el futuro, ya

que todas las acciones y pensamientos eran remitidas al juicio de las generaciones venideras. Los tiempos de ocio eran charlas interminables sobre el pensamiento de Marx, sobre el progreso social, sobre la libertad y la religión, sobre la decadencia burguesa de Occidente, todas un bajorrelieve verbal sacado a una plancha base de oscura tristeza, ansiedad y desesperación.

El estallido de la Gran Guerra, al año siguiente, convulsionó el penal. Esperando nuevas órdenes de Moscú, el capitán Iakovlev optó por apretar con mano férrea la garganta de los presos. Axelrod fue enterrado en el pozo negro del patio durante diez días, a pan y agua, por pedir derecho de asamblea y amenazar con una huelga en todas las explotaciones mineras. Uritsky atacó a uno de los guardias con una piedra, partiéndole dos dientes, lo que le costó una paliza formidable, a raíz de la cual se le gangrenó un brazo, que el doctor Turguenev amputó de mala manera produciéndole la muerte. La guerra dio alas a la imaginación, y la actividad política de Kara bullía como una caldera a punto de explotar.

Cuando llegó la noticia, casi un mes después del inicio, Eli estaba en la enfermería con escorbuto, sufriendo encías sangrantes y hemorragias intestinales, aunque la enfermedad no le afectó sus capacidades mentales ni le hundió en la común depresión. Al enterarse de la nueva, y saber que la contienda llevaba ya un mes en marcha, lo primero que le vino a la cabeza fue la cuestión de cuál es el instante exacto en el que empieza una guerra. El Kaiser alemán había firmado la orden de movilización a la una de la tarde del uno de agosto, pero ¿fue ahí cuando empezó la guerra? ¿Empiezan las guerras con el primer muerto? ¿Es necesario que sea ilustre, como el Archiduque? ¿O empezó la guerra cuando Olga, la enfermera, se le acercó con rostro radiante hasta la cama y le comunicó que Alemania había invadido Bélgica y Luxemburgo?

-Esta guerra –le dijo la mujer- es el principio de desestabilización que estábamos esperando.
-¿Qué quieres decir?
-Que el gobierno del zar cometerá errores, y nosotros estaremos ahí para sacar partido. Se acerca el día en el que la clase trabajadora tomará el poder, y acabarán las guerras coloniales del capitalismo. El equilibrio internacional es muy precario, y está basado en la ambición desmedida y el uso de la fuerza. ¿Sabes lo que abarca el imperio británico? Ayer precisamente hablábamos sobre eso en el comité, su extensión es ridículamente grande y opresiva: Australia, Nueva Zelanda, Hong Kong, Singapur, Malasia, gran parte de la India, Sudáfrica, Egipto, Sudán, Nigeria, Costa de Oro, lo que llaman el África Oriental Británica, Uganda, Somalia, Rodesia, Sierra Leona, Antillas, Canadá, por no mencionar islotes, peñones y trozos de tierra aislada que han reclamado como suyos en todo el globo. ¿Sabes cuántos pueblos en todo el mundo sirven los intereses racistas y explotadores de la minoría burguesa que tiene el poder en Inglaterra? Y lo mismo puede decirse de los otros poderes coloniales. La situación es insostenible, porque el afán de lucro es ilimitado, pero hay un límite para el dolor que puede soportar el pueblo. Todo ese sistema es irracional, y lo irracional tiende a desaparecer, esa es la tendencia histórica, la evolución del ser humano. Cuando el pueblo ruso se canse de luchar y morir por el zar, su insatisfacción podrá ser usada con fines revolucionarios.
-El sistema es abusivo y explotador, pero no es irracional –le contradijo Eli. -Racional e irracional son monedas acuñadas con fines políticos más que categorías definitivas del comportamiento humano. Irracionales son siempre los motivos y la forma en la que se organiza el enemigo, los dioses conquistados, las costumbres de los vencidos. Racionales son siempre las causas que nos impulsan a la conquista, nuestra propia forma de ver el mundo, nuestro

orden y nuestros valores. De hecho, los ingleses se consideran a sí mismos la culminación de la racionalidad humana.
-¿Acaso ves racionalidad en privar a alguien de su libertad por mantener ideas propias? ¿Crees que el oro que extraemos al precio de nuestra vida para que la zarina pueda llevar caras joyas y ropa de lujo, para mantener sus inmensos palacios y dar sus fiestas a toda pompa, con miles de sirvientes, es una actividad racional?
-Es injusta, desde luego, es inarmónica, fea, y carece de toda virtud, pero obedece a una racionalidad. Si hay un propósito y unos medios, hay una racionalidad, por muy monstruosa que pueda ser. El otro día me llamabas místico porque hablo del mundo de los dioses, y decías que eso es irracional, pero tú estás hablando de lo que es racional o irracional como si fuese un valor absoluto, no condicionado por el momento histórico en el que se piensa y elabora el concepto.
-El ser humano progresa hacia formas más altas de justicia y racionalidad, la historia lo demuestra.
-La historia no demuestra nada que uno no quiera demostrar. Es como arcilla mental, totalmente plástica y maleable, se deja dar forma en el torno de la voluntad de acción, y puedes cocer con ella todo tipo de motivos, causas y precedentes que justifiquen los planes presentes. ¿Es que no lo ves? El mundo ha sido siempre la casa de los bárbaros. La sociedad siempre ejecuta a Sócrates, a Jesús, a Al-Hallaj, a Giordano Bruno. La cárcel espera al inocente tanto como al culpable, pues este mundo mismo es una gran prisión en la que estamos a merced de despiadados carceleros inmortales: el hambre, la enfermedad, la avaricia, la soberbia, la ira, la lujuria, y nos zarandean de un lado para otro, devastándonos como un distante azar divino. ¿Qué nos ata a Kara sino la avaricia del zar, quien como un opiómano requiere cada vez dosis mayores de oro

que satisfagan sus infantiles necesidades? ¿Qué nos trajo aquí sino la intolerancia, ese demonio que vive en la mente de los hombres y se alimenta de todo lo que es bueno y saludable, que nos ha declarado enemigos de una estrecha visión política que han llamado estado, y que encierra a gente como yo, que ni siquiera manifiesto una creencia política contraria a ningún sistema particular? ¿Qué nos tortura en este infierno sino el fuego de la ira de nuestros carceleros y el nuestro propio, ese ardor que nos despedaza con infinitas nimiedades día a día, sufriendo los olores de nuestros cuerpos, las terquedades de nuestras mentes, las miserias del frío y el tormento de las enfermedades, sin poder hacer nada al respecto? Hablas de clases y explotación de clases, ¿pero sois tan inocentes como para pensar que una sola clase, en el paraíso socialista, va a hacer que desaparezcan todos estos tormentos del alma del ser humano?

-A veces, no sé si estás con ellos o con nosotros, Feldman. Cuando hablas, pareces justificar los despropósitos del sistema capitalista, y no intentas cambiar nada, pero a la vez denuncias el orden establecido como algo arbitrario, y tus ideas sobre la libertad parecen ir más lejos que las de los anarquistas. No te entiendo. Al principio, pensé que eras un revolucionario echado a perder por sentimientos religiosos no erradicados a tiempo, aunque ahora... De todas formas, me voy a casar contigo.

Eli la miró sorprendido.

-Creo que estoy perdiendo la cabeza con el escorbuto. No puedes ni imaginarte lo que creo haberte oído decir.

-No, no es la enfermedad: lo he dicho. Por supuesto, nos casamos si tú quieres. Considéralo una maniobra política que resultará en ventajas para ambos. Al casarnos nos asignarán una cabaña, ya no aguanto más en los barracones de mujeres. Estoy harta del frío de las celdas, y de comer

en una mesa en la que las otras lavan sus bragas en sucias palanganas, junto al amasado del pan.
-Pero yo no llevo tiempo suficiente como para que me den el segundo grado y poder vivir en las cabañas.
-Yo sí cumplo los requisitos. Además, nos van ayudar a hacer la vista gorda contigo. Tienes suerte Feldman.
-¿Quieres decir que es parte de un plan que has ideado con alguien?
-Sí, pero eso a ti te da igual. Sales ganando con el cambio.
-¿Tienes buena dote? –bromeó Eli.
-En este caso, la dote es tuya. Se te ofrece la oportunidad con una condición: tendrás que traducir para nosotros del alemán al ruso. Lev Antonov y Dimitri Lem quieren que traduzcas “Las teorías de la plusvalía”, para distribuirlo en una publicación de Vladivostok.
-¿No es ese el proyectado cuarto volumen de “Das Kapital?” –recordó Eli.
-No sabía que habías leído a Marx. A Antonov le agradará.
-Nadie lee a Marx. Bueno, menos vosotros, los revolucionarios profesionales. Nunca conseguí acabar el primer volumen. Personalmente prefiero a Esquilo, pero allá cada uno con sus gustos literarios y con el uso que hace de su tiempo.
-¿Lo harías?

El dilema era de fácil solución: seguir miserablemente en los barracones y morir de cualquier infección tifoidea, o de escorbuto, o por agotamiento, uno de aquellos interminables inviernos, o casarse con Olga y vivir en puro desconsuelo en una cabaña que destroza la ventisca traduciendo a Marx.
-¿Eres buena cocinera?

23

Olga Plieskaia resultó ser tan agradable compañera, sobre todo al principio, como mala cocinera. Las provisiones que les hacían llegar eran las mismas que las de los demás reclusos, pero ella no se esforzaba por hacer con los alimentos nada especial. A Olga no le interesaba nada que no fuera la revolución, y pasaba todo su tiempo, bien en reuniones, bien estudiando la filosofía política revolucionaria. Su mente inquieta y bullente quería estar a la altura de los acontecimientos históricos, fuesen los que fuesen, y siempre insistía en que no estaba dispuesta a perder el tren de la revolución. Cuando Eli le hacía saber que ese tren sólo recorría las imaginarias estaciones de su cabeza, ella se enfurecía y volvía a relatarle con todo detalle cómo había sido detenida simplemente por manifestarse a favor de la liberación de su hermano, a quien después la policía torturó hasta la muerte.. El tren de la revolución era el tren de la historia, el imparable avance de la razón y la verdad, en un mundo de barbarie y lucha sin cuartel entre las clases sociales. Si bien, una vez que agotaba la respuesta automática del dolor por la tortura sufrida, y olvidaba la necesidad de tener que hacer propaganda revolucionaria, Olga dejaba al descubierto una dulce mujer de veintinueve años que creía en lo que hacía, y hacía siempre aquello en lo que creía, alguien comprometido con el mundo y con su existencia, dispuesta a sacrificarlo todo por el triunfo de un ideal.

Su matrimonio no fue distinto de los demás en el mero formalismo de su fundamento, aunque sí en la claridad con la que los objetivos de la unión fueron expuestos desde el principio, así como las prioridades y reglas del contrato. Vivían juntos, pero no dormían juntos. Olga era realmente

la compañera de Antonov, un recluso amigo de Lenin que ocupaba un puesto importante entre los bolcheviques, pero Antonov ya se había casado diez años atrás con la camarada Ana en una situación similar que mejoraba su estancia en Kara. Se acordó, verbalmente, que Eli trabajaría las horas que no estuviese en las minas, traduciendo cualquier texto que le fuese entregado, y que no intentaría escapar hasta que hubiese terminado su cometido. La cuestión de la fuga le pareció un punto especialmente curioso, y no porque no se le hubiese pasado por la cabeza lanzarse a recorrer los nevados bosques siberianos hasta la cercana frontera china, para buscar después desde Manchuria una vía hacia Europa, sino por el carácter de condena que adoptaba el acuerdo desde un principio.

Durante más de un año tradujo y extrajo oro, confundiendo una cosa con la otra. Bajo un sustrato de arcilla, piedras y grava, de tres a seis metros de espesor, se encontraban las arenas auríferas. Con gran esfuerzo se accedía hasta ellas, para después llevarlas a la máquina que las movería y las lavaría, y así luego, mediante diferentes mecanismos de agitación y colado, caería sobre una bandeja el esperado oro. Eli aplicó a la traducción una técnica similar, si bien, tras toda la arena, piedras y grava de Hegel y David Ricardo, no le quedaron más que conceptos, relaciones y tasas... un deseo de matemáticas para un campo en el que no puede haberlas, no más allá de unas simples cuentas que hace perfectamente el sentido común. ¡Ah!, pero uno puede hacer con las matemáticas cualquier cosa: el mundo es dócil al número porque va indisociablemente ligado a nuestra intuición de las apariencias. Sólo los socialistas encontraban allí oro. Cuando estaba en la mina se adentraba con su pala racional en las arcillas de la historia de la explotación, y como proletario ofrecía su trabajo abstracto a la mayor gloria feudal del zar. Arena, fango, oro, teorías, conceptos... El

oro era quizá el concepto más fangoso. Una piedra, una teoría, la revolución, eran arena movediza, y la máquina del cerebro quiere separar y decir: esto sí, eso no, esto es oro, eso es barro. Un cosaco con bayoneta reforzaba la idea del valor del oro y la pobreza del barro. Después de eso, un sistema de creencias hace llegar hasta el zar las piedrecitas amarillas, y le hacen feliz unas cifras que le asigna su banquero. Eli supo que en 1857, un tal Radgildeyef, al frente de la extracción de Kara, desarrolló un concepto basado en una cifra: extraer trescientas sesenta libras de oro anuales para la bolsa del zar Alejandro, llamado el Liberador. No trescientas setenta, ni trescientas cincuenta, no: trescientas sesenta libras de oro, así, ni más ni menos, como el deseo de uno de aquellos babilonios antiguos que dividieron la circunferencia y el día en múltiplos de seis. ¿Aspiraba Radgildeyef a una forma de perfección geométrica con su proyecto? Su concepto supuso un sobreesfuerzo que hizo morir a más de mil personas, exhaustas en el barro. Tumbas de oro, túmulos, enterramientos, cuerpos, trabajo, muerte, Kara.

Con frecuencia se hacían reuniones clandestinas en la cabaña, a las que asistían los principales revolucionarios. Había casi tantas facciones como asistentes, y como unos recelaban de otros, la presencia del camarada Feldman no desentonaba especialmente.

-¿Cómo pretendéis implantar el socialismo en una sociedad de estructura feudal como la rusa? –intervino Eli una noche que tenía ganas de dialéctica. –La propuesta de Marx de un nuevo orden estaba concebida para una economía fuertemente desarrollada, con abundante capital concentrado en pocas manos y poblada por un proletariado industrial muy alerta.

-Repartiendo la tierra entre los que la trabajan –respondió mecánicamente Dimitri Lem.

Lem era editor y propagandista. Hacía circular una hoja semanal manuscrita, a la que llamaba periódico, en la que difundía las noticias de la guerra que le llegaban a través de algún guardia que simpatizaba con la revolución, y escribía algún artículo sobre la teoría del socialismo.

-Ahí tiene razón Feldman –comentó Ilia Andreev. -El mero cambio de los títulos de propiedad no acaba con la noción de propiedad a la que aspira el socialismo. Dales un trozo de tierra a quienes nunca la han tenido propia, y tendrás un semillero de caciques.

-La propiedad es el hurto –añadió Antonov, que seguía la línea de Proudhon. -Es cierto que las masas rusas no están preparadas, pero un grupo profesional de revolucionarios se encargará de controlar, encauzar y dirigir sus intereses. ¿Dejamos a un niño que decida sobre su educación y los objetivos para su vida? Sólo conseguiría hacerse daño a sí mismo.

-Seguramente el zar y sus ministros piensan algo parecido – cortó Eli harto de la ceguera mental, la intolerancia y el barbarismo civilizado hacia el que los revolucionarios apuntaban. Pensó en los ciclos históricos de civilización y barbarie, y comprendió que lo que se estaba fraguando, lo que de hecho ya estaba vigente en Europa, era algo nuevo en lo que los dos conceptos se habían fusionado. Se sintió cansado, como si la carrera de la humanidad hubiese sido demasiado larga, y le hubiese tocado correrla toda a él. Quiso salir y dejarles con sus eternas discusiones, pero fuera mordía la helada a veinticinco grados bajo cero. Olga le miraba enfadada por haberle hablado así a Antonov, la encarnación más lucida de la revolución.

-Señor Feldman –respondió Antonov con ira fría y contenida-, usted deje la revolución a los que la entienden, y limítese a traducir lo que se le ordena. Sus mordaces puntos de vista de burgués radical no nos interesan lo más mínimo. Ese cinismo suyo es puro veneno, y se lo

extirparemos. Si cree que el trato que le hemos conseguido no es ventajoso para usted, un divorcio puede devolverle, con toda rapidez, a los barracones.

Aún le necesitaban, pero sabía que, una vez hubiese acabado aquella penosa traducción, los barracones serían su destino final. Se había visto a sí mismo morir en ellos. Entonces vino a su mente la imagen de Penélope deshaciendo su tejido por las noches para retrasar a los pretendientes. ¿Por cuánto tiempo podría engañar a la muerte? Sonrió, y su sonrisa cayó como un ácido sobre los presentes. Antonov dio por cerrada la sesión, y todos marcharon a sus cabañas.

-¿Por qué lo has hecho? –le regañó Olga una vez estuvieron a solas.

-¿Hacer qué? –respondió Eli como si no supiese de qué hablaba.

-Enfadar a Lev.

-Simplemente he dado mi opinión. ¿Los revolucionarios no tenéis opiniones?

-No las necesitamos.

-Oh, sí, ya sé: el revolucionario es un ser maldito que no tiene intereses privados, ni asuntos, ni sentimientos, ni ataduras, ni propiedad, ni nombre propio, su ser entero es devorado por un único propósito, un único pensamiento, una única pasión: la revolución. Al final siempre el catecismo de Bakunin. ¿Me lo sé bien? ¿Puedo ser un buen revolucionario? ¿cuándo vas a despertar, Olga?

-¿Despertar? Tú eres quien duerme entre los densos vapores del opio religioso. Estás trastornado con tus dioses y tus visiones.

-¿Acaso no ha hecho lo mismo contigo la revolución? Mírate a ti misma, la devoción a tus ideas políticas es totalmente religiosa, y ni tan siquiera religiosa en su sentido más profundo, sino en el más mecánico y superficial. Tus ideas son dogmas, eres incapaz de

observarlas con desapego o analizarlas, al contrario, te cierras sobre ellas con todo el peso de tus emociones más básicas, como hacen los fanáticos de cualquier religión. Habéis sustituido una fe por otra, y sois intolerantes con lo que os contradice. Despertar es despertar a la vida, abrir los ojos, tener valor para mirar desde tu presente, aunque sea tan horrible como esta prisión, y no posponer por un mañana, ni retener por un pasado.

-Nosotros, al menos, tenemos algo que ofrecer al mundo, pero ¿qué haces tú? Observas la historia desde tu atalaya de la filosofía clásica, burlándote de esto y aquello, pero sigues viviendo bajo los valores de la burguesía sin ser capaz de vivir de otra forma. ¿Cuál es tu oferta alternativa a estas sociedades europeas de nacionalismos y opresión, este feudalismo ruso que subyuga a todos bajo el poder del zar y de la Iglesia?.

-No creas que los nacionalismos me gustan más que a ti. Es obvio que la idea de nación implica la idea de guerra. Las naciones se crean con guerras y se mantienen mediante guerras: fronteras, restricciones, violencia externa e interna, pero no veo que vuestras ideas internacionalistas funcionen de manera diferente. Si algún sistema político ha de probarse estable en el futuro tendrá que fundamentarse en bases pacíficas, apelando a impulsos más profundos en el hombre que los de la guerra.

-La verdad es que no sé si esa inocencia tuya es una pose burguesa, pura imbecilidad, o si simplemente te burlas de mí. ¿Qué impulso hay más profundo en el hombre que el de la guerra, que esa voluntad de imponerse a los demás?

-El impulso a sobrevivir, que es el que lleva a los pactos que fundamentan la sociedad, impulso que subyace tanto a la guerra como a la paz.

-¿Y cómo pretendes que haya paz mientras haya soldados y sacerdotes? ¿Qué pacto crees que podrías alcanzar con ellos? ¿Qué independencia y libertad nos van a dar los

cosacos que nos vigilan y torturan? ¡Dile al zar que se vaya! ¡Di a los reyes de Europa que sus posesiones se han legitimado por la fuerza y la conquista, diles que lo que tienen se lo quitaron a otros, diles que el mundo no surgió con familias reinantes, con estados ni con Iglesias, y que si son coherentes con las ideas que predican, servirían a los demás de verdad compartiendo con ellos sus posesiones y conocimientos! ¡Ve a Inglaterra, y diles que dejen en paz a los africanos y a los indios, que no les roben más! ¡Despierta tú! Este mundo no es más que la lucha de diferentes voluntades de poder: nosotros o ellos. Y tú tienes que tomar un bando, en algún momento tendrás que hacerlo, y atenerte a las consecuencias.

Eli lamentó haber iniciado la conversación. Siempre era igual: los puntos de sentido común eran utilizados como patrimonio único de la revolución, y no se discutían los aspectos más tenebrosos del método revolucionario, los que lo hacían idéntico al sistema que pretendía desbancar. Olga se autoproclamó victoriosa en la batalla dialéctica, y la sensación de estar del lado de la verdad y la justicia social la llenó de orgullo. Quiso entonces condescender y ser generosa con el vencido, alentándolo a que aceptara de una vez los planteamientos de la revolución, apelando a su vanidad, diciéndole que la revolución necesitaba gente inteligente como él, para llevar a los trabajadores hacia la libertad...

24

El invierno profundo trajo la inesperada visita del coronel Maak, ya ascendido a general y más peligroso que nunca. Cuando Eli lo vio en la oficina del capitán, su cuerpo recordó automáticamente el dolor de la tortura que le había infligido en Irkustk, y estuvo a punto de caer desplomado. Fue un mecanismo secreto que se puso en marcha por sorpresa, haciéndole sentirse mal, profundamente mal, como si cada una de sus células anticipase una tortura individual. Intentó controlarse, sabiendo que la mínima muestra de debilidad sería aprovechada para hacerle más daño.

-Parece que no se alegra de verme, señor Feldman. Yo, sin embargo, espero mucho de usted. Tenemos que dejar atrás el lamentable incidente de Irkustk. Después de todo, usted es un hombre inteligente, y sabe cómo opera el poder. Ahora nos necesitamos mutuamente –dijo ofreciéndole un vaso de vodka.

-Por lo que deduzco, no han encontrado su mina de diamantes –respondió Eli rechazándolo.

-¡Esto es lo que me gusta de usted, Feldman, su inteligencia! Sí señor. Sólo puede hacerse tratos con los inteligentes. El gran problema de este mundo son los torpes y los tontos. ¿Y qué hay más peligroso que un tonto con poder?

-Ahórrese sus alucinadas teorías, y los fangosos cumplidos, y dígame de una vez qué quiere de mí.

-Digamos que a cambio de muy poco podría salir de este agujero para siempre.

Maak encendió un cigarro.

-Verá usted, señor Feldman, hemos llegado a la conclusión que Radlov se volvió loco. Todas las descripciones de lugares que aparecen en sus libros son simbólicas. Lo más

confuso es que las diferentes ubicaciones que describe guardan cierto parecido con sitios de la geografía siberiana, aunque a la vez son distintos. Hemos encontrado unas cuevas en el Lena, más abajo de los rápidos de Pyanyi Bik, pero somos incapaces de comprender el material que hemos hallado. Según parece, Radlov creyó haberse convertido en el Gran Chamán de Altai, sea cual sea el significado de eso, y pensamos que algunos de los chamanes que le visitaron en su retiro del lago Uuvs Nur pueden tener las claves que nos lleven a la mina. En un pequeño poblado, cerca del lago, encontramos algunos diamantes en bruto similares al que tenía usted, que Radlov entregó en una ocasión para comprar un caballo. ¿Puede imaginarlo? Pagó un caballo con lo que podría haber comprado un palacio en Moscú. Ayúdenos a resolver este enigma, acompáñenos a hablar con los chamanes de Altai, y no sólo será libre, sino inmensamente rico.

-Mi libertad no es algo que pueda estar en sus manos, general, y nunca lo podrá estar. Puede encarcelarme o torturarme, puede matarme, pero no tiene acceso a ese lugar donde siempre soy libre. Su juego de diamantes no me interesa, además, no me necesitan. ¿Es que el sistema de inteligencia del zar no puede descifrar las claves contenidas en un libro?

-El libro desapareció, ardió. No me pregunte cómo, no lo sabemos. El día que entraron en la cueva del Lena se incendió extrañamente, o eso me dijeron. Para mí, fue alguna negligencia cerca de la hoguera de un miembro de la expedición, aunque ahora todos lo nieguen. De todas formas, era un libro extraño, que nunca entendimos bien, y que, en última instancia, no podría llevarnos a los diamantes. Pero los pasos que dio Radlov sí, y eso es lo que estamos reconstruyendo.

Eli pareció tomar interés en el asunto.

-¿Me está usted diciendo que el libro ardió sin que nadie le prendiera fuego?
-Sabía que despertaría su atención. Su curiosidad intelectual tiene que estar quemándole por dentro, conocía el libro y sabe lo raro que era. No finja indiferencia conmigo, usted vive para resolver estas cosas. ¿No vino a Siberia para probar la conexión del dios Apolo con Altai, y aprender algo sobre los hiperbóreos?

Maak creía por fin haber alcanzado a Eli. En muchos casos es afán de dinero, de poder, en otros de conocimiento, de superación personal: siempre alguna forma de avaricia. Permanecieron unos segundos en silencio.
-¿No se da cuenta que ya no habla al mismo hombre que arrestó en Irkustk? Usted mató al otro. Cree que haría cualquier cosa por salir de aquí, y me incita con un enigma francamente tentador, que despierta en mí un cúmulo de inercias. Ya no me interesa saber qué encontró o no encontró Radlov, ni si Apolo era hiperbóreo o tungús, a quién le importa. Pero sepa algo: en la medida de mis pequeñas fuerzas, voy a resistirme. Me opongo a usted y a todo lo que representa: el triunfo de la barbarie y la fealdad, la mente torcida sobre los instintos más básicos, la torpe inteligencia de la animalidad, la inseguridad y angustia vital que sólo encuentra desahogo en el sometimiento de lo que no comprende, la incompetencia disfrazada por la efectividad de las armas, la mueca de un ego desfigurado por una brutalidad infernal, la pútrida descomposición del ser humano. No pienso ayudarle, asesino. Y máteme si quiere, me haría un favor.

Maak se acercó hasta el capitán Iakovlev y le dijo unas palabras al oído. El oficial se cuadró con un taconazo y salió. Eli se sentía bien, como si un sol hubiese amanecido en la habitación.

-Es una pena que me fuerce a usar la violencia. Pensé que podríamos habernos entendido. No es que me preocupe ser violento: el orden necesita la violencia. Sin embargo, me equivoqué pensando que nuestra búsqueda le interesaría, claro que también vine preparado para su negativa -sonrió. -Todavía no lo ha comprendido, ¿verdad Feldman? Le estoy ofreciendo un trato que no puede rechazar: necesito los diamantes. Verá, hemos descubierto que tiene una familia muy interesante. ¿Sabe que su prima Tatiana y su marido editan autores revolucionarios? Esos hábitos acabaron por traerles problemas. No se puede ser enemigo del zar... a no ser que uno tenga los medios para derrotarlo efectivamente. ¿Ha tenido noticias de su prima Rachel últimamente?

Un escalofrío le recorrió la columna. Llamaron a la puerta.

-Será mejor que ella misma se lo explique. ¡Pasen! –ordenó Maak.

Una mujer entró acompañada por dos cosacos. Le dio un vuelco el corazón.

-¡Dios mío, Rachel! ¿Qué le han hecho? ¡Hijos del veneno! ¿Cómo se atreven? ¡Monstruos, ella es inocente!

Se levantó de un salto y fue al encuentro de su prima para abrazarla y protegerla. Rachel lloraba, y sus lágrimas saltaron hasta Eli, para bañar un sentimiento de ira más fuerte que la impotencia que ahogaba su corazón.

-La carta que usted le escribió es toda la prueba que necesitamos para condenarla. Se lo diré de otra manera: o nos ayuda, o ella se queda en Kara hasta la muerte.

Eli enmudeció. Maak le observaba felinamente mientras paseaba por la sala con la seguridad del depredador.

-¿Puedo hablar con ella a solas? –imploró Eli intentando serenarse, dispuesto a cualquier cosa por ayudar a Rachel.

-No está en condiciones de pedir nada, Feldman.

-¡Les ayudaré, sí, les ayudaré a encontrar su maldita mina, pero déjenme unos minutos con ella!
-Esa es la voz sensata que quería escuchar –sonrió Maak. -Si usted coopera me encontrará más que dispuesto a ayudarle. Caballeros, salgamos.

Maak hizo un gesto a todos los presentes, y abandonaron la oficina del capitán Iakovlev con la etiqueta de una pequeña parada militar.

Rachel y Eli se miraron en silencio. Un solo dolor les unía, pero a la vez experimentaban una inmensa alegría, como quien ha pasado mucho tiempo fuera de su casa en tierra extraña, y reconoce en medio de la soledad a un ser querido que abre de par en par las puertas de la memoria, estableciendo el hogar en pleno corazón de lo extranjero.
-Lo siento, lo siento -decía Eli llorando.
-Detuvieron a Leonard y Tatiana. Leonard murió en un interrogatorio –sollozó Rachel agotada. -Intentamos sacar a Tatiana de la cárcel. Joseph utilizó todos sus contactos e influencias, intentó sobornar a varios funcionarios, pero nadie nos ayudó. Alex finalmente consiguió una visita en la prisión de Petersburgo. Fuimos mamá, Nathan y yo, Joseph se puso enfermo. Fue horrible, la habían torturado y estaba irreconocible, no volvimos a verla, y no sabemos nada de ella. Un carcelero nos dijo que había muerto, aunque nos dejó con la ansiedad de la incertidumbre. Un mes más tarde vinieron a por mí. Me acusaron de conspirar contigo contra el zar, basados en una supuesta carta tuya que nunca recibí. No sé que pretenden.
-¿Recuerdas el diamante que me envió Radlov a Viena y que tú creíste ver en su cuello? Bueno, pues parece que encontró una mina entera, y quieren que yo les ayude a buscarla. Te han traído hasta aquí para convencerme que lo haga; y lo han conseguido.
-No podemos ayudarles -dijo Rachel cambiando la expresión de su rostro y dejando de llorar-, no podemos

dejarles que se salgan con la suya, y que la violencia y la brutalidad triunfen sin ningún obstáculo.

Eli quedó sorprendido de oír hablar así a Rachel.

-Te matarán entonces. Maak es muy capaz de hacerlo, y no puedo consentirlo. Que consigan sus diamantes, y que vivan sus vidas miserables al margen nuestro.

-Aunque les ayudes no nos dejarán en paz. ¿No te das cuenta? Nos utilizarán, y luego se desharán de nosotros como si no fuésemos nada. No podemos hacerlo, se lo debemos a Leonard y Tatiana, se lo debemos a todos los que encarcelan y torturan. Están cometiendo un crimen y no podemos colaborar. Nunca me interesó la política, pero ahora que una máquina despiadada ha pasado por mi vida destruyendo lo poco que me quedaba, no voy a consentirlo.

En el ánimo de Rachel se mezclaban distintos dolores, y había tomado la firme determinación de acabar su vida haciendo frente a todos los miedos.

-No, Eli, no, por mí no lo hagas, no les ayudes. A no ser que quieras aprovechar la ocasión para huir para siempre de este infierno.

-La idea no me desagrada... pero ya habrá otros caminos, o ninguno...Está bien, que ellos hagan lo que tengan que hacer, no les ayudaremos.

Quedaron en silencio. Una fuerza desconocida parecía rodearlos. La paz que sentían no impidió que las lágrimas les inundaran los ojos, y en su abrazo no se dieron cuenta que Maak había vuelto al despacho.

-Siento interrumpir esta tierna escenita familiar, pero tenemos un horario que cumplir. ¿Están entonces aclaradas ya todas las cosas? –quiso saber el general.

No hubo respuesta.

-¿Recuerdas el poema griego sobre la invasión de los persas que me enviaste en una de tus interminables cartas?

-¿El de Filolao de Alejandría?

-No recuerdo esos detalles –sonrió Rachel al ver los automatismos académicos de Eli. -Me vino a la mente después de visitar a Tatiana en la cárcel. Estos últimos meses me ha hecho mucha compañía: es el himno que ha adoptado mi alma.

Tosió. Cogió el aliento y comenzó a recitar con un hilo de voz que poco a poco se reafirmaba en su energía:

Dulce es la luz que baña la tierra
En la hora del alba anterior a la espada
Cuando el anciano Oriente levanta
El mar persa de yugo y servidumbre...

Eli siguió con Rachel:

Mientras un hombre libre en la mirada
Firme en su abrazo a los inmortales
Opone su pecho despreocupado
Ofreciéndose alegre al furor de las lanzas.

Maak interrumpió el recitado con un puñetazo en la mesa.

-¿Estamos de acuerdo entonces?

Y continuaron con voz más fuerte:

Ciudadano del mundo por una semana escasa
No rindas tu mente a la voluntad del tirano
Muere mil veces, ¡vive!
Recordando quién eres y cuál es tu casa.

-Me temo que van a tener que buscar ustedes solos su fabulosa mina de diamantes –anunció Eli.

Maak se enfureció, y, con su fusta, les golpeó en la cara. Pero, por primera vez, el dolor fue dulce: el torturador no tenía fuerza ni influencia.

-¡Llévensela al agujero! –ordenó a los cosacos. -¡Y a Feldman cinco golpes de plet!

Rachel fue conducida al patio, e introducida en un hoyo de metro veinte de diámetro por un metro de profundidad que se cerraba con una verja de hierro. Los más afortunados morían rápidamente en la helada en apenas dos días. Los más desgraciados eran sacados a tiempo, para poder repetir la experiencia una vez el cuerpo se hubiera mal recuperado tras una noche en un húmedo calabozo individual. Eli fue atado a una estaca alta donde, desnudo de cintura para arriba, a quince grados bajo cero, fue golpeado brutalmente con el plet, uno de esos instrumentos ideados por la imaginación diabólica para romper voluntades y abrir infiernos en plena tierra. Desde su empuñadura volaban tres cordones de cuero, cada uno ancho como el dedo de un hombre de campo, y cargado con la rabia de un cosaco de vida miserable que intenta sacarse del cuerpo toda su amargura. Un flagelador experto podía matar a un hombre con seis golpes precisamente dirigidos, pero Maak no quería a Eli muerto. Le dejó allí tirado quince minutos, cuando perdió el conocimiento tras la cuarta embestida de plet, para después devolverlo a su pequeña cabaña mal herido. Olga le recibió y le acostó. Comprobó que tenía una costilla rota, aunque no parecía que hubiese atravesado el pulmón.

Dos días más tarde, abrió los ojos y preguntó por Rachel. Olga le comunicó que había muerto esa misma mañana en el agujero, y que Maak había marchado el día anterior a Vladivostok, según parecía por exigencias de la guerra. Su corazón fue presa de un desconsuelo como nunca había conocido. Todos sus dolores se intensificaron súbitamente, como si una inaudible voz hubiera dado la señal para que se avivasen a la vez los diferentes fuegos

en los que ardía su cuerpo. Deseó poder no sentir ya nada, quería morir, y que el silencio disolviese ya su vida para siempre.
-Tienes una visita –anunció Olga haciéndose a un lado.
-No quiero ver a nadie.
-A mí sí –dijo un hombre de edad indefinida y aspecto afable.

El extraño se sentó en su cama, si bien Eli no tenía fuerzas para echarlo. Se enjugó las lágrimas para poder verle mejor. Sintió que le conocía, pero no sabía dónde o cuándo le había visto. Entonces oyó que le hablaba en su cabeza, sin mover los labios.
-Tranquilo, todo está bien. He venido para sacarte del infierno.

25

-Esta cabaña que nos rodea está situada en el centro del mundo. Tu cuerpo es el polo que une el cielo y la tierra, el pilar sobre el que se asientan todos los universos que habitan los dioses, la base permanente de la vida y la muerte. Sube conmigo a las bien formadas montañas de Altai, llegamos hasta ellas volando en un ganso salvaje, y nos paramos en un risco bien alto. Mira abajo, hacia el este, se extiende el desierto chino de arena roja, y hacia el oeste hay una estepa amarilla de infranqueable anchura. ¡Crucémosla por el poder de las canciones! ¿Ves al sur una estepa pálida que se deshace en la vista como azúcar en el agua caliente? No podría atravesarla el cuervo de tu entendimiento. ¡Crucémosla por el poder de las canciones! Sube ahora conmigo a Gemir Atiza, la Montaña de Hierro cuyos picos tocan el cielo. ¿Crees que es difícil tocar los pies de los dioses? Pues golpea más fuerte tu tambor, chamán. Tu respiración se dificulta y tensas el cuello. Inhala profundo abrazando el aire como un oso. ¡Curva tu espalda! ¡Saca tu pecho y danza! Pero no tiembles en este lugar cuando el camino se angoste. El suelo ha sido sembrado con huesos de otros chamanes, ¿y cuál es la cosecha? El ritmo de tu tambor. Golpea, grita y golpea, que las fuerzas fallan al llegar a la cumbre, y crecen los esqueletos de hombres y poderosos caballos bajo los pies. En lo más alto, se abre una sima sin nombre. Algunos dicen que son las fauces de la tierra hambrienta: quien allí se aventura nunca retorna. Que no vacile tu pulso al galopar por la llanura que dentro del agujero se abre, ahora ante nosotros, como un mar agitado de alta hierba. Aquí, chocan erráticamente las vidas de cuantos fueron zarandeados por sus deseos. Unos contra otros, repitiendo eternamente una única acción. Hemos de deshacernos de todo equipaje para atravesar el puente en que termina la llanura. Sólo

haciéndote fino como un cabello lo lograrás. ¡Abandónalo todo, por el poder de las canciones! ¡Toca con fuerza, golpea, golpea y danza con tu tambor, chamán! Bajo el puente, innumerables esqueletos de chamanes que no lo consiguieron, sometidos por el sueño de la vida terrenal. La avaricia es sed inmitigable en alta mar. ¡No te detengas! Ya oigo los mastines de Ais, con los que caza en primavera en los frescos prados. Son los canes que custodian el oro de su señor, es Kara. ¡Mira, aquel trae en sus fauces la cabeza de un hombre! No te asustes, aunque esta sea la entrada a la mansión de Erlik Khan. Llevo en mi zurrón cerveza y carne hervida para sobornar al portero. No mires su rostro de fiera crueldad. Inspira y retén el aire, entra conmigo en la casa del rey de los muertos. ¡Mergu, mergu, Maak! Aquí no entra ningún ser alado a poner su garra, ninguna criatura puede viva reptar. ¡Oh rey, sé propicio con nosotros y no te enfades! ¡Bebe este vino sacrificial, y deslíganos de tus cadenas, para seguir el viaje que se extiende más allá de tus fronteras, lejos de los tormentos de Kara, sé propicio Erlik Khan!

El tambor dejó de sonar. El silencio tomó cuerpo y cubrió a los dos hombres con una tupida manta. La chimenea crepitaba. Eli, perdido en éxtasis, estaba tumbado boca arriba. Ayas, con el tambor a su lado, estaba en pie con las piernas separadas y los ojos cerrados. Se abrió entonces la puerta, y un golpe de ventisca sacudió la estancia.

-¡Ah, seguís aquí! –protestó Olga.

No hubo una respuesta. Ninguno de los hombres hubiera podido responder. Para Eli, la voz de Olga era un arrullo irreconocible en un paisaje desconocido, quizá un arroyo. ¿Y qué puede uno decirle al agua que corre por un bosque? Ni tan siquiera estaba seguro que de un bosque se tratase. Ayas fue el primero en volver. El chamán de Tuva había viajado ya con mucha frecuencia por los recónditos

parajes de la mente, y estaba acostumbrado a volver a la representación de la vida cotidiana sin traumas.
-Buenas noches –dijo el chamán en un ruso con fuerte acento.

A Olga no le gustaba Ayas, y no era la única en Kara. Había aparecido de improviso, según parecía, acusado de practicar brujería por un sacerdote de Irkustk, pero nadie entendía qué hacía en un lugar para presos políticos, aunque lo achacaban al error de un magistrado. Sus papeles, sin embargo, estaban en regla, y el capitán Iakovlev había aprendido a no contradecir órdenes por escrito. Ayas estaba en Kara, y en el fondo a nadie le importaba el porqué, peor para él, después de todo, no era más que otro de esos salvajes siberianos a los que lleva el diablo. Y como al mismo diablo acabaron por temerle los cosacos, pues su mirada les encogía el ánimo, y un torpor indescriptible se apoderaba después de sus mentes, como si hubiesen abusado del vodka estando de servicio, lo que tampoco era tan inusual. Por eso, le dejaban deambular por el penal casi a voluntad, convencidos que si le contrariaban demasiado les castigaría con un hechizo terrible. Apenas interactuaba con los guardias, ni con ningún preso distinto de Eli, a quien veía a diario, pero los cosacos afirmaban que le oían hablar en su cabeza y les amedrentaba. Uno de los guardias, un matón especialmente cruel, intentó detenerle una vez que dijo que se marchaba al bosque a curar unos alerces. Para impedírselo, el cosaco le dio un culatazo con el fusil en la cara, y luego arrastró al chamán hasta el barracón que le correspondía. Esa misma noche, el guardia murió de un ataque al corazón, y ningún cosaco se le opuso a partir de entonces. El capitán Iakovlev, de forma inexplicable, firmó una orden para que se le entregase una cabaña. Iakovlev mismo no sabía cómo había llegado a firmar el papel, si bien, para no parecer un imbécil delante de sus hombres, alegó que de esa forma le tendrían aislado

y no afectaría a los demás presos con sus extravagancias. Eli pasaba la mayor parte de su tiempo libre en la cabaña de Ayas, realizando con él distintas ceremonias chamánicas, volando por los cielos o bajando a inframundos, mucho más implicado en las prácticas de lo que nunca podría haber imaginado. Aquel día, sin embargo, estaban en la cabaña de Eli, para disgusto de Olga.

Ella vio a Eli al entrar, tumbado en el suelo, y pensó espontáneamente en un sol saliendo detrás de un mar de hielo. Como no estaba acostumbrada a albergar imágenes distintas a las de la llamada realidad social, se sintió incómoda. Sabía que aquellas experiencias tan perturbadoras se debían a la presencia de Ayas, y le ponía más furiosa no saber cuál era su truco, el mecanismo, la explicación racional que daba cuenta del asunto. Lev había intentado tranquilizarla, asegurándole que era alguna forma de hipnotismo, pero ella no se sentía hipnotizada: veía lo que veía estando plenamente consciente de lo que ocurría ante sus ojos, y sabiendo que las imágenes que se formaban no podían ser reales. Pensó en el día en que la revolución acabaría con esos mundos de ignorancia de una vez por todas. La revolución definiría en términos de trabajo las relaciones entre las personas, y de las personas con los objetos, incluidas las visiones y los sueños. Los camaradas médicos explicarían cuál es la disfunción neuronal que origina los desvaríos, y el truco quedaría a la vista: alguna molécula que va donde no debe, o algo por el estilo. El camarada Ayas tendría que dejar sus juegos mágicos infantiles, o asumir su responsabilidad de contrarrevolucionario e ir a la cárcel. Claro que... en la cárcel era donde ya estaba en ese momento. ¿Encarcelarían ellos entonces a la misma gente que el zar? Bueno, lo que ocurriría, se dijo a sí misma, es que la revolución haría a todos iguales en pensamientos y acciones: un solo ser humano, un solo objetivo... un único mar helado en el que

Olga avanzaba en un trineo tirado por seis perros. En el horizonte, los colores cambiaban. Detrás de ella, una ciudad del tamaño de una seta era escenario de una manifestación de minúsculos hombrecitos. Venía el viento y la seta era sepultada por la nieve. La burbuja naranja del sol explotó cuando quiso cogerla, y una llamarada del fuego de la leña la devolvió a la cabaña. Ayas se había ido sin que le oyera. Así hacía siempre, para su mayor confusión: aparecía y desaparecía de repente, como si sus pasos no hicieran ningún ruido, como si su cuerpo fuera invisible.

-Eli, despierta, despierta.

Como no había respuesta comenzó a moverle, hasta que finalmente volvió en sí. Miró a Olga sorprendido, como si no la reconociese. Después, recordó su condición, y lamentó volver a ser Eleazar Feldman, preso de Kara. Ya por poco, pensó, si Ayas tiene razón.

-Mírate, pareces un poseído, un demente. El tuviano te está haciendo perder el poco juicio que tenías, y acabarás loco. ¿Habéis gritado hoy a gusto imitando vuestros animales favoritos? –ironizó. -Lev me ha dicho que si persistes en tu actitud de no traducir más para nosotros tendrás que volver al barracón. Teníamos un trato y tú no estás cumpliendo tu parte.

-Haced lo que tengáis que hacer, a mí ya no me importa –dijo incorporándose al fin del suelo. -Me voy a marchar, muy pronto, antes que Maak vuelva a buscarme.

Olga soltó una carcajada.

-¿Qué te decía?, has perdido el juicio. Crees que con tu físico podrías escapar de aquí. Otros mucho más fuertes que tú lo intentaron, y perecieron en los bosques.

Eli sabía que todos los veranos docenas de convictos del régimen de semilibertad escapaban hacia la región de Baikal, pero invariablemente volvían al invierno siguiente, muchas veces con nombres nuevos, para escapar al castigo.

El cuco daba la señal de huida con su anuncio del verano en los bosques. Marchaban entonces los condenados a recibir las órdenes del general Cuco, como decían jovialmente, viaje que se convertía más en unas vacaciones al aire libre que en un intento de fuga permanente. Salir de Siberia no era tan fácil. No obstante, las vacaciones eran famélicas y estresadas. El despertar siberiano a la vida llenaba los bosques de peligros salvajes y ferocísimos mosquitos, que podían fácilmente acabar con la vida de un hombre que durmiese en el lugar equivocado. La caza y la pesca sin el material adecuado resultaban también ser actividades complejas que requerían una experiencia mínima previa. El plan de fuga de Ayas, por el contrario, ideaba la huida en pleno invierno, lo que evitaría no sólo los mosquitos y otros peligros animales, sino también que los siguieran las patrullas, dándoles tiempo para salir de Siberia. Eli no estaba muy seguro que se pudiera salir de Siberia: era como un pozo sin fondo, y una vez dentro ya no hay nada que hacer. El tuviano, por su parte, insistía en que el problema no estaba en Siberia, sino en su mente, y que era esta la que había quedado presa de Erlik Khan. La clave para escapar de Kara era el control sobre el frío, o lo que era lo mismo, de la mente, cosa que sólo podía obtenerse como don del submundo del mismísimo Erlik Khan. Al principio, sintió que el frío era un puñal invisible que se cebaba en sus pulmones, y un fuego extático que quemaba la vida haciéndola roca blanca. El frío le parecía el abrazo de la mujer sideral que quiere absorber las penas en la eterna quietud. ¡Qué fácil era abandonarse al agotamiento ralentizador de la helada!, al éxtasis final del universo, que busca descansar después de eones de fogosa actividad. Ayas le decía que esa visión de actividad-inactividad era la prisión mental en la que vivía, que tomaba la forma externa del bosque helado que le servía de cárcel. La respiración, le contaba el tuviano, es la clave, la

comprensión del fuego interno, la combustión de un sol en el pecho que vive fuera de las estaciones. No hay invierno, no hay bosque, no hay Kara. Sólo la mansión de Erlik Khan.

Sin embargo, Eli no podía hablarle a Olga así. La miró con afecto, y ella se sintió desconcertada.

-No importa, Olga, tú continúa tu sueño y déjame que yo acabe el mío.

Un día que Eli almorzaba en la mina su diario té con pan negro, junto a una hoguera, Ayas apareció con un gran zurrón.

-Ha llegado el momento.

Sintió como si la nube repentina de la duda oscureciera el sol de su larga determinación. Había planeado durante meses huir con el tuviano, quien le había dicho que sólo podrían hacerlo cuando Erlik Khan diese su consentimiento. Según parecía, el chamán había conseguido finalmente emborrachar al rey de los muertos de forma definitiva, y le había convencido para que mirase hacia otro lado mientras marchaban del infierno helado de su palacio de Kara. Sus dudas no surgieron por la falta de confianza en salir de allí. Eli había viajado durante meses en mundos sutiles con el chamán, y no albergaba ninguna incertidumbre acerca de sus capacidades para manejar esas cosas, para conseguir escapar mágicamente de los bosques. El problema que se le planteaba era el de su propia vida, después de todo lo que había experimentado y sufrido, se sentía bloqueado. Podría volver a Europa desde algún puerto chino, pero una vez allí, ¿qué? ¿Volver a enseñar, como si nada hubiera pasado? ¿Escribir libros sobre sus experiencias chamánicas, sobre la angustia de los infiernos de la mente?

Ayas se levantó y Eli le siguió. Nadie pareció prestarles atención, pues sólo existe lo que la mente puede concebir, y ni los cosacos ni los convictos consideraban que escapar en

pleno invierno fuese una posibilidad. Un guardia les miró sin darle importancia a su paseo, creyendo que el brujo y su aprendiz, como les habían rebautizado en el penal, se alejaban al bosque para la realización de algún ritual raro. No intervenían por la cuenta que les traía, además, les daba igual si aquella pareja de chiflados se helaba en una de sus correrías.

Los alerces les recibieron con indiferencia, ocupados con el frío que los hacía explotar en un seco bang: un disparo que el enemigo invierno les lanzaba cuando se distraían, cuando las temperaturas bajaban más allá de los treinta, haciéndoles perder la armonía con las raíces heladas. Apenas media hora después de caminar en silencio, la influencia de Kara se dejó de notar, y Eli comenzó a sentirse mejor. El frío parecía haber desaparecido, y creía que el néctar caliente de la libertad podría derretir el bosque entero y convertirlo en una jungla tropical. No sabía en qué dirección avanzaban. El sol, escondido tras las nubes, no brillaba aquí más que allá, y la nieve se encargaba de dispersar la luz por todas partes. Los árboles cerraban sobre sí el espacio como un ancho templo de infinitas columnas. Caminaron a buen paso, Eli pisando las huellas de Ayas, sin pronunciar palabra, sumido en un continuo diálogo interno de reflexiones inconexas y azarosas emociones, que afloraban con fuerza extraordinaria tras mucho tiempo de letargo autoprotector. En la soledad profunda de los bosques, se representó todos los trabajos, preocupaciones y objetivos posibles, un espontáneo regalo que le hacía su mente imparable avivada por el aire libre.

La primera noche se refugiaron al abrigo de un par de árboles caídos, contra los que se había acumulado la nieve formando una pared. Ayas hizo un fuego y comieron restos de pan negro. La temperatura bajó dolorosamente, a Eli le costaba inhalar aire. El chamán le cogió por las manos y

armonizó con él la respiración, alcanzando un trance que los llevó a salvo hasta el alba. No hubo sueños, no hubo recuerdos, ni control de ninguna clase. Eli se descubrió a sí mismo volviendo a la vida desde una región intermedia al sueño y la vigilia, cuando el día clareaba. El chamán había desaparecido y se inquietó. No había pasos en la nieve. Oyó el batir de unas alas tras los árboles, y cuando se volvió vio que Ayas avanzaba hacia él con despreocupada sonrisa. Le puso la mano en el pecho y cerró los ojos unos segundos. Luego, asintió con la cabeza y le hizo saber que seguirían el camino.

-¿Hacia dónde vamos?

-¿Hacia dónde crees que podríamos ir? –le preguntó una voz en su interior.

Ayas apuntó con un dedo al pecho de Eli, a la altura del corazón. Inmediatamente, se giró e inició la marcha sin esperarle. Poco después del mediodía vieron una manada de ponis en un claro. La nieve era menos espesa, y los animales habían conseguido acceder hasta el pasto semisepultado que les permitía la vida. Ayas hizo señas para que esperase sin hacer ruido, y se acercó muy despacio a los caballos entonando una canción. Cuando le vieron, los animales se sintieron acorralados, y el semental entonces le encaró desafiante, pero el chamán continuó cantando y aproximándose despacio. El caballo comenzó a cabecear, y se acercó dócilmente hasta Ayas, quien le ofreció un manojo de hierba. Una vez que el poni olió tiernamente al tuviano, este le susurró algo al oído y el animal se tumbó. Ayas hizo un gesto a Eli para que se acercase despacio. El chamán se acercó cantando hasta una yegua que se había aproximado con curiosidad, y la atrapó también con el canto, haciéndola tumbar sobre el lecho frío de la hierba medio cubierta por la nieve. Eli llegó hasta donde Ayas la acariciaba en el suelo.

-Esta yegua es tu camino –creyó entender. -Mírala bien.

El poni se puso en pie, quedando frente a frente con el animal. Algo en la mirada del caballo le resultaba incomprensiblemente familiar. A pesar de no haber sentido nunca ningún tipo de inclinación hípica, una fuerza irresistible le incitaba a montarla. El pequeño tamaño del poni lo facilitaba. Ayas montó al semental, y esa fue la señal que Eli siguió. Cogió un puñado de crines y se subió al lomo. La yegua permanecía sorpresivamente dócil. Un vivo trote les sacó enseguida del claro, y se vieron dirigiendo una manada de caballos salvajes por un espeso mar de árboles.

Pasaron la noche calientes, entre los animales, aunque el cuerpo le dolía por montar tantas horas. Los hombres fueron aceptados por los caballos como sus líderes, y al alba partieron hacia el suroeste, huyendo del bosque en búsqueda de tierras más agraciadas por el sol. Ayas fabricó hábilmente un arco con crines de caballo y la rama curva de un pino seco. A partir de entonces no les faltó carne en su fuego. Una semana después de encontrar los caballos, Eli sentía como si hubiese pasado toda su vida a lomos de un animal. Finalmente, salieron a una pradera desnuda que conducía hacia más densas montañas.

-Altai –dijo en voz alta el chamán lanzándose al galope.

La manada siguió inmediatamente a su líder, queriendo celebrar el espacio abierto sin nieve. El poni de Eli parecía no tocar el suelo con los cascos, y el jinete, sintiendo el impulso de vitalidad de la montura, soltó las crines, apretó las rodillas, y extendió los brazos como si quisiera volar. Unos minutos más tarde, la manada tomó un brusco giro, forzada por unas rocas que entorpecían el invisible camino que habían tomado en la planicie. Sin ninguna sujeción, el inexperto cuerpo de Eli salió lanzado por un lateral, para dar fuertemente contra una piedra en la sien derecha, perdiendo el conocimiento.

26

Desde un pozo sin fondo sintió ser levantado por un soplo de aire o conciencia. Blanca al principio, luego dorada, se hizo la luz, y sus ojos trazaron la humilde pero reconfortante forma de unas hojas de hierba. Desde la perspectiva que le ofrecía su rostro, apoyado sobre el suelo, sabía que el color era verde, sabía que la fría mañana prometía con su azul canción un torrente de luz y horizontes lejanías. No sabía, sin embargo, dónde estaba, ni cómo había llegado hasta allí, lo que le desconcertó y produjo cierta inquietud, pero no sintió la zarpa del miedo hasta que intentó recogerse sobre su memoria, y descubrió que la piedra de toque faltaba en el edificio de su mente. Como un castillo erigido sobre movedizas arenas, su personalidad había venido al suelo, pues era incapaz de decirse a sí mismo quién era. Si intentaba volver hacia atrás, su vida empezaba unos minutos antes, tumbado en la pradera, aunque a la vez se daba cuenta que era absurdo. Sabía que había olvidado, si bien, no sabía qué. Una vaga sensación de haber llegado hasta aquel estado desde un lugar oscuro como un pozo era todo el fundamento que encontraba. Algo decía “yo”, y parecía comandar en parte el cuerpo, pero era incapaz de detener el dolor de cabeza. Ese “yo” no le era desconocido, incluso, tenía la sensación de haber sido siempre “yo”, sin ningún atributo, simplemente “yo”. Ahora, “yo” era un dolor de cabeza, sin más. Intuía un pasado, incluso sentía la certeza que “yo” había sido antes, en algún otro lugar. Gente, pensó, no hay gente aquí, pero allá había gente. ¿Allá, dónde? ¿En el mismo lugar donde había quedado su memoria? ¿Qué clase de gente? ¿Puede haber clases de gente? El dolor se hizo más inmediato que las divagaciones, y exigía una atención directa. Tenía una herida en el brazo, si bien no recordaba

haber tenido otras, aunque sabía que la úlcera que mostraba los coágulos y abría parte de su antebrazo al mundo, era una herida. Agua, dijo su memoria, o quizá fue un impulso irrefrenable de su cuerpo, que sabía cosas por su cuenta sobre las que no parecía tener control alguno. Se dio cuenta que no había olvidado el agua, y comprendió entonces que esta tenía que ser algo más fundamental que su propia personalidad, lo que le hizo sentirse confundido y aliviado a la vez. En la distancia, vio una arroyada que avanzaba desde un risco hundiéndose en la pradera. Con cierta dificultad, caminó hasta el agua gélida, lavándose a fondo, como si esperase que esto le devolviese su pasado, o las agujas del frío pudiesen perforar la capa de olvido que cubría su mente, y así consiguieran hacerse camino los ecos de lo que había sido su vida.

Se puso a caminar sin rumbo fijo, más para mitigar el frío que con propósito de ir a ninguna parte. Una hora después, se descubrió a sí mismo siguiendo el cauce del torrente en la profundidad de la pradera. Tras dormitar un buen rato, con la esperanza de que el sueño le trajese alguna clave, despertó en plena tarde, y decidió seguir al sol a falta de un criterio mejor para su perdida vida. Sin embargo, el sol le abandonó en brazos de la luna, a la que reconoció como a una vieja amante que se encuentra en un lugar inesperado. Es la luna madre de los innumerables caminos que teje en silencio la noche de la estepa. Discurren como hilos secretos de un laberinto invisible, levantado sobre la hierba y el pedregal, como vías del ancho templo de la bóveda celeste, cuya cúpula, incrustada en gemas ardientes de distantes soles, ampara a los pueblos que navegan tierra adentro por el mar de su alma. Sin saber cómo, comenzó a dar nombre a las estrellas y a sus grupos, y le confortó recibir de los astros tan etérico trozo de su personalidad. Recordó entonces que había un norte y un sur, y su mente trazó una ruta para seguir en la noche. Uno

de estos senderos, bifurcado hasta el infinito por la helada, le había llevado hasta unas suaves lomas. De improviso, desde la más alta de ellas, vio que en la distancia un gran fuego iluminaba la noche. Comenzó a caminar atónito en esa dirección, y enseguida comprendió que era una ancha ciudad, iluminada por antorchas, y que cubría gran parte de su horizonte. La alegría le dio fuerzas para soportar el frío, el dolor y el agotamiento, y caminó más de dos horas a buen paso. Vio entonces que la ciudad estaba formada por una miríada de yurtas, iluminadas en su interior por vivas hogueras y en sus alrededores por hileras de antorchas.

Dejando Orión a su espalda, ascendiendo por el horizonte, entró por un camino de tiendas bien iluminadas que parecía seguir indefinidamente en larguísima calle. Todas las entradas a las yurtas estaban cubiertas por coloridas alfombras. Encontró un hombre fumando una pipa, envuelto en un abrigo de pieles, e intentó hablar con él, pero no se entendieron. Le pareció que el extraño le incitaba a seguir su camino, lo que hizo enseguida al ver que nada podría obtener de él. Un poco más adelante salió una mujer a recibirle.

-Estarás cansado, entra en esta tienda y come algo.

Las dimensiones, forma y materiales de la estancia en la que entró no se correspondían con la yurta que había visto por fuera. Allí dentro, se encontraba en un palacio de piedra, amplio y bien trazado, que parecía tener varios pisos hacia arriba y uno más hacia abajo.

-¿Cómo es posible... ?

-Todo a su debido tiempo –fue la respuesta que recibió.

Una mesa bien dispuesta le esperaba. Se sorprendió al ver que no tenía hambre, y que no la había sentido desde que despertó en medio de la pradera. Le sirvieron vino en una copa y bebió como gesto de cortesía más que por necesidad. El sorbo de vino fue suficiente para cambiarle la

percepción. Ahora, incomprensiblemente, se había hecho de día en el palacio. Una mujer se acercó con ropas limpias.
-¿Dónde estoy? –preguntó.
-¿No preferirías saber quién eres?
-¿Cómo sabes que no sé quién soy?
-Porque todos los que llegan a esta ciudad han perdido su identidad. Entrar aquí es volver a nacer. Estás en el octavo clima, en el mundo de Hurqalya, en una ciudad que algunos llaman “la de las mil yurtas.”
-Nunca había oído hablar de ella.
-Muy pocos entre los vivos la conocen. Es una tierra intermedia, un intermundo en el que se aglutinan las formas imaginales.
-¿Intermedia a qué?
-Está entre los universos superiores de formas perfectas y el universo físico.
-Lo que dices no tiene sentido para mí, aunque entiendo lo que significa cada una de las palabras que empleas.
-¿Eso te inquieta?
-Si supiese algo más sobre mí, quizá me inquietaría, sin embargo, en mi estado actual no puedo concebir esto sino como un sueño, o una pesadilla. Creo que podría despertar en otro lugar aunque no puedo concebir imágenes que no sean las que he visto hoy.
-Puedes llamarlo sueño, pero es impreciso. En Hurqalya puedes dormir y soñar, como dentro de un rato podrás comprobar. ¿Puedes imaginar un sueño dentro de otro sueño, y este a su vez dentro de otro, en una cadena en la que no se distingue el original estado de vigilia? Entonces puedes comprender la naturaleza de Hurqalya. A nosotras ya no nos interesan esas cosas.
-¿Qué hago aquí?
-Tú viniste hasta aquí, dínoslo tú, Altan.
-¿Altan es mi nombre?

-Lo es ahora, si a ti te parece bien. Con un nombre te sentirás mejor. En cualquier caso, tú no eres tu nombre.

Altan repitió varias veces su nombre y cada vez que lo decía le resultaba más familiar.

-Es extraño, pero siento que soy Altan.

-¿Qué tiene eso de extraño?

-Hace un momento, no me sentía así, pero ahora es como si fuera el nombre que he llevado toda mi vida.

-Entonces sabes lo que es la vida –intervino otra mujer.

-Bueno... no lo sé, pero la palabra vino sola...me siento confundido.

-“Yo” y vida son la misma cosa. Vida es una representación externa de “yo.”

-No entiendo nada, es como si escuchase al viento aullar entre los árboles.

-Eso es la vida, la escena de alguien que escucha aullar al viento entre los árboles, o cualquier otra representación que construye “yo.” El mundo físico es el continuo del espacio y del tiempo en el que las representaciones siguen unas reglas determinadas de funcionamiento de la mente. En Hurqalya, encontrarás un continuo parecido de espacio y tiempo, unas representaciones similares, pero las reglas del funcionamiento de la mente son un tanto distintas. Aquí la inercia es menos fuerte, incluso puedes llegar a suprimirla. En el mundo físico, si se inicia un fuego, este llegará hasta el límite de sus posibilidades, sólo el agua lo detendrá, o la ausencia de aire. En Hurqalya, un fuego puede extinguirse si la mente ya no lo considera necesario.

-¿No hay límites entonces para la mente?

-En Hurqalya, no hay una mente ilimitada, no obstante sus límites son muy amplios, las restricciones son sutiles y tienen que ver con los mundos superiores.

-¿Por qué son superiores?

-No lo son. Es tan sólo una forma de hablar que se adapta a nuestra percepción de la realidad.

Altan quedó pensativo. Por primera vez se dio cuenta que no había ningún hombre con él. Las mujeres le sonreían.
-Antes de entrar en esta... yurta, palacio, o lo que sea, vi un hombre, pero ya no hay más varones, ¿dónde están?
-La ciudad de las mil yurtas reúne los mil mundos de Hurqalya, pero mil no es el número que va tras novecientos noventa y nueve. Nunca llegarías a alcanzar el mil de Hurqalya con la mente que tienes ahora. En este palacio, no hay varones porque tú no los has convocado.
-¿Os he convocado a vosotras?
-No estaríamos aquí si fuese de otra forma.
-¿Puedo haceros desaparecer ahora?
-Sólo si realmente consideras que ya no somos necesarias. Si te deshaces de nosotras puede que pierdas el sentido de tu nombre, y que te encuentres más confundido de lo que ya estás. Somos ahora tu pasado, y si quieres seguir siendo Altan nos necesitas.
-Entonces, ¿mi vida empieza aquí?
-Tu vida sigue aquí. Estás en un mundo vital, un mundo imaginal de emociones al que te han llevado tus deseos.
-No recuerdo haber deseado algo así, aunque tampoco recuerdo ninguna otra cosa. ¿Tiene un final?
-No necesariamente, aunque no lo sabemos. ¿Puede el gozo llegar a algún límite distinto del éxtasis? Ahora deberías descansar, ya tendrás tiempo de decidir qué vas a hacer con tu vida.

Las piernas de Altan recordaron su larga caminata, el penoso recorrido hasta llegar a la ciudad de las yurtas, y se sintió cansado. Le acompañaron a una cálida estancia en la que había un lecho cómodo de ricas sábanas y mantas confortables. Pensó que si dormía un poco su mente se aclararía, o que incluso podría recuperar su pasado para ayudarle a decidir. El lugar no sólo no le desagradaba, sino que sentía un fuerte impulso a quedarse, aunque la duda de

no estar haciendo lo más conveniente le consumía. Finalmente, quedó dormido. Soñó que galopaba por una estepa en un caballo pequeño, y que no conseguía llegar a ninguna parte.

Al despertar, su mente reprodujo la misma sala del día anterior, por lo que se dijo que el palacio era real, ya que estaba en su memoria. Las mismas mujeres aparecieron para atenderle, y después de un baño y un desayuno decidió que se quedaría. Salió a conocer los límites de su mundo, y comprobó que seguía y seguía mientras él quisiera seguir. El palacio estaba ubicado en una rica tierra rodeada de bosques templados. Para cuidarlo, había una comunidad de diez mil mujeres, que atendían el pequeño reino y el menor de sus deseos con el mismo esmero. Según le dijeron, todas esas mujeres eran almas devotas que servían a un principio superior o inferior, conforme a sus respectivos grados de evolución, que veían encarnado en él. Cada una de ellas era una fuerza que se materializaba con esa forma sólo para su mente, y cada alma vivía en una realidad propia sin que se pudiese decir cuál era la preeminente, si bien no estaba muy seguro de comprender el sentido total de esas explicaciones. La interacción final hacía del mundo de Altan un lugar orientado hacia el gozo y la belleza en múltiples dimensiones. Sus instintos más básicos encontraban continuamente una total satisfacción, y pasaba la mayor parte del tiempo ocupado con ellos. Al no haber problemas de territorio ni supervivencia, al disfrutar cada día con distintas compañeras, y establecer muy distintos vínculos emocionales con ellas, sintió como si en su interior se quemase hojarasca, y abandonase poco a poco sus capas superficiales. Comprendió que el sexo va unido a la comida, que activar uno activa el otro, y que pueden ser sustituidos entre sí. Durante largos períodos, se sació con ambas prácticas, y notó como si se sacara algo de las entrañas que no le permitía respirar en condiciones. Con la

rutina y la repetición, su mente acabó por salir de ambas, y fue entonces cuando ansió progenie, sin que el deseo alcanzase siquiera un plano consciente, alentado por varias de las mujeres que anhelaban fruto como forma de continuidad. Con los niños, entró en un nuevo mundo de amor hacia la vida: las cosas pequeñas y delicadas obtuvieron su atención. Se dedicó a cultivar y cuidar todo lo creciente, y descubrió con devoción, que lo naciente abría una nueva dimensión para su vida. Su corazón se sumergió en el nuevo mundo de sentimientos y emociones; con el tiempo, olvidó cómo había llegado hasta Hurqalya, o cualquier cosa que no estuviera en la corriente de la cotidianidad.

El amor que experimentó, ligado a las formas cambiantes, atado a sus objetos y personas, surgía en las emociones y en ellas moría, frágil, incapaz de perdurar. Sólo un pensamiento medio consciente levantaba vuelo a duras penas en cortos trayectos, momentos en los que intuía un horizonte más amplio que no estaba allí. La paz que antaño encontrara en la satisfacción de los deseos desaparecía ahora casi al instante siguiente de haber conseguido completar sus impulsos e instintos, y en su lugar un fuego transparente comenzó a quemar su alma. El anhelo que en otro momento le había llevado a buscar la belleza y a desarrollar un mundo bello parecía no encontrar ahora una forma de expresión satisfactoria, y acabó por convertirse en una forma de dolor dulce. La tristeza se apoderó entonces por completo de él, y encontró inspiración para mil canciones. Se regocijaba contemplando inviernos y el decaimiento de la vida. Su viejo cuerpo le ofrecía secreto consuelo con la idea de un final próximo que no acababa de ocurrir. Agotado y consumido por tan largo juego sin propósito, tediado por estériles repeticiones de los siempre iguales movimientos vitales, languideció en lenta hilera de vanas tentativas por

encontrar un sentido para su vida. El universo se volvió gran flor marchita por la helada, y, luego, un vacío se apoderó de su corazón quemado, quedando sumido en un opaco bloqueo. Un día que dolorosamente escuchaba por millonésima vez el idilio del ruiseñor y la rosa en el jardín, el mayor de sus hijos se le acercó preocupado.

-Padre, has querido cerrar el mundo en una copa dorada de cristal, y sólo has conseguido asfixiar tu alma. Debes dejar entrar el aire, que el movimiento universal haga lo que tenga que hacer, sin que interfiera tu voluntad. ¿Cuánta belleza y armonía puede crear una sola perspectiva individual? Deja que vengan los demás mundos de Hurqalya hasta aquí para soplar nueva vida en tu corazón.

-¿Qué podría hacer? –quiso saber Altan.

-Hace poco llegué del mundo de la Búsqueda, donde encontré a un ermitaño que vivía en el Valle de los Dragones. Fui hasta allá para ver si podía conseguir alguna ayuda para ti. No te dije nada porque no lo habrías aprobado. De hecho, fue este hombre, que se hacía llamar Ayas, el que me incitó a venir a verte para que disipe tu melancolía con un relato que él me contó.

-¿Ayas? Hace mucho tiempo conocí a alguien llamado Ayas, pero no puedo recordar su rostro ni el papel que jugó en mi vida.

El recuerdo de una vida en blanco le golpeó con firmeza. ¿Habría llegado en aquella otra ocasión al mismo vacío existencial que ahora sentía, o por el contrario había alcanzado la paz en su vida previa? ¿Sería la paz la muerte, la nada, el olvido final? Se alegró entonces de haber perdido la memoria, y deseó poder olvidar incluso más, y no saber nada de sus mujeres y sus hijos, de las tierras y las aguas... de la vida.

-Por lo que yo sé –siguió diciendo su hijo-, fue el ermitaño un hombre que desde muy joven quiso saber el fundamento de las cosas, y las razones por las que el mundo es mundo y

giran los astros en sus órbitas. Viajó por distintos universos buscando un maestro, hasta que creyó entender que sólo lo podría hallar en la soledad. Buscó entonces el más remoto de los desiertos y hacia allí se dirigió para cumplir su objetivo. Antes de alcanzar las soledades de su anhelo, llegó una noche a un paraje fértil, próximo al desierto, donde se levantaba una casa bien proporcionada, y no de pequeñas dimensiones. Se acercó para pedir algo de comida, y encontró que un hombre leía en un pequeño jardín bendecido por las flores y alumbrado por espléndidas antorchas. El desconocido lector se levantó en cuanto le vio, y le recibió como al hermano que no nos visita hace tiempo. El ermitaño fue agasajado e invitado a pasar la noche, a lo que accedió rápidamente, pues había algo en aquel hombre que le daba paz. Al día siguiente, Lul y su familia despidieron al ermitaño con un gran desayuno, y le dieron provisiones para el viaje.

-“Que Dios os siga bendiciendo con la prosperidad que lo hace” –dijo el ermitaño pensando que aquel deseo sería del agrado de Lul.

-“No te dejes engañar por las apariencias, esto también pasará.”

El ermitaño no entendió bien qué es lo que quería decir con tal despedida, pero se puso en marcha y muy pronto olvidó el encuentro. Pasó dos años en el desierto en continua meditación, si bien había un pequeño fuego interno que le impedía alcanzar el estado que buscaba. Decidió volver a la ciudad, para ver si aún había algo en el mundo que tenía que vivir. Tras varios meses estériles entre la gente, entendió que tenía que perseverar en su desierto. En el camino de vuelta, pasó por la tierra en la que vivían Lul y su familia, y cuál fue su sorpresa cuando en la casa salió a recibirle otro hombre, quien le dijo que ahora Lul trabajaba para él, y que podría encontrarle en la choza que había junto a los establos, donde posiblemente estaría ahora

dando de comer a los animales. Y allí le encontró, siendo recibido con gran alegría, como si no hubiese pasado el tiempo, y fue invitado a quedarse a cenar, a lo que el ermitaño accedió de buena gana. Aquella noche, Lul le contó cómo una mala cosecha le había hecho endeudarse, y al final había perdido toda la propiedad para devolver un préstamo, aunque estaban felices porque tenían trabajo y un techo, y su amor por Dios no había disminuido un ápice. Comieron alimentos sencillos, y después cantaron y rieron con la misma alegría de siempre. A la mañana siguiente, el ermitaño no aceptó las viandas que le habían preparado para el camino, alegando que ellos también las necesitarían, pero Lul y su familia insistieron para que no despreciara el pequeño obsequio.

-"Que Dios os bendiga y os libre de toda miseria" –se despidió el ermitaño.

-"No te dejes engañar por las apariencias" –rió Lul –, "esto también pasará."

Cinco años estuvo en la soledad del desierto viviendo grandes austeridades, hasta que un día, estaba tan lleno de sí mismo que decidió volver a la civilización para darse a los demás. En la ciudad, se hizo un maestro famoso durante varios años, seguido por cientos de discípulos que le consideraban la indiscutible encarnación divina, hasta que de nuevo sintió la llamada del desierto, y despidiéndose de todos, se marchó.

Cuando volvía a su penuria, se acordó de Lul y su familia, y decidió pasar a saludarles. Esta vez también fue tomado por la sorpresa, al ver que de nuevo vivían en la gran casa, y que ahora gozaban de un esplendor y riqueza como nunca habían conocido.

-"El último propietario murió sin familia, y al final se encariño con nosotros y nos dejó de nuevo toda la propiedad. Ha habido algunos años buenos en el campo;

también me salió con éxito un negocio en la ciudad" –le informó Lul con su habitual alegría.

Por la noche comieron y cantaron, y al alba aprovisionaron al ermitaño con comida, mantas y un asno para llevarlas.

-"Ya no sé que decirte, querido amigo" –habló el ermitaño –"parece que estéis por encima de los avatares de la existencia. Simplemente quedad con mi amor."

-"Por encima, por debajo... No te dejes engañar por las apariencias, esto también pasará."

Durante mucho tiempo, tuvo el ermitaño las palabras de Lul en la cabeza. Al principio le costó admitirlo, pero finalmente entendió que era precisamente aquel hombre el maestro que había estado buscando tanto tiempo, y de repente recordó cada frase que Lul había pronunciado alguna vez, descubriendo una profunda enseñanza. Partió entonces a toda prisa a encontrarlo y abrazarlo, y para quedarse a vivir con él, pero cuando llegó vio que otro hombre salía a recibirle.

-"La mujer de Lul murió hace seis meses. Él la siguió unas semanas más tarde. Su hijo mayor me vendió la propiedad antes de marchar a la ciudad con sus hermanos."

El ermitaño sintió una gran congoja, y quiso saber dónde había sido enterrado el hombre santo. Fue conducido bajo un gran árbol donde había dos lápidas. Las lágrimas que llevaba se detuvieron, y una sonrisa fue poco a poco transformándose en risa abierta, y después en carcajada, cuando leyó una inscripción que había sobre la piedra: "Que no te engañen las apariencias, pues esto también pasará." El ermitaño comprendió entonces todo lo que es comprensible a la mente, y vio incluso más allá, y decidió no volver al desierto. Encontró un trabajo humilde en la ciudad y vivió de forma sencilla, ayudando a todos con la alegría de Lul, que nunca le abandonó. Ya muy anciano, quiso ir a morir en soledad para no entristecer a sus amigos,

pues las gentes no comprenden la muerte y la temen por encima de todas las cosas, pero quiso pasar antes por la tumba de su maestro, para cantarle una canción de agradecimiento. Cuando llegó donde esperaba encontrar la casa no vio nada, ni siquiera una ruina. Primero unas inundaciones, y después una sequía, habían cambiado por completo la apariencia del lugar. Levantó sus manos en señal de agradecimiento a su maestro por su última enseñanza, y cantando partió hacia una nueva morada, en la que yo le conocí un mes antes de su muerte, y le conté tu historia; él me regaló para ti la que acabas de oír.

Altan quedó un buen rato en silencio, reconfortado por el relato, que había calado hondo.

-Hurqalya también pasará... también pasará –dijo con una sonrisa mientras apoyaba su cabeza sobre un cómodo almohadón, bajo un naranjo, y quedaba dormido.

Cuando despertó yacía en una pradera. Estaba solo y le dolía la cabeza. No recordaba cómo había llegado hasta allí. Una manada de ponis salvajes pastaba cerca suyo. Sintió sed, y se acercó hasta un arroyo de agua clara. En un pequeño charco, en el que el agua estaba tranquila, se vio reflejado y se asustó. La imagen que vio no era la que esperaba. La cara del charco era suya, sí, o lo que él pensaba que era suya, pero muchos años más joven. Miró sus ropas y las reconoció como las que llevaba puestas el día que llegó a la ciudad de las mil yurtas, o por lo menos, eso le decía su memoria. No entendía nada. Él era Altan y recordaba una vida entera en Hurqalya, aunque su cuerpo estaba igual que la primera vez que pisó el intermundo. En su mente aún resonaba el relato de Lul con el que se había quedado dormido. Vio a lo lejos que un grupo de jinetes se acercaba, y les hizo señas. A los pocos minutos, llegaron hasta él con un rápido galope. Comenzaron a hablarle en una jerga que le resultaba ininteligible.

-¿Usted ruso? –pronunciaron finalmente.

-Supongo que sí, pues ahora entiendo lo que dicen –respondió Altan cada vez más sorprendido.

27

Soltó con cuidado los cordones del tomagut para no asustar al águila. La caperuza de cuero con incrustaciones de plata dejó al descubierto un pico formidable, y unos ojos capaces de ver el fondo del valle como si estuviese a cien metros. Jochi Darmala decía que, tiempo atrás, cuando Altai era más joven y lo poblaban los hijos del Lobo Gris, en los tiempos de la gran abundancia, las águilas podían ver más allá del desierto rojo de la China y comunicar a los chamanes los secretos de lo que vivía al final de la tierra. Aquellas águilas ya habían desaparecido, y sus descendientes sólo oteaban ocho veces más lejos que los humanos, lo que era suficiente para distinguir las liebres y los zorros que Sheken y otros miembros del clan levantaban con grandes ruidos abajo en el valle. No era la primera vez que Altan subía a la cumbre de Balkan Altai con un águila de siete kilos posada en su brazo, pero sí la primera gran caza de su nuevo ejemplar. La anterior, Viento en el Hielo, había muerto unos meses atrás cuando, cazando un lobo, fue emboscada por dos fieros ejemplares, que la destrozaron con sus poderosas fauces. Normalmente, las águilas vencían a los lobos al tomarlos por sorpresa desde lo alto, pero ocurrían contratiempos, pues la vida se defiende y busca siempre caminos para seguir adelante. La caza de hoy era menos arriesgada. En muy raras ocasiones, los zorros tenían tiempo y fuerzas para defenderse de las repentinas acometidas de las cuchillas voladoras, que les caían del cielo con potencia tan contundente y silenciosa. Su águila nueva tenía unos colores blancos en la cola especialmente lustrosos, y las habituales puntas marrones se oscurecían tanto como el café, creando un bellísimo contraste. Esta la había cazado él mismo con la ayuda de

una red y la sabia experiencia de Jochi Darmala, quien le había regalado a Viento en el Hielo tres años atrás, cuando fue admitido en el grupo de caza de los hombres. El entrenamiento había sido tan duro para el águila como para él mismo, pero sabía que su permanencia en el clan dependía, en gran parte, de su capacidad para probar su destreza en la caza, habilidad que le garantizaba una forma de vida con la venta de pieles en los mercados de Onguda y Shebalino. Quería permanecer en el clan, quería ser un hombre más, con existencia ordinaria, lejos de los cielos y los infiernos de Hurqalya, entregado por completo a las incertidumbres de la vida, que había llegado a apreciar en todo su valor. Con los años, su anterior existencia en la tierra imaginal había perdido su dimensión de realidad, y ocupaba el mismo lugar que todo lo que es el pasado o los sueños. Hurqalya era lo que había modelado la persona que ahora era, si bien no la recordaba con ninguna nostalgia. La vida ruda en las yurtas de las montañas tenía ahora todos los ingredientes que hacían de su existencia algo que merecía la pena ser experimentado, y miraba al futuro con confianza, curiosidad, y la esperanza de una vida ascendente y sencilla.

La caza era en honor de la boda que se celebraría al día siguiente, y era la forma en la que todo el grupo agasajaba a la pareja ofreciéndoles el fruto de una batida de zorros en los valles junto a Balkan Altai. Recordó a Elchei, la novia, y reconoció en la amplitud de las montañas el efecto que la joven producía en su corazón. No es que no hubiese conocido el amor en su anterior existencia, pero fue un sentimiento que vino y se fue. Amó a varias de sus mujeres y amó a sus hijos, que es una forma de acción de gracias a la vida, pero su amor se congelaba en el miedo a la muerte del ser amado, y no podía crecer más allá de ese sentimiento. Además, el amor encontraba un límite en el desgaste que espontáneamente surgía de las interacciones

de diferentes personalidades. El tiempo tornaba las emociones en caricaturas de sí mismas, y la repetitiva vida placentera de Hurqalya se desarrollaba por completo en el tempestuoso reino emocional. Sin embargo, con Elchei el amor ya no era un sentimiento, ni ninguna forma de experiencia personal, sino una nueva manera de mirar el mundo.

Con un movimiento del brazo, lanzó el águila al vacío para que buscase la presa que ya había identificado en el fondo del valle. El ave pronto ganó altura, empequeñeciendo a la vista su imponente envergadura de dos metros. Otras rapaces salieron casi a la vez de los brazos del gran grupo de caza, abalanzándose sobre las infortunadas presas, que huían asustadas por los gritos de los bateadores. Cada hombre controlaba con su vista su animal, siguiendo un curso próximo con el caballo. Tenían que estar atentos para que las águilas no se cebasen con los zorros y las liebres, destrozando las preciadas pieles. Altan lanzó su caballo a galope cuando su águila planeó sobre un zorro a más de un kilómetro de donde se encontraba. Vio cómo lo capturaba, y se sintió mal por la violencia. Debía superar esos sentimientos si realmente aspiraba a ser uno más del grupo. Un silbido y la oferta de carne sirvió para que la rapaz volviese a su brazo, dejando el cadáver de la raposa a su merced para que lo atase a la montura. La acción se repitió muchas veces, durante toda la mañana, y al final se consiguió apilar veintiún zorros y cuarenta y siete liebres, que testimoniaban la eficacia de los cazadores.

El recuento de las víctimas fue ocasión de gran regocijo. Los hombres se ufanaban del poder de sus águilas y de la perfección de su adiestramiento, en un espectáculo que desplegaba coloridas conversaciones, tan alegres y prepotentes como mecánicas. La eterna competición que empuja al varón a dominar, superar y demostrar frente a los otros su valía, la conquista de la posición en el grupo, que

le permite reclamar sus derechos, se ponía en escena con la intensidad de todos los clichés, con los que los cazadores proclamaban su lugar en base al éxito obtenido por la caza del día. El águila de Sheken había sido la más rápida, y el hombre participaba con su gozo en la presteza de su ave. Fue la primera en matar, y la que atrapó el ejemplar de zorro más grande, aunque, la mejor adiestrada seguía siendo Sombra sobre la Montaña, la rapaz de Jochi Darmala. Su velocidad no era tan explosiva como la de Sheken, pero su técnica cetrera era superior, pues apenas dañaba las pieles de las víctimas cuando las mataba. Darmala estaba convencido que Sombra era la encarnación de un chamán poderoso que le ayudaba a dirigir el clan desde su forma aguileña. Eran inseparables, hasta para dormir, ya que el águila descansaba en la yurta junto a su entrenador y amigo, perchada a un metro escaso de donde el hombre yacía todas las noches. Se posaba con tanta suavidad sobre el brazo de Darmala que era posible recibirla con la piel desnuda. Las afiladas cuchillas de sus talones, con las que había matado quince lobos y cientos de presas menores, apenas rozaban el soporte humano, ya fuese el hombro o el brazo, sujetándose el animal con el resto de sus patas para no infringir más presión de la estrictamente necesaria.

Llegaron al campamento hacia las tres, ya anocheciendo, donde fueron recibidos por Gorbesu y Elchei para realizar los ritos de purificación de la sangre, antes que los miembros de la partida de caza pudieran entrar en contacto con los demás del clan. Gorbesu había hablado con el espíritu de los zorros y las liebres para obtener autorización en la caza. El pacto había sido no cazar más de cuarenta zorros y ochenta liebres, y la anciana chamán comprobó en primer lugar que los hombres lo hubieran respetado. Después, los purificó del olor de la muerte, para proteger al resto de la tribu de algún posible

espíritu maligno que se manifestase como enfermedad. Luego, irían a cambiarse y a vestirse con sus trajes de gala, pues Gorbesu iba a celebrar la ceremonia del caballo en la gran yurta ante todos, como preámbulo a la boda del día siguiente. No era común realizar el sacrificio del caballo antes de una boda, pero Gorbesu insistió en hacerla como despedida propia. El grupo tendría una nueva chamán, su nieta Elchei, la novia que desposaba al miembro de la tribu nacido en la montaña, Altan.

Gorbesu acogió a Altan cuando fue encontrado por Jochi Darmala, Sheken y Quchar. Fue ella quien le cobijó en su yurta y a quien los dioses dieron el mandato de hacerlo miembro del clan, frente a la oposición de los que veían en la acogida de un ruso un signo de mal agüero. Gorbesu explicó a Altan que su vida en el mundo de las mil yurtas fue un regalo único de Bai Ulgan, Señor de los Cielos, para que pudiese aprender y apreciar el valor del mundo presente. La pérdida de memoria era el robo de un espíritu juguetón, que le había quitado su personalidad y la había enterrado en alguna parte. Le aseguró que le ayudaría a buscarla en su momento; también le auguró el crecimiento de una nueva más fuerte si aprendía a leer con ella en el gran libro de la vida. Gorbesu enseñó a Altan el fundamento del mundo de Altai, y fue a partir de la sabiduría de esta mujer que aprendió a amarlo como una parte de sí mismo. Sin embargo, el mayor regalo que Altan recibió de la anciana no fue nada que ella le mostrara o dijera, ninguna de sus sabias enseñanzas, sino el fruto de su vida como una mujer más del clan: la hija de su desaparecido hijo Kumarkhan, Elchei.

Cuando Altan conoció a Elchei vino súbita a su mente la idea de Dios. La idea no había sido borrada de su memoria junto con el resto de su personalidad, pero había permanecido latente en el mundo de Hurqalya, adormecida, como algo accesorio y vagamente necesario que esperaba

su momento. Dios era un ser distante que organizaba su pequeño mundo desde lejos, dándole libertad e iniciativa para hacer de su propia vida, lo que considerase oportuno, más relacionado con la muerte que con la vida. Bastó un segundo para que esto cambiara: vio a Elchei y la urgencia de lo divino se impuso sobre cualquier otra cosa. Con qué perfección había encarnado en ella el principio creador, qué gracia infinita en sus manos se derramaba con el más mínimo gesto, qué grácil su constitución, qué ligera y bien proporcionada, qué justa medida. ¡Y cuánta ternura iluminaba su rostro!, su compasión podía abrazar el universo entero sin dejar el menor fragmento desamparado por sus brazos, que recogían como un puerto seguro, invitando a la paz en un lazo indisoluble que afirma y fundamenta, para seguir afirmando y dando un sólido principio, en inacabable movimiento de roca que danza como una ola. Se desbordaba su inmensa alegría por sus ojos rasgados, en néctar sobreabundante, invitando al éxtasis, pero también al gozo tranquilo de la vida cotidiana. Su talante rescataba la tarea más burda y repetitiva del tedio y la aspereza, hasta ensalzarla en alta bienaventuranza. Con Elchei, no había momento bajo, porque la bajeza adquiría el interés de la naturaleza desconocida, y el mismo dolor y el sufrimiento se mostraban como corona de un ser verdadero más íntimo y oculto, que tejía entorno suyo las formas completas de la infinita alegría. Una angustia no era sino el impulso frenético de la vida sobre una emoción. Un miedo, la muestra patente de la inestabilidad de la materia, que no puede ser ajena al río de conciencia que la lleva. Era ocurrente y divertida cuando los velos de la acción se desplomaban sobre el alma, y el más mínimo evento la raptaba de su palacio de eterna paz. Caían entonces por los suelos cuitas y aprensiones, prontas iras y estrechas avaricias, las torpezas y falsedades de la instaurada

ceguera, y se abría en el mismo sitio de tantos infiernos un esplendente verano de anhelos espirituales, cargado de semillas fructificantes, de única pureza, plantadas en alguna vida oculta para la memoria, pero luminosa y clara para la sincera intuición.

-Te he traído agua ceremonial para que purifiques la sangre de la caza que hay en tus manos – le recibió Elchei a la vez con solemnidad y alegría.

-Veo que habéis terminado de preparar la yurta –sonrió Altan.

La gran yurta había sido levantada en un lugar especial para la ceremonia, elegido por la chamán después de escudriñar los alrededores del campamento con gran celo. Entorno a la yurta, había levantado una ligera empalizada con ramas de abedul, para marcar bien el espacio sagrado de la ceremonia, y que no pudiesen entrar influencias extrañas. Con ayuda de varios hombres, había plantado en el centro de la yurta un abedul joven que sobresalía por la parte superior de la tienda. Le había incrustado nueve peldaños en su tronco, como prescribía el rito de ascenso al cielo que iba a realizar. Las diferentes familias fueron llegando y ocupando sus lugares litúrgicos. Jochi Darmala, como jefe, ocupaba el lugar de honor, y junto a él su numerosa progenie, vestida con sedas, pieles y plumas de águila, guardaba un religioso silencio. Incluso los seguidores del Alcorán, que cada vez eran más numerosos en la tribu, asistían a la ceremonia, sin encontrar ningún conflicto aparente entre su fe en el Dios Único y el culto a Bai Ulgan, el Dios en lo Alto, que desde tiempo inmemorial adoraban las gentes de Altai a través de sus chamanes. Una vez que todos estuvieron dentro, Gorbesu salió de la yurta para ver si el caballo que había sido elegido estaba listo para el ritual. Un hombre había sido designado para cuidar el animal. La chamán se acercó hasta ambos despacio, pasando una rama sobre el lomo del

caballo, e incitando su alma a que partiera y volara hacia Bai Ulgan. Más tarde, volvió a la tienda y avivó el fuego con unas cuantas ramas, invocando a los espíritus para que entraran en su tambor. La pequeña mujer comenzó entonces a mover el instrumento de un lado para otro, como si de una red se tratara, y capturó los esquivos espíritus. Salió de la tienda y montó en un monigote con forma de ganso, a la vez que batía sus manos como si volara, mientras cantaba al ave con palabras de ánimo para la ascensión; el ganso respondía a través de la boca de Gorbesu con sus sonidos característicos. Sentada a horcajadas sobre el ganso, persiguió el alma del caballo por el escenario interno y, con ayuda de los presentes, lo capturó en una divertida representación de forcejeos. Inmediatamente, salió al lugar en el que estaba el caballo, rompiéndole la columna vertebral con la ayuda del cuidador: fueron necesarios varios fuertes y certeros golpes de hacha de piedra para segar su robusta vida.

Luego, se vistió con una nueva prenda ritual, y comenzó a invocar a diferentes espíritus y dioses, dando vueltas alrededor del abedul. Así, llamó a Yaik Khan, señor del mar, y a Kaira Khan, y a Paysin Khan, y Tasygan, madre de Bai Ulgan, con nueve hijas a la derecha y siete a la izquierda. Después, invocó a los héroes de Abakan y Altai, a Mordo Khan, Altai Khan, Oktu Khan y los demás, en una larga llamada que era respondida siempre por la fórmula: "¡Aquí estoy, kam!." Finalmente, se dirigió cantando a los Markut, aves del cielo:

"¡Oh vosotras, de garras de cobre,
Pues de cobre son también los talones de la luna,
Y de hielo su pico,
Poderosas cinco Markut que moráis en lo Alto,
Extended vuestras alas de poderoso batir,

Y el abanico de vuestra cola,
Vosotras, que, con el ala izquierda, ocultáis la luna,
Y, con la derecha, eclipsáis al sol,
Venid hasta mí!
¡Oh tú, madre de las nueve águilas,
Que nunca equivoca su rumbo al remontarse
Más allá del Yaik
Ven cantando hasta mí,
Ven tocando mi tambor, a mi ojo derecho,
Pósate sobre mi hombro!"

Unos minutos más tarde, hundió su hombro derecho, como si un gran pájaro se hubiera perchado en él. Y siguió capturando más y más espíritus con su tambor, hasta que recibió respuesta favorable de uno que actuaría como guía, y comenzó a percutir con mayor fuerza. Desde el centro de la tienda empezó a moverse de manera cada vez más convulsa y descontrolada, profiriendo palabras totalmente ininteligibles para los miembros de la tribu. Después, pero aún hablando con los espíritus en sus extrañas lenguas, purificó con su tambor a los asistentes, y comenzó a representar una ascensión al cielo por el abedul sagrado. En su subida, encontró diversas divinidades, con las que habló respetuosamente, obteniendo información sobre el futuro de la tribu y la suerte de los novios. Finalmente, su viaje tuvo éxito y encontró a Bai Ulgan, con quien charló de forma incomprensible, para luego caer en éxtasis al suelo, donde permaneció inmóvil durante media hora.

Cuando Gorbesu volvió al mundo de la vigilia desde su éxtasis, a Altan no le pareció que era la misma mujer que había iniciado un rato antes aquel rito. La chamán saludó a todos como si hubiese estado fuera mucho tiempo, efusiva y cariñosamente, y parecía que observase en ellos grandes cambios. Poco a poco, los asistentes abandonaron el lugar, marchando a sus yurtas para continuar al día siguiente con

la ceremonia, en la que comerían carne del caballo sacrificado y asistirían a la unión de los nuevos esposos. Elchei y Altan fueron los últimos en abandonar la tienda, y cuando iban a hacerlo Gorbesu les llamó.

-Ata la entrada a la yurta –le ordenó a Altan-, tenéis que quedaros conmigo a cantar hasta que amanezca.

Los tres se sentaron junto al fuego, y la anciana comenzó a contar la historia de los inicios, a la que ellos respondían con frases rituales cuando les hacía una señal. Altan seguía a Elchei, quien parecía conocer perfectamente el significado completo de lo que allí ocurría. Cantó Gorbesu acerca del principio de los tiempos, cuando sólo existían las frías aguas que lo cubrían todo en inescapable abrazo, y El Uno que Vive en lo Alto y el humano nadaban juntos en distintas formas. Un día que ambos habían adoptado el cuerpo del ganso salvaje negro, Dios envió al hombre a las profundidades del abismo de agua para que buscara el barro de la creación. Hizo el hombre lo que se le pidió, sumergiéndose peligrosamente hasta llegar a la base de las cosas, donde encontró el barro, si bien guardó para sí algo de la primordial sustancia en la boca. El Uno transformó con su soplo el barro en ancha tierra, que se infló e infló hasta formar el mundo de los vivos. También, creció el barro que el hombre tenía en la boca, y tuvo que escupirlo para que no le reventase, originando con él las tierras pantanosas. El Uno le amonestó por su mentira, y le condenó a que todos sus descendientes fuesen malignos, y tuvieran turbias y ocultas intenciones. Fue entonces cuando creó El Uno al sol y la luz, como descendencia propia y bien amada, y se llamó a sí mismo Kurbystan, y al hombre Erlik. Pidió el primer hombre una parcela de tierra para su dominio exclusivo, tan extensa como pudiera alcanzar su vara, a lo que El Uno accedió. Con un golpe en el suelo, hizo Erlik brotar toda clase de animales nocivos, lo que provocó que Kurbystan mandase a Erlik bajo tierra, y que

su progenie tuviese que seguir su funesto destino después de deambular una breve y laboriosa vida al aire libre.

Relató Gorbesu entonces la era anterior a la llegada desde el oeste, cuando la descendencia de Erlik dormía en un trance profundo, sin distinguir lo mío de lo tuyo, con una memoria común que se perdía en las más densas oscuridades. Y densa era también la atmósfera que lo envolvía todo, pues no estaban aún trazadas las fronteras entre el mundo de dentro y el mundo de fuera. En aquel momento, el cuerpo humano no estaba dividido, y como una unidad vivían hombre y mujer, una sola cosa, un alma única que estaba a su vez en la de todos. Luego se fragmentó el cuerpo, y fue necesario juntar dos para poder crear nuevos seres humanos. El cuerpo masculino quedó con la parte femenina del alma, y el cuerpo femenino con la parte masculina: la unidad a partir de entonces sólo es posible con la mediación del Gran Espíritu, que actúa con fuerza masculina sobre el alma del hombre, y con fuerza femenina sobre la de la mujer. Gorbesu contó cómo entonces los cuerpos eran más blandos y maleables, la misma tierra lo era, y cómo una forma primitiva de memoria impedía la comprensión del pasado y su existencia misma. Sin memoria y sin tiempo, los seres humanos vivían en una especie de gran sueño, en el que se formaban imágenes vagas que no llegaban a ser representaciones completas, y los impulsos a la acción o no acción se daban por instintos o modificaciones en las vibraciones del aire y la temperatura, a través de las que los hombres se unían con el mundo y comprendían sus secretos. En los chamanes, comenzó a formarse entonces la primera memoria, y, con ella, llegó el primer desarrollo de la personalidad. La memoria era una emanación femenina del Gran Espíritu, que apareció para facilitar a los humanos el ascenso hasta Él. A la par que la personalidad, que permitió la formación de representaciones de uno mismo,

se desarrolló la voluntad, como deseo de acción, pues la mente había tomado la forma del tiempo, apareciendo con él la idea de propósito en la existencia. Quienes manejaban voluntad y representación gozaban de un poder muy superior al de los otros, y entraban y salían del sueño colectivo del mundo a su antojo, visitando otros mundos que estaban a su disposición en un nivel instintivo, y que en aquel momento cohabitaban con la inaugurada memoria. Así, los chamanes fueron al mundo de los animales, las plantas y los minerales, y llegaron a dominar algunas de sus dimensiones, cambiando con sus conocimientos las vidas de la tribu. Contó Gorbesu, cómo, más tarde, llegaron las eras de los grandes poderes sobre la fuerza vital, y cómo florecieron esplendorosas civilizaciones que controlaron las formas de las rocas y la energía vital de plantas y animales, y, con un combustible casi inagotable a su disposición, llevaron al humano a una sofisticación en su interacción con el mundo que nunca volvió a ser alcanzada. Todo se echó a perder por los abusos en el poder personal de una minoría, que rompió los equilibrios con el Gran Espíritu, provocando una catástrofe.

El humo del fuego sagrado espiraleaba al ritmo de la voz de la anciana. Los significados del canto comenzaron a perderse para Altan, se le caían de la cabeza, como cae el hombre sin montura y sin riendas del caballo que se bota y encabrita. Las palabras fueron el rumor del viento y la montaña. Sintió una punzada fría en su cerebro, como si un fino estilete le atravesase desde el centro de su frente saliendo por la parte de atrás de su cabeza. Se vio a sí mismo atado a un poste mientras un hombre uniformado le golpeaba con algo parecido a un látigo. Su espalda recibió la señal con una convulsión. Gorbesu y Elchei seguían cantando. Se vio cavando la tierra, matando a un hombre, atacado por un lobo, haciendo el amor en su palacio con una mujer que se llamaba Aralia, viajando en un tren,

recitando un poema ante una audiencia, comiendo carne humana en una cueva, tomando té con unas mujeres... Una luz blanca se intensificó en su cabeza, y de allí le bajó hasta el pecho, quemándole sin dolor.

-Eli, Eli, despierta -murmuraba una voz. -Altan, Altan, despierta.

Vio que estaba tumbado en el suelo. Elchei le había incorporado y le miraba con ternura.

-Hace una hora perdiste el conocimiento y te dejamos que completaras el viaje. ¿Puedes hablar?

-Sí -informó un hilo de voz, -pero estoy confundido. He recordado, ha vuelto a mí una vida completa, quizá más, los recuerdos son incoherentes. Recuerdo quién fui, y cómo llegué hasta aquí, aunque es como si recordase la vida de otro.

Altan se sentó y pidió agua. Bebió con ansiedad, quedando después en un profundo silencio que nadie interrumpió.

-Yo fui Eleazar Feldman, nací en un lejano país que hay hacia el oeste, al que llaman Austria. Venía hacia Altai para estudiar a los chamanes cuando me vi envuelto en la búsqueda de una mina de diamantes, que me llevó a prisión en Kara. Escapé, pero con tan mala fortuna que perdí la memoria en una caída de caballo. A causa de la lesión, o de algún otro motivo que me escapa fui a parar al mundo de Hurqalya, donde viví más de treinta años, aunque no podría decirlo con certeza, para luego volver a este mundo donde os encontré a vosotras. El final de la historia lo conocéis, hemos hablado sobre ello muchas veces en los últimos años.

-Dices que venías hacia Altai –intervino Gorbesu-, sin embargo, yo creo que fue Altai quien te atrajo hacia sí. Has recordado unos motivos para tus acciones, y una explicación para la vida que has recuperado, aunque tu pasado puede admitir otra interpretación desde aquí. Ahora

sabes cosas que antes no podías imaginar. Salió un hombre hacia el Gran Encuentro y llegó otro. Los espíritus han querido que recordases hoy, precisamente.
-¿Qué quieres decir?
-Tú has sido elegido por los espíritus para ser chamán de esta tribu, la noche pasada me lo comunicaron, y lo serás con Elchei. Los dos juntos sois el chamán, y como ya comprenderéis, seréis el último que verá este clan. Nuestro tiempo termina en la tierra. Llega el momento del Dios Único que se oculta, y muy pronto cada uno va a ser responsable de sí mismo para elegir los guías que quiere seguir. Muchos encontrarán el camino hacia el nuevo hombre, pero otros se perderán en innumerables barzags.
-¿Barzags?
-Si, los mundos intermedios, como la Hurqalya que tú conociste, aunque no tan inofensivos como el que visitaste, y mucho más feos.

La mujer hizo una pausa, cerrando los ojos unos segundos. Se levantó sonriendo, y abrió la puerta de la tienda. Cogió su tambor e invitó a Elchei y Altan a que la siguieran. Ya había amanecido, y el sol despuntaba sobre las montañas como una joya llena de misteriosa vida. Pasaron junto al cadáver del caballo, buscando más allá de la empalizada un lugar apartado desde el que se viese claramente la ascensión de la estrella. El promontorio al que llegaron dejaba ver un ancho valle en la distancia en el que la tribu tenía parte de su ganado. La mañana era hielo azul. El aire fino y limpio llegaba desde la línea final del bosque de cedros a la izquierda, en perfumadas oleadas que llevaban el ánimo a querer buscar las águilas. La tormenta que se había iniciado minutos antes en la mente de Altan se disipó en un instante, y las memorias de sus vidas desaparecieron ante la intensidad vital del presente. Estaba vivo, aquí, profundamente vivo, saliendo de los brazos pegajosos del olvido, y enfocando con la luz de la

conciencia el instante de su respiración. Ser Eli o Altan no variaba en nada la profunda alegría que experimentaba en el ahora. Elchei notó su estado y le sonrió, sabiendo. Gorbesu levantó el tambor mientras pronunciaba una oración a Bai Ulgan, y, luego, lo puso a los pies de Altan y Elchei, mientras se inclinaba y recogía las manos con las palmas hacia el pecho, y se sentaba con los ojos cerrados para perderse en un profundo trance. Elchei alcanzó el tambor, y empezó a golpearlo con suavidad y precisión. Poco a poco, de sus labios surgió un gran suspiro que se transformó en una nota, y en el principio de una canción al sol. El canto se repetía una y otra vez, mientras el cuerpo de la mujer giraba con infinita gracia, trazando invisibles espirales sobre el aire con su largo y oscuro cabello.

Ebrio es tu canto en el alba
Fuego que enciendes las aguas
Vida dentro de la vida
Voz del divino Señor.

Fuente de toda alegría
Derrámate en río fecundo
Levantando en mi pecho entregado
Tu eterno palacio de luz.

Altan danzó, y, con él, la montañas se perdieron en éxtasis a la vista de todos.

28

-¿Fuiste feliz en tu otra vida?

Altan estaba colocando el tomagut al águila para que pasara la noche tranquila en su percha.

-¿Qué es la felicidad, Elchei?

-Hablas como un monje budista que hace años vino a ver a Gorbesu: respondes las preguntas con preguntas.

-Lo siento, no pretendía incomodarte. Ha sido tan automático como un estornudo. El parecido, de todas formas, está bien sacado, pues fui algo parecido a un monje que no sigue ninguna religión. Así son la mayor parte de los chamanes del oeste.

-¿Eras feliz siendo como un monje?

Altan se acercó al fuego y se sentó junto a ella.

-No, no lo era... sentía siempre que algo me faltaba, que estaba perdiendo una vida mayor, que se me escapaba el secreto de la vida auténtica, plena, gozosa y alegre, sin las restricciones que me aprisionaban. Escapé hacia una civilización desaparecida hace mucho tiempo, en la que creí ver el desarrollo más cristalino del alma humana. ¿Has oído hablar de los griegos?

-Gorbesu me habló de una tierra hacia el sur donde el sol vive todo el año, y dialoga abiertamente con los hombres. ¿Es esa la tierra de los griegos?

-En cierta manera sí lo es, aunque los griegos de los que te hablo no viven en ningún lugar.

-¿Viven en un barzag, como Hurqalya y los otros mundos?

-Sí, aunque es un mundo mental, el mundo del ideal, donde las limitaciones y trabas vitales han encontrado una solución sonriente e ingeniosa: instintos, emociones y pensamientos básicos están satisfechos, y el alma se dirige a la contemplación de Bai Ulgan.

-Creo que entiendo, aunque tus palabras despliegan siempre mundos desconocidos para mí. Percibo felicidad en un lugar así.
-No es ahí donde la encontré.
-¿Fue en Hurqalya, con todas tus mujeres y tus hijos?
-No, el mundo imaginal fue tan sólo una escuela y un quemador de deseos. Mi felicidad empezó en Altai. ¿Es eso lo que querías escuchar? –bromeó Altan.
-Sólo quería saber lo que pasa por tu corazón. Aunque hubieses sido más feliz en otro lugar, yo te amaría igual. A veces, parece que la vida con nosotros no es suficiente para ti, sobre todo desde que encontraste tu memoria.
-Eso no es cierto. Lo que ocurre es que se reabren viejas heridas de manera espontánea, y no hay nada que pueda hacer para cerrarlas, pero en cuanto me vuelven la salud y la lucidez, sé perfectamente que mi vida y mi felicidad empezaron aquí. Lo anterior es el recuerdo de un extraño viaje contado por otro, tú has tenido muchas experiencias chamánicas, puedes entender lo que quiero decir.
-Te entiendo, y sólo siento no poder ayudarte con el dolor. Para mí la felicidad es saber que Bai Ulgan decidió tomar tu forma en este mundo.
-¿No somos los humanos descendientes de Erlik Khan? –siguió bromeando Altan.

Elchei sonrió como un amanecer preñado de soles gemelos y le tomó la mano.
-¿Crees que digo tonterías?
-No, mi amor, aquí las únicas tonterías son las que producen mis palabras. Esta actitud irónica automática no es sino el síntoma de falta de profundidad en mi alma, que siente rubor ante un amor tan bello e intenso como el tuyo. Lo siento.
-No hay nada que disculpar, además, Erlik no es sino la mano de Bai Ulgan que da forma al alma humana. Te he visto en otros mundos, incluso antes que llegases a Altai.

Algunas veces yo misma era tú. No podría explicártelo mejor, no tengo la sabiduría de Gorbesu, pero puedo decirte que encontrarte aquí, en este mundo, es una garantía, una seguridad para mis peores momentos. Ya nunca he vuelto a sentirme sola, y, aunque te perdiese, nunca volvería a estarlo. La garantía es más una confirmación: hay un proceso irreversible para hacer de esta tierra –dijo señalándose su pecho y el de Altan- la casa de Bai Ulgan. Verte aquí lo asegura porque contigo se extinguen mis fuegos. Durante muchos años, después que los rusos mataron a mis padres para robarles los caballos, pensé que la tierra nunca dejaría de ser la morada de la oscuridad, gobernada por la avaricia del rey de los muertos.

Elchei mostró un gesto inconsciente de dolor, y Altan lo respetó en silencio.

-Nunca hablas de tu padres.

-¿Qué podría decir?, era una niña cuando murieron. Gorbesu ha sido mi madre. Fue ella quien me llevó a verlos en el mundo de los muertos, cuando cumplí diecisiete años, y me inició en la visión y el misterio. El encuentro fue una decepción pues llegué hasta sus imágenes esperando la satisfacción de deseos infantiles incumplidos por su ausencia. Me costó un par de años más comprender que lo fundamental, lo que realmente necesitamos, no está en esos mundos, sino en esta vida. Debe haber un triunfo en esta misma vida sobre el miedo, es aquí donde contienden las fuerzas contrarias del universo, en este gran sueño de Bai Ulgan, y es aquí donde deben armonizarse en cada uno de nosotros. No obstante, mi padre ha vivido todos estos años conmigo en las historias que me contó. Las memorias son gente. Tú sin tu memoria no eras la gente que eres ahora.

-¿Me has contado alguna de sus historias?

-No, además, no son historias como las que uno escucha contar en Shebalino a los cantores, son más parecidas a las que le escuchamos a Gorbesu, junto al fuego, en ocasiones

especiales. En esos relatos, alguien ha conseguido grabar un fragmento profundo de su alma, lo que da pie a que el que los cuenta pueda hacer lo mismo y los traiga a la vida; son historias en las que la palabra abre un horizonte y una visión.

-Donde yo vivía, la palabra perdió su fuerza y esplendor.

-¿No se reunía la gente entorno al fuego para escuchar la sabiduría de los antepasados?

-Desde luego, no como se hace en Altai. Los chamanes del oeste perdieron su camino en un sueño de la materia. Andan enredados en pequeñas disputas y comercios, sus actuaciones son mecánicas y ciegas. El dios de los infiernos gobierna la sabiduría del oeste.

-Será que Bai Ulgan necesita hacer grandes cambios. Dice Gorbesu, que todo el poder destructivo que muestran los rusos no es más que una intensificación de las transformaciones de este mundo.

-Si, pero mientras tanto la gente del oeste sufre, pues no encuentra un suelo firme en el que apoyarse, ni chamanes que les ayuden a encontrar su camino.

-No hay ningún rodeo que nos evite el sufrimiento, ya lo sabes. Dolor es otra palabra para el crecimiento de la vida, y la única forma de dejar de sufrir es cruzar al otro lado: morir a nosotros mismos y nuestras ataduras, como Onggur.

-¿Onggur?

-Es una de las historias que recuerdo de mi padre. Gorbesu la canta también, de vez en cuando. Siento que en ella los antepasados de Altai nos transmitieron una inmensa sabiduría, que apenas empiezo a comprender. Algunos dicen que es una historia que llegó de Persia, hace cientos de años, y que allí a Onggur le llamaban Hatim, aunque otros aseguran que se ha contado en Altai desde tiempos sin memoria.

Altan sonrió y se tumbó en el regazo de Elchei. El fuego crepitaba en la yurta, acomodándose también para escuchar el relato.

-Estoy preparado para conocer a Onggur.

-¿Realmente lo estás? –dijo Elchei cerrando los ojos y comenzando a cantar.

Hace muchas vidas
Cuando el Viento Sur moraba en Altai
Y la tierra firme levantaba escalas
Anhelos de flecha hacia Bai Ulgan
En los cantos de sol de los chamanes
Envueltos en luz
A los aires aves
Ofrendas al corazón de los hombres
Y abrigo al hielo de la noche larga
Querida entre las queridas fue una canción
Que recordaba el aliento del Guardián de las Montañas
El generoso Onggur
Hijo de Beluha
El más amado y buscado
Gentil compañero
De quienes liban la luz por todas partes
Envidiado
Por quienes beben veneno al ver florecer el rosal.

Un Khan mongol que decía ser el amo
De ríos y montañas
De estepas un Gran Señor
Supo de Onggur la fama sin poderla festejar
Pues en Altai le advirtieron
Que no inclinarían cabeza ante nadie
Menos generoso que Onggur
Amigo de caballos, maestro de águilas.
Para acabar fama y problema
Mandó el príncipe un soldado

Asesino veterano
A resolver en la sangre
Persistentes rebeldías.

De la muerte el emisario llegó a Beluha en tormenta
Perdido en sus malas órdenes, mal amparado
Por el frío traicionado en la amorosa blancura.
Cuando ya la helada le abría el pecho en su fuego
Onggur le encontró herido y le devolvió a la vida.
Cuando al cuarto sol volvió al habla
En el calor de la redonda yurta
Dio el soldado su propósito con su palabra primera:

“Busco al que llaman Onggur
Señor del Monte Beluha
El rey quiere su cabeza
Para joya de la corte.
¿Conoces al hombre?”

“Con él he vivido largo
Canto, tiempo y alegría
Más no es el señor del río
Ni manda sobre montaña
Nada ambiciona.
Con él has dado amigo al dar conmigo
Y no seré yo causa de tu daño
Que aquí está mi cuello
Nada oculto:
Cumple la sentencia.”

Se estremeció viendo el soldado
El corazón que volvía a darle vida
Y cayó pidiendo al suelo
Perdón o golpe de espada.

“Vuelve a tu rey con mi palabra
Que mi vida ya la tiene:
Él mismo tendrá que segarla”

Perdió la vida el soldado al dar la noticia
Y el Consejo Real reunido
Buscó un criterio y un plan.

“Señor”, dijo el Ministro primero,
“Hemos llegado a saber
Lo que más ama ese hombre
Su rápida perdición
Dicen que es un caballo
Hermoso, fiel y ligero.
Pedidle en regalo a Onggur
Que os dé tan buen animal.
Si os lo ofrece tenéis
Muestra de vasallaje:
Quienes le siguen os seguirán.
Si se niega perderá
Su fama de generoso:
En una sola ocasión
Vencéis al hombre
Y evitáis al mártir.”

Hizo el rey propia tan mala idea
Marchando con gran comitiva a la tierra de Altai
Acertando a llegar con sol y la nieve evitando.

Lo vieron de lejos sentado en la roca
Tocando el arpa y perdido en su interior
Su voz en el cielo como un ave se elevaba
Y el Khan de Mongolia al escucharlo enmudeció.

Después del canto salió al encuentro el hombre

Recibiéndolos y abriendo en toda puerta la casa.
Les dio gran bienvenida, comida, fiesta y cobijo,
Brindando con ebrios cantos
Que hasta un sol nuevo llegaron
Siendo alborada.

Ni el rey ni nadie podía
Decir una sola palabra
Pues un embrujo cerraba
El habla y volaba el alma.

Finalmente habló el rey
Aunando las intenciones
Pidiendo a Onggur de Beluha
Le diera su buen caballo.

En las lágrimas del hombre todos vieron un presagio
De haber atrapado un alma en las redes de un regalo.

“No puedo ya daros hoy, señor, mi más fiel caballo.
Hubiese bastado anoche decirme vuestro propósito
Que al ser pobre y no tener comida en mi humilde casa
Satisfice tanto huésped con su carne y algún canto.
Da su noble vida ahora vigor vivo a vuestras tripas
Alimente su generosa muerte también vuestros corazones.”

Cayó el Khan por tal rayo herido
Ahogado en su desconsuelo
Vencido y así salvado
De sí mismo en un momento.

Pidió perdón al santo derramando bendiciones
Y al humillarse entero fue ensalzado
Y por todos seguido en la victoria
De hacerse siervo y amigo

De un hombre generoso, bueno y sencillo.

29

El verano llevó la tribu hacia el norte buscando mejores pastos. Gorbesu había abandonado el grupo con un caballo y algunas provisiones, marchando hacia la montaña sagrada de Beluha, donde esperaría la muerte. Los espíritus del tambor le habían concedido el don de saber el momento en que dejaría su anciano cuerpo, lo que ocurriría en poco más de un mes, y la vieja chamán quería prepararse meticulosamente para el tránsito. Elchei no pudo reprimir unas lágrimas, pero Gorbesu estaba tan impasible como el sol de verano.

-¿Es eso todo lo que has aprendido, niña?

-Te voy a echar de menos.

-¿Puedes echar de menos el aire que respiras o la hierba que pisas? Siempre están ahí, ¿no? Pues yo no soy diferente, hija. No os quedéis apegados a mi imagen ni a mi recuerdo, dejadme marchar a los brazos de Bai Ulgan. Este camino también lo recorreréis. Iré al monte Beluha, el centro de la tierra, para esperar ese momento. Podría quedarme también aquí, pues el centro de la tierra está en cualquier lugar en el que el pensamiento manifiesta al Gran Espíritu, pero prefiero la soledad. Quiero estar plenamente consciente cuando llegue el momento, y los vivos se pierden con frecuencia en trivialidades. Todo lo que es, ha sido y será, está siempre aquí, ¿dónde podría ir? No dejes que los espíritus juguetones e inestables de tus emociones interfieran con tu visión. Ahora Bai Ulgan me llama, completad vuestros caminos.

Las lágrimas corrieron por los infantiles corazones de la tribu sin ningún control en los días siguientes. La partida de Gorbesu les hablaba de su propia marcha final en cualquier momento, y brotaban con fuerza los apegos a la vida. Por

otro lado, todos habían establecido fuertes vínculos con la mujer que, durante casi cincuenta años, había dirigido el destino espiritual de la comunidad, y sabían que algo propio moría al perder a la vieja compañera.

Continuaron hacia Gorno Altaisk para vender las pieles de zorro y liebre de la última cetrería, impulsados por las incansables fuerzas de la vida. Allí tenía almacén un tratante en pieles ruso que en el pasado había dado buenos precios a Jochi Darmala. Avanzaron hacia el norte, siguiendo las aguas del Katuni, y establecieron campamento para pasar el verano treinta kilómetros a las afueras de Chemal, junto al cauce del río. Era una zona donde solían acampar para pasar el verano, o cuando tomaban la ruta hacia Shebalino, un lugar que les gustaba por ser relativamente inaccesible, en el que nunca se habían encontrado con patrullas rusas, causantes de tantos problemas.

Elchei insistió en ir a la ciudad con los hombres, para comprar en el mercado de Gorno algunos utensilios para su yurta de casada, difíciles de encontrar en otros sitios. Jochi Darmala, Quchar, Altan y Elchei partieron en rápidos y fuertes caballos para realizar sus negocios. La primera jornada recorrieron más de la mitad del trayecto, y, a petición de Elchei, acamparon cerca del agua, para pasar la noche junto a un fuego a la intemperie, y poder bañarse en el río por la mañana. A pesar de la cabalgata de casi setenta kilómetros, no estaban especialmente cansados, si bien Altan notaba una ligera tensión en la vieja herida del gemelo. La cicatriz, desaparecida por completo en Hurqalya, había vuelto a molestar con los inviernos de Altai, o cuando pasaba largo tiempo a caballo. El fuego y el té de badan les reconfortaron. Después de la segunda taza, Jochi Darmala y Quchar, que el resto del día eran hombres de pocas palabras, se animaron para la charla ritual de la noche. Sabían que Altan había recobrado la memoria, y les

consumía la curiosidad por saber qué había sido antes de llegar a Altai.
-¿Fuiste ruso? –quiso averiguar Quchar, que no tenía ninguna simpatía por ellos.
-Nací en un país hacia el oeste que llaman Austria, en el que se habla alemán.
-¡Oh, alemán! – se alegró Quchar. -Eso me gusta. Si hubieses sido ruso ahora tendría que querer a los rusos, y eso es contrario a Bai Ulgan y al buen sentido. Los rusos han perdido su alma, y ya no saben reconocer a la gente del viento, el agua y el fuego, no comprenden la montaña ni la pradera. Los rusos viven en el mundo de Erlik Khan y nos quieren arrastrar a todos detrás de ellos antes de tiempo. Donde ponen su ojo dicen mío, y nunca tienen suficiente caza. Me alegro que Altan sea alemán.

Altan sonrió con afecto. Sabía que Quchar no había visto nunca un alemán, y que en su mente sencilla los alemanes eran figuras legendarias que vivían en el confín de la tierra, en ciudades fabulosas llenas de magia.
-¿Es cierto que tienen chamanes que son capaces de invocar los espíritus, y hacerlos aparecer en paredes blancas, y que en ellas se ven las vidas de personas y animales en el otro mundo? -siguió cuestionando.
-¿Dónde has oído eso?
-Un mercader de Shebalino me dijo hace un año que lo había visto en Novosibirsk, y que era una magia nueva que venía del oeste. Dijo, que un grupo de hombres se encerraba en una gran habitación a oscuras, y que sobre una pared blanca aparecían todas aquellas figuras e imágenes, y que a él le habían asustado mucho al principio, hasta que comprobó que era magia segura, y los del otro lado no podían pasarse a este. En aquel momento no le creí, pues tiene fama de borrachín, pero Jochi Darmala dice que no hay límite para el poder de los chamanes, y él ha vivido más que ninguno de nosotros.

Darmala asintió con su venerable y arrugado rostro.
-Los chamanes del oeste son poderosos. Han creado el ferrocarril y las armas de fuego –intervino solemnemente el jefe.- De sus armas nos beneficiamos nosotros y cazamos más fácilmente, desde muy lejos.
-Se llama cinematógrafo, Quchar –dijo finalmente Altan tras un breve silencio, considerando por un momento, con una sonrisa en los labios, si los avances de la tecnología podían ser considerados magia. -Las imágenes que aparecen en la pared blanca son de gente como tú y como yo, no el mundo de los muertos.
-¡Ah, sí, sí! –asintió Quchar. -Son como fotografías que capturan el alma de la gente, pero más poderosas pues se apropian del movimiento.
-Las fotografías no capturan el alma de la gente, hay algo que se les escapa –aclaró Jochi Darmala. -Hace doce años hice que me tomaran una foto en Shebalino pues quería comprobar si realmente me arrebataban algo. Acordé con el ruso, que si la foto me quitaba algo de mí, debería devolvérmelo inmediatamente, pues si no, no le pagaría. Me costó dos pieles de zorro, bien utilizadas, porque comprendí que en el papel sólo estaba reflejada la imagen mía que lleva el agua y el espejo, pero no la del aire, ni mi huella en la tierra. La foto creó un fantasma mío, esto me lo dijo Gorbesu, si bien no tocó mi alma. Yo creo que se trata de algún espíritu del mundo de los papeles que, a través de la cámara, se asoma para mirarme, pues está sorprendido de su semejanza conmigo, y deja su huella para comunicarse. Aquel me dijo: “Darmala, estás gordo y viejo.”

Altan rió ante la explicación, y Elchei soltó una armónica y cristalina carcajada, que fue acompañada inmediatamente por Quchar y el propio Darmala.
-¿Tú te hiciste alguna vez una foto, Altan? –quiso saber Quchar.

La memoria de Altan buscó en el profundo pozo de sus vidas llegando, sorprendido, hasta la Viena imperial. En su imaginación aparecieron entonces no sólo fotos propias, sino la de su padre, a la que en alguna ocasión de la niñez llegó a hablar al poco de su muerte... y fotos de la familia rusa, de Rachel, de su madre... ¿o era la madre de Eli? Cada vez que recordaba aquella otra existencia, no podía evitar verla como la vida de otro, y confundía algunos de los personajes. A su memoria vino entonces la última ocasión en que se había hecho un retrato. Fue con Ana, a iniciativa de ella, el día siguiente a su compromiso oficial, cuando Ana insistió en que tenían que guardar un recuerdo para mostrar a sus hijos. No podía recordar ahora la cara de Ana. Hizo un esfuerzo y se le borró entonces la cara de su propia madre, aunque sabía que estaba en algún lugar próximo en su memoria, como el sueño que casi recordamos al despertar.

-El hombre al que fotografiaron era otro hombre -aclaró finalmente.

Miró a Elchei y se alegró de tenerla delante, y de estar en pleno Altai acompañado por hombres buenos, auténticos y naturales.

-Sólo los chamanes pueden ser varios hombres a la vez, y recordar vidas –concluyó Darmala sin comprender del todo lo que Altan decía, aceptándolo como algo tan verdadero como el río Katuni que corría frente a ellos.

El fuego crepitaba y los mosquitos trabajaban en su ingrata labor. Un claro cielo estrellado elevaba el ánimo a querer experimentar sin restricciones la grandeza de la creación. Elchei, con su fina sensibilidad para las fuerzas de la naturaleza pareció sentirlo, y dejó que el espíritu del río hablara por su boca.

-No hay que buscar la magia lejos, Quchar. Las estrellas están muy bien donde están. Sabes que todo está traspasado por el espíritu de Bai Ulgan. Lo que hacen los rusos o los

alemanes no es más maravilloso que tu propia respiración. ¿Has considerado alguna vez que la magia que hace funcionar tu cuerpo es la más poderosa del mundo?
-Tienes razón, chamán, a veces se me olvida, y corro como un niño tras mariposas de verano. Perdona. Sí, lo aprendí hace años cuando fui atacado por un leopardo de las nieves, y tuve que pasar una noche entera solo en la montaña, con las tripas saliéndose de mi cuerpo. Gorbesu las puso en su sitio cosiéndome como a una yurta a la que ha desgarrado el viento. Aquella vez, en medio de la fiebre, supe que los espíritus de los grandes chamanes insuflan su vida en nosotros, y que es Bai Ulgan el que todo lo sostiene con su infinita misericordia.
-No es asunto nuestro juzgar a otras tribus. Si Bai Ulgan les da un espacio bajo el cielo, por un buen motivo será –sentenció finalmente Jochi Darmala con la intención de cerrar la conversación. -Ahora tenemos que dormir para partir al alba hacia el mercado.

La sugerencia fue acogida de buena gana, y los cuatro extendieron las pieles cerca del fuego para envolverse en ellas con rapidez. No habían cogido aún el sueño cuando los caballos comenzaron a relinchar inquietos. Quchar fue el primero en incorporarse.
-¡Rusos! –dijo señalando con un dedo su nariz para indicar que había captado su olor en el viento.

Se levantaron rápidamente para coger sus armas, pero un tiro al aire les detuvo en seco.
-¡Quietos! No se muevan o abriremos fuego.

Unos segundos más tarde vieron aparecer seis soldados apuntándoles con sus bayonetas.
-¡Sentados, todos sentados, rápido!

Dos de los soldados registraron sus pertenencias y les requisaron las armas de fuego.
-¡Sargento, mire lo que tienen aquí! –advirtió uno de ellos.

-Vaya, vaya, parece que vamos a vender pieles... y es un buen cargamento... Algo tendréis que compartir con nosotros, no podéis ser tan egoístas como para quedaros con todo. ¿No os parece chicos?

Los hombres rieron con risas desviadas y animalescas. Era obvio que no era la primera vez que hacían algo así. Quchar estaba nervioso y violento. Altan, dándose cuenta del grave peligro que corrían intentó intervenir.

-¿Cuántas pieles queréis para dejarnos marchar? –preguntó con un excelente acento ruso.

-¿Tú eres ruso? –se sorprendió el sargento.

-Me llamo Mihail Radlov, soy antropólogo y estoy haciendo un estudio de la población de Altai. Tengo buenos amigos en Moscú y saben dónde estoy en este momento –mintió Altan.

-¿Antropólogo? ¿Qué es un antropólogo? –preguntó uno de los soldados.

-¡Calla! –atajó el sargento, que tampoco lo sabía, y al que no hacía ninguna gracia que un ruso estuviese allí interponiéndose entre él y un fácil botín.

-¿Cuántas? –insistió Altan.

-Mire usted, señor Radlov, no soy un hombre ambicioso, y tampoco quiero problemas. Llevo siete años patrullando el río, y sólo espero una compensación, usted me entiende... Digamos...¿veinte pieles de zorro?

Ni Quchar ni Jochi Darmala sabían bastante ruso como para entender todo lo que hablaban, pero comprendían a la perfección que estaban siendo robados. En un momento que uno de los guardias bajó la bayoneta, Quchar se le echó encima y le apuñaló con un cuchillo que llevaba escondido en la bota. Otro de los soldados abrió fuego contra él, y aun así, tuvo fuerzas para alcanzarlo y degollarlo, los otros soldados dispararon a la vez, y Quchar cayó muerto al suelo. Jochi Darmala se movió entonces con gran rapidez, echándose encima del soldado que le apuntaba, si bien el

ruso consiguió zafarse de él y le envistió con la bayoneta. Elchei intentó entonces sujetarla, y comenzó a forcejear con el soldado, mientras Altan atacaba al sargento con un palo en medio de gran confusión. Los otros hombres no se atrevían a disparar para no herirse entre ellos, pero acudieron con sus armas para defenderse. Antes que pudiera nadie hacer nada, una de aquellas lanzas atravesó por detrás el pecho de Elchei, quien cayó al suelo con un grito de agudo dolor. Una explosión desgarradora surgió de las entrañas de Altan, que intentó acudir a socorrerla sin éxito, pues un certero culatazo se interpuso en su camino, y cayó al suelo aturdido. Intentó arrastrarse hacia ella, impulsado por una fuerza irresistible que enmascaraba el dolor. La vio tumbada a unos metros, con los ojos cerrados, completamente inmóvil. Otro culatazo en las costillas le retrasó unos segundos, pero continuó en su empeño, finalmente, un golpe en la cabeza le dejó sin sentido.

El frío le despertó. Le dolían la cabeza y los oídos. No veía nada... El pecho le oprimía y no podía respirar. Intentó orientarse, pero no sabía dónde estaba... Húmedo y penetrante seguía mordiendo el frío. Súbitamente, se dio cuenta que estaba bajo el agua, se hundía, sin saber con certeza en qué dirección estaba la superficie. Creyó ver una luz y la siguió. Los pulmones le explotaban. Nadaba ahora con todas sus fuerzas hacia arriba, si bien el abrigo no le dejaba subir más. Se dio cuenta que sus bolsillos estaban llenos de piedras, y rápidamente se lo quitó de encima. Unos segundos después, salía a la superficie, agotado. La cabeza le bullía. Con grandes dificultades, nadó hasta la orilla más cercana y se tumbó unos minutos sobre la hierba. Recordó aquella otra vez, en su vida como Eli, cuando estuvo a punto de ahogarse en su viaje hacia Kara, y comprendió que era el cuerpo el que recordaba, como si sus células tuviesen una memoria independiente de su voluntad. Su voluntad, por su parte, buscaba a Elchei y

temía por su vida. Se incorporó con rapidez sepultando los dolores bajo el peso único del miedo. No veía el campamento: según parecía había flotado un buen tramo en la rápida corriente. Debía apresurarse si quería encontrarla con vida. Comenzó a llamarla mientras caminaba río arriba. En la distancia, vio un cuerpo tumbado en la otra orilla, que parecía absorber y concentrar toda la luz de la creciente luna, pero sin desvelar ninguna de las características que podían identificarlo. Sólo era un cuerpo inerte, blanqueado por la luna como la gran piedra en la que se encontraba tumbado. Sus ojos le dijeron que era Elchei, y comenzó a llamarla a voces. Se lanzó a la corriente desesperado, y fue arrastrado río abajo un buen tramo antes de poder alcanzar el otro lado. Corrió con las fuerzas que le quedaban, en lo que le pareció una carrera inacabable. Por fin lo encontró. Era Darmala. Había conseguido llegar a la orilla y encaramarse en una roca, para después desmayarse; perdía mucha sangre por la herida de bayoneta en el abdomen. Altan le reanimó, haciéndole volver al dolor y a la vida en un único y penoso viaje de vuelta.

-Tienes que avisar a la tribu, tenéis que huir hacia las montañas – pudo decir con dificultad.

-¿Dónde está Elchei?

-Ha muerto. La bayoneta le atravesó el corazón, pude comprobarlo antes que me arrojaran al agua. Pensé que tú también lo estabas cuando los rusos te lanzaron inconsciente al río.

Altan sintió que la vida se había detenido. El río apagó su continua risa extática, como si se hubiesen llevado su alma acuática muy lejos, en un solo instante, hasta allá, con la fría luna, en otra región del espacio. En medio del silencio en el que estaba sumido, no habitaba nada definido, nada a lo que la mente pudiera dar un nombre o una forma: sólo impulsos vagos, pegajosamente adheridos

a la voluntad, haciendo de ella una caricatura en tinta del miedo. Elchei no podía estar muerta. Sucumbe el deseo, se agotan los empujes que ponen en marcha y mantienen activo al mundo emocional, sin embargo, ¿cómo puede morir el amor? Una lanza podía haberle abierto el pecho, un río podía haber bebido ansioso el aire en sus labios, pero ¿dónde podría haber ido Elchei, si Elchei estaba en todas las cosas? Le vinieron imágenes de su vida juntos, para construir así mejor una emoción desesperante y dolorosa. Comprobó que el dolor se había hecho autónomo de todo sentimiento, que un peso único había densificado su alma oprimiendo los pulmones, desplazándolos por el tórax y apretándolos contra toda costilla, sacando astillas de cada hueso, que se clavaban afiladas en las vías arborescentes de los eléctricos nervios, contracturando cada músculo en un gesto de rabia. Marchó entonces el miedo de aquella casa de infortunio, para recibir a su hermana la ira vestida de ocasión, un resorte que empuja la rueda dentada del imparable reloj de la naturaleza hacia la destrucción, el gatillazo que gobierna el mecánico proceder de la dormida conciencia de las células en sus violencias crepusculares, perdidas en su indomable delirio de ideas de muerte y mortalidad.

Dejó el cuerpo de Darmala a un lado, y corrió río arriba buscando a los rusos con intenciones de muerte, propia o de los demás, pero muerte, como si una vez que los diablos han sido liberados de la botella de la ira, no hubiese otro reposo que su combustión final en la guerra completa. Sus pacíficos recuerdos de la vida en el mundo de Hurqalya, las lecciones aprendidas del placer, eran tan poco freno a su determinación de asesinato como la vida de Eleazar Feldman, lector de sabios griegos y peregrino del conocimiento. Su comprensión detallada de los mecanismos de la personalidad, de las fuerzas que llevan a los hombres de un lado a otro como marionetas del destino,

y les hacen peleles de impulsos básicos, de instintos infrahumanos que duermen en oscuras habitaciones más allá de la conciencia animal, de nada le servía ahora, y nada, pasado o futuro, tendría ninguna utilidad o provecho si no era primero pasado por el filo de la muerte, la nihilidad, la extinción definitiva. Como escrito en el aire, se borra el conocimiento cuando urge la vida. Con la rapidez contundente del felino, cae el instinto sobre la conciencia, telón precipitado que oculta la visión que la mente tuvo de sí misma en el mundo, y muere el soplo de la lucidez sepultado por el dolor de la sangre fresca. Donde hubo una emoción de ternura, bate sus alas un ángel exterminador que dice basta a todas las formas de injusticia en el mundo, y, al empuñar su espada flamante, su rostro se vuelve demonio desmesurado, capaz de desatar una tormenta que apague los fuegos de la viciosa crueldad, o extinguir de un manotazo pequeñas velas de ínfima cera en las que ardieron vidas que tomaron gozo en el daño. Muerte, pero queriendo decir final del juego, nuevas cartas, un nuevo principio, otra oportunidad para algo mejor, tras el hastío y larga regurgitación de una inadaptación continua al carrusel de la violencia, de la torpeza y de la inercia, muerte para todos, para todo, deteniendo los abismos en contundente frontera, alcanzando un límite en un soplo de frescura para una pesadilla ilimitada.

El fuego de campamento de los rusos se hizo visible antes que sus voces fuesen del todo inteligibles. Tuvo cuidado de no acercarse con viento a favor, para que no le reconociese su caballo y relinchase. Por un momento, fue consciente que aquel mismo fuego lo había encendido Elchei unas horas antes. La proximidad a sus cosas, sus pieles, el mismo caballo que ella montaba con tanta destreza, agudizaron su dolor y fortalecieron su determinación. Observó con detenimiento a los rusos. Dos de ellos eran cadáveres, que habían tapado con unas mantas

más alejados del fuego, con la intención de llevarlos al día siguiente de vuelta al cuartel de Gorno. Otro parecía seriamente herido, y dedujo que había sido obra de Jochi Darmala después que él perdiera el conocimiento. Los tres restantes se calentaban al fuego, con sus bayonetas cerca, mientras bebían vodka. No lo pensó demasiado, cogió una piedra de unas dos veces el tamaño de su mano, y se arrastró hasta un árbol que cubría las espaldas de los hombres a unos cinco metros. En cuanto creyó que la distancia ya no era ventaja para los soldados, se levantó y corrió hacia ellos. Dos le vieron llegar pero la situación era tan inesperada que no consiguieron moverse deprisa. El tercero ni se dio la vuelta, y sobre él cayó la piedra furiosa abriéndole la cabeza. Sin detenerse, cogió la bayoneta del caído y le disparó en la cara al soldado que se abalanzaba sobre él, continuando el movimiento para atravesar el pecho al otro soldado que, con un cuchillo, le atacaba por la derecha. Con excitación creciente comprobó que los había matado, y, con la misma bayoneta, avanzó ahora para acabar con la vida del herido que aterrorizado e impotente le miraba tumbado junto al fuego.

-No lo haga, por favor... no me mate...

Altan le miró a los ojos. La hoguera se reflejaba en su pupila como una zarza ardiente proveniente de un lugar lejano y sutil. Vio cómo el alma de aquel desdichado se asomaba al precipicio de la muerte, sin comprender su alcance, como viajero que llegara a tierra ignota proyectando sobre ella todos sus errores y fantasmas, desfigurándola con un miedo al vacío acompañado por un instintivo rechazo a más dolor. Tan espontánea palpitación fue como un amanecer súbito en las montañas, y quedó despojado de la fuerza de la ira, quedando en su lugar un asombro desmesurado. El arma cayó al suelo abatida por una mano invisible, que en su húmedo y tremendo golpe le dejó lágrimas profundas corriendo por sus mejillas. Los

caballos, nerviosos y asustados por la pelea, forcejeaban para soltar las riendas de las ramas que los aprisionaban. La parálisis momentánea que le había sumido en la eternidad del instante se disipó, y, con su fuga, volvieron los dolores que atenazaban su cuerpo, y la ansiedad y el cansancio que le seducían con el sueño. Recordó que había dejado abandonado en la orilla, río abajo, a Jochi Darmala, y que debía socorrerlo si aún vivía, o, en todo caso, volver con el clan y contarles lo ocurrido para que marcharan al sur, hacia Dzungaria, evitando posibles represalias de las autoridades rusas. Montó su caballo, y los demás le siguieron de forma espontánea, con inquieta galopada, hacia el corazón de la noche.

30

El camino subía despacio por la colina varios cansados kilómetros de seca soledad mongola, rojizo, duro, desnudo, con un aire fino, vacíamente espectral, que le hizo dudar sobre su estado de vigilia. Los colores eran tan intensos como en ese mundo de los sueños en el que parece que las emociones se han teñido con todas las variedades de la luz, dando un perfil más definido a las cosas que las que tienen en la cotidianidad perceptiva de la vigilia, haciendo que las estupas refulgieran con un relampagueante oro blanco en la distancia. El sol, ya bajo, iluminaba el terraplén, que a su izquierda caía treinta o cuarenta metros. Abajo, un grupo de perros peleaba por la comida con la ferocidad o la urgencia con la que un estómago carnívoro afronta la vida. No acertaba a distinguir lo que comían, y pensó que debía ser un basurero del pueblo, que servía de comedero a los menos afortunados de los animales locales. Inesperadamente, apareció un perro desgarbado que llevaba un gran hueso como trofeo, del que no se habían desprendido aún las fibras musculares que un día lo dinamizaron en el mundo de los vivos. El perro le gruñó con descaro, pero no le prestó más atención, y siguió su camino hacia la lamasería; le dolían los pies y se reconfortó pensando en lavarlos y masajearlos. Unos diez metros delante, aparecieron un par de perros más, uno de ellos grande, que le miraban con toda su atención. Comenzaron a ladrarle, y, unos segundos más tarde, aparecieron cuatro más, a los que siguieron otros cinco de diferentes tamaños y corpulencias. Intentó amedrentarlos con la vara de camino que llevaba, sin embargo, los animales, que le habían rodeado por completo, apenas se apartaban lo necesario para evitar el golpe, volviendo inmediatamente a mantener su amenazante posición. Lo comprometido de la situación le hizo sentir la punzada del miedo. La jauría le

iba acorralando contra el terraplén, esperando cualquier signo de debilidad o mal paso para atacarle. Los perros que estaban detrás se hicieron a un lado, como obedeciendo a una mente colectiva, dejándole vía libre para una caída segura. Miró hacia abajo, y por primera vez vio, para su asombro y horror, que los canes estaban haciendo una fiesta con cadáveres, por algún motivo arrojados allí sin enterrar. Los animales habían probado carne humana, y le habían perdido todo respeto al hombre, aunque por precaución y efectividad operaban de manera metódicamente predadora. Por un momento, fue capaz de observar su situación, y comenzó a sonreír por la ironía: había sobrevivido Kara, caídas de caballo, patrullas de rusos asesinos, y ahora iba a morir devorado por los perros. Algo que estaba muy cansado en su corazón se alegró, algo que no quería sobrevivir a Elchei, un dolor agudo que buscaba su final en todas partes.

Él mismo había muerto una vez más, esta vez como Altan, cuando dejó a la tribu después de acompañarles a la Dzungaria. Los lazos que le habían unido al grupo: Elchei, Gorbesu, Jochi Darmala, estaban disueltos, y debía seguir su camino a solas, o mejor, acabarlo de una vez. Ahora daba el nombre de Mihail Radlov cuando le preguntaban, como aquel antropólogo ruso cuyo diamante le llevó a la perdición en las prisiones de los hombres, un nombre cualquiera para un hombre sin identidad al que había engullido la inmensidad del Asia y de la vida. Nombres... formas...irrealidad...

Unas voces que se acercaban le sacaron de la auto hipnosis de la memoria errabunda. Los perros se inquietaron al ver que llegaba gente, y el más grande intentó morderle con decisión, a lo que respondió con un fuerte palo en la cabeza, que lo amedrentó. Tres jóvenes lamas se acercaban corriendo, dando palmas y cantando, con efecto inmediato sobre los animales, que rompieron su

formación para dispersarse en diferentes direcciones. Los monjes les arrojaron pan hacia el terraplén, y en su busca se lanzaron descontrolados, dirigiendo ahora su hambre salvaje a la disputa de unos contra otros. Uno de los monjes le ofreció agua sonriendo, a la par que una respetuosa inclinación. Le dijeron algo en mongol que no entendió por completo, aunque la intención y los gestos le invitaban a que los siguiese hasta el monasterio.

El limpio patio de la lamasería le produjo la misma sensación de familiaridad que su antigua yurta. Se lavó cara, manos y pies, y fue conducido a la gran sala octogonal de meditación en la que los lamas estaban cantando sutras. Se sentó como los demás en la posición del medio loto, y se dejó llevar por la monotonía de los cantos. El incienso era denso, intensificado por la acumulación de monjes, que añadía al ambiente la espesura de los distintos olores corporales. Al poco, la cualidad tierra del olfato dejó paso al fuego de las voluntades, sentadas hora tras hora en pétrea postura, y luego, al aire de alguna de las melodiosas voces, que sonaban como un viento profundo en la noche de la lejana montaña de Altai, para, más tarde, abrir el paso al éter de un sentido espiritual, perfectamente intuible en las palabras sagradas. Creyó que tomaban significado en su mente, y empezó a entender los cantos:

De la ignorancia depende el karma
Del karma depende la conciencia
De la conciencia dependen el nombre y la forma
Del nombre y la forma dependen los seis órganos de los sentidos
De los seis órganos de los sentidos depende el contacto
Del contacto depende la sensación
De la sensación depende el deseo
Del deseo depende la atadura

De la atadura depende la existencia
De la existencia depende el nacimiento
Del nacimiento depende la vejez, la muerte, el dolor,
el lamento, la miseria, la pena y la desesperación.

Abrió los ojos al notar que una mano se posaba sobre la suya. La cara era familiar, pero la memoria no podía dar crédito a lo que veía. Había cambiado. La cabeza estaba afeitada, pero su sonrisa, que había visto resplandecer en un lugar olvidado de toda luz y alegría, había quedado grabada por un fuego profundo en la tablilla de cera del pasado.

-¿Ayas? ¿Qué haces aquí?

-Así me llamaban hace mucho tiempo. Te estaba esperando.

-¿Para qué?

Los ojos de Ayas sonrieron.

-Aquí empezó y aquí debe terminar. Llega tu momento de despertar. ¿O quieres retrasarlo?

-Retrasar, adelantar... no deseo ninguna cosa. ¿Vas a volver a llevarme a tus mundos de chamán? Los he conocido a fondo en estos últimos años, y ya no me interesan, no quiero ir. Busco paz, la vida es pura miseria y quiero morir. Pensé que un monasterio sería un buen sitio para morir en vida. ¿Puedes ayudarme?

-No puedo darte nada que tú ya no tengas, pero desde tu punto de vista, sí, puedo ayudarte a morir.

Por un momento, la mirada de Ayas le asustó. Una luz le estaba viendo a través de sus ojos con la fuerza de un fuego devastador.

-El ego nunca quiere morir –dijo suavemente Ayas como si leyese sus sentimientos. -Hay que ofrecerle hierba fresca, como a un asno obstinado que no quiere hacer la tarea. Hierba fresca... Amor...Un prado ancho y verde, eso es para él el amor. El asno no ve la labor que en su prado tienen el agua y la luz, el mismo agua que le fastidia en forma de fría

nieve o sol abrasador. Tu ego viene hasta aquí y dice que quiere morir, pero lo que realmente quiere es hierba, hierba, hierba. Sólo con la hierba del amor puede el burro convertirse en un corcel brioso y entregado, en el que tu ser galope por la vida. Quien domina el asno entra en su corazón como Jesús en Jerusalén, con vítores, palmas y hosannas.
-No sabía que te interesase el budismo, ni que hubieras leído los evangelios. Te noto distinto.
-Tú has cambiado. En Kara necesitabas un chamán, y en mí lo encontraste. Ahora necesitas un monje, y eso es lo que tienes. Ven, sígueme, quiero contarte algo.

Salieron de la sala de meditación y la noche les recibió misteriosa. El fino aire no sólo le llenó los pulmones, sino que expandió su ánimo con violencia, desplazando su corazón hacia la fuente de las lágrimas. Lloraba de alegría, por la serenidad que por primera vez en meses visitaba su mente fatigada, y por un "no sé qué" que irradiaba el tuviano que le producía la sensación de haber vuelto a casa, lo que hasta ese momento sólo había experimentado en presencia de Elchei.
-Perdóname, no sé qué me pasa... Siento que he vivido demasiado, y que no puedo ya beber ni un solo sorbo más de esta vida. Mi corazón está resquebrajado como tierra sin lluvia, yermo, sus nutrientes han sido evaporados por demasiado sol y demasiado viento, y ya no pertenezco a este mundo. Cualquier acción me agota antes de poder iniciarla. El sabor de la comida satura mi paladar con la segunda cucharada. El alba o el atardecer son tan bellos que no puedo contener las lágrimas, pero también el sonido de mi cuenco de comida contra una roca me hace escuchar cantos secretos de dolorosa belleza. Si alguien me habla me produce tanta felicidad y tanto hastío, que debo salir corriendo antes de caer al suelo gritando como un poseso. Hace unas horas, casi me devoran unos perros al llegar

aquí, y, de repente, me invadió un miedo instintivo a la muerte, mientras que mi corazón quería arrojarse en sus fauces como víctima sacrificial. He matado para salvar la vida, y he matado por venganza, queriendo castigar a los que me arrebataron el amor y la posibilidad de ser feliz, sin embargo, siento que mi corazón está completamente inmaculado, aunque mi vieja razón me arroje en la mazmorra de la culpa, y me consuma una emoción febril y enfermiza de pecado... Ahora me desmorono ante estas estrellas y me rindo, y tan sólo deseo que me absorba el silencio...

-Aquel que ha visto desnudo al amor está condenado a muerte. Esa muerte es lo mejor que le puede pasar. Nadie te ha arrebatado el amor, nadie podría, simplemente te consumes en su llama. El que ama sólo encuentra consuelo en el amor, bendice tu estado, pues es la puerta que te abre al misterio, y te lleva de vuelta a casa. Ahí he de conducirte, pero para ello, primero debes internarte más profundo en ese amor. Escucha mis palabras, tengo una historia para ti: un bálsamo y una respuesta. Para quien ama, toda historia de amor cuenta la suya propia: para conocernos y despertar siempre necesitamos un espejo.

-Oí decir que, hace mucho tiempo -continuó Ayas-, aunque el tiempo no es algo que pueda ser mucho ni poco, cuando Gengis Khan conquistó Samarcanda, dejó a cargo de tan importante plaza a uno de sus grandes generales, al que sus enemigos llamaban Aziz, el victorioso. Aziz era un hombre fuerte, seguro de sí mismo y de la ley, conocedor de su lugar en el orden de las cosas, fiel al Khan que gobernaba todo bajo el cielo. Aziz, la espada del emperador, creía conocer el corazón de los hombres, gobernado por los deseos, y se vanagloriaba de ser invencible al haber renunciado al poder personal en favor de la ley.

Una noche clara que paseaba sin escolta por un jardín de la ciudad, se encontró con una joven que, tumbada sobre la hierba, observaba las estrellas.
-"No es tiempo ni lugar para una niña como tú. Te expones aquí a los peligros de la noche. ¿Saben tus padres que andas sola?" –intervino Aziz que apenas podía ver el rostro de la joven.
-"Perdonad, señor, si mi presencia os incomoda. El tiempo sí es el indicado, pues nadie aún ha podido observar las estrellas durante el día, y el lugar es especialmente favorable: aquí no me molestan las luces de las casas, y el perfume de las rosas hace aun más gozoso el respirar con los astros. En cuanto a mis padres, nada saben de mis escapadas a este observatorio, en el que desde niña me miro en el espejo de la noche."
Aziz quedó sorprendido por la espontaneidad de su respuesta, y por el aura de quietud que la joven irradiaba.
-"¿No tienes miedo estando sola?"
-"Nadie está a solas cuando ama, y no hay otro miedo cuando se ama que el de perder el amor. Además, Al Akrab me protege desde los cielos con su aguijón gigante."
Aziz, miró hacia el sur que señalaba el dedo de la niña, y, casi en el horizonte, vio el esplendor de la constelación.
-"En China la llamamos Tsing Lung, el Dragón Azul, aunque hubo un momento en el que la llamaron Ta Who, el Gran Fuego" –se rindió al fin Aziz al hechizo de las luces celestes.
-"Mi favorita, sin embargo, es Al Shilyak. Dicen que fue la lira de un cantor griego al que llamaban Arión, amigo de delfines. Me recuerda a mi amado, que también canta con su laúd los más bellos poemas de amor. ¿Quieres que te cante uno?" –preguntó entusiasmada.
-"Nada me gustaría más."
La joven inspiró un par de veces despacio, y después comenzó a cantar con extraordinaria dulzura.

“Es amar establecer
El alma siempre en el Uno
Recordar y hacer presente
En nosotros al Dios Vivo
El Todo en su generoso
Ser abierto en este mundo
Que tanta sed nos da y tanta agua.

Amar es siempre invocar
Supremamente la luz
Que así corre presurosa
Hecha sagrada alegría
A cerrar separaciones
Tendiendo una larga escala
Que ensalza hasta la verdad
Y mira con ojos libres
El horizonte de infinitud
Prendido en la humana belleza.”

Aziz pensó que las notas le habían abierto un orificio en el pecho del ancho de un puño. No podía hablar, y se sentía congestionado. Se mareó y tuvo que tumbarse. Lo que ninguna espada había conseguido quebró en un instante la voz de una mujer. Indefenso y vulnerable, el Gran General notó lágrimas de felicidad corriendo por sus ojos. Ni sus conquistas guerreras, ni el nacimiento de su hijo menor, le habían producido una emoción así. Temblaba como la hoja de un naranjo que amanece a la brisa de la primavera. Sus ojos se habían quedado clavados en las estrellas de Chih Neu, la joven hilandera, y, por un instante, el vértigo le hizo pensar que caía hacia arriba, y era absorbido por el firmamento, entrando en un estado de bienaventuranza que fue disipado por la primera luz gris del alba, la cola del lobo, y el ligero aire de la mañana. Estaba solo.

Pasó el día distraído, atendiendo los deberes de su cargo con ayuda de la inercia que genera la práctica prolongada de un oficio. No podía quitarse de la cabeza su experiencia de la noche anterior. Le consumía el deseo por ver el rostro de la joven... de su amada, sí, por fin lo admitió, y le dio el nombre debido, y, con el nombre, volvió la borrachera de la víspera, como si la evocación de la amada pudiera hacerla presente. Se preguntaba cómo serían sus ojos. ¿Tendría un rostro vulgar? ¿Cómo puede ser vulgar el rostro del Amor? Se sorprendió a sí mismo con estos pensamientos de enamorado, ardiendo por la lentitud con la que discurría el día, buscando el alivio benzoico de la noche, en la que volvería al jardín a esperar que apareciera. Pero ni la luna ni la joven llenaron esa noche, inflamando más su corazón con el aceite de la ausencia. Las estrellas habían dejado de ser luminarias de la noche, para transfigurarse en los ojos de la amada, pero también las cosas más cotidianas habían cambiado sus sentidos, y hablaban continuamente desvelando sus divinos propósitos. Puntualmente acudió a la cita de los astros durante una semana, hasta que al octavo día volvió a aparecer la joven, y Aziz resucitó.

-"Oh, estás aquí" –se sobresaltó al verle sentado en la hierba.

La luna había cubierto su rostro redondo con la luz del sol, y Aziz quedó extasiado con la belleza de su amada bajo tal blancura.

-"¿Cómo te llamas?"

-"Suleika, como mi madre."

-"No te asustes, querida niña, no voy a causarte ningún mal. He vuelto porque sólo tú me puedes devolver la paz perdida. Desde el otro día, no he podido dejar de pensar en ti, con un sentimiento tan agridulce que no sé si estoy gozando de dolor o envenenado de alegría. Nunca había conocido semejante felicidad, y hoy que veo tu rostro ya no

tengo ninguna duda: quiero que seas mi esposa. Tu vida a partir de ahora será rica y regalada, y ninguna preocupación te ha de turbar.”

-“¿Dices que no quieres causarme mal y me hablas así? Tiemblo sólo de escucharte. Temo que, siendo tú un hombre poderoso, como delata tu aspecto, puedas hacer daño a quien amo más que a mi vida. Mi corazón no está en venta, ya ha sido comprado por los ojos de mi amado, y no me pertenece, como tampoco te puede pertenecer a ti. Sólo se puede servir a un rey, y yo sólo vivo para servir al mío. Así que, si tu amor es verdadero, déjame marchar, o sal tú de mi vida antes que la desgracia nos arrastre a los dos hacia la tormenta.”

Ya era tarde para embridar el potro del amor, y las palabras de Suleika no hicieron sino avivar un fuego bien prendido. Aziz, con el juicio turbado por un rizo de Suleika, no estuvo dispuesto a renunciar a la dicha que su amor suponía. Se descubrió a sí mismo como el Gran General de Gengis Khan, y ordenó a la joven que le llevase a su casa para pedirla en matrimonio a su padre. Suleika se asustó, pensando que un hombre tan desairado podría tomar represalias contra los suyos, y llorando le condujo hasta la humilde casa, deseando que la desgracia sólo cayese sobre sus propios hombros.

El padre de Suleika era alfarero, un hombre sencillo que había entregado su mísera existencia a Dios.

“Señor,” -le rogó a Aziz- “mi hija ama a otro hombre, y así mala esposa puede ser. Si os la lleváis, pues la fuerza de la espada está en vuestras manos, Suleika se marchitará, y el perfume que ahora os embriaga se perderá para siempre, enterrado en las profundas arenas del harén de un hombre poderoso. ¿De qué os sirve una rosa marchita? Dejadla en el rosal, y dad gracias al altísimo que hizo tanta belleza, y os otorgó los ojos capaces de reconocerla. Pero si vuestra espada es sólo la espada de la fuerza, no es la espada de la

Verdad, y Al Muqtadir, El Creador de Todo Poder, no la sustentará por mucho tiempo."

La madre de Suleika, que no aprobaba al pretendiente poeta, vio una espléndida oportunidad para toda la familia de ascender en una noche a lo más alto de la escala social.

-"No hagáis caso, Señor, a lo que dice mi viejo marido. Está muy cansado y su mente ya desvaría. ¿Qué saben los niños lo que es bueno para ellos? ¿No es labor de adultos orientarles y llevarles de la mano por la dura senda de la vida hacia las cosas con valores permanentes? Suleika apenas tiene diecisiete años, y su juicio ha sido turbado por unos cuantos poemas de un derviche. Vos que sois magnánimo tenéis que comprenderlo. Ya le he dicho en muchas ocasiones que las bellas palabras no le darán de comer, que tiene que buscar un hombre de verdad, que viva en este mundo. ¿No es acaso Allah también señor de este mundo? ¿No es llamado Dhul-Jalali Wal-Ikam, el Señor de la Majestad y la Abundancia? Tomad a Suleika y llevadla con vos, en unos meses se le habrá olvidado su chiquillería, y será una esposa excelente que adornará vuestro esplendor de gran guerrero."

Fue acordado que en tres días se celebraría la boda. Suleika sería la cuarta esposa de Aziz. El general del Khan hizo grandes preparativos para recibir en casa a su nueva mujer. Sus otras esposas, que le habían seguido desde China una vez la situación en la ciudad fue controlada por el ejército vencedor, aceptaron la voluntad de su señor, y se dispusieron a recibir a una hermana pequeña a la que entre todas tendrían la obligación de hacer mujer.

Suleika, en casa de sus padres, nada celebraba, y la boda no era más que el anuncio de su fin inminente. No pudo avisar a su amado, pues la guardia del general impidió férreamente el paso noche y día a la casa, y la madre de Suleika guardó especial celo para que nada enturbiase tan magnífico plan. Suleika rogó a Dios que le diera la muerte,

y tan grande fue el dolor que experimentó su corazón, que en el alba del día de la boda su vida abandonó su cuerpo con un prolongado suspiro. En su mano tenía un poema de su amado:

"He bebido el vino de Al-Hallaj
Y en mi corazón amaneció el silencio eterno.
Yo soy el Amado, soy El que Ama, soy el Amor.
Aunque no soy nada
Yo soy la Verdad."

La noticia fue un puñal de fuego para Aziz, un cántaro de agua helada para la madre, y el sable que ciega los ojos al mundo para el padre, que ya no volvió a encontrar consuelo entre las cosas de esta vida. La perspectiva de no volver a ver a Suleika enloqueció a Aziz, quien perdió apetito y sueño. Muy pronto, marchó también el interés por sus mujeres e hijos, por el gobierno de la ciudad, por su nombre y su honor, por la vida y la muerte. Se culpaba de la muerte de Suleika, y esperaba y quería el castigo compensatorio por haber dado muerte a un ángel. Se despreciaba como el ser más ruin de la creación, y su vida apareció ante él como un cúmulo de errores, un extravío total al servicio del ejército invasor de un emperador que no conocía la medida de las cosas. Le acosaron los fantasmas de todos los muertos que recaían sobre su conciencia. Revivió una y otra vez escenas de batallas, en las que dio muerte con total inconsciencia, siguiendo un código guerrero que ya no le escudaba de nada, hundido en la sangre como en un mar de dolor impenetrable.

Finalmente, en uno de aquellos amaneceres insomnes, montó a caballo y se lanzó hacia el norte, buscando las estepas de Kirguizia para que le dieran la muerte. Tras una semana agotadora, su noble semental cayó muerto en un

páramo desolado. Sin comida y sin agua, Aziz, se preparó a rendir su alma al Creador, y ya estaba sin conocimiento cuando acertó a pasar por allí el grueso del ejército kirguís, que se dirigía hacia Astana, para golpear en un punto débil el desmesurado y ambicioso cuerpo del Khan. Aziz fue reconocido por el general al que en otro tiempo venciera, y aquel no perdió la oportunidad de humillarlo llevándolo de esclavo.

Diez años pasó viviendo en la profundidad de una mina, saliendo a respirar al aire libre tan sólo una hora al día. Con tan espantosa tortura murió el gran general, y Aziz encontró la vida. La única palabra que salía de sus labios era el nombre de su amada, y la transformación más completa le dio un nuevo corazón y una nueva alegría. Comenzó a esculpir, en los ratos que el látigo concedía reposo, bellísimos rostros sobre la roca dura. Lejos de la luz, en el interior de la montaña, fueron apareciendo bustos de Suleika que la sorprendida antorcha no podía sino venerar en silencio. Los mismos carceleros se extasiaban ante la obra de Aziz, y acabaron por dejarle libre para que hiciese su trabajo. La bondad que irradiaba de su corazón fue transformando poco a poco a cuantos le rodeaban, y se extendió la voz de que un gran santo esculpía rostros de ángeles en las profundidades de una mina.

Muy pronto, hubo quien vio en ello una oportunidad comercial, y vendió a buen precio alguna de las estatuas. La obra de Aziz fue conocida en toda la región, y llamó la atención de la mujer de un rico mercader cristiano, que buscaba un escultor para el panteón familiar. A través de su amistad con el gobernador de la región, hizo que le llevaran a Aziz ante su presencia, y el corazón de la dama quedó sobrecogido cuando vio el aura de santidad que le envolvía, y el amor que irradiaban sus ojos. Después que ella le propusiera riquezas y comodidades a cambio de sus servicios de escultor, Aziz le respondió con dulzura.

-“Señora, me tomáis por lo que no soy. Yo no esculpo. Suleika está en todas las cosas, y yo simplemente me limito a sacarla de la piedra, para gloria de estos cansados ojos. Ni vos ni vuestra familia estáis en la roca, y nunca podría yo haceros salir de ahí.”

La mujer quedó desconcertada. Era de familia rica y estaba acostumbrada a hacer siempre su voluntad; ahora se veía desafiada por un esclavo que le producía a la vez la mayor inquietud y una forma desconocida de paz. Despidió a los sirvientes quedando a solas con Aziz.

-“¿Quién es Suleika?” –quiso saber.

El rostro de Aziz se transfiguró entonces: donde antes había una cara tallada en arrugas por largos sufrimientos, ella vio un ser luminoso que ni siquiera parecía humano, del que salía un continuo melodioso de palabras de amor que embriagaban más que los vinos del Mar Negro. El tiempo se detuvo, y no supo más.

-“Por eso, señora,” -concluyó Aziz –“no puedo hacer vuestro encargo. Sólo se puede servir a una reina, y mi corazón tiene grabado el nombre de Suleika.”

La mujer tardó unos minutos en salir del trance. Sudando, se quitó el pañuelo con el que cubría la cabeza, y pidió agua. La sensación era nueva para ella y no pudo comprenderla sino asociándola a una antigua. Como vivía en su cuerpo y para su cuerpo, un fuerte deseo hacia Aziz le incendió las entrañas. Se le ofreció allí mismo, sin tener en cuenta su condición, ni la situación en la casa. Aziz declinó con una sonrisa de ternura.

-“No confundáis las cosas, señora. Habéis escuchado las palabras del amor, y creéis necesitar un objeto para darle forma, y os habéis infatuado de este pobre cuerpo viejo y cansado. Tomáis el mensaje por el mensajero. Si necesitáis una forma dadle la de vuestro esposo, y desde él id hasta donde os lleve el sentimiento.”

-“¿Puede alguien evitar que las hojas no dejen los árboles en el otoño? ¿Y que no se rompa el cántaro al golpear la piedra dura? ¿Puedes evitar tú amar a Suleika? ¿Cómo podría yo dejar de arder por dentro?”
-“Si comprendéis esas cosas, entenderéis porqué yo no puedo atender a vuestros ruegos.”

El persistente rechazo de Aziz transformó el deseo de la mujer en un golpe de ira.
-“Pues no serás de nadie más. ¡Socorro, ayuda! ¡Socorro!”

Varios criados entraron a toda prisa, y en seguida llegaron dos guardias. Aziz fue acusado de intentar violarla y llevado a una oscura mazmorra. Esa misma tarde la mujer estaba arrepentida de lo hecho, si bien ya era demasiado tarde. El gobernador amigo le condenó a morir decapitado al día siguiente, en la plaza pública. Cuando llegó el momento, la autoridad decidió que como castigo ejemplar se le amputaran primero las dos manos. Aziz miró con serenidad al verdugo mientras la muchedumbre le insultaba vociferando. Un chorro rojo salpicó el patíbulo. Aziz se acercó los muñones a las mejillas como para darse color.
-“No quiero que Suleika me vea pálido” –fueron las últimas palabras que pronunció su cabeza antes de ser separada del cuerpo.

Los meses siguientes vieron la locura de la mujer, quien, totalmente poseída, perdió el interés por las cosas del mundo. Con los años, fue absorbida por completo en el amor hacia Aziz, y aunque murió repudiada y mendiga en las calles, su corazón albergó el fuego sagrado, incendio que después también asoló la vida de su atónito marido.

Ayas guardó silencio, y pareció que el universo entero se hubiera aquietado. Altan no podía pensar. La noche serena envolvía a los dos hombres en un único manto. Quizá una hora más tarde, volvió la mente de Altan de su lejano vuelo. El relato le había confrontado directamente

con su dolor, y un río incontenible de lágrimas benignas arrasó su rostro.
-Una historia de Amor es un medicina para las heridas del alma, aunque tenga la propiedad de reabrirlas y echarles un poco de sal. ¿Puedes poner en una sola copa la alegría más intensa y el dolor más insoportable, y luego beber la mezcla? Entonces puedes amar. Crees que tu vida es una carga porque el amor te ha consumido como un ácido, pero esa muerte es la llave que te abre a ti mismo, agradécela. No te engañes pensando que el amor es una emoción, o un impulso biológico, o un sentimiento, no: el amor es la matriz que genera todos los impulsos, todas las emociones y todos los sentimientos. Podrías saber los nombres de toda roca, planta y animal que hay sobre la tierra o bajo las aguas, incluso podrías vivir las vidas de todos los seres de los tres reinos, y conocer sus leyes, y las que hacen girar los astros y llevan de uno a otro lado las inciertas existencias de los hombres, podrías obtener todos los tesoros de este mundo en incontables encarnaciones de riquísimos reyes, dominadores de la tierra, y creer que has atisbado el propósito divino en todas las cosas, siendo todos los sabios que han pisado el planeta, pero si no has conocido el amor, nada has entendido y nada tienes. Aunque pudieras, mediante un acto único de voluntad, conseguir estas cosas, bastaría un soplo ínfimo de la belleza de la Amada para desbaratar tu logro como un castillo de naipes. Sólo a través del amor se llega al conocimiento del misterio insondable del corazón. Amar es perderlo todo para dejar sitio al amor. ¿Qué amor es ese que puede convivir con otra cosa? Vacío ha de estar el corazón para recibir lo que ama. Quien está lleno no puede amar, si bien el amor es la mayor plenitud. No puedes adorar a la vez al mundo y al amor, y sólo el amor te da la llave para todos los mundos. Aún así, ni este mundo ni el siguiente valen un gramo del amor sincero, que continuamente busca una

oportunidad para morir ante sí mismo. Muere, muere en este amor, en este instante, reconócelo, y no digas que buscabas conocimiento o paz. La paz y el conocimiento siguen al amor una vez que el amor ha ardido y se ha consumido a sí mismo. El amor es el principio. Alto o bajo, sutil o grosero, el amor o la destrucción mueve el universo en su sacrificio sin fin. El amor es cuando tú no estás, pero tú siempre te pones en su camino, y el amor sólo se reconoce en el Uno, aunque juega a hacerse el Otro para poder ofrecerse ante sí mismo. Ama para comprender, y comprende para poder amar.

La mente de Altan comenzó a girar atrapada en un violento torbellino, no tanto por lo que las palabras de Ayas significaban como por la intensidad que esas ideas alcanzaban en su presencia.

Durante un momento, viajó por las frías montañas de Altai...y llegó a orillas del Lago Uuvs Nur... y a la luz de un fuego naranja, en una cueva solitaria, disparó una flecha al corazón de un chamán, notando en ese único instante que el suyo propio se rasgaba, herido por otras poderosas e inaudibles palabras.

31

El largo porche de madera, orientado hacia el sur, era lugar favorito de los monjes para las charlas del mediodía. La conversación no era una actividad de tanto prestigio como la meditación, pero en la tradición monástica había sido probada como uno de esos elementos del Samsara de carácter doble: fuente para la liberación y nido de cadenas. Allí, se comentaban los textos sagrados mientras se caminaba en invisibles mandalas, o se daban instrucciones para las innumerables prácticas espirituales que llevaban a los monjes de un instante hasta el siguiente, en su eterno viaje circular por las vías de la realidad y la ilusión.

La vida ordenada del monasterio y la compañía de Ayas habían conseguido disipar la ansiedad de su corazón. Volvía a ser Altan, hombre de Altai, y pretendía ir hasta el fondo de su torbellino de nombres, formas y vidas, quería mirar más allá de las máscaras de las identidades personales, en busca de la presencia que tras ellas intuía. Llevaba un tiempo practicando con Ayas a traspasar la puerta del silencio. La paz que encontraba en ese no-lugar tenía cura y respuesta para todas las inquietudes.

-Cualquier resto de personalidad que tengas, debe desaparecer ahora. Conserva el amor que has ganado, y elimina los objetos y personas al que lo asociaste. Olvídate de tu historia y conserva el néctar del relato. Debes ser fuerte para afrontar lo que te queda por pasar.

-¿Qué quieres decir? –se inquietó Altan sabiendo que Ayas no hablaba nunca a la ligera.

-Ya estás más sereno que cuando llegaste al monasterio, pero sigues lleno de apegos que pesan sobre ti como un lastre de mil rocas, y eso va a hacer difícil que comprendas lo que exactamente te está ocurriendo.

-¿Qué me está ocurriendo, viejo amigo? ¿Acaso no he comprendido aún lo que fue mi vida?

-A veces la comprensión no está donde uno espera, y ni tan siquiera uno está donde cree estar – dijo como si le ocultara algo a Altan. -Me gustaría que hiciésemos juntos una práctica budista, vamos dentro.

Los dos hombres cruzaron el patio hasta otro porche, y entraron en una austera habitación presidida por un gran mandala que representaba el Bardo Todol. Se sentaron cómodamente en posición de meditación y cerraron los ojos. Unos minutos más tarde, Ayas comenzó el recitado de un sutra. Dejó que reverberasen sus significados unos minutos, y después habló pausada e hipnóticamente.

-No abras los ojos, cierra tu mente a esta habitación y sígueme en un largo recorrido. Como recuerdas, esta mañana fuimos al pueblo, donde mendigamos nuestro desayuno, y antes estuvimos cantando en la gran sala, tras la meditación del alba, y previamente hicimos las abluciones que inician nuestro día. El recuerdo exhaustivo y sistemático hacia atrás de lo que constituye la experiencia vital de cada uno es el ejercicio del Cuarto Gran Poder. El propósito es llegar a traer hasta la mente no sólo esta existencia al completo, sino otras vidas previas a nuestra encarnación. Quiero que ahora tú hagas lo mismo, a partir del momento en que llegaste al monasterio.

-Preferiría no hacerlo. El pasado es solo dolor, es como bailar con cadáveres a los que la memoria se empeña en vestir de gala.

-Sé que es doloroso, pero tienes que confiar en mí. Debes salir del estado en que te encuentras, pues temo que puedas perderte ahí para siempre en un sueño circular.

-No te entiendo.

-Ahora no puedes. Haz lo que te digo y comprenderás.

Altan retrocedió sin ninguna dificultad hasta el día en que llegó, recordó cómo fue rescatado de los perros, la caminata hasta la lamasería, el viaje interminable en caravana desde Buyant, desde Bulgan, desde Ulleguei,

donde vendió las pieles que le dieron el dinero para el viaje, y donde, durante un mes, el alcohol le postró en un tugurio, en un desesperado intento por conseguir que alguien le quitara la vida y la memoria de Elchei, de Kara, de Rachel, y de todo ser viviente con el que se había cruzado en su existencia. Una voz en su interior le instó a que fuera recuperando los detalles, y no sólo la línea general del pasado. Supo que era Ayas quien le hablaba, y, aunque no entendía cómo podía estar allí mismo con él, dentro de su cabeza y sus recuerdos, no le sorprendió: sabía que el viejo chamán, o monje, o lo que fuera, estaba más allá de su comprensión, y vivía en una realidad distinta. Volvió a las caravanas, y vio el sol poniente, el viejo alquimista que convierte en oro el polvo de las sendas que se adentran en los verdes matraces de los esperados oasis; y viajó en el recuerdo del oasis, de su aura cansada abriéndose en pétalos a la noche, siempre sediento de alguna historia del camino que confirme lo que la oración del Magreb proclama sobre la grandeza de Allah, o la paz que muestra la meditación bajo un árbol, arraigado sobre el inmaculado dharma de los Budas Bienaventurados. Paso a paso, ayudado por Ayas, Altan reconstruyó la historia de su vida. Sintió la resistencia del pecho del soldado ruso cuando hundió en él la bayoneta, y sintió encoger su corazón al ver morir de nuevo a Elchei, o a Darmala beber su té junto al fuego y después agonizando en el río, y recordó con intensidad la ceremonia del caballo, de la cetrería y la boda, y de todos los días adyacentes que su memoria había desechado. Volvieron la conversaciones con Gorbesu, y su llegada a la tribu, la caída en la pradera, su vida en Hurqalya, sus mujeres, hijos y canciones, la huida de Kara, sus primeras experiencias chamánicas en el frío de los bosques, los mundos que visitó siendo diferentes animales y personas, las traducciones revolucionarias, las inútiles charlas y los agobios, sus enfermedades, Taras, las

torturas de Maak y los interrogatorios, la llegada a Irkustk en el transiberiano, viajes y familia en Moscú, Rachel, la intensa presencia de Xintien Hu, la paliza de Kiev y el visionario epiléptico que le anunciaba su viaje; recordó perfectamente los trajes que compró y la expresión altiva del dependiente, el incidente con la policía en la frontera, su risa histérica, la partida de Viena, Jacob y su librería, cartas, Ana y sus padres, la señora Weber, Arnold y el crítico, "La canción de la tierra", sus estudios sobre los hiperbóreos, su cátedra, su conversión al catolicismo, sus lecturas interminables de los griegos, la tranquila sabiduría de Parménides, el apasionado Pushkin... y un libro tras otro volvió a su memoria, como su dolorosa adolescencia, y su inquieta niñez, todo en imágenes muy nítidas, en pensamientos y sensaciones perfectamente definidos de forma creciente, mientras iba hacia atrás. Y en el repaso de su vida, se añadían nuevas vidas a la propia, y comenzó a sentir y pensar lo que los demás actores de su representación experimentaban en el momento, sintiendo que él mismo era todos y cada uno de ellos, comprendiéndolos íntimamente, y, al hacerlo, su vida y la de ellos se desvelaba como un único cuadro grandioso, en el que todo obedecía a un propósito que hasta entonces no había imaginado para al instante siguiente convertirse en un puro azar incomprensible. Como la pequeña piedra que provoca la avalancha de nieve en su caída, desde la personalidad de Altan se iba levantando una sinfonía vital gigantesca, que arrastraba hacia lo desconocido una montaña entera de personalidades y recuerdos.

Inesperadamente, se detuvieron las imágenes en un momento de la infancia. Quedó envuelto por un confortante silencio que parecía emanar la tibia oscuridad. Intentó abrir los ojos, pero no dio ningún resultado: más quietud, más nada... Pensó que estaba en el éxtasis de la muerte, el encuentro con la presencia del silencio, el bálsamo

definitivo, la medicina que había probado en las meditaciones y prácticas con Ayas, pero que ahora, llevadas hasta el final, le habían conducido hasta otro lugar, o no-lugar. ¿Es este vacío país de cura o de locura?, se preguntó a sí mismo sin querer cuestionarse nada. En la inmensa oscuridad, apareció la imagen de Ayas. Estaba sentado en meditación con los ojos cerrados, y le hablaba.

-Yo soy el Gran Chamán, el Testigo, y mi mente sueña las cosas y las vidas. Tanto tú, como la imagen que crees ver de mí, y todo lo que has visto alguna vez, o podrías llegar a ver, sois mi creación. Debes abandonar la idea de que estás haciendo algo, o que puedes hacer algo. Tú existes como personaje de mi sueño, de una de mis vidas, y así fuiste creado, si crees tener existencia independiente estás condenado a repetir una y otra vez un espejismo circular, pues sólo en ese sueño puedes alcanzar tu pequeña conciencia individual. Si por el contrario aceptas lo que digo, llegarás al final y te disiparás en ti mismo, en mi mismo, quedando liberado del ritual del Cuarto Gran Poder en el que te has trabado.

- ¿No soy yo quien está recordando su vida? –intervino la voz de Eli-Altan.

-No, soy yo quien la recuerda en tu memoria. Comprende que soy tanto tu creación como tú eres la mía. Este viejo monje o chamán que ves ante ti es tu concepción, pero Altan lo es también, y esa fuerza que te lleva a crear es lo que yo soy, lo que tú eres. La vida en la ignorancia es el infierno, no importa lo placentera que pueda parecer. Cielo e infierno no son más que estados pasajeros en el crecimiento de la conciencia, herramientas para su evolución. Tienes que salir. Despierta. Tú eres yo: somos Ayas, monje budista que recuerda sus vidas como parte de un recuerdo de los ciclos del mundo, el ritual del Cuarto Gran Poder.

-¿Entonces la existencia de Eli y Altan ha sido una broma, una nada, son como los personajes de un libro, eso es lo que soy?
-No hay bromas ni charadas, esa idea no es más que un residuo de la ignorancia. Nuestra conciencia toma forma en la materia y despierta en la vida, para después, ya con una forma material concreta y una vida, ser mente que se autoconoce y se recuerda como todo el proceso, la evolución, y comprende que aún no se ha detenido, y que se busca a sí misma en el espíritu, en lo porvenir que es su núcleo. Únicas y preciosas son todas las configuraciones de la conciencia, todas las vidas, si bien, la forma específica que tomen en esta o aquella personalidad, que hace esto o aquello, no es importante, pues la conciencia maneja espacios y tiempos mucho más amplios, en los que la intervención de la personalidad sigue otros principios. El ego que cree ser una determinada persona es fruto de una perspectiva muy limitada, con una importancia pequeña en la gran representación que elabora la conciencia. Al igual que el tamaño un poco mayor o menor de una uva es irrelevante para la sensación de euforia producida al beber el vino que fermentó de esa uva, las configuraciones específicas de una personalidad son irrelevantes para el néctar que la conciencia obtiene de ellas. Y aun así, conciencia y personalidad son de la misma sustancia. La conciencia es el aionios zoé que Eli comprendió de los misterios dionisíacos griegos, la vida inmarcesible que incluye la muerte individual o bios como un momento suyo. Toda vida individual despliega la conciencia o zoé. Altan y Eli podrían ser los personajes de un libro, personalidades que existiesen tan sólo en un mundo mental que recreas con la lectura, pero no por ello dejarían de aportar el sabor esencial con que alimentan nuestra conciencia a través de los relatos que les incluyen. Sus vidas son mis vidas, nuestras vidas, que surgen y se

sumergen en la cadena sin principio ni final que constituye la zoé. Pero la zoé solo tiene sentido comprendida desde el bios, y este desde la personalidad humana libre, capaz de despertar la inmortalidad en la zoé. Quien lee la historia de Eli-Altan se convierte en esa persona, y es como si recuperase un pasado ficticio que le afecta de forma real en su presente.

-¿Voy ahora a desaparecer entonces como Altan?

-¿Desaparece el perfume de la flor que va al aire una vez la flor ha muerto? Nada pasa, ni desaparece. ¿Dónde podría ir? No obstante, ni Eli, ni Altan, ni ninguno de los personajes que interactúan con ellos, obtendría ningún beneficio por su persistencia en el tiempo. Las personalidades deben desaparecer para dejarnos su esencia, la libertad alcanzada en vida. Fuera de la libertad personal lo que hay son condicionamientos biológicos que ni muestran el alcance del aionios zoé ni aportan el elemento nuevo individual. ¿Puedes imaginar lo que sería mantener la personalidad imperfecta de alguien de manera eterna, el dolor, el sufrimiento y el desvarío de una perspectiva parcial que no hace más que encontrar sus límites e impotencia por todas partes? Sin embargo, su pervivencia en la conciencia-zoé o en la libertad supone la disolución en su propio ser, su asimilación y auto comprensión como algo grande, bello, perfecto y luminoso. Altan puede ser eterno bien comprendiendo la inmortalidad que supone la disolución en la conciencia vital o bien siendo libre en su existencia. Por eso, amigo, te digo, me digo sé libre ahora o disuélvete ya, pues ambas son la misma cosa.

-¿Acaso nos estamos convirtiendo en otra cosa?

-La conciencia y la evolución son como el fuego y la luz que da el fuego. Comprendemos la conciencia-zoé en evolución, en su manifestación como materia, vida, mente, espíritu, y la evolución es ese despliegue, el movimiento. Hay tanta evolución como involución en el humano, pues

es el hombre un país en la frontera. Del hombre está surgiendo una nueva especie, que con el sustrato de las emociones y los impulsos más básicos trenzará un nuevo movimiento para el alma, aglutinando lo que hoy comprendemos como paz, amor y entrega incondicional en una nueva síntesis vital. Sobre esas raíces, se erguirá el tronco de una mente libre en la que se ha insuflado una vitalidad ilimitada, que lo abraza todo sin miedo a las contradicciones, fuera de un pensamiento lineal atado a la información que dan los sentidos, capaz de comprender los movimientos espirales que constituyen las danzas de las fuerzas o dioses del universo. La copa de tan esplendente árbol será un órgano nuevo, que vincula lo particular a lo universal con la prontitud con la que las partes de un cuerpo son ligadas entre sí por un sistema nervioso. La nueva vinculación hará desaparecer la ignorancia, que surge por la división de la conciencia, por la separación y dispersión en el juego de las particularidades, en las distintas personalidades, juego que es el mismo movimiento o evolución hacia el despliegue total de la zoé. Las flores de este árbol serán todos los mundos interactuando entre sí a través del hombre nuevo, quien estará simultáneamente en muchas partes del tiempo y del espacio, lo que dará lugar a un ser vivo cuya existencia tendrá cualidades impensables por la mente en su actual estado de evolución, como el animal no entiende el álgebra.

Todas tus vidas, y las de los demás, están presentes en esta, aunque no las percibas. Las ves continuamente a tu alrededor: cada vida con la que te encuentras, cada roca, cada animal, cada personalidad con la que interactúas, te muestra lo que queda oculto a la superficie de tu persona. Lo oculto es lo mismo que lo que se manifiesta. A nivel individual, el mundo es un sueño, pues es una representación parcial e incompleta, una perspectiva limitada de la personalidad, pero cuando el individuo

descubre su identidad con el aionios zoé comprende que él mismo es el sueño de la vida inmarcesible, un sueño cuya sustancia indeterminable es la realidad. Vacíate de deseos y sólo quedaremos Yo-Tú, siendo conciencia pura, anterior a objetos, nombres y formas. Somos conciencia, fuerza que en sus movimientos engendra los universos con infinita alegría, y antes que conciencia somos la realidad que sin dualidades se sostiene a sí misma sobre sí misma, el principio de unidad y homogeneidad que apunta en silencio hacia este misterio que inescrutable nos sostiene. Recuérdalo, y despierta.

32

Abrió los ojos y respiró con profundidad. Estaba en el monasterio, solo. Las palabras que acababa de escuchar comenzaban a esfumarse, como el sueño que lentamente se deshace al despertar, y del que sólo queda una vaga idea general. Tenía la sensación de no recordar lo más importante, y se esforzó por recuperar las fugitivas palabras. Cuanto más se esforzaba, más perdía el perfume de lo que había oído. Se relajó entonces, y le envolvió una tranquila forma de alegría, aunque estaba desconcertado. Salió al porche a tomar el aire, y comprobó que el frescor de la mañana era otra forma de fuego, azul blanco, cubriendo la tierra con abrazo apasionado. Primero una flor, luego un poderoso caballo, y finalmente una ciudad en las nubes, fueron dispersadas por su vista, junto con todas sus historias, en la profundidad del espacio. ¿Cuánto tiempo habría pasado desde que iniciara con Ayas la ceremonia del Cuarto Gran Poder? Notaba el lugar distinto, y más aún, a sí mismo. Se acercó a una palangana para lavarse y vio reflejado su rostro. Se sobresaltó, pues no era esa la imagen que esperaba encontrar. En el agua estaba...Ayas. Volvió a mirar, y comprobó que la cabeza afeitada de un viejo monje mongol le contemplaba con asombro. No había ningún Altan, ningún profesor austríaco de griego, ninguno de los personajes que creía ser. Entonces lo entendió, finalmente comprendió, y le volvieron los recuerdos. Sí, él era Ayas, pero había una nota escrita...sí, lo recordaba, tenía que estar... Corrió como si en ello le fuera la vida hasta la biblioteca. Allí encontró a su amigo Zaya Pandita ordenando unos manuscritos. ¿Zaya? Ayer no había ningún Zaya.

-Tengo algo para ti, Ayas –le informó con calmada bienvenida.

El monje se acercó a un estante y le entregó una hoja. Leyó lo que reconoció como su propia caligrafía:

"Sí, tú eres Ayas, el lama, aunque eres más que Ayas. Si estás leyendo estas líneas sorprendido querrá decir que, por algún motivo, el ritual de recuerdo de tus vidas pasadas se te fue de las manos, y no has conseguido volver por completo a la personalidad del viejo monje que inició el rito, pues necesitas que este papel te lo confirme. Tranquilízate, no es la primera vez que te ocurre, por eso decidiste escribirte a ti mismo. La memoria siempre acaba por volver, pues los recuerdos gravitan hacia la masa de la conciencia que los creó. Has decidido que esta sea la última vez que entras en el rito del Cuarto Gran Poder: recordar más vidas no es sino un mayor deseo de Samsara, y no se trata de repetir unos patrones hasta el infinito. Aun así, lo has hecho esta vez porque intuiste que no te había sido desvelado por completo el misterio de la reencarnación. Quizá ahora ya lo comprendas. No cometas el error de creer que el que lee estas palabras es más real que las vidas que has rescatado de las arenas del tiempo. Ayas es humo, y los sueños de Ayas son humo, y el que lee los espejismos de Ayas también lo es, y el mismo mundo. Decimos que está lleno, pero sólo contiene el agua de los sueños, una guirnalda líquida trenzada en la ancestral canción. No busques en estas palabras una respuesta, un esquema mental que resuelva tus inquietudes, no es ese el juego. Retoma el camino donde lo dejaste. Lo que necesitabas saber ya lo escuchaste, en muchas vidas diferentes, y en esta misma, en la que se despliegan siempre todas las demás de manera concentrada, pero se hundió de vuelta en el olvido, empujado por inercias vitales y opacidades de la mente. Recuerda: en algún lugar marcaste un árbol, juntaste unas piedras, pintaste un símbolo que apuntaba hacia alguna parte... ¿Fue hacia aquí, hacia este instante de conciencia en el que se funden saber e ignorar? ¿O fue hacia el corazón

del Anhelo, ese gran misterio en el que te estás desplegando desde antes que hubiera tiempo?

Recuerda... corazón...recuerda."